DE LA AUTORA DEL ÉXITO INTERNACIONAL *LA CAMARERA*

NITA PROSE

El HUÉSPED misterioso



Tú no la ves,
pero ella
te ve a ti.

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA

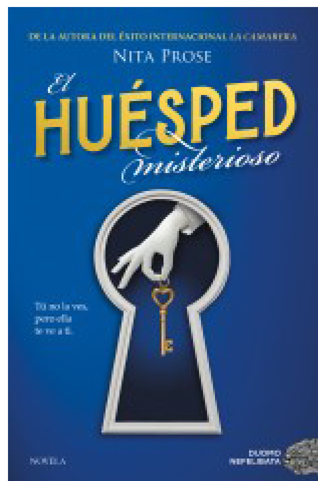


Tú no la ves, pero ella te ve a ti

Una camarera distinta a los demás.

Una muerte inesperada y perturbadora.

(La camarera 02)



Bienvenidos al hotel Regency Grand, donde nada es lo que parece.

Molly Gray no es una camarera corriente. Gracias a su talento para la limpieza y la etiqueta, ha ascendido en el elegante hotel Regency Grand hasta convertirse en la apreciada jefa de camareras. Pero justo cuando su vida alcanza la cima de la perfección, todo da un vuelco. Un célebre escritor de novelas de misterio muere de repente durante un evento en el hotel. La impoluta reputación del establecimiento está en entredicho, y solo Molly posee la llave para resolver el misterio. *Tras el éxito rotundo de su primera novela, La camarera, con más de dos millones de lectores en todo el mundo, Nita Prose nos brinda de nuevo una protagonista cautivadora y maravillosa en un misterio clásico, fresco e inolvidable.*

Nita Prose

El Huésped misterioso

Traducción de
Ángela Esteller García



Duomo ediciones
Barcelona, 2024

A Paul, mi padre

PRÓLOGO

Mi abuela me contó una vez una historia sobre una camarera, una rata y una cuchara. Decía así:

Había una vez una camarera que trabajaba en el castillo de unos ricos terratenientes. Limpiaba lo que ensuciaban. Les cocinaba. Los atendía en cuerpo y alma.

Un día, mientras les servía un sustancioso estofado, Su Excelencia la señora resopló con desdén al reparar en que faltaba una cuchara de plata. La camarera estaba convencida de que la había puesto junto al plato de la señora, pero cuando fue a comprobarlo, vio que había desaparecido.

La camarera pidió una y mil disculpas, pero no sirvieron para aplacar a Su Excelencia la señora ni a Su Excelencia el señor, quien, en aquel momento, empezó a echar sapos y culebras por la boca, acusando a la camarera de no ser más que una ladronzuela.

Sacaron a la camarera a rastras del castillo, no sin antes haberle lanzado el plato con el estofado recién hecho sobre el blanco delantal, donde quedó una deshonrosa mancha que jamás se fue.

Años después de que Sus Excelencias fallecieran, mucho tiempo después de que nuestra pobre y mancillada camarera hubiese pasado página, contrataron a unos albañiles que la habían conocido para hacer unas reformas en el castillo. Cuando levantaron el suelo del comedor, descubrieron el nido de una rata, cuyo cuerpo se había momificado, y junto a él, había una cuchara de plata.



CAPÍTULO 1

Mi querida abuela, también conocida como Gran, trabajó toda su vida como camarera doméstica. Yo he seguido sus pasos. Es una figura retórica. Ahora no puedo seguir literalmente sus pasos porque ya no da ninguno más. Murió justo hace cuatro años, cuando yo tenía veinticinco (ergo, un cuarto de siglo), e incluso antes de eso, su capacidad de andar llegó a un final abrupto en el momento en que, muy a mi pesar, enfermó de repente.

El caso es que está muerta. Se ha ido, pero no la he olvidado, eso jamás. Y aunque ahora mis pasos caminan por un sendero de proverbios totalmente propio, sigo en deuda con mi querida abuela fallecida porque ella me convirtió en lo que soy.

Gran me enseñó todo lo que sé; por ejemplo, a limpiar la plata, a leer libros y a la gente, y a preparar una buena taza de té. Es gracias a Gran que he progresado en mi trayectoria como camarera de piso en el Regency Grand, un exclusivo hotel boutique de cinco estrellas que se enorgullece de ofrecer sofisticada elegancia y la etiqueta apropiada para los tiempos que corren. Créeme cuando te digo que empecé desde abajo y que, gracias a mi esfuerzo, he ido ascendiendo hasta el distinguido puesto que ostento ahora. Como toda camarera que haya atravesado las relucientes puertas giratorias del Regency Grand, empecé como aprendiz. Sin embargo, ahora, si te acercas a mí lo suficiente, en la placa identificativa —que llevo con mucho acierto por encima de mi corazón— verás unas grandes letras de imprenta que dicen:

MOLLY

mi nombre, y debajo, en una delicada caligrafía:

Jefa de camareras

Permíteme decirte que no resulta fácil ascender en la escalera corporativa de un hotel boutique de cinco estrellas. Pero puedo presumir con orgullo de que he conservado este noble puesto durante tres años y medio, con lo que he demostrado que no soy ninguna

manzana podrida, sino más bien «una empleada que mantiene una constante actitud de agradecimiento», tal como afirmó el señor Snow, el director del hotel, en una reunión ante toda la plantilla.

Siempre me ha costado comprender el verdadero significado de lo que dice la gente, pero he mejorado mucho interpretando a las personas, incluso a las que no conozco, y precisamente por eso sé lo que estás pensando en este preciso momento. Piensas que mi trabajo es modesto, que debería sentir deshonra, no orgullo. Aunque no soy nadie para decirte qué pensar, EMHO (lo que significa «En Mi Humilde Opinión»), te equivocas completamente.

Mil disculpas. Puede que haya sonado algo brusca. Cuando Gran aún vivía, me aconsejaba sobre el tono que debía utilizar y me corregía si sonaba ofensivo. Sin embargo, esto te va a parecer extraño: pese a estar muerta, sigo oyéndola en mi cabeza. ¿No resulta interesante que una persona que haya muerto pueda estar igual de presente que en vida? Es algo que, hoy en día, me hace reflexionar a menudo.

«Trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti».

«Todos somos iguales de diferente manera».

«Al final, todo acabará bien, y si no acaba bien, es que aún no es el final».

Menos mal que sigo oyendo la voz de Gran, porque hoy no he tenido muy buen día. De hecho, ha sido mi peor día en aproximadamente cuatro años, y las sabias palabras de Gran me proporcionan la fuerza necesaria para enfrentarme a la «situación» actual. Y cuando digo «situación», no me refiero a «posición» o «estado», tal como el diccionario define el término, sino a la manera en que lo utiliza el señor Snow para sugerir un «problema de proporciones épicas con soluciones limitadas».

No suavizaré lo que es en realidad una catástrofe de proporciones épicas: esta mañana, un hombre famoso se ha desplomado en nuestro salón de té y ha muerto de repente. Mi buena amiga Angela, jefa de camareros del Social Bar & Grill, ha resumido «la situación» como sigue: «Ostras, Molly, se va a armar una buena». Angela me cae muy bien, así que le perdono sus OPD (Obscenidades Perfectamente Depuradas). También le perdono su insana obsesión con el true crime, con los crímenes reales y la crónica negra, algo que explicaría el porqué parecía extrañamente entusiasmada por el hecho de que un cliente vip hubiera muerto de repente en nuestro hotel.

Se suponía que hoy iba a ser una fecha señalada en el Regency Grand. Hoy era el día en que el célebre escritor superventas J. D. Grimthorpe, laureado maestro del suspense con más de veinte novelas en su haber, había elegido para realizar unas importantes declaraciones en nuestro recién renovado salón de té.

A primera hora de la mañana, todo iba como una seda. El señor

Snow me había pedido que me encargara del té y, aunque ese encargo se debía básicamente a la falta de personal para eventos especiales, sabía lo orgullosa que se sentiría Gran al verme adquirir nuevas responsabilidades profesionales, aunque, por supuesto, ella no puede verme de verdad porque está muerta.

Hoy he llegado antes de que empezara mi turno y he preparado cuidadosamente la elegante y recién inaugurada sala, disponiendo el servicio de té para cincuenta y cinco huéspedes (ni uno más ni uno menos), beneficiarios de las entradas vips. Entre los vips se incluían numerosas CORDERAS (Corporación de Damas Encantadas con los Relatos de Asesinatos y Suspense), las cuales, días antes del evento, habían reservado habitaciones en la cuarta planta del hotel. Durante semanas, los rumores y las conjeturas no han dejado de correr por los pasillos del edificio: ¿por qué el escritor J. D. Grimthorpe había decidido de repente hacer una declaración pública con lo solitario y sumamente reservado que era? ¿Era solo para promocionar un nuevo libro? ¿O estaba a punto de anunciar que había escrito la que sería su última obra?

Da la casualidad de que sí ha escrito su última obra, aunque creo que este hecho lo ha tomado por sorpresa, al igual que al resto de los asistentes, los cuales han presenciado cómo se desplomaba sobre el suelo en espiga del salón hace cuarenta y siete minutos.

Unos momentos antes de que subiera al estrado, los fans vips del suspense, los expertos literarios y los periodistas estaban expectantes y entusiasmados. Reinaba en la sala un alboroto cacofónico, provocado por las charlas y el tintineo agudo de la cubertería de plata al chocar contra las tazas mientras los huéspedes se servían de nuevo otro té y se llevaban a la boca el último trocito de canapé. En el instante en que J. D. Grimthorpe ha entrado, se ha hecho el silencio. El escritor se ha colocado detrás del atril, en pie, con su figura larguirucha pero imponente y las tarjetas de referencia en la mano. Todos los ojos se han clavado en él mientras carraspeaba un par de veces.

–Té –ha dicho hacia el micrófono, pidiendo con un ademán que le trajeran una taza.

Por suerte, me habían informado de sus costumbres abstemias y había pedido a los empleados de la cocina que prepararan un carrito según sus indicaciones (sin azúcar, con miel). Lily, mi aprendiz de camarera, a la que había puesto al cargo de todos los carritos de té para el señor Grimthorpe mientras durara su estancia entre nosotros, se ha hecho cargo sin demora. Con manos temblorosas, le ha servido una taza al famoso escritor y se ha apresurado a llevársela.

–No hay suficiente –ha dicho el escritor, arrebatándole la taza.

Ha bajado del estrado y se ha dirigido al carrito. Allí, él mismo ha quitado la tapa de plata del tarro de miel, se ha servido dos

cucharadas colmadas de radiante miel amarilla y, acto seguido, ha removido la taza con la cucharilla del tarro, que ha emitido un clanc apagado al rozar los bordes de la taza. Lily, que se había apresurado a regresar junto al carrito con la intención de servirle, no sabía qué hacer ni cómo comportarse.

Todos los presentes han observado al señor Grimthorpe mientras este se llevaba la taza a los labios, tomaba un largo sorbo, tragaba y lanzaba un suspiro.

–Un hombre amargo necesita una dosis extra de miel –ha declarado, lo que ha provocado unas carcajadas amortiguadas entre la multitud.

La irritabilidad del señor Grimthorpe ha ido ligada a su fama desde hace tiempo e, irónicamente, cuanto peor se comportaba, más libros parecía vender. ¿Quién olvidaría ese momento tristemente famoso que acabó por convertirse en un vídeo viral de YouTube en el que un ferviente admirador (un cirujano cardiovascular recién jubilado) se acercó a él y le dijo: «Me gustaría probar suerte y escribir una novela. ¿Puede ayudarme?»? El señor Grimthorpe respondió: «Claro. Lo haré en cuanto me preste su escalpelo. Me gustaría probar suerte y hacer una cirugía a corazón abierto».

Esta mañana, la astuta sonrisa del señor Grimthorpe me ha hecho recordar ese vídeo. Ya en el estrado, ha tomado unos cuantos sorbos más de su té edulcorado y, a continuación, lo ha depositado en el podio y ha escrutado a la entregada multitud. Ha tomado de nuevo las tarjetas de referencia, ha respirado con dificultad y, finalmente, ha empezado a hablar con un ligero balanceo:

–Estoy convencido de que todos os preguntáis por qué os he hecho venir aquí hoy. Como ya sabéis, soy más bien parco en palabras; prefiero escribirlas a pronunciarlas. Mi vida privada lleva mucho tiempo siendo mi refugio y mi historia personal es fuente de misterio. Sin embargo, me encuentro en la incómoda situación de tener que revelaros ciertos aspectos a vosotros, mis admiradores y seguidores, en esta encrucijada crítica de mi larga e historiada trayectoria… El juego de palabras es intencionado.

Ha hecho una pausa, esperando las carcajadas, que han llegado según lo previsto. Yo me he estremecido al verlo escanear la estancia con aquellos ojos penetrantes. Ignoro el qué o a quién buscaba.

–¿Sabéis? –ha continuado–. Tengo un secreto, uno que sin duda os sorprenderá. –De repente se ha detenido, se ha llevado una mano de largos dedos hacia el cuello de la camisa en un vano intento de aflojarlo–. Lo que trato de deciros es que…

Ha soltado un gañido, pero las palabras se han quedado en su garganta. Su boca se ha abierto y se ha cerrado varias veces, y de repente ha empezado a balancearse dramáticamente de un lado a otro ante el atril, como si no se tuviera en pie. A mi mente ha venido la

imagen que vi un día de una carpa dorada que saltaba de la pecera y se quedaba, tumbada, boquiabierta y apoplética, en el suelo de la tienda de mascotas.

El señor Grimthorpe ha agarrado de nuevo la taza de té y ha tomado un sorbo. Entonces, de repente, sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo, se ha desplomado, ha caído hacia los asistentes y ha acabado directamente sobre Lily, mi muy desafortunada aprendiz de camarera. Ambos han aterrizado dramáticamente en el suelo, mientras la taza de porcelana se rompía en innumerables filos como navajas y la cuchara retumbaba monótonamente contra los tablones en espiga del suelo.

Durante un momento, todo el mundo ha guardado silencio. Nadie daba crédito a lo que acababa de presenciar. Entonces, súbitamente, se ha desatado el pánico, y todos, superadmiradores y huéspedes, periodistas y eruditos, se han abalanzado hacia la parte delantera de la sala.

El señor Snow, el director del hotel, se ha agachado a la izquierda del señor Grimthorpe y le ha dado unas palmaditas en el hombro.

–¡Señor Grimthorpe! ¡Señor Grimthorpe! –no dejaba de repetir.

La señorita Serena Sharpe, secretaria personal del señor Grimthorpe, se encontraba a su derecha y ha colocado dos dedos en el cuello del escritor. Lily, mi aprendiz de camarera, sepultada bajo su cuerpo, trataba desesperadamente de salir de allí. Le he tendido la mano para ayudarla y ella la ha tomado. La he estirado hacia mí y le he pasado el brazo por encima del hombro.

–¡Hagan sitio! ¡Apártense! –gritaba la secretaria personal del señor Grimthorpe mientras admiradores y vips no dejaban de dar empujones.

–¡Llamen a urgencias! ¡Rápido! –ha apremiado el señor Snow con una voz de lo más autoritaria.

Camareros y huéspedes, mozos y recepcionistas han salido en todas direcciones.

Yo me encontraba lo suficientemente cerca de la «situación» como para oír las palabras que ha pronunciado la señorita Serena Sharpe al alejar sus dedos del cuello del señor Grimthorpe:

–Me temo que ya es tarde. Está muerto.



CAPÍTULO 2

Estoy en pie en el despacho del señor Snow, sosteniendo una taza de té recién hecho. Me tiemblan las manos; tengo el corazón desbocado. El suelo bajo mis pies se mueve, como si estuviera en una casa de la risa, aunque no es el caso. En absoluto.

El té no es para mí. Es para Lily Finch, a la que contraté hace tres semanas, la pequeña y tranquila Lily, con una media melena de color negro carbón y una mirada nerviosa, la cual, en este momento, está sentada temblando en la silla de piel marrón del señor Snow, con un torrente de lágrimas resbalándole por las mejillas. Al verla me transporta de verdad a un momento de mi vida en que era yo la que estaba sentada en esa silla, temblando mientras esperaba a que otros decidieran mi destino.

Sucedió hace cosa de cuatro años. Estaba limpiando una suite en el ático de la cuarta planta cuando me topé con un huésped profundamente dormido, o, al menos, eso creí en aquel momento. Sin embargo, ni siquiera los que duermen tan profundamente dejan de respirar. Una rápida comprobación del pulso del señor Black reveló que estaba, de hecho, muerto –y bien muerto– en la cama de su suite. Y pese a que desde ese preciso momento hice todo lo que pude para lidiar con esa «situación» tan poco corriente, todos me señalaron a mí como la asesina. Muchos de los que me rodeaban (incluidos la policía y un número alarmante de mis compañeros de trabajo) dieron por sentado que yo había matado al señor Black.

Soy camarera, no asesina. Yo no maté al señor Black, ni a sangre fría ni caliente. Me acusaron injustamente. Sin embargo, gracias a la ayuda de varias buenas personas, me exoneraron. Aun así, sin duda la experiencia tuvo sus consecuencias. Recalcó lo peligroso que puede resultar ser el trabajo de una camarera. Y no por el dolor de espalda que producen las tareas propias del trabajo ni por las exigencias de los huéspedes, ni siquiera por el peligro de los químicos en los artículos de limpieza, sino por la suposición de que las camareras son delincuentes, asesinas y ladronas: la camarera es siempre la culpable. Pensé que el fallecimiento del señor Black sería de verdad el principio

del fin para mí, pero, al final, todo salió bien, tal como Gran siempre predijo.

En este momento, en el despacho del señor Snow, intercambio una mirada con Lily y, al hacerlo, siento que su miedo me atraviesa como una corriente eléctrica directa al corazón. ¿Quién podría culparla por estar asustada? Yo no. ¿Quién piensa que va a ir a trabajar y que, durante un evento, un escritor de fama mundial va a morir en una sala llena a rebosar de seguidores entusiastas, con los flashes de las cámaras de los periodistas por doquier? ¿Y qué pobre y desafortunada camarera podría imaginarse que no solo le serviría un té al escritor justo en el momento de su muerte, sino que también le serviría de lecho de muerte?

Pobre Lily. Pobre, pobre chiquilla.

«No estás sola. Siempre me tendrás a mí». Las palabras de Gran resuenan en mi mente, como suelen hacer siempre. Ojalá Lily pudiese oírlas.

–Una buena taza de té cura todos los males –digo, tendiéndole la que sostengo entre las manos.

Lily la acepta, pero no dice nada. No es raro en ella. Le cuesta expresarse con palabras, aunque últimamente ha habido una mejora importante, al menos conmigo. Ha progresado mucho desde su entrevista de trabajo, la cual hicimos el señor Snow y yo. Fue tan mal que los ojos del señor Snow doblaron su tamaño detrás de las gafas de concha cuando anuncié:

–Lily Finch es la mejor candidata para el puesto.

–¡Pero si apenas ha pronunciado palabra durante la entrevista! –dijo el señor Snow–. No ha sabido qué responder cuando le he pedido que destacara sus mejores cualidades. ¿Por qué la escoges a ella, Molly?

–Señor Snow –respondí–, permítame que le recuerde que el atributo de una arrogante confianza en sí misma no resulta relevante a la hora de contratar a una camarera. Puede que recuerde a cierto antiguo empleado del hotel cuya seguridad era aplastante pero que, de hecho, resultó ser una manzana podrida. ¿No se acuerda?

El señor Snow asintió de forma muy sutil, pero la buena noticia es que ahora llego a comprenderle mucho mejor que hace siete años y medio, cuando empecé como camarera en el hotel Regency Grand. Aquel ligero asentimiento sugería la voluntad de dejarme a mí la decisión final sobre Lily.

–No le discuto que la señorita Finch sea callada –dije–. Pero ¿desde cuándo la locuacidad es una habilidad clave para una camarera? «En boca cerrada no entran moscas». ¿No es lo que usted suele decir, señor Snow? Aunque Lily necesita formación, que yo misma le proporcionaré, ya intuyo que es una abeja obrera. Cuenta con lo necesario para convertirse en una valiosa integrante de la colmena.

–Muy bien, Molly –dijo el señor Snow, pese a que sus labios fruncidos sugerían que no estaba del todo convencido.

En las pocas semanas que lleva conmigo de aprendiz, Lily ha hecho un tremendo progreso. Precisamente el otro día, nos topamos con dos de nuestros huéspedes habituales, los muy queridos señor y señora Chen, que salían de su suite en el ático, y Lily llegó a hablar. Por primera vez, se dirigió a unos huéspedes.

–Buenas tardes, señor y señora Chen –dijo en voz baja, como si fuera un carillón de viento–. Es un placer verlos. Molly y yo nos hemos encargado de que sus habitaciones recobren lo que espero sea su estado ideal.

Sonreí de oreja a oreja. Qué alegría oírla después de tanto silencio cargado de sentido entre nosotras. Llevábamos trabajando codo con codo durante días. La había aleccionado en todas las tareas (cómo hacer la cama con esquinas de hospital perfectas; cómo limpiar la grifería hasta sacarle brillo; cómo ahuecar un almohadón hasta su máxima plenitud), y ella había seguido mi ejemplo sin pronunciar palabra. Su trabajo era impecable, y así se lo hice saber.

–Esto se te da muy bien, Lily –dije más de una vez.

Además de tener el buen ojo de una camarera para los detalles, Lily también es discreta. Se mueve por el recinto del hotel limpiando y sacando brillo, lustrando y mimando los detalles con una invisibilidad casi sigilosa. Puede que sea tranquila, incluso enigmática, pero que nadie se equivoque: Lily es una camarera de mucho talento.

En este preciso instante, sentada en la silla del señor Snow ante el escritorio en el que ha depositado la taza de té intacta, se retuerce las manos en el regazo. Me siento desfallecer de solo mirarla. Me recuerda a mí misma. Ya he estado aquí antes y no quiero volver a estarlo.

¿Cómo hemos llegado a esto? Hacía una mañana soleada y resplandeciente cuando salí de nuestro piso de dos habitaciones a las 7:00. Había dos motivos que no la hacían una mañana cualquiera. Primero, porque hoy era el día en que el escritor superventas J. D. Grimthorpe anunciaría algo de gran importancia durante una conferencia de prensa que tendría lugar en el hotel. Segundo, porque mi novio, Juan Manuel, con el que llevo viviendo felizmente desde hace más de tres años y con quien he trabajado en el hotel incluso desde hace más tiempo, no estaba. Se ha marchado a México, a visitar a su familia, y lleva ya tres días fuera. He de decir que, en nuestro caso concreto, la ausencia no aviva el cariño, sino que más bien lo fastidia. Ergo, lo echo mucho de menos.

Se trata de la primera visita que hace Juan Manuel a los suyos en muchos años, un viaje para el que hemos estado ahorrando diligentemente. Oh, qué ganas tenía de viajar junto a mi amado –los

dos juntos en una aventura de verdad–, pero, desafortunadamente, no ha podido ser: Juan está en México y yo estoy aquí, atrapada. Por primera vez desde la muerte de mi abuela, me he quedado sola en nuestro piso de dos habitaciones. No importa. Todo irá bien. Estoy contenta de que Juan Manuel se reencuentre con su familia, especialmente con su madre, quien lleva echándolo tanto de menos como yo ahora desde hace muchos años.

Aunque faltan todavía un par de semanas para que regrese, ya estoy impaciente. La vida es mejor cuando la comparto con Juan. Esta mañana, antes de que saliera hacia el trabajo, me ha enviado un mensaje de texto:

«¡Hoy irá genial! EMHO, no hay de qué preocuparse. Te amo».

Reconozco que esta declaración de amor me ha despertado una agradable sensación de mariposas en el estómago, pero su uso de los acrónimos, como siempre, me ha consternado.

«FYI –le he contestado–, no tengo ni idea de a qué te refieres».

«Me refiero a que te quiero».

«Eso lo entiendo».

«En Mi Humilde Opinión, eres increíble, y hoy será un día espectacular», ha aclarado.

Aunque deseaba acompañar a Juan a México con toda mi alma, el deber, o mejor dicho, el señor Snow, llamó y al instante quedó claro que no iba a ir a ningún sitio.

–¿Te suena el escritor J. D. Grimthorpe? –me preguntó el señor Snow unas semanas antes por teléfono.

–Sí, me suena –contesté, sin añadir nada más.

–Su secretaria personal acaba de interesarse por el Regency Grand para celebrar un evento exclusivo en el que el señor Grimthorpe tiene pensado realizar unas importantes declaraciones. Y… el propio escritor ha especificado que desea el salón de té.

El entusiasmo ahogado del señor Snow atravesó la línea telefónica. Aquella petición era una afortunada casualidad. Cuando nos sacudió el escándalo del asesinato del señor Black, el señor Snow tuvo la brillante idea de atraer a nuevos clientes recuperando el antiguo esplendor de un viejo almacén junto al vestíbulo del hotel y convirtiéndolo de nuevo en un ejemplo de un salón de té de estilo art déco digno de un museo. La reforma estaba casi a punto de concluir y el hotel necesitaba un evento vip para darlo a conocer. ¡Era perfecto! Y, aún mejor, el señor Snow deseaba que mi personal y yo nos encargáramos de supervisar ese acontecimiento tan especial. Se lo conté de inmediato a Juan.

–Si la oportunidad llama, no dudes en abrir la puerta –dijo–. Cancelaremos el viaje e iremos más adelante.

Ni pensarlo.

–Mi amor, ve tú. Ya iremos juntos en otro momento.

–¿De verdad? ¿No te importa? –contestó Juan Manuel.

–¿Importarme? –dije–. Insisto. Tu madre ya lleva bastante tiempo sin verte.

Me estrechó entre sus brazos y, a continuación, empezó a plantarme besos por todo el rostro.

–Uno por cada día que esté fuera –dijo–. Y unos cuantos más porque sí. ¿Seguro que estarás bien sin mí?

–Pues claro que estaré bien. ¿Qué podría ir mal?

Así que Juan se subió al avión hace unos pocos días y yo me quedé para preparar el evento del señor Grimthorpe.

Esta mañana he salido hacia la ocasión señalada con paso inquieto. Estaba entusiasmada y nerviosa al mismo tiempo. Al doblar la última esquina del centro, ha aparecido el hotel.

Allí estaba el Regency Grand, maravillosamente eterno entre un adefesio urbano de burdos carteles de neón y unos voluminosos y modernos bloques de oficinas. La alfombra roja adornaba la pequeña escalinata que conduce al majestuoso pórtico del hotel. El deslumbrante pasamanos de latón enmarcaba la entrada y conducía a las relucientes puertas giratorias. El vestíbulo estaba repleto de huéspedes que charlaban, tirando de sus maletas, así como de periodistas y creadores de pódcast que, con sus equipos a cuestas, cruzaban las puertas giratorias y se preparaban para el acontecimiento estrella de la mañana.

A mitad de la escalinata, en el rellano ante el pórtico, se encontraba el señor Preston, el veterano portero del Regency Grand, ataviado con su gorra y su larga e imponente gabardina, engalanada con el escudo dorado del hotel.

–Buenos días, Molly –me ha saludado el señor Preston al llegar junto a su podio de bienvenida–. Hoy es un gran día.

–Así es –he contestado–. Aunque estamos preparados. ¿Ha visto el salón de té? Es magnífico.

–Sí que lo es –ha admitido el señor Preston–. Oye, Molly, estaba pensando que solo porque Juan Manuel esté fuera no hace falta que anulemos nuestra habitual cena de los domingos. No tiene sentido que cenemos cada uno por su lado. Además, hay algo de lo que me gustaría hablarte desde hace días.

–Me parece bien –he contestado–. Pero veamos primero cómo va la semana. Sin Juan Manuel por aquí, voy a estar muy ocupada y no prometo que pueda cocinar algo sin él.

El señor Preston ha esbozado una sonrisa.

–Entendido –ha dicho, asintiendo–. Ya sé lo mucho que trabajas y no quiero molestarte.

La cena de los domingos con el señor Preston se ha convertido en

una costumbre desde hace varios años y, una vez a la semana, cenamos juntos en la mesa de nuestra acogedora cocina. Los tres siempre aprovechamos el momento para brindar por otra semana de trabajo pulido y bien hecho. La cena es sencilla, pero mientras comemos, nos entretenemos los unos a los otros con curiosas anécdotas de nuestra semana, y hay que decir que en el Regency Grand, las anécdotas curiosas son frecuentes. De hecho, justo el pasado domingo, les brindé a Juan y al señor Preston una descripción en tecnicolor de la habitación 404, la cual Lily y yo habíamos limpiado ese mismo día.

–Estaba tan llena de basura, cajas y archivadores que parecía un nido de ratas –dije–. Quienquiera que ocupe esa habitación está almacenando champú del Regency Grand. Había cientos de botellitas.

–¿Y quién puede necesitar tantas? –preguntó Juan Manuel.

–Las botellitas ni siquiera estaban en la ducha –señalé–. Las encontré en el minibar, justo al lado de unos tentempiés y de un gran tarro de mantequilla de cacahuete abierto del que sobresalía una cucharilla de acero inoxidable.

El señor Preston y Juan soltaron una carcajada y fingieron brindar alegremente con champán, como si fuera una de esas botellitas de champú del Regency Grand.

Vuelvo a la realidad y observo al señor Preston, de pie en la alfombra roja de la escalinata. Tiene más canas y más arrugas, pero aún se las arregla para desempeñar su trabajo de forma óptima. Siempre he sentido debilidad por este hombre. Siempre ha sido excepcionalmente amable conmigo y conoció a mi abuela. Tiempo atrás, cuando yo ni siquiera era un mero reflejo en los ojos de mi madre, el señor Preston pretendió a mi abuela –es decir, que eran amantes, una pareja romántica–, pero los padres de Gran les prohibieron verse. El señor Preston acabó casándose con otra persona y formó una familia. Aun así, Gran conservó la amistad con el señor Preston. Le tuvo mucho aprecio hasta el día de su muerte. También era amiga de su esposa, Mary. Pero ahora Mary está muerta y Charlotte, su brillante hija que tanto me ayudó después de la muerte del señor Black, está lejos. Me pregunto si el señor Preston se siente solo. Quizá esa sea la razón por la que nuestras cenas resultan tan importantes para él. Últimamente ha tenido un comportamiento más cariñoso que de costumbre e ignoro la razón.

–Si se pone difícil por aquí dentro hoy, ya sabes dónde encontrarme –me ha dicho esta mañana el señor Preston desde la escalinata–. Haría lo que fuera por ti, Molly. Recuérdalo.

–Gracias –he contestado–. Es usted un excelente compañero, señor Preston.

Me he despedido y he cruzado las puertas giratorias del Regency

Grand de camino al magnífico vestíbulo. Aun después de todos estos años, verlo me deja sin aliento: los suelos de mármol italiano con su característico olor a abrillantador de limón recién aplicado, la gran escalera con sus sinuosos pasamanos, los mullidos confidentes de terciopelo que durante años han absorbido infinitos secretos y han sido testigos de innumerables citas.

Había muchísimo ajetreo en el vestíbulo, y los empleados de Recepción, vestidos de blanco y negro como pequeños pingüinos, daban indicaciones a botones y huéspedes. En mitad del vestíbulo, un enorme letrero con marco labrado en oro al que ayer mismo había sacado brillo hasta dejarlo perfecto y reluciente anunciaba:

HOY
J. D. GRIMTHORPE
CÉLEBRE AUTOR DE NOVELAS DE SUSPENSE Y MISTERIO
CONFERENCIA DE PRENSA VIP A LAS 10
EN EL SALÓN DE TÉ DEL REGENCY GRAND

No podía perder ni un segundo; tenía mucho por hacer. He bajado corriendo la escalera que da al sótano, camino de los vestuarios de los empleados. Unos estrechos pasillos de techo bajo iluminados por unas luces led fluorescentes conducen a un laberinto de dependencias, entre las que se incluyen la lavandería, el almacén de suministros, la humeante cocina del hotel y, por supuesto, mis favoritas: las dependencias de Limpieza y Mantenimiento.

He ido directa hacia mi taquilla. En ella, colgado en una funda de fino plástico perfectamente ceñida había un «objeto» de una belleza tremenda: mi uniforme. Oh, cómo me gusta mi uniforme de camarera, esa camisa blanca almidonada con esmero y esa falda negra ajustada, confeccionada con licra flexible que permite los estiramientos e inclinaciones que forman parte habitual del trabajo de cualquier camarera diligente.

Sin perder ni un momento, me he cambiado y, acto seguido, me he prendido la placa identificativa de jefa de camareras sobre el corazón. He comprobado mi aspecto en el espejo de cuerpo entero, me he alisado unos pocos mechones morenos que se escapaban de mi corta melena perfectamente peinada y me he pellizcado las mejillas para darme algo de color. Satisfecha, ha sido entonces cuando he advertido a alguien más en el espejo. A mis espaldas se reflejaba mi propio doble, Lily, la viva imagen de una camarera perfecta. Llevaba su uniforme con esmero y la placa de aprendiz de camarera igual que yo, recta y derecha, justo por encima del corazón.

Me he dado la vuelta para mirarla.

–Has llegado temprano –le he dicho.

Lily ha asentido.

–¿Has venido antes para ayudarme?

–Sí –ha dicho en voz baja.

–Mi querida niña. Eres un tesoro. Pongámonos a trabajar.

Cuando ambas nos hemos encaminado hacia la puerta, una silueta de anchas caderas nos ha bloqueado el paso. Era Cheryl, la anterior jefa de camareras; Cheryl, que no tiene escrúpulos a la hora de limpiar los lavamanos de los huéspedes con el mismo trapo que utiliza para los inodoros. En el pasado había estado jerárquicamente por encima de mí, pero no era superior a mí. El señor Snow la había degradado después de la debacle del señor Black y me había ascendido, dándome su puesto.

–Cheryl, ¿puede saberse qué haces aquí tan temprano? –he preguntado.

Es algo que nunca sucede. Siempre llega tarde, cargada con una panoplia de excusas que a veces provocan tal rabia en mí que no solo deseo despedirla, sino también despellejarla, algo que, debo admitir, es un pensamiento poco caritativo.

–Hoy habrá trabajo –ha apuntado Cheryl, rascándose la nariz con la palma de la mano.

La repulsión me ha hecho enderezar la espalda.

–Imagino que tú y tu «aprendiz de abejita» necesitaréis una camarera con años de experiencia.

Lily se ha mantenido inmóvil y no ha pronunciado palabra. Rara vez habla delante de otros empleados. En lugar de eso, se ha dedicado a examinarse las puntas perfectamente lustradas de los zapatos.

–Qué generoso por tu parte, Cheryl –le he contestado.

Aunque, para que conste, no lo decía en serio. He aprendido que, a veces, una sonrisa no significa que alguien sea feliz. Un elogio puede ser fingido. Y, al halagar la «generosidad» de Cheryl, lo que estaba haciendo en realidad era emplear la ironía, porque hay poca gente en el mundo que se mueva tanto por el interés como ella.

–Tengo una idea –ha anunciado Cheryl–. Lily podría hacer las habitaciones de los huéspedes hoy y yo podría ayudarte a ti en el evento Grimthorpe. Ya he hecho la suite de los Chen para adelantarle trabajo.

Puede que hubiera limpiado la suite de los Chen, pero sabía que lo había hecho únicamente para llevarse la propina que dejaban nuestros huéspedes más generosos, una propina que no era para ella, sino para Lily.

–Gracias, pero no. –He rechazado su propuesta cruzando el umbral y apartando a Cheryl, tras lo que he añadido–: Y, Cheryl, lávate las manos antes de volver al trabajo. Recuerda: la higiene siempre se mantiene.

Le he hecho señas a Lily para que me siguiera y hemos dejado a

Cheryl atrás.

Una vez en el pasillo, después de dar un giro hacia la izquierda y otro hacia la derecha de nuestras dependencias, le he pedido a Lily que fuera a la cocina y que comprobara cómo iban los preparativos para la recepción.

–Hoy te encargarás de los dos carritos de té para el señor Grimthorpe –he declarado–. Súbele uno ahora a su habitación. Llama tres veces a la puerta y déjalo en el exterior. A continuación, prepara otro para el evento. Asegúrate de que los empleados de la cocina preparen ambos carros según las indicaciones del señor Grimthorpe.

Lily ha asentido y, a continuación, ha desaparecido por el sinuoso pasillo que conduce a la humeante cocina. Mientras tanto, yo he subido a toda prisa las escaleras y he ido directa al salón de té del Regency Grand, donde he dejado atrás el cordón burdeos de la catenaria que bloqueaba la entrada.

Me he quedado un momento admirando la espléndida imagen. En medio de los techos altos de la estancia, un tragaluz abovedado dejaba pasar la luz y bañaba la sala en un brillante resplandor. Las paredes, cubiertas de un papel de estilo art déco verde y dorado, terminaban en unos arcos que se erigían triunfales hasta las molduras del techo. Las mesitas redondas estaban cuidadosamente guarnecidas con la mantelería que yo misma había dispuesto, con las servilletas plegadas en forma de rosa y unos centros en los que destacaban unas elegantes flores de loto rosas. En pocas palabras, era una maravilla, un regreso glorioso a una esplendorosa era de posibilidades infinitas.

Aquel momento de éxtasis se ha visto interrumpido por el bullicio de los periodistas, que, arremolinados al fondo de la estancia, pasaban cables, ajustaban cámaras y murmuraban sobre los misteriosos motivos que podía esconder aquella peculiar comparecencia pública de J. D. Grimthorpe. En la parte delantera de la sala, el señor Snow asentía repetidamente hacia una joven muy atractiva que abrazaba una carpeta mientras comprobaba el micrófono del atril. Los libreros, justo al lado del estrado dispuesto para el evento, estaban montando una mesa con los libros superventas del autor, entre los que se incluía La camarera de la mansión, la novela que lo catapultó a la fama mundial. La cubierta de la edición más reciente presentaba un sinuoso camino de rosas rojas que conducía a una mansión monolítica con una luz ominosa en una de sus ventanas superiores. Al ver la pila de libros, un escalofrío me ha recorrido el cuerpo. Sabía muchas cosas sobre el hombre que había escrito aquella novela.

Justo en ese instante, el señor Snow ha reparado en mi presencia y me ha indicado con señas que me acercara. He ido esquivando las mesas de manteles blancos hasta que me he encontrado ante él y la joven.

–Molly, permíteme que te presente a la señorita Serena Sharpe, la secretaria personal de J. D. Grimthorpe –ha dicho el señor Snow.

Iba ataviada con un vestido de color azul intenso que se ajustaba perfectamente a su figura y acaparaba todas las miradas en la sala. La señorita Sharpe ha esbozado una sonrisa hacia mí, una que no se ha reflejado en sus ojos felinos. Algo en su rostro le confería una expresión enigmática, como de esfinge, y me resultaba difícil interpretarlo.

–Soy Molly Gray, jefa de camareras –he dicho a modo de presentación.

–La señorita Sharpe está revisando los últimos detalles de la comparecencia del señor Grimthorpe –ha indicado el señor Snow–. Le he asegurado que en esta sala no entrará nadie que no tenga un pase vip y que se servirá a todos los huéspedes té y un refrigerio exactamente a las 9:15, un rato antes de la aparición del señor Grimthorpe, planeada para las 10:00 en punto.

No me ha sorprendido en absoluto la precisión del señor Snow al describir el programa porque nos habíamos pasado gran parte del día anterior revisando hasta el más mínimo detalle.

–Les agradezco de verdad que nos hayan cedido su nueva sala con tan poca antelación –ha dicho la señorita Sharpe–. Soy consciente de que este tipo de solicitudes supone una tremenda carga de trabajo para todo el personal.

De hecho, así había sido. Los albañiles se habían apresurado a dar el toque final en el suelo de baldosas del salón; los chefs y sus ayudantes habían conjurado rápidamente un elegante desayuno a base de té, canapés y bocaditos salados; el señor Preston había contratado más seguridad para el hotel; y a mí se me había encomendado buscar en el almacén quince juegos de té y la cubertería de plata a conjunto. Tiempo atrás, me gané fama de limpiar muy bien la plata, así que les he sacado brillo a las piezas yo misma, hasta la última cuchara.

–Es un placer ser de utilidad –le he dicho a la secretaria del señor Grimthorpe–. Confío en que nuestro salón de té le resulte agradable.

–Así es, sí –ha contestado–. De hecho, todo está tan perfecto que creo que vamos con antelación. Si lo considera conveniente, puedo pedirle a J. D. que baje un poco antes y les firme algunos libros a los empleados.

Las cejas del señor Snow se han elevado hasta las entradas en su pelo.

–¡Eso sería magnífico! –ha exclamado y, sacándose el teléfono del bolsillo de su traje cruzado, ha hecho una serie de llamadas cortas.

En pocos minutos, una fila de entusiastas empleados se ha congregado tras el cordón burdeos en la entrada del salón de té. Angela, con el mandil negro de camarera, se encontraba a mitad de la

fila, mientras que Cheryl reclamaba sus derechos en primera posición. Lily se ha apuntalado en la parte final de la cola, detrás de varios cocineros, lavaplatos y camareras.

–Molly, haz que pasen de forma ordenada –me ha pedido el señor Snow.

Y con estas palabras he conducido a mis compañeros hasta la mesa de los libros, donde han seguido haciendo cola ante una silla vacía que esperaba la llegada de nuestro importante huésped literario.

La señorita Serena Sharpe ha golpeado un par de veces contra una puerta oculta en la pared panelada junto al estrado. Esta se ha abierto con un chirrido y ha aparecido el señor Grimthorpe: delgado como un junco, con unos fieros ojos de halcón, el pelo canoso y despeinado y unos andares acompasados y seguros. Ha ocupado su lugar en la mesa de firmas. La señorita Sharpe le ha tendido una estilográfica negra y dorada. En la sala se han escuchado murmullos, a los que ha seguido la aparición de los móviles, todos disputándose la mejor instantánea.

–Molly, no olvides ponerte a la cola –me ha instado el señor Snow–. Es la única oportunidad que tendrás de conseguir un libro firmado por el mismísimo maestro del suspense.

He sentido que mis piernas echaban raíces, pero las he obligado a moverse hasta ocupar un lugar detrás de un botones que no dejaba de balancearse como si fuera una ardilla ansiosa.

Le he dado unos golpecitos en el hombro.

–¿Ha avisado alguien al señor Preston sobre la firma de ejemplares para los empleados?

–Por supuesto –ha contestado–. No ha querido venir. Ha dicho que prefería respirar aire fresco a rendirle honores al escritor.

–¿De verdad ha dicho eso?

–Ajá –ha respondido el joven antes de desviar su atención hacia la célebre personalidad.

El sudor me ha perlado la frente a medida que la fila se iba reduciendo y los eufóricos empleados se marchaban a toda prisa con el preciado ejemplar del último libro de J. D. Grimthorpe firmado bajo el brazo.

–Te toca, Molly –ha anunciado el señor Snow por encima de mi hombro–. Da un paso al frente.

Y así ha sido como me he encontrado ante el mismísimo escritor.

–¿Tu nombre? –ha preguntado el señor Grimthorpe, examinándome con ojos rapaces.

–M-M-Molly –he balbuceado.

–Un placer conocerte. Yo soy J. D. Grimthorpe –ha dicho, como si yo no lo supiera.

Ha garabateado mi nombre, ha firmado el libro y, acto seguido, me lo ha devuelto, estableciendo contacto visual una vez más. Me he

quedado esperando por si me reconocía, pero no lo ha hecho.

¿Cómo era posible que yo lo recordara todo sobre él, pero que él no me recordara a mí?



CAPÍTULO 3

Antes

Un recuerdo me viene a la mente.

Tengo diez años y estoy sentada junto a mi abuela en la parte de atrás de un taxi con unos asientos de piel sintética que rechinan cuando me muevo. Me agarro con fuerza a la manecilla mientras abandonamos el centro de la ciudad de camino a la zona residencial de las afueras, donde cada casa parece más grande y exquisita que la anterior. Nos dirigimos hacia un lugar muy especial y yo estoy llevando a cabo mentalmente un truco de magia que ya he practicado muchas veces, uno en el que dibujo en una pizarra una experiencia reciente poco placentera y, a continuación, la borro, haciéndola desaparecer de mis pensamientos, tal vez no para siempre, pero si durante un ratito.

Gran, con el cabello teñido de gris y las gafas colgadas precariamente en la punta de la nariz, va bordando la funda de un cojín. Es uno de sus pasatiempos favoritos. Una vez le pregunté por qué le gustaba tanto bordar.

«Porque trasforma lo ordinario en extraordinario. Además, es bueno para calmar los nervios», replicó.

Sigue trabajando con la aguja, sacando unos hilos de colores llamativos de la tela blanca, primero uno, luego el otro. Ya ha terminado la primera línea del cojín («Señor, concédeme») y ha empezado la siguiente.

–¿Y después?

Gran suspira y deja de coser.

–Si lo supiera…

–Es algo sobre el cambio –le recuerdo.

–Ah, te refieres a la siguiente frase del bordado. «Señor, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar aquellas que puedo…».

–«… y sabiduría para reconocer la diferencia» –concluyo.

–Eso es –contesta Gran.

–¿Estás segura de que nos lo podemos permitir? –pregunto, mientras me revuelvo, haciendo rechinar el asiento, y me ajusto el opresivo cinturón.

–¿Permitirnos el qué? –pregunta.

–El taxi. Nos costará mucho dinero, ¿verdad? Quien bien guarda, de nada carece, ¿no?

–Podemos permitirnos derrochar de vez en cuando, aunque no siempre, claro. Y hoy tu abuela se sentía un poco derrochona.

Esboza una sonrisa y retoma de nuevo la labor.

–Descríbeme otra vez el lugar adonde vamos –pido.

–Es una propiedad grande y bien equipada, con espacios verdes, jardines cuidados y muchas habitaciones.

–¿Es más grande que nuestro piso?

Gran detiene la aguja en el aire.

–Mi niña, es una mansión, grande como un palacio, con ocho dormitorios enormes, una biblioteca, un salón de baile, un invernadero, un estudio y un salón lleno de antigüedades de incalculable valor. Es la antítesis de nuestro modesto piso.

Sigo sin poder imaginarlo, sus dimensiones, su grandeza. Trato de recordar la casa más lujosa que he visto por la tele, una que salía en un episodio de Colombo, con ventanas abuhardilladas, jardines ingleses y cubierta de hiedra. Sin embargo, cuando el conductor del taxi dobla la última esquina y Gran dice «Hemos llegado», me doy cuenta de que jamás he visto una casa así, ni en la vida real ni por la tele.

El taxi se detiene ante una imponente verja de hierro forjado, coronada por unas lanzas amenazantes. La verja está flanqueada por dos austeras columnas de piedra. Más allá se distingue una torre de vigilancia gris de tres pisos de alto con ventanas tintadas.

–Salgo un momento para llamar al guarda y que nos deje pasar –dice Gran.

Con los ojos abiertos de par en par, observo como Gran se apea del taxi, pulsa un botón de color beis casi invisible en una de las columnas de piedra y habla hacia unas tablillas camufladas junto a él.

Regresa al taxi y abre la puerta del lado en el que estoy.

–Ven –dice.

Me apeo, con su cojín apretado contra el pecho mientras el taxista baja la ventanilla.

–Puedo llevarla hasta la entrada, señora –se ofrece–. No me supone ninguna molestia.

–No será necesario –contesta mientras abre el monedero y saca varios billetes ganados con mucho esfuerzo.

–Ahora le doy el cambio –dice el taxista, abriendo la guantera.

–No, no. Quédeselo –replica Gran.

–Gracias, señora.

A continuación, sube la ventanilla, nos saluda con la mano y dibuja un gran círculo para dar media vuelta y tomar de nuevo la carretera por la que hemos llegado.

Gran y yo nos quedamos entre las dos columnas de piedra que flanquean la verja ahora abierta de par en par. Ante nosotras serpentea un sendero empedrado, bordeado de ordenados jardines en los que se aprecia el verdor de los abarrotados arbustos de unas rosas rojas como la sangre, las más grandes que he visto en mi vida. Al final del sendero se divisa la mansión, de tres plantas con una fachada lisa de color gris y ocho ventanas de marcos negros dispuestas en tres filas: dos, dos y cuatro. Todo el edificio me recuerda a una tarántula de ocho ojos que salió en un documental de National Geographic y nos dejó maravilladas a Gran y a mí; bueno, fue Gran la que se maravilló; yo me horroricé.

Le tomo la mano a Gran.

–Tranquila. Todo irá bien –dice.

Para Gran, que lleva muchos años empleada como camarera en la mansión de los Grimthorpe, es solo un día de trabajo como otro cualquiera, pero para mí es la primera visita. Gran ha descrito la mansión con detalle a lo largo de los años: el salón repleto de los tesoros que el señor Grimthorpe trae de las giras de promoción de sus libros o que ha heredado de la línea patriarcal; el arte abstracto en el vestíbulo principal al que Gran llama «grumos burgueses»; y, más recientemente, el invernadero junto a la cocina, recién reformado, con unas persianas automáticas que se abren y cierran con tan solo dar una palmada.

–Eso no es nada –dijo Gran cuando le pedí que me contara más cosas–. Las luces del pasillo de la primera planta se encienden y se apagan al notar tu presencia.

–¿No hay que pulsar ningún interruptor? –pregunté.

–No. Es como si la casa supiera que estás ahí.

Aquello sonaba sobrenatural, como si fuera magia, como algo salido de un cuento de hadas. Y aunque Gran siguió describiéndome la mansión con detalle, jamás la había visto con mis propios ojos. Así que no es de extrañar que ahora me sienta como una astronauta que acaba de aterrizar en la superficie de Marte. En cualquier caso, prefiero estar aquí con Gran que en el colegio, que es donde suelo estar cualquier día entre semana.

De hecho, de ahí precisamente venimos, del colegio. Esta mañana, habían citado a Gran para una reunión con mi profesora, la señorita Cripps, y pese a sus reparos, Gran me ha permitido estar presente. Nos hemos reunido con ella en el despacho de dirección, el cual he visitado más veces de las que me gustaría recordar. La señorita Cripps

se ha acomodado tras el enorme escritorio de madera de la directora, mientras que Gran y yo nos hemos sentado en unas rígidas sillas ante ella.

–Gracias por venir –ha dicho la señorita Cripps.

Recuerdo su rostro, esa sonrisa tensa que no he sabido interpretar al principio. He pensado que era la viva imagen de la educación y la cortesía. Ahora sé que no.

–La educación de mi nieta es un asunto de vital importancia para mí –ha dicho Gran, aunque al evocar la escena, recuerdo sus manos entrelazadas, apoyadas a propósito sobre el escritorio ante la profesora, un pequeño gesto que indicaba al mismo tiempo una petición y una afirmación.

–¿Puedo preguntarle dónde está la madre de Molly? –ha solicitado la señorita Cripps–. No es que me importe tratar con usted, pero está a una generación de distancia.

–Molly vive conmigo. Soy su tutora. Y está bajo mi custodia.

He estado a punto de decirle a Gran que no había contestado a la pregunta de la profesora, algo que hizo que la señorita Cripps frunciera el ceño, pero al despegar los labios, la mano de Gran se ha posado sobre mi rodilla, lo que ha provocado que mis palabras se quedaran en la punta de la lengua; en ese momento, no he entendido por qué ha hecho eso. He tratado de comprender la conexión tarareando la Canción del esqueleto, que explica cómo el hueso del pie está conectado al de la pierna y demás, pero he llegado al final de la canción y en ningún momento decía que la lengua estuviera conectada con la rodilla.

Mientras tanto, la señorita Cripps y Gran continuaban con su conversación educada.

–Sé que está ocupada, señora Gray. Está usted casada, ¿verdad? ¿Señora entonces?

–Puede llamarme «señorita Gray» –ha corregido Gran.

–Por lo que Molly ha dicho, todavía trabaja. Debo decir que, a su avanzada edad, es algo sorprendente.

Gran ha carraspeado.

–La cuestión es la siguiente –ha continuado la señorita Cripps–. Estamos a unas semanas del fin del curso escolar, momento en que confeccionamos los grupos de estudiantes para el año que viene.

–Elogio su anticipación –ha respondido Gran–. Molly está ansiosa por tener una nueva profesora el año que viene, ¿verdad, Molly?

–Estoy impaciente. Y también me gustaría cambiar de compañeros –he intervenido.

–Esa es precisamente la cuestión, señorita Gray –ha dicho la señorita Cripps como si yo no hubiera pronunciado palabra–. He llegado a la difícil decisión de que lo mejor para Molly es que repita curso. Me

temo que su progreso no cumple con nuestros referentes educativos.

Gran se ha movido en la silla, paseando la mirada de mí a la señorita Cripps.

–No lo entiendo. Sus informes indican buenas notas.

–Sí, sus notas son satisfactorias. En el aspecto lingüístico y en lectura sobrepasa de lejos al resto de la clase. A menudo también demuestra cierto exceso de precocidad. Corrige la gramática de sus compañeros y los alecciona en vocabulario.

Gran ha ahogado una carcajada.

–Esa es mi Molly.

–Pero, verá, es… diferente.

–Estoy completamente de acuerdo –ha ratificado Gran–. Es una muchacha única. Pero, señorita Cripps, ¿no se ha dado nunca usted cuenta de que, pese a nuestras diferencias, en lo fundamental somos todos iguales?

Ahora ha sido la señorita Cripps la que no ha respondido la pregunta.

–El desarrollo social de Molly es insatisfactorio –ha anunciado–. No ha conseguido hacer amigos en la escuela. En ese sentido es un fracaso, señorita Gray. Las habilidades sociales de Molly podrían considerarse como… primitivas.

–Primitivas –he interrumpido–. P-R-I-M-I-T-I-V-A-S. Primitivas.

He esperado que Gran diera su aprobación al deletreo, pero no lo ha hecho. Aunque sabía que la ortografía era correcta, ella parecía a punto de romper a llorar.

Deseaba decirle que no se preocupara, que conocía la palabra gracias al documental de David Attenborough que habíamos visto juntas unas semanas antes. Iba sobre simios, unos animales fantásticos, a menudo subestimados. Son capaces de utilizar herramientas primitivas para resolver problemas, y no solo en el laboratorio o en el zoo, sino también en entornos salvajes. ¡Extraordinario!

–Señorita Gray, el otro día Molly reprendió a un compañero porque masticaba con la boca abierta –ha dicho la señorita Cripps–. Se acerca tanto a los más pequeños que los asusta. Insiste en llamar al conserje «Sir Walter de las Escobas». Algunos días, se esconde en el baño y se niega a salir. Como comprenderá, no está al nivel de los chicos de su edad.

Gran se ha enderezado en la silla.

–Estoy completamente de acuerdo. No está al nivel de los otros chicos. Molly… –Gran se ha vuelto hacia mí–, ¿por qué te escondes en los baños?

–Suciedad –he contestado con toda franqueza.

–¿Suciedad? –ha repetido Gran, y me he sentido muy orgullosa al

captar el delicado deje al final de la frase: quería oír más sobre el tema.

–En el recreo me invitaron a jugar al fútbol con el resto. Accedí a ser portera antes de darme cuenta del charco de barro que había de poste a poste. Cuando me negué, mis compañeros de equipo me obligaron a quedarme allí y los zapatos se me llenaron de barro. Empecé a gritar y me lanzaron barro y me dijeron que fuera acostumbrándome. «No hay que tenerle miedo a la suciedad», eso es lo que dijeron.

Gran ha abierto la boca de par en par y se ha vuelto hacia la señorita Cripps sin decir palabra.

–Son cosas de niños. No tenían malas intenciones –ha asegurado la señorita Cripps–. Además, de alguna manera tiene que aprender Molly.

–En este punto estamos de acuerdo –ha dicho Gran–. Pero lo cierto es que Molly no necesita aprender de esta manera, y sus compañeros no deberían ser los responsables de su educación.

Era una afirmación interesante. Y debo admitir que, hasta ese momento, no se me había ocurrido pensar que mis compañeros también podrían ser mis profesores. Mentalmente, me he planteado las virtudes de este enfoque educativo. ¿Qué aprendizaje podía sacar de que me metieran la cara periódicamente en el inodoro o de encontrarme con un escupitajo en el estuche? ¿Qué aprendizaje obtendría de que me llamaran Molly la Chiflada, Señorita Remilgada o Máquina de Limpieza y, mi apodo menos favorito, Bicho Raro?

Es cierto, algo había aprendido de mis compañeros: que el dicho de que «a palabras necias, oídos sordos» no era tan fácil de aplicar. Me había convertido en una experta en esquivar proyectiles, e incluso cuando hacían diana con sus misiles, los moratones desaparecían con el tiempo. Sin embargo, las palabras –su aguijonazo, su estigma– duraban para siempre. Sus palabras seguían hiriéndome.

–¿Ha pensado alguna vez que a Molly podría irle bien una atención más individualizada? –ha preguntado Gran, inclinándose hacia delante–. Quizá la escuela pueda realizar ciertos ajustes para que se sienta más cómoda en clase. Igual sus profesores podrían probar otros enfoques para llegar hasta ella, ¿no cree?

La señorita Cripps ha soltado una risita y yo he pensado que me había perdido algún chiste.

–Señorita Gray, llevo siete años como profesora, después de cinco años de universidad. Creo que, a estas alturas, sé lo que me hago –ha afirmado la señorita Cripps–. Existen muchas opciones para una criatura como Molly, por supuesto, y estaré encantada de proporcionarle diversos folletos de especialistas que puede contratar para que la vean en privado.

–En privado –ha repetido Gran–. Es decir, con un coste.

–Naturalmente. No esperará que los educadores trabajen gratis, ¿verdad?

–Por supuesto que no –ha dicho Gran, apartando las manos del escritorio.

–Esto es una escuela pública, señorita Gray. No podemos atender las necesidades individuales de una sola niña. Yo misma doy clase a treinta y cinco.

–Comprendo, aunque me temo que un especialista o una escuela privada están por encima de mis posibilidades –ha contestado Gran.

–Trabaja como empleada doméstica, ¿verdad? Como camarera.

Gran ha asentido.

–Molly suele hablar de usted a menudo. Cuando sea mayor, desea ser igual que su abuela. Dicen que de tal palo, tal astilla. Podría convertirse en una asistenta. Quizá en una lavaplatos. Me parece que es un objetivo profesional adecuado para una chica como ella.

Gran ha bajado la mirada hacia el regazo y se ha tomado un momento para contestar.

–Me cuesta entender cómo se puede obligar a repetir a una muchacha con buenas notas. No estoy convencida de que eso sea el enfoque pedagógico adecuado. Aunque aprecio su opinión sobre el tema, ¿podría hablar con la directora, por favor? –ha solicitado Gran.

–La tiene delante –ha contestado la señorita Cripps–. Todavía no lo han anunciado, pero la junta considera que un poco de aire fresco…, en definitiva, alguien… un poco más joven no iría mal. La directora actual tiene previsto jubilarse a finales de año. Ahora mismo está de baja. Por estrés –ha añadido en un susurro, aunque lo he oído perfectamente.

–Muy bien –ha dicho Gran, y con eso, y una palmada sobre sus muslos, ha recogido el bolso y se ha incorporado de forma algo brusca–. Vamos, Molly. El tiempo es oro.

He seguido a mi abuela hasta la puerta.

–Espere –ha dicho la señorita Cripps–. Molly se queda. Tiene clase todo el día.

–Ah –ha exclamado Gran–. Me temo que se equivoca. Si van a obligarla a repetir, entonces, lo mínimo que puedo hacer yo es aliviarle el tener que acabar este curso. Adiós.

Y con estas palabras, hemos salido por la puerta.

En mi mente, una mano cálida abraza la mía. Qué consuelo tan sencillo. Ya no me encuentro en el despacho de la nueva directora. Estoy en pie, junto a Gran, delante de la mansión Grimthorpe.

–¿Vamos a entrar? –pregunto.

–Sí, vamos a entrar.

–¿Me están esperando?

–No, es evidente que no te esperan.

–¿Y si no quieren que me quede en la casa mientras tú estás trabajando? ¿Y si no les caigo bien? ¿Qué haremos entonces?

–Mi niña –dice Gran–, nos enfrentaremos a la situación igual que siempre nos enfrentamos a todo.

–¿Y cómo es eso?

–Juntas –contesta.



CAPÍTULO 4

Lily y yo llevamos esperando en el despacho del señor Snow un buen rato. Ninguna de las dos ha pronunciado palabra en al menos diez minutos. Debo admitir que esto es menos frecuente en mí que en Lily. Estoy paseándome por la habitación mientras ella está sentada en la silla, inmóvil, pálida y con aspecto sudoroso.

Cuando el señor Grimthorpe se ha desplomado, muerto, sobre el suelo del salón de té ha sido horrible, y solo ha empeorado cuando la policía y los sanitarios de emergencias han entrado corriendo y han empezado a gritar: «¡Todo el mundo fuera! ¡Ya!». Los huéspedes se han precipitado hacia la salida mientras los sanitarios trataban en vano de resucitar al fallecido. Yo estaba a punto de seguir al resto de los huéspedes y abandonar la sala, pero Lily ha conseguido zafarse de mi mano y ha ido hacia la pared, a la que se ha pegado con el terror escrito en su rostro, tan claro y marcado que hasta yo he podido verlo. Estaba inmóvil, fundiéndose con la pared.

–¡Lily! –he gritado, abriéndome paso hasta ella, y tomándole una mano fría como el hielo, he añadido–: ¡Vámonos!

Juntas hemos salido de la sala, apartando la mirada al pasar ante el cuerpo del señor Grimthorpe, que yacía mustio y sin vida en el suelo.

–Llévala a mi despacho, Molly –ha dicho el señor Snow al vernos–. Puede que las autoridades deseen hablar con ella.

Autoridades. Al oír aquella palabra, un escalofrío me ha recorrido la columna vertebral.

Con Lily a mi lado, me he abierto paso a través de la multitud que taponaba todo el pasillo desde la puerta del salón de té hasta el vestíbulo. Un grupo de CORDERAS obsesionadas con los misterios y varios periodistas hambrientos de historias, todos con sus pases vips colgados del cuello, intercambiaban información entre susurros: «¿Está muerto? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué iba a anunciar?». Aunque, a esas alturas, ya empezaba a llegar otra gente, aquellos que habían oído que algo raro había sucedido en el Regency Grand.

Mientras atravesábamos el vestíbulo a toda prisa, he podido ver con el rabillo del ojo al señor Preston en la escalinata con los brazos en

cruz, tratando de contener a la muchedumbre mientras los destellos rojos de los vehículos de emergencia se reflejaban en la brillante entrada del hotel.

A cada paso que dábamos, Lily parecía pesar más. He tenido la sensación de que iba a desmayarse, a desplomarse allí mismo.

–Arriba esos ánimos. Todo irá bien –he dicho mientras la sostenía más fuerte y tiraba de ella hacia los pasillos traseros del hotel.

De hecho, no creía que todo fuera a ir bien, pero tiempo atrás aprendí de Gran lo importante que es tener una actitud positiva en momentos difíciles.

Hemos atravesado el laberinto de pasillos hasta que por fin hemos llegado ante el despacho del señor Snow. He llamado con ímpetu y he gritado «¡Limpieza!» con voz trémula pero autoritaria. Evidentemente, nadie ha contestado, pero es importante respetar los protocolos. He hecho girar el pomo, agradeciendo que la puerta no estuviera cerrada con llave. He conducido a Lily hasta una silla de color granate destinada a las visitas, en la que se ha desplomado como una marioneta caída. Cabizbaja y en silencio, lleva sentada en ella desde hace aproximadamente media hora.

–¿Lily? ¿Te encuentras bien? –le pregunto.

Lily me mira, con las pupilas tan dilatadas que no recuerdo haberlas visto así antes.

–Tengo un mal presentimiento. Esto podría salir muy mal. Para mí. Para nosotras –susurra.

Justo en ese preciso momento, un rostro aparece en la puerta, un rostro familiar y muy bienvenido.

–¡Angela! –exclamo, y salgo corriendo del despacho para reunirme con ella en el pasillo.

Sostiene una taza de té caliente entre las manos.

–Toma –dice, tendiéndomela–. He pensado que te apetecería.

–Gracias. No puedo creerlo, Angela. No puedo creer que haya muerto.

–Ni yo tampoco –responde–. Confiemos en que haya una buena explicación. Pero, Molls, te digo que esto pinta mal. Pinta mal como en los crímenes de verdad.

Siempre he tenido tendencia a desmayarme y, en este instante, mi vieja némesis –el vértigo– me golpea de nuevo, y me embarga la horrible sensación de que el mundo está cabeza abajo y que no puedo hacer nada por remediarlo. Para mantenerme en pie, me concentro en la taza de té entre mis manos.

¿No resulta extraño que el significado de algo cambie en un abrir y cerrar de ojos? Hace unos meses, Angela me mostró algunos de sus pódcast favoritos y la experiencia no me disgustó. Juntas, escuchamos uno llamado Doce hombres sospechosos, sobre una cadena de

asesinatos de la mafia en los suburbios. Angela adivinó quién era el asesino a los diez minutos del primer episodio.

–¡Pam! –exclamó alegremente cuando, en el episodio final, se reveló el culpable–. ¿Quién es la mejor? –preguntó, mientras sus cabellos de color rojo encendido realizaban una danza saltarina para celebrar su clarividencia.

Unos meses atrás, el true crime era un buen entretenimiento, pero ahora me mareo con solo pensar en ello.

–Molly, ¿te encuentras bien? –pregunta Angela.

Consigo asentir ligeramente.

–No te preocupes –dice Angela–. Tengo los oídos bien abiertos. Te informaré si averiguo algo sucio.

–¿Sucio? –respondo.

–Molly –dice, posando la mano sobre mi brazo, que no deja de temblar–, morirse así, de golpe, no es exactamente natural.

–Y si no es natural, entonces, ¿qué es? –pregunto.

–Criminal –dice Angela, mientras clava sus ojos oscuros y esféricos en los míos.

–Mi abuela solía decir: «No llegues a conclusiones precipitadas, o puedes equivocarte de camino y perderte» –le digo.

–Mi abuela solía decir: «Abre bien los ojos y los oídos» –replica Angela–. Y eso es lo que estoy haciendo.

Justo en ese momento, nos llegan unos sollozos desde el despacho del señor Snow. Ambas nos asomamos y vemos a Lily, sentada con la cabeza entre las manos, llorando.

–¿Está bien?

–Sinceramente, no lo sé –le contesto en voz baja.

Le agradezco la taza de té. Ella asiente y se marcha sin decir ni susurrar nada más.

Entro en el despacho y dejo la taza en el escritorio, junto a la que le he traído antes a Lily.

–Toma –digo–. Una buena taza de té cura todos los males. Y si no lo hace, tómate otra.

Espero una sonrisa, una mirada, pero nada.

Durante un rato extraordinariamente largo, gorjeo sin demasiado sentido sobre lo limpio y ordenado que está el despacho del señor Snow, sobre las diferencias entre los libros encuadernados en piel y las ediciones en rústica y sobre cómo mi abuela me enseñó no solo trucos para limpiar la plata, sino también la mejor manera de tratar la piel de dichos ejemplares utilizando un trapo que no suelte pelusa y jabón para limpiar sillas de montar.

–Molly… –dice de repente Lily.

Me apresuro a sentarme en la silla junto a ella.

–¿Sí?

Sus ojos son dos estanques redondos de desasosiego.
–Tengo miedo.
–Lo sé. Pero ¿por qué?
–Porque un hombre famoso ha muerto. Porque siempre culpan a la camarera. Tú deberías saberlo mejor que nadie.
Tomo sus manos entre las mías. Estoy a punto de lanzarme en mi mejor discurso motivacional sobre cómo el bien siempre triunfa sobre el mal y sobre cómo los mansos heredarán la Tierra, pero, justo entonces, el señor Snow aparece en el umbral de la puerta.
–Oh, menos mal –digo–. Estoy tan contenta de…
Pero me detengo al ver que detrás del señor Snow hay alguien a quien desafortunadamente conocí hace unos años y con quien esperaba no volver a cruzarme de nuevo. Es una mujer grande, imponente, con unos hombros anchos y atléticos. Va toda vestida de negro, con un suéter y unos pantalones, aunque el hecho de que lleve ropa de calle y no un uniforme no calma en absoluto mi inquietud.
–Hola, Molly –dice la detective Stark, apoyada con seguridad en el umbral del despacho del señor Snow.
Sé que el decoro requeriría que dijera algo del tipo «Qué alegría verla» o «Un placer volver a encontrarnos después de que me acusara injustamente de haber asesinado al señor Black hace unos años y de que casi me arruinara la vida», pero he aprendido que si no puedo controlar las palabras mentalmente, es mejor no abrir la boca.
–Alguien ha llamado al 911 nada más el señor Grimthorpe se ha desplomado –dice el señor Snow–. La policía ha llegado en cuanto habéis salido de la sala, Molly.
–Y yo no he tardado mucho más en llegar –dice la detective Stark, con los pulgares en las trabillas del pantalón y balanceándose sobre los talones del mismo modo que lo hacen los vaqueros en las películas antiguas–. Esto es como un déjà vu –añade, echando un vistazo al despacho del señor Snow.
–Espero que no –objeto–. Si ha venido para investigar, en esta ocasión sería preferible que evitara graves errores judiciales. Como solía decir mi abuela, errar una vez es humano, pero dos veces es de idiotas.
El señor Snow carraspea.
–Molly, entiendo que estés nerviosa por los acontecimientos de esta mañana.
Stark entra en el despacho y ve a Lily, hundida en la silla.
–Al parecer, alguien más también está nervioso –dice la detective, señalando a Lily con un ademán–. Entiendo que esta es la joven que ha servido a Grimthorpe justo antes de que muriera.
–Esta joven tiene nombre –digo–. Es Lily Finch, mi leal aprendiz de camarera. Por favor, disculpe que no hable. Me parece que está

completamente conmocionada.

–¿Me permite? –pregunta la detective, acercando una silla. La coloca ante Lily y, a continuación, se sienta antes de que alguien pueda decir «Adelante»–. Tengo que hacerte unas preguntas –dice la detective en un tono de voz demasiado alto.

¿Cree que Lily es sorda?

–Oye perfectamente –aclaro.

Lily se mira las manos, blancas y apretadas sobre su regazo.

–No es la persona más habladora del mundo, pero puedo asegurarle que es una aprendiz de camarera excepcional –señalo.

–La cuestión es en qué más es excepcional –replica la detective–. Lily, comprendes que el señor Grimthorpe ha fallecido. Ahora mismo vengo de echarle un vistazo a su cuerpo y he notado algunas cosas muy… extrañas. Cosas sospechosas. He oído que has sido tú la que le ha preparado el té esta mañana.

–¿Cómo sabe eso? –pregunto.

–Cheryl se lo ha contado –responde el señor Snow–. Se ha quedado rondando por allí.

–¿Y qué tiene que ver que Lily le preparara el té al señor Grimthorpe con que se haya muerto? –pregunto.

La detective da media vuelta en la silla y me mira.

–Por lo general, Molly, la gente no se muere así, sin más –aclara–. Normalmente se necesita un poco de ayuda. –Se vuelve de nuevo hacia Lily y se inclina hasta encontrarse cara a cara con ella–. Lily, aparte de ti, ¿ha tocado alguien más esta mañana ese carrito?

Silencio.

–¿Has observado hoy algo fuera de lo habitual en el hotel? –pregunta la detective Stark–. ¿En las plantas superiores o tal vez en las inferiores, en la cocina?

Lily no contesta. Sus ojos tienen aspecto vidrioso y están desenfocados. Me viene a la cabeza la palabra «catatónica»; estoy tentada de pronunciarla en voz alta, una vieja costumbre, pero me reprimo.

–Detective –intervengo–. Esta mañana, el personal de cocina ha preparado dos carritos para el señor Grimthorpe: uno que se ha servido antes del evento y otro que se ha servido durante el evento. Lily ha sido la responsable de llevar ambos. Y en lo que respecta a cosas «fuera de lo habitual en el hotel», en el Regency Grand ocurren cosas raras con una regularidad alarmante. Hace unas pocas semanas, un huésped consiguió colar en la habitación su mascota, una serpiente, la cual se escapó y acabó sobre uno de los confidentes del vestíbulo. Afortunadamente, reparé en el anómalo tirabuzón sobre el sofá verde esmeralda justo antes de que una señora con un trasero bastante generoso se sentara sobre el reptil. ¿Sabía que una vez

pesqué a una estrella del pop llenando el inodoro de hielo para enfriar su champán? Y justo ayer, varios admiradores del señor Grimthorpe se paseaban por el hotel con pases vips falsificados colgados del cuello.

–¿Y cómo supiste que eran falsos? –pregunta la detective.

–«Grimthrope» –replico.

–¿Cómo?

–En los distintivos falsos habían escrito mal el apellido del autor. Un error de ortografía –aclaro–. Un descuido.

–Molly tiene una vista de lince para los detalles –confirma el señor Snow.

–Hum… –dice la detective Stark, torciendo el labio.

Me viene a la mente el perro que hay al otro lado de la calle, enfrente de mi piso. Hace exactamente lo mismo con el hocico justo antes de lanzarse con todas sus fuerzas contra la valla. Quizá Lily también se haya dado cuenta de ello, porque, de repente, empieza a llorar y entierra el rostro entre las manos.

–No estás metida en ningún lío, Lily –la consuelo.

–Me parece algo pronto para afirmar eso –responde la detective.

–Para que conste, Lily no es la única que ha tocado los carritos esta mañana. Yo también los he tocado. He corregido unos pequeños deslices por parte de los empleados de la cocina. Esta semana les falta un compañero fundamental y lamento decir que están metiendo un poco la pata.

La detective se levanta y se pasea por el despacho. Después de dos vueltas completas, se detiene justo ante mí.

–Así que admites haber manipulado ese carrito –dice.

–Así es –respondo, alzando la mano derecha–. Como jefa de camareras, es mi obligación comprobar todos los detalles y llevar a cabo el control de calidad. Y yo nunca escurro el bulto.

–¿Y has visto algo extraño en ese carrito? ¿O en el que se entregó previamente? ¿Algo torcido? –pregunta la detective.

Reflexiono durante un instante.

–De hecho, sí. El tapete debajo de la tetera estaba ligeramente descentrado, pero lo he arreglado.

–Que Dios me ampare –dice la detective Stark, llevándose la mano a la frente–. No hablaba en sentido literal.

–¿Perdone? –digo, lo que tampoco es literal. Quiero decir: no entiendo qué demonios quiere de mí.

–El carrito –insiste la detective–. Te estoy preguntando si había algo en él que podría relacionarse con un hombre que se muere de repente en el salón de té.

–A menos que el té estuviera envenenado, no veo por qué pensaría lo contrario –contesto.

Nada más pronunciar estas palabras, Stark hace una mueca y Lily

empieza a llorar de nuevo. La detective se vuelve hacia el señor Snow.

–Necesito que me diga exactamente cuál ha sido el gran anuncio del señor Grimthorpe.

–Ninguno –responde el señor Snow–. Antes de que pudiera decir algo, se… se…

–Se ha muerto –completo–. No sirve de nada llamarlo de otro modo. El señor Grimthorpe ha muerto antes de pronunciar su discurso.

La detective Stark mira al señor Snow.

–Y como responsable de organizar el evento, ¿no sabía usted el contenido de dichas declaraciones?

–Siento decirle que no –replica el señor Snow.

–Compruebe las tarjetas de referencia –sugiero.

–¿Las tarjetas de referencia? –repite la detective Stark, sonando como un loro bien entrenado.

–Las llevaba en la mano cuando subió al estrado. Luego las ha colocado en el atril –informo.

–¿De verdad? –responde Stark, cruzando los brazos.

Me tomo un momento para reflexionar sobre si se trata de un «de verdad» retórico o si esta vez la detective espera una respuesta por mi parte. Pecando de exceso de cautela, me decanto por lo primero.

La detective Stark suspira de un modo que mi abuela hubiese descrito como «demasiado dramático».

–No hemos encontrado ninguna tarjeta de referencia en el atril. Ni en ningún otro lugar de la sala –informa.

Se vuelve hacia Lily.

–Tienes que empezar a hablar. Ahora. Y necesito que me acompañes a esa sala y me expliques lo que ha ocurrido. ¿Está claro?

–Detective –digo, colocándome entre ella y mi afligida aprendiz de camarera–. Lily no es capaz de hablar en este momento. He experimentado bloqueos similares en el pasado. En mi caso, ocurrieron cuando la gente se dirigía a mí de un modo que no merecía. Entiendo que se trata de un asunto urgente y, visto que mi boca funciona a la perfección, al menos de momento, me ofrezco a acompañarla yo misma al salón de té y revisar los acontecimientos de esta mañana.

–No. Ni en broma –replica la detective.

–A ver, un momento –dice el señor Snow–. Molly ha estado en todo momento con Lily. Lo ha visto todo. Además, acaba de identificar un objeto desaparecido que usted y sus agentes no han logrado encontrar. Molly puede ser más útil de lo que cree.

–Tengo una vista de lince para los detalles –señalo.

–Y eso, pese a que dejas pasar tantos como los que ves –añade Stark.

Gran me dijo una vez que si no tenía nada agradable que decir, mejor no dijera nada. Así que yergo la cabeza, tiro los hombros hacia

atrás y aprieto los labios.

Sin embargo, el silencio pronto se hace ensordecedor.

La detective suspira varias veces con su estilo dramático marca de la casa.

–Está bien, Molly –accede–. Y será mejor que no me hagas perder el tiempo.



CAPÍTULO 5

Antes

¿Te has preguntado alguna vez cómo sería regresar a esos lugares que recuerdas de tu niñez para verlos de nuevo con ojos de adulto? ¿Seguirían teniendo el mismo aspecto o parecerían más pequeños, como si los vieras por un espejo retrovisor, y no porque hayan sufrido cambios, sino porque tú has cambiado?

En mi mente oigo el estruendo mecánico de una verja negra de hierro forjado que se cierra a mis espaldas.

–Un paso tras otro. Es la única manera de llegar a alguna parte en esta vida –aconseja Gran.

Posa su cálida mano sobre mi espalda y me anima a continuar por el camino flanqueado de rosas hacia la mansión Grimthorpe.

–¿Estás segura de que no es un museo?

–Es una residencia privada, mi niña –responde Gran–. Aunque yo no lo consideraría como un hogar.

–¿Por qué?

–Ya lo verás.

Mientras caminamos, tiendo la mano hacia los pétalos suaves y satinados de las resplandecientes rosas rojo sangre.

–Cuidado –advierte Gran–. Tienen espinas.

Retiro la mano y me encuentro otra vez con la de Gran.

–¿Hay otras camareras y empleados en la mansión? –pregunto cuando alcanzamos la mitad del largo camino.

–Ya no –responde Gran–. A la mayoría los han… despedido. Hay un jardinero y el guarda en la torre de vigilancia junto a la puerta. En el interior de la propia casa no confían en nadie. Aunque es una residencia enorme, soy casi la única a la que permiten entrar hoy en día.

–¿Casi?

–La casa no rebosa de vida social que digamos. Los Grimthorpe guardan las distancias.

–Suena perfecto –respondo.

–Pronto conocerás a la señora Grimthorpe, que exige sumisión y lealtad totales, aunque a su esposo, el señor Grimthorpe, apenas se lo

ve estos días… es casi invisible, excepto cuando no lo es.

Un temblor espeluznante me recorre el cuerpo al imaginarme un miasma, un espectro humano, un hombre parcialmente visible.

–¿Es un fantasma? –pregunto.

Gran suelta una risita.

–En cierto modo, sí. Es un escritor, y pasa la mayor parte del tiempo encerrado en su estudio. La señora Grimthorpe insiste en que su terrible carácter es señal de su genio artístico y que está por encima de nosotros, la gente común. Tenemos que servirles sin rechistar, tanto a él como a ella. Molly, hagas lo que hagas, no lo molestes mientras está escribiendo. Te aconsejo que guardes una distancia prudencial porque es un poco como un trol, con un temperamento que oscila de lo melancólico a lo diabólico.

Una nueva imagen del hombre se forma en mi mente: la de un trol corpulento, hirsuto, con unos pequeños ojos rojos, la espalda encorvada y unas fauces abiertas.

–¿Y la señora Grimthorpe? –pregunto esperanzada–. ¿Tiene niños?

–No –responde Gran–. Ha dedicado toda su vida al bienestar de su marido y a proteger el buen nombre de la familia.

–¿Le gustan los niños al menos? –pregunto.

–Lo dudo mucho –responde Gran–. Pero enseguida lo averiguaremos.

Hemos recorrido el largo y sinuoso sendero y ahora nos encontramos ante la inmensa puerta, en la que hay una amenazante aldaba de latón con la forma de una cabeza de león enfadado.

–Adelante –me apremia Gran.

Agarro la pesada mandíbula con mi diminuta mano y la golpeo dos veces contra la dura madera.

Unos tacones resuenan en el interior y, acto seguido, el picaporte se mueve. Corro a ponerme de nuevo a salvo junto a Gran.

La puerta se abre con un chirrido y, tras ella, aparece una mujer de la edad y estatura de Gran, con cara larga y unos finos labios fruncidos en un mohín.

Gran pone un pie detrás del otro, baja los ojos y hace una reverencia, algo que jamás he visto que hiciera ante nadie.

–¿Flora? –dice la mujer adusta, con un chisporroteo en la voz como si fuera un disco rayado en un gramófono–. ¿Qué demonios es eso?

La mujer me mira de reojo y yo me aprieto contra Gran.

–Es Molly, mi nieta –anuncia Gran, con voz enérgica y segura–. Le pido humildemente permiso para que pueda quedarse hoy.

–¿Quedarse dónde? –pregunta la señora Grimthorpe.

–Señora, se ha producido un imprevisto hoy en su escuela. No hay nadie que pueda cuidarla mientras yo estoy trabajando, así que ruego que le permita quedarse aquí durante mi turno. Es buena niña. Nunca

alborota. Es… mi tesoro.

La señora Grimthorpe suelta un bufido y, a continuación, se lleva unos largos dedos a la frente, como si esta noticia le hubiese provocado una jaqueca terrible.

–La camarera esperando que sus señores le hagan de niñera. Es un disparate, se mire por donde se mire. –Niega con la cabeza–. Seré generosa por hoy, pero que sepas que mi beneficencia tiene un límite, y ese límite concluye esta tarde a las cinco.

–Beneficencia –intervengo–. B-E-N-E-F-I-C-E-N-C-I-A, cuyo significado es «amabilidad, misericordia, caridad».

Hago una reverencia inclinando la cabeza, igual que Gran hace unos momentos.

–Y eso, ¿a qué viene? –pregunta la señora Grimthorpe.

–Concurso de ortografía –aclara Gran–. Es muy buena.

Los agujeros negros que la señora Grimthorpe tiene por ojos se clavan en los míos.

–En esta casa hay reglas, jovencita. Y debes obedecerlas, de la primera a la última.

–Me gustan las reglas –digo.

–Bien. Regla número uno: los niños deben verse pero no oírse. Mejor dicho: los niños no deben verse ni oírse.

Asiento, sin atreverme a hablar porque, al hacerlo, contravengo la regla número uno.

–Regla número dos: no se chilla, no se grita, no se llora, no se corre, no se hace ningún sonido en absoluto.

Asiento de nuevo.

–Regla número tres: no debes molestar al señor Grimthorpe bajo ninguna circunstancia. No se lo tomará bien, y yo tampoco. Su trabajo literario es extremadamente importante y no se le puede interrumpir. ¿Entendido?

Asiento otra vez mientras aprieto con fuerza la mano de Gran.

–Molly es excepcionalmente amable y educada –dice Gran–. Se contentará con sentarse en silencio en el salón.

–¿Y con qué se entretendrá? –pregunta la señora Grimthorpe–. Cuando el diablo no tiene nada que hacer, con el rabo mata moscas. No pienso permitir que me destruya la casa por puro aburrimiento.

–Me entretendré con mi gran imaginación –respondo, dándome cuenta demasiado tarde de que acabo de infringir una regla. Añado un «señora», confiando en que compense el error.

La señora Grimthorpe lanza un suspiro y, acto seguido, se hace a un lado, permitiéndonos cruzar el umbral de la mansión.

El vestíbulo es lo más grandioso que he visto nunca, con un suelo de mármol negro pulido taraceado de unos intrincados patrones geométricos y una escalera de roble oscuro que sube hasta una

primera planta bastante elevada. En la pared a mi izquierda, un espejo de cuerpo entero refleja mi rostro sorprendido. Tiene un marco tan dorado que estoy convencida de que es mágico; puede que hasta sea el de Blancanieves. Cuando alzo la mirada hacia el techo, este es tan alto como el cielo, casi que me da tortícolis. Sobre nuestras cabezas, colgada de un filamento imposible por lo fino que es, hay una reluciente araña de estilo moderno con miles de gélidos caireles. Los cuadros que veo en las paredes del vestíbulo son tal como Gran dijo: nada de figuras reconocibles, sino unas manchas de colores llamativas y abstractas que más bien parecen haber sido lanzadas contra el lienzo en lugar de pintadas.

A nuestras espaldas, la señora Grimthorpe cierra la puerta con un ruido sordo y hueco.

–Te instalarás en el salón, Molly –dice Gran–. Puedes continuar con mi bordado. ¿Qué te parece?

–Date prisa, Flora –ordena la señora Grimthorpe–. Las ventanas del invernadero no van a limpiarse solas.

La señora Grimthorpe da media vuelta, se aleja taconeando por el vestíbulo y desaparece en las misteriosas entrañas de la mansión. Gran me da una suave palmada en el hombro y, tras cruzar una doble puerta acristalada, me conduce hasta la primera estancia a la derecha, que es gigante.

–El salón –anuncia.

Siento que me mareo al tratar de captarlo todo: las sillas de respaldo alto de color azul marino, las molduras ornamentales que parecen el glaseado de un pastel, los cuadros de estilo clásico que llenan cada centímetro de la pared –barcos y naufragios, damas en sus vaporosas y bonitas enaguas, partidas de caza que persiguen a zorros de ojos enormes por bosques frondosos–. Y, finalmente, sobre la repisa que hay encima de la negra boca de la chimenea, justo en el centro, está el objeto más asombroso que he visto en mi vida. Sobre un elaborado pedestal deslustrado, con diamantes y otras gemas engarzados, hay un huevo ornamental, nacarado y reluciente. No es grande. Cabría en la palma de la mano. Es tan hermoso, tan hipnótico que no puedo dejar de mirarlo.

–Será mejor que cierres la boca, cariño, no sea que entren moscas –bromea Gran.

Hago lo que me dicen, pero no puedo apartar la mirada del fascinante objeto sobre la repisa.

–La señora Grimthorpe afirma que es un Fabergé –dice Gran–. Una valiosa antigüedad que ha pasado de generación en generación. Es bonito, ¿verdad?

–Es una maravilla –respondo sin aliento.

–Siempre me ha gustado esta estancia –dice Gran–. Han

modernizado la entrada y algunos de los otros salones, pero este es el que más me gusta. Ven. –Gran me saca del embelesamiento y me conduce hacia una de las sillas azul marino de respaldo alto–. Siéntate aquí y trabaja en el cojín. Puedes bordar las florecitas rosas y azules. ¿Recuerdas cómo te enseñé que se hacía?

Lo recuerdo. La aguja es un conejo: la haces entrar en el agujero y entonces, una vez que está abajo, haces un nudo para que esté a salvo.

–Será mejor que vaya al invernadero. Créeme, si piensas que la señora Grimthorpe está de mal humor, será mejor que no la veas si no empiezo a limpiar pronto esas ventanas.

Entonces, Gran hace algo extraño. Se acuclilla ante mí y envuelve mis manos entre las suyas.

–Lo siento mucho –dice, con lágrimas en los ojos–. Te mereces mucho más, pero no sé qué más puedo hacer.

Ignoro por qué está disgustada. Sigue sollozando, y se me hace un nudo en el estómago.

–No llores, Gran –digo–. ¿No recuerdas eso que siempre me dices, que ya encontraré mi lugar feliz?

–Y cuando lo encuentres, ¿todo irá bien?

–Sí –contesto–. ¿Y sabes una cosa, Gran?

–¿Qué?

–Acabo de encontrarlo.

Después de que Gran abandone el salón, paso un buen rato sentada en la silla azul marino de respaldo alto, contemplando cada detalle de la majestuosa estancia, examinándolo y memorizándolo, apuntando cada objeto en un registro mental imaginario. De esta manera, incluso aunque nunca regrese a la mansión Grimthorpe, siempre podré volver a visitarla en mis recuerdos.

Es una técnica que aprendí en una excursión escolar que hicimos no hace mucho a la Galería Nacional. Aunque mis compañeros se reían de mí y me regañaron por leer todas las etiquetas descriptivas junto a las obras, no les hice caso. Nada importaba más que lo que estaba construyendo en mi mente: no solo un lugar feliz, sino un palacio feliz.

Una vez que he hecho una lista con cada cuadro, tapiz y obra de arte del salón Grimthorpe, recreo los detalles con los ojos cerrados y, solo después de conseguir almacenar una imagen completa, me pongo a bordar el cojín de Gran. Empiezo con una flor rosa y azul, pero, al cabo de poco, noto que me pesan los párpados. Deposito el bordado de Gran en el regazo y cierro los ojos.

–¡Hora del té!

Mis ojos se abren de golpe.

Me toma unos instantes recordar dónde me encuentro. Gran está

delante de mí. Compruebo la hora en el reloj que hay en la mesita de centro y me sorprendo al ver que la manecilla de los minutos ha dado más de una vuelta entera.

–Veo que has descansado un poco –dice Gran–. Con la mañana que has tenido, no me extraña que estés agotada, Molly.

Junto a ella hay un carrito que contiene una tetera humeante, una taza de color azul huevo de petirrojo en un delicado platito de porcelana, una cestita llena de bollos con pasas recién horneados, nata cuajada en un bonito cuenco rosa, rodajas de limón en uno amarillo, unos pequeños sándwiches, sin corteza, de pepino en un platito y una ornamentada cucharilla de plata.

–¿Para quién es todo esto? Dijiste que los Grimthorpe nunca agasajan a sus invitados –digo.

Gran suelta una carcajada.

–Puedo asegurarte que no lo hacen. Es todo para ti.

Apenas puedo creerlo. En sábado, Gran nos prepara un té especial con crumpets, [1] que comemos en nuestra pequeña mesa de cocina de segunda mano de nuestro pequeño piso. En una ocasión, el día que cumplía ocho años, Gran compró nata cuajada, tan deliciosamente deliciosa que jamás he olvidado su sabor. Le pregunté si podíamos tomarla cada fin de semana, pero Gran negó con la cabeza. «Ojalá pudiéramos, pero es demasiado cara», dijo.

Ahora Gran me está sirviendo el té tal como me gusta: dos terrones de azúcar y una mancha de leche. Llena un plato de dulces deliciosos y lo deposita en la mesita con patas arqueadas que hay junto a mí. Dobla una servilleta limpia y la coloca sobre el brazo de la silla en la que estoy sentada, presumiblemente para las migas y por si se derrama algo.

–¿No me acompañas, Gran?

Confío en que cogerá una silla. Estoy impaciente por contárselo todo sobre mi palacio mental, la manera en que he catalogado en mi memoria cada objeto de la estancia, desde los faisanes en la alfombra tejida a mano hasta las diferentes gemas en el huevo Fabergé, por si acaso no regreso nunca a esta gloriosa mansión.

–Molly, no puedo acompañarte. Todavía no he terminado con las ventanas –se disculpa Gran–. Pero vendré a verte más tarde. El polvo hay que quitar, así que… a quitarlo sin rechistar. Me harás compañía después, cuando venga a limpiar aquí. ¿Qué te parece?

?De acuerdo, Gran –contesto.

Me roza la mejilla con la mano y, acto seguido, se marcha.

Me maravillo de nuevo ante el carrito. Me preparo un bollo con nata y mermelada, y después otro. Los devoro ambos, acompañándolos con un té que sabe a cítricos y rosas impregnados de sol. Me sirvo una segunda taza con las dos manos, justo como Gran me enseñó. Me

enorgullezco de mí misma al no derramar ni una gota.

Procuro controlarme, masticando cada bocado al menos veinte veces, pero muy pronto, el cesto de los bollos está vacío y lo único que queda en el platito de los pequeños sándwiches son unas pocas migas. Deposito los platos en el carrito. Precisamente entonces reparo en la servilleta que Gran ha dejado en el brazo de la silla. Y se me ocurre algo. ¿Por qué tengo que pasar el día aquí tranquila, tomando té y bordando?

Obras son amores. Gran me lo enseñó.

Tomo la servilleta y empiezo por limpiar las migas de la silla. A continuación, prosigo con la tarea de Gran y quito el polvo de la mesita hasta dejarla reluciente. Recorro la habitación, limpiando todas las superficies, no solo las mesas y las sillas, sino también los marcos de la pared, al menos, aquellos que no están muy altos. Quito el polvo del reloj sobre la mesita y también de los libros encuadernados en piel que hay sobre ella. Repaso abalorios y estatuas, pies de lámparas y pantallas, repisas y marcos de las ventanas.

Solo hay un objeto de la estancia que no he limpiado: el imponente y deslustrado huevo Fabergé. Lo tomo entre mis manos y me lo llevo con cuidado a la silla. Me siento y deposito el precioso «objeto» en mi regazo. Es más pesado de lo que parece y, de cerca, mucho más hermoso. Las patas arqueadas del pedestal están decoradas con complejas guirnaldas, los finos diamantes y perlas opalinas en el propio huevo están incrustados en unas hileras de simetría perfecta. El pedestal de oro presenta un aspecto apagado y descolorido, pero sé qué hacer para remediarlo.

Aprovecho dos rodajas de limón del carrito y las exprimo sobre las patas deslucidas, igual que me enseñó Gran para limpiar nuestra cubertería de segunda mano en casa. Cojo la servilleta y froto y lustro, pulo y restriego. Cuando he terminado, noto los dedos y las manos cansados, pero no hay ni un trocito del pedestal dorado que no brille y lance destellos. Devuelvo el huevo a la repisa y lo coloco en la base, donde resplandece como si fuera un sol en miniatura. En ese preciso momento oigo que alguien ahoga un grito a mis espaldas.

–Pero ¿¡qué has hecho!?

Sobresaltada, me doy la vuelta.

La señora Grimthorpe está en la puerta, apuntando con un dedo huesudo hacia el brillante Fabergé. Oigo unos pasos apresurados y Gran aparece también en el umbral. Su mirada se dirige hacia la servilleta y al bol de rodajas de limón que he dejado sobre la silla.

–Molly, ¿qué estás haciendo? –dice.

–He pensado que podía adelantarte trabajo –contesto–. El polvo hay que quitar sin rechistar. Y también he abrillantado. El Fabergé estaba muy sucio, Gran. Creo que nadie lo había limpiado nunca.

Confío en que Gran elogie mi iniciativa, pero, en lugar de eso, se tapa la boca con la mano.

–¡Desgraciada! –chilla la señora Grimthorpe, infringiendo con eso su propia regla número dos sobre levantar la voz en casa, y volviéndose hacia Gran, añade–: ¡Ha quitado la pátina de una antigüedad valiosísima!

–No lo he dañado –me defiendo–. Mire, brilla.

–¡Eres imbécil! –grita la señora Grimthorpe, con su huesudo dedo todavía apuntándome como si fuera un sapo de cinco patas, un carnero de dos cabezas o cualquier abominación antinatural.

–Solo trataba de ayudar –se excusa Gran.

–¡Es retrasada! ¡Ha destruido el valor de un Fabergé! Si le digo al señor Grimthorpe lo que acabas de hacer, jovencita, tú y tu abuela vais a acabar de patitas en la calle.

–Pero si Gran no ha hecho nada… –digo–. He sido yo.

–Chist –ordena la señora Grimthorpe–. ¿O es que no entiendes lo que significa guardar silencio?

Este es el tipo de dilema que hace que me devane los sesos. ¿Cómo voy a guardar silencio si me acaba de hacer una pregunta?

–Señora, puedo dejar el huevo como estaba antes –interviene Gran–. Una buena camarera conoce ciertos trucos. El señor Grimthorpe no tiene por qué enterarse. No me despida. Ya sabe lo difícil que es encontrar una camarera de confianza estos días. Como usted siempre dice, todo puede ir a peor, y lo hará.

–Jamás encontrará mejor camarera que Gran –digo–. Jamás.

La señora Grimthorpe pasea unos ojos entornados y enfadados de Gran a mí.

–Tu abuela es leal, incluso en exceso. A diferencia de otras camareras que han pasado por esta casa, al menos ella entiende qué es el deber. Pero tú, jovencita, tú no.

–Por favor –suplica Gran–. Molly ha cometido un error. Eso es todo.

–Para que tu nieta sobreviva en este mundo, necesita aprender que sus actos tienen consecuencias. Hay que castigarla –anuncia la señora Grimthorpe.

–Estoy completamente de acuerdo –responde Gran–. Se merece un castigo severo. El más severo.

–¡Gran! –exclamo.

Me sorprende que sugiera tal cosa cuando sabe que solo trataba de ayudar. Pero cuando la miro, se lleva dos dedos hacia el mentón, nuestra señal secreta para decirnos que todo irá bien y que debo seguirle la corriente. Me callo de inmediato.

–Propongo que Molly trabaje para saldar su deuda –continúa Gran–. Las criaturas deben aprender la lección, y qué mejor lección que el trabajo duro, ¿no cree?

La expresión de la señora Grimthorpe cambia.

–¿Trabajo duro? –repite–. ¿Qué tienes pensado?

–Molly pondrá sus talentos a su servicio. Limpiará. Sin que suponga ningún coste para usted.

–Supongo que el castigo se ajusta al crimen. –La señora Grimthorpe esboza una sonrisa, aunque no se refleja en sus ojos–. Que limpie toda la plata que hay en la despensa de servicio –ordena.

–¿Toda? –pregunta Gran.

–Toda –replica la señora Grimthorpe.

–¡Pero eso le tomará semanas!

–Sí, así es –responde la señora Grimthorpe.

Gran me mira de un modo peculiar que no llego a comprenderlo. Sus ojos brillan tanto como el Fabergé.

–Ven, Molly. Te llevaré al lugar donde sufrirás tu severo castigo.

Mi cabeza no deja de dar vueltas. No entiendo nada de lo que ocurre, pero sigo a Gran y a la señora Grimthorpe por un pasillo hacia las laberínticas entrañas de la mansión. A la izquierda, dejamos atrás un salón de baile enorme; a la derecha, un comedor formal, una sala de billar y más de un baño. Finalmente, el amplio pasillo llega a la cocina más grande, limpia y grandiosa que he visto en mi vida, con ventanas que van del suelo al techo y que dan a un invernadero acristalado y a unos jardines un poco más lejos, unos jardines tan verdes y cuidados que parecen salidos de un cuento de hadas.

–No te quedes atrás, niña –ordena la señora Grimthorpe mientras se dirige con grandes zancadas hacia el extremo opuesto de la cocina.

Allí abre una puerta y enciende una luz. La estancia es dos veces más grande que mi propio dormitorio, y sus paredes están recubiertas hasta el techo de estantes llenos de bandejas de plata, platos de plata, cuencos de plata, teteras de plata, fuentes de plata e innumerables conjuntos de cuchillos, tenedores y cucharas de plata. No puede ser. ¿Cómo es posible que una sola pareja posea tantos objetos de plata? ¿Acabamos de descubrir el tesoro de un pirata o hemos entrado en la guarida secreta de un dragón?

–Esta es la despensa de servicio –anuncia la señora Grimthorpe–. La plata ha perdido el lustre. Está sucia, toda. Una vez despedí a una camarera porque se negó a lustrarla diciendo que era una pérdida de tiempo. Aparte de otras afirmaciones ridículas, también dijo que la sosa del abrillantador le arruinaba la piel de las manos. ¡No me digas!

–Gran, ¿por qué no has limpiado la plata? –pregunto.

–Porque tu abuela tiene otras obligaciones, entre las que se incluyen hacerse cargo de toda la mansión y atender las numerosas necesidades de mi marido –interrumpe la señora Grimthorpe–. ¿Comprendes el gran privilegio que supone poder estar tan cerca de un genio de la literatura como él? Al servirlo, servimos a la mismísima creatividad.

Asiento repetidamente para demostrar que lo he entendido y, a continuación, alzo la mano, como si estuviera en clase y tuviera una pregunta urgente.

La señora Grimthorpe me mira con aire desdeñoso.

–¿Y ahora qué?

–¿Significa eso que tendré que venir a esta mansión cada día en lugar de ir a la escuela? ¿Y significa también que me tocará limpiar toda esta plata?

Miro a Gran y ella me hace de nuevo la señal del mentón. Me mantengo inmóvil como una estatua y cierro la boca.

–Eres una criatura terrible y completamente indisciplinada –dice la señora Grimthorpe–. Pero confío en que, a diferencia de las anteriores, tú saldrás mejor. Mi misericordia te ofrece una segunda oportunidad. En el futuro inmediato vendrás aquí cada día y trabajarás para enmendar el daño que has causado a una de las valiosísimas antigüedades del señor Grimthorpe. Me recompensarás limpiando y lustrando todos los objetos de plata de este cuarto.

¡No doy crédito a mi buena suerte! Empiezo a dar saltos allí mismo. Miro a Gran, que parece reprimir una gran sonrisa.

–¡Qué delicia! –digo, y alzando los ojos hacia la señora Grimthorpe, añado–: Tengo una última pregunta, señora Grimthorpe. ¿Puedo empezar ya?



CAPÍTULO 6

La detective Stark sale resueltamente del despacho del señor Snow, dejando allí a él y a Lily. Yo la sigo, tal como me ha ordenado, pero ella se detiene en seco al llegar a una intersección. Casi me estampo contra su espalda.

–¿Qué dirección hay que tomar para ir al salón de té? –pregunta.

–Depende –contesto–. ¿Prefiere usted la ruta más pintoresca, que cruza el vestíbulo, o la ruta más rápida por los pasillos traseros?

–Solo llévame hasta allí lo antes posible, ¿quieres? –contesta, acompañando sus palabras con, según detecto, cierta dosis de insolencia.

–Muy bien –digo–. A quien madruga Dios le ayuda.

Doblo a la izquierda y conduzco a la detective por los pasillos traseros, doblando de nuevo a la izquierda, después a la derecha y otra vez a la izquierda, hasta que llegamos al salón de té, cuya entrada está bloqueada por una cinta amarilla. Una intensa sensación de desasosiego se cierne de nuevo sobre mí, un temor creciente provocado por todo lo ocurrido esta mañana. Cuando miro al interior de la estancia, ahogo un grito ante lo que veo.

–Con el tiempo te acostumbras –suelta la detective.

Se refiere al señor Grimthorpe, cuyo cuerpo yace rígido en una bolsa negra sobre el suelo en el centro del salón. Dos agentes uniformados están cerrando la cremallera de la bolsa. Pero no es el cuerpo del señor Grimthorpe lo que me sorprende, sino el desconcertante estado del salón. Después de todo mi trabajo, ahora es un absoluto desastre. El té ha manchado los manteles, que están torcidos; los platos, por el suelo. Mis pies se pegan a las baldosas. Aquí y allá hay sándwiches pisoteados y machacados. Es un milagro que no se haya roto nada, excepto la taza de té del señor Grimthorpe, cuyos fragmentos están esparcidos sin orden ni concierto alrededor de la bolsa con su cuerpo.

–Detective, como bien sabe, ya me he topado con la muerte en el pasado –señalo.

Sin embargo, no le digo lo poco que me apena que el señor Grimthorpe haya muerto y que, a veces, el destino tiene maneras

misteriosas de darle a cada uno lo que se merece. Tampoco menciono mi conexión con el hombre cuyo cuerpo está ahora en el interior de esa bolsa. He aprendido algo de Colombo y de experiencias previas, y es que las personas vivas que conocieron al muerto pronto se convierten en sospechosas, y eso es lo último que deseo ser ahora mismo.

Al echar de nuevo un vistazo a la estancia, me siento abatida. Estaba tan orgullosa de cómo habíamos conseguido transformarla de un viejo almacén polvoriento a una nueva y deslumbrante sala de eventos… Y justo en ese instante me doy cuenta: una estancia solo es un contenedor. Cualquier espacio puede acabar envenenado por el recuerdo de lo ocurrido en él: un salón de té, una biblioteca, un salón…

De repente siento que pierdo el equilibrio. A mi alrededor, todo se inclina unos grados. Oigo unos sollozos a mis espaldas.

–¿De verdad está… muerto? –pregunta una voz trémula.

La detective Stark y yo nos damos la vuelta.

En el pasillo se ha congregado un grupo de mujeres de mediana edad, y están tan apiñadas que resulta difícil distinguir dónde termina una y dónde empieza la otra. Todas llevan los pases vips y unas chapas idénticas sobre sus corazones en las que se lee: Fan n.o 1 de J. D. Grimthorpe.

–¿Quiénes son ustedes? –pregunta Stark.

–Somos las CORDERAS –responde la que encabeza el grupo, una mujer alta con el pelo rizado y canoso.

Su banderita roja enseguida me dice que es la presidenta de las CORDERAS. Lleva días ondeándola y conduciendo a sus hermanas por todo el hotel, confiando en ver, aunque sea de refilón, al célebre escritor, conseguir un autógrafo suyo o, mejor aún, sacarse una selfi con él.

–Son un club de fans –le aclaro a la detective–. Son apasionadas lectoras de novelas de suspense y misterio que se especializan en el estudio del señor Grimthorpe y de su obra.

–No somos solo un club de fans. Somos amantes del suspense y el misterio –dice otra, una mujer con una gran delantera y el pelo también canoso, señalando el pin con el número uno que lleva sujeto en su abultado suéter marrón.

O bien el suéter está confeccionado enteramente con pelo de gato, o está tan cubierto de él que apenas deja entrever el tejido.

–En la vida y en la muerte, en la salud y en la enfermedad, estamos por completo consagradas al maestro del suspense –afirma desde el centro de la piña una mujer pequeña de cabellos plateados con reflejos de un vivo color fucsia–. En nuestros corazones y en nuestros recuerdos, J. D. vive in perpetuum.

–Cuyo significado es «para siempre» –clarifico, recordando el instante en que oí por primera vez dicha expresión.

Algunas de las CORDERAS, por no decir todas, empiezan a sollozar al unísono. Un paquete de pañuelos de papel aparece de algún lugar entre el grupo y se lo van pasando de unas a otras.

–¿Es usted detective? –pregunta la alta presidenta de pelo rizado a Stark, señalándola con la banderita.

–Sí –responde Stark.

–¿Sabe la causa de la muerte? –pregunta otra mujer en el centro de la piña.

–Por eso he venido, para averiguarlo –contesta Stark.

–¿Ha sido un asesinato? –pregunta la mujer pequeña con reflejos fucsias.

–No lo descartamos –replica la detective.

–Puedo ayudarla. Soy experta en J. D. Grimthorpe –propone la dama con el suéter lleno de pelo de gato.

–Ya dispongo de más ayuda de la que deseo –responde Stark, lanzándome una mirada–. Y lo que ahora necesitaría de todas ustedes es privacidad. Debo pedirles que despejen la zona de inmediato.

La presidenta asiente.

–Por supuesto. CORDERAS, dejen paso a la detective. –Levanta su banderita roja para concentrar al resto–. Detective, si cambia de opinión y desea información de referencia, aquí nos tiene –ofrece, antes de conducir al grupo lejos de la entrada del salón de té.

–Por favor, no nos olvide –dice la mujercita canosa con los reflejos fucsia.

–No lo lograría ni aunque quisiera –responde la detective Stark.

La presidenta y su banderita capitanean al rebaño por el pasillo y desaparecen de nuestra vista.

Una vez que se han marchado, la detective Stark levanta la cinta amarilla que bloquea la entrada.

–Entra, Molly –ordena.

–Muy amable –digo, agachándome para pasar por debajo de la cinta.

La detective Stark me sigue. Los dos agentes que estaban cerrando la cremallera de la bolsa se acercan.

–¿Alguna novedad? ¿Habéis encontrado algo? –pregunta la detective Stark.

–Urticaria alrededor de los labios, angioedema debajo de los ojos.

–Síntomas de hinchazón compatibles con un fallo orgánico o, en ocasiones, con un paro cardiaco –puntualizo–. Pero ¿qué causa realmente que un corazón se detenga? La pregunta es siempre esa, ¿verdad?

Los agentes se vuelven hacia mí como si no se hubieran percatado de mi presencia hasta ese instante.

–¿Quién demonios es? –dice el más alto.

–Molly, es solo una camarera –responde la detective Stark.

–¿Molly la camarera? Debe de ser una broma –dice el más bajito. 2

–Ojalá lo fuera –responde en voz baja la detective Stark, pero no lo suficiente como para que yo no lo oiga.

–¿Y qué está haciendo una camarera en el escenario del crimen? –pregunta el alto.

–¿Supone usted que esto es el escenario de un crimen? –pregunto–. Cuando se suponen cosas, lo único que se consigue es quedar como un imbécil.

Por alguna razón que ignoro, la detective Stark pone los ojos en blanco, mientras que los agentes abren la boca de par en par.

–No le hagáis caso –dice la detective Stark–. Es problema mío. Volved al trabajo.

–Pero necesito limpiar este desastre –le digo a la detective–. Tardaremos un buen rato en hacer que este salón recobre su estado ideal.

–Ni lo sueñes. Nada de limpiar –dice Stark.

Reparo entonces en lo impulsivo y estúpido de mi reacción.

Los dos agentes regresan al caos que hay en la parte delantera del salón.

Stark saca un pequeño bloc de notas.

–Bien, acabemos con esto. Quiero que me describas el salón tal como estaba antes del evento. ¿Puedes decirme quién y qué estaba aquí momentos antes de que el señor Grimthorpe apareciera? Todos los detalles son importantes. ¿Lo comprendes?

–Lo comprendo perfectamente.

Retrocedo en el tiempo hasta esta mañana y rememoro una imagen de la sala en todo su esplendor, atestada de huéspedes que aguardaban la aparición del señor Grimthorpe.

–A las nueve y cuarto, todos los asistentes ya habían ocupado sus asientos. Los mozos, camareros y camareras estaban en los laterales. Yo me encontraba allí, cerca de la parte delantera de la sala, justo al lado de Lily. Teníamos a los fotógrafos y periodistas a nuestras espaldas.

–¿Y esa mesa? –pregunta Stark.

–Para los libreros. Y Lily estaba al cargo del carrito del señor Grimthorpe.

–¿Es ese de allí?

La detective señala un carrito en la parte delantera de la estancia.

–Sí, es ese –respondo–. Bueno, quiero decir que ese era el carrito del señor Grimthorpe.

–¡Chicos! –grita la detective Stark–. Ese es el carrito de Grimthorpe.

Los agentes asienten y empiezan a inspeccionarlo con las manos

enguantadas.

–¿Estaba Grimthorpe en la sala cuando tú llegaste? –dice Stark.

–No, estaba en la habitación detrás de la pared revestida con paneles de madera, a la que se accede por una puerta oculta. La señorita Serena Sharpe, secretaria personal del señor Grimthorpe, ha llamado y, acto seguido, ha aparecido el señor Grimthorpe. Cuando se ha dirigido hacia el estrado y ha colocado las tarjetas en el atril, el silencio ha invadido la estancia.

–Bien. Las tarjetas. ¡Chicos! –grita de nuevo–. ¿Habéis encontrado unas tarjetas de referencia?

–No, jefa –responde el agente alto.

El otro niega con la cabeza.

–¿Y qué ha ocurrido después, Molly? –pregunta Stark mientras garabatea en la libretita.

–El señor Grimthorpe ha carraspeado y ha pedido una taza de té. Lily se la ha servido y se la ha acercado hasta el estrado.

–Bien, cataremos el té de esa tetera.

–No será necesario –digo–. Era un English Breakfast. Lo sé bien.

–Quiero decir que lo analizaremos para ver si hay toxinas, Molly. ¿Lo captas? Queremos descubrir si alguien, como esa imbécil que ahora está en el despacho del señor Snow, ha puesto algo en el té del escritor.

–Los insultos están de más –le reprocho–. Y en cuanto al té de Grimthorpe, sí que había algo en él: miel.

–Miel –repite la detective Stark.

–Sí, miel procedente del tarro de miel que yo misma he colocado en el carrito. Como ya he mencionado, he inspeccionado el carrito justo antes del gran evento y he apreciado algunos deslices cualitativos. El señor Grimthorpe nunca toma el té con azúcar, sino con miel. He arreglado un tapete que estaba descentrado y, acto seguido, he cambiado el azucarero por un tarro de miel.

–¡Chicos! –grita de nuevo–. Mirad si hay un tarro de miel en el carrito.

Los hombres enguantados lo buscan pero no lo encuentran.

–Tiene que estar –digo–. Un tarro de plata de miel de primera calidad con una pequeña hendidura en la tapa para una cuchara del Regency Grand.

Me acerco al lugar donde está el carrito, pero cuando llego, en la bandeja de plata solo hay un tapete vacío.

–Ha desaparecido –anuncio.

Echo un vistazo a la estancia. Aunque en todas las mesas hay azucareros, no se ve ningún tarro de miel; no forman parte de nuestro servicio habitual de té.

–Qué raro. El señor Grimthorpe ha bajado del estrado y se ha

servido más miel.

–¿Ha bebido de esa taza rota en el suelo? –pregunta la detective Stark.

–Sin duda. Todos lo hemos visto. Ha dado varios sorbos nada más servírsela y unos pocos más cuando ha subido de nuevo al estrado. A continuación, ha dejado la taza y ha empezado a hablar. Ha mencionado que estaba a punto de revelar un secreto, solo ha dicho eso, pero antes de hacerlo, ha comenzado a tambalearse, como si estuviera casi ebrio. De repente se ha inclinado hacia delante y, acto seguido, se ha desplomado sobre la pobre Lily.

–Y su taza ha salido volando –señala Stark.

–Así es –respondo, contemplando los añicos esparcidos por el suelo–. Y también la cucharilla y el platito.

La detective Stark se acerca hasta los fragmentos de la taza y el platito, y se agacha cuidadosamente junto a las esquirlas. Se vuelve hacia los agentes.

–Chicos, ¿habéis recogido una cucharilla del suelo?

–No –dice el alto.

El otro niega con la cabeza.

Stark anota algo en su bloc de notas y pasa la página rápidamente.

–¿Y qué ha ocurrido después de que Grimthorpe se desplomara?

–Todo el mundo se ha precipitado hacia la parte delantera del salón. Se han oído gritos de socorro, ha habido empujones. Yo me he abierto paso entre la gente y he sacado a Lily de debajo del señor Grimthorpe. El señor Snow y su secretaria personal, la señorita Serena Sharpe, trataban de reanimarlo.

La detective levanta la cabeza de la libreta.

–¿Y dónde dirías que está esa secretaria ahora?

–¿Tal vez en su habitación? –sugiero–. Está en el segundo piso. Es la adyacente a la del señor Grimthorpe.

–¿Habitaciones conectadas? ¿Con su jefe? –dice la detective. Se vuelve hacia sus hombres–. ¿Se os ha pasado por la cabeza a alguno de los dos detener e interrogar a la secretaria personal?

Ambos hombres desvían la mirada.

La detective Stark cierra de golpe el bloc de notas.

–Hay que darse prisa –murmura, dirigiéndose hacia la salida.

–¿Adónde va?

–A buscar a Serena Sharpe.

Sigo a la detective por el vestíbulo del hotel de camino hacia los ascensores, donde esperan varios huéspedes.

–Ya puedes irte. Dedícate a lo que suelas hacer aquí –anuncia la detective Stark al pulsar el botón de la flecha hacia arriba con mucho más ímpetu del necesario–. Pero no abandones el hotel, ¿me oyes? Y

tampoco permitas que esa compinche tuya se marche a ninguna parte.

–Muy bien –contesto–. ¿Y cómo piensa entrar en la habitación de la señorita Sharpe si ella no está? ¿Le ha dado alguien la llave? ¿El señor Snow, quizá? Y supongo que tiene una orden. No se puede entrar así como así en la habitación de un huésped…, a menos que, por supuesto, sea una camarera –concluyo, mostrando mi llave maestra.

Stark mira de reojo a los huéspedes que esperan junto a nosotras. ¿Es una ilusión óptica o detecto cierto tono rojo tomate que le sube desde el cuello hasta los pómulos?

–Está bien –murmura entre dientes–. Puedes venir conmigo. Y si alguien pregunta, técnicamente no soy yo, sino tú la que ha entrado en la habitación. ¿Lo captas?

–Como desee –replico.

Entonces ocurre algo que jamás me había sucedido en toda mi dilatada carrera como camarera de hotel. Las puertas del ascensor se abren y los huéspedes que estaban esperando junto a nosotros retroceden, cediéndonos el paso a la detective y a mí. Cuando entramos, ni siquiera hacen ademán de seguirnos. Puedo oír sus susurros: «¿Quién es la mujer de negro? ¡Parece una detective con ropa de calle! ¿Será que han asesinado a Grimthorpe?». Las puertas se cierran y pulso el botón del segundo piso. Stark y yo guardamos silencio hasta que la campanilla indica que hemos llegado.

–Por aquí.

Conduzco a la detective Stark hasta la suite de la señorita Sharpe, la número 201.

Golpeo la puerta con los nudillos mientras la detective espera unos pocos pasos rezagada.

–¡Limpieza! –grito en tono firme pero autoritario–. Por primera vez, no estoy aquí para limpiar su habitación, sino que hay alguien que desea hablar con usted.

Esperamos, pero nadie responde. Me vuelvo hacia la detective Stark.

–Estrictamente hablando, y según mi propio manual, solo se le permite la entrada a la camarera de la señorita Sharpe, y no soy yo. Pero, por esta vez, haré una excepción.

–Te estoy eternamente agradecida –responde la detective Stark, aunque su manera de pronunciarlo hace que me cuestione su sinceridad.

Tras el zumbido de mi llave electrónica, entro y sostengo la puerta. La detective sigue fuera, pero asoma la cabeza, haciéndola pivotar de un lado a otro. Sé lo que está haciendo porque yo hago lo mismo. Está memorizando los detalles de la habitación, sacando una fotografía mental para después examinarla.

La cama está recién hecha, con las esquinas de hospital tirantes y perfectas. Sobre la mesa, los vasos para el agua están higiénicamente

cubiertos por un plástico de protección. Han pasado el aspirador por la alfombra formando unas líneas de jardín zen recién barrido, el pelo perfecto e inmaculado. No solo acaban de limpiar la habitación, sino que la señorita Sharpe, claramente, se ha marchado. No se ve ninguna maleta ni hay ningún objeto personal sobre ninguna superficie.

—¿Todo bien, Molly? —Escucho a mis espaldas—. ¿Lo hemos limpiado todo como debíamos?

Me vuelvo y veo un carrito de la limpieza en el umbral y a Sunshine y Sunitha, dos camareras experimentadas, que están junto a la detective.

—¿Alguna de vosotras dos ha visto a la señorita Sharpe?

Sunshine niega con la cabeza.

—Recepción nos ha informado de que ha dejado la habitación. Nos han mandado a limpiar esta suite y la adyacente del señor Grimthorpe. También ha dejado la habitación.

—Vaya manera de decirlo —interviene la detective Stark.

—Está muerto —les explico—. Bien muerto.

Sunitha se queda boquiabierta. Los ojos de Sunshine se abren como platos.

—¿No os habéis enterado?

—Nos faltan dos camareras, Molly. A ti y a Lily os asignaron al salón de té. De hecho, esta es una habitación de Lily, pero Cheryl nos dijo que la hiciéramos. No nos hemos movido de esta planta en toda la mañana —explica Sunshine.

—¿Puedo revisar vuestras bolsas de basura? —solicita la detective.

Sunshine y Sunitha intercambian una mirada que deja entrever sus sospechas de que esta mujer tan enorme vestida de negro de la cabeza a los pies sea una lunática, una pervertida o una mezcla de ambas cosas.

—Está aquí para investigar —aclaro—. Por favor, enseñadle las bolsas de basura de esta habitación.

Sunitha asiente y rebusca en el carrito hasta que extrae una pequeña bolsa de basura blanca, que le pasa a la detective.

—¿Tenéis guantes? —pregunta Stark.

Sunitha toma un par de guantes desechables nuevos del carrito y se los tiende.

La detective se los pone, abre la bolsa, hurga un poco y, a continuación, saca algo del fondo: un papel arrugado, una nota, con el membrete del Regency Grand. Mientras la alisa, leo lo siguiente por encima de su hombro: Eres un ángel.

Atentamente,

Tu principal admirador.

Es una caligrafía perfecta, surgida de una pluma estilográfica a

juzgar por las delicadas florituras. Me resulta muy familiar, pero no recuerdo por qué.

–¿Es la caligrafía del señor Grimthorpe? –pregunta la detective.

–Desde luego que no –respondo.

Puedo asegurarlo de inmediato.

La detective me observa con el ceño fruncido.

–¿Y qué te hace estar tan segura?

Mi mente se acelera. El corazón me late desbocado. Los límites de la habitación empiezan a desdibujarse y oscurecerse.

–Lo sé porque… porque estuvo firmando ejemplares antes, para mí y para muchos otros –balbuceo–. Esta caligrafía no concuerda.

–Hum… –replica Stark.

Aunque Sunshine y Sunitha han estado siguiendo la conversación entre nosotras como si fuera un partido de tenis, su trabajo es servir a los huéspedes, no cuestionarlos, así que no preguntan nada sobre qué demonios está ocurriendo.

–Señoras, ¿dejó Sharpe algo en la habitación antes de irse?

–Sí, eso –responde Sunshine, señalando doce rosas de tallo largo en un jarrón de cristal que sobresalen de su carrito–. Molly, las hemos conservado. Nos sabía mal tirarlas. Queríamos preguntártelo… ¿Hemos hecho bien?

Simpatizo de inmediato con el dilema al que se enfrentan mis camareras bien intencionadas. Por un lado, el Manual de una camarera para el mantenimiento de una limpieza pináculo de la perfección (un manual oficial de normas y reglas que concebí y escribí yo misma) establece que todo aquello que olviden los huéspedes debe entregarse a Recepción como objetos perdidos. Sin embargo, una subcláusula también especifica que, siempre y cuando los objetos olvidados se consideren descartados en lugar de olvidados, dichos objetos pueden pasar a ser propiedad de las camareras para su uso personal.

–Podéis quedaros con las flores. Quien bien guarda, de nada carece.

–¿Y la habitación del señor Grimthorpe? ¿Habían olvidado algo en ella? –pregunta Stark.

Sunitha niega con la cabeza.

–¿Nada en la basura?

–No había nada de nada en la habitación –dice Sunshine–. No había maleta, ni basura ni nada. Solo una cama revuelta.

–Así que su jefe se muere de repente ¿y ella sale pitando, así, sin más? –dice la detective Stark con los ojos entornados.

Dobla la nota que ha sacado de la basura y se la guarda en la libreta, y, acto seguido, se acerca al carrito con la bolsa en la mano, la deja caer en el cubo y desecha también los guantes de goma.

–Eso es todo –dice, encaminándose por el pasillo.

–¿Adónde va? –pregunto tras ella.

–A comisaría.

–¿Así que ha concluido la investigación?

La detective da media vuelta de repente y casi me estampo contra su rostro.

–Nada de eso. Será mejor que, por tu bien y por el de tu pequeña compinche, confíes en que no aparezca nada sucio en el salón de té.

–Oh, seguro que no –digo–. Todo estará inmaculado una vez que haya terminado.

–No hablo de suciedad, Molly. Me refiero a los informes de toxicología. Me refiero al té de ese carrito.

–Soy muy consciente de a qué se refiere, detective. ¿Es usted consciente de a qué me refiero yo?

La detective pone los brazos en jarras.

–Permíteme que te pregunte algo de forma directa: ¿conoces a alguna camarera o empleado del hotel, ya seas tú u otra persona, que tuviera algún motivo para odiar al señor Grimthorpe?

Tengo dudas de qué responder. La verdad es que sí conozco a una camarera con un motivo para odiar al señor Grimthorpe. Pero también sé que esa camarera está muerta.



CAPÍTULO 7

Antes

El recuerdo es tan vívido que parece que fue ayer. Es la noche después de mi primer día de trabajo junto a Gran en la mansión de los Grimthorpe. Estoy de vuelta en nuestro piso. Gran me ha arropado y me ha dado su habitual recomendación de que sueñe con los angelitos. Cierro los ojos y caigo en un profundo sueño, el más exquisito que jamás he tenido. Por primera vez en mucho tiempo, las pesadillas sobre las torturas que me esperan en el recreo al día siguiente no me acosan. En lugar de eso, en mis sueños, los objetos de plata y los huevos Fabergé bailan ante mis ojos, brillando y lanzando destellos. A la mañana siguiente, me despierto fresca y entusiasmada por pasar otro día en la mansión de los Grimthorpe.

Gran y yo salimos a las ocho menos cuarto. Hoy no hay taxi caro. En su lugar, nos mueven nuestras propias piernas y después, un autobús, y luego, otro. En el largo trayecto le cuento a Gran la enorme revelación que he tenido por la noche, justo antes de dormirme.

–Lo he decidido. Ya sé qué quiero ser de mayor.

–¿Y qué quieres ser? –pregunta Gran.

–Camarera, como tú.

–Oh, no te lo recomiendo –dice Gran–. El trabajo tiene muchos peligros ocultos. Y creo que, con lo despierta que eres, puedes aspirar a algo mejor.

–¿Qué quieres decir con «aspirar a algo mejor»? Quiero ser camarera –afirmo.

Gran suspira y me da unos golpecitos en la mano.

–De acuerdo. De momento, puedes ser mi aprendiz de camarera en la mansión. ¿Qué te parece?

–Pues que es como estar en el cielo.

Una hora después nos encontramos ante la verja de la mansión. Gran hace sonar el interfono camuflado para anunciar nuestra llegada y, desde su torre, el portero invisible pronuncia el «ábrete, sésamo». Recorremos el sendero de adoquines flanqueado por unas aromáticas

rosas. En la entrada de la mansión, un rostro desfigurado en el que ayer no reparé nos mira desde un lugar por encima de la puerta.

–Gran, ¿es ese el señor Grimthorpe? –pregunto.

–No –responde, soltando una risita–. Eso es una gárgola, aunque debo admitir que el parecido es extraordinario.

Subo las escaleras hasta la puerta, cojo la pesada mandíbula del león y llamo con fuerza tres veces. El pomo gira y aparece la señora Grimthorpe, ataviada con una blusa beis y una falda gris, con los labios apretados y fruncidos.

–Buenos días, señora Grimthorpe –saludo–. Estoy lista para limpiar y lustrar –digo, orgullosa de mi nueva distinción como la aprendiz de camarera oficial de Gran.

En vez de responder, la señora Grimthorpe se hace a un lado para dejarnos pasar. De brazos cruzados, nos observa mientras nosotras nos quedamos en pie en el recibidor. Gran se acerca al armario, saca un trapo y me ordena que me quite los zapatos. Enérgicamente, limpia las suelas de los dos pares, el suyo y el mío, antes de dejarlos dentro, a cierta distancia del resto de los otros zapatos, mucho más elegantes.

La señora Grimthorpe suelta un bufido y, a continuación, nos conduce por el vestíbulo principal, el de los grumos burgueses, hacia el interior de la casa. Llegamos a la magnífica y soleada cocina, que huele a limones y a fresco aire primaveral.

–Tengo que ir a la ciudad a hacer unos recados –anuncia la señora Grimthorpe–. El guardia nos llevará en coche. Flora, tú me acompañarás y cargarás con las bolsas. La chiquilla se quedará aquí trabajando.

–Señora, no puedo dejar a Molly sola –objeta Gran–. ¿Quién cuidará de ella?

–Estoy segura de que puede cuidar de sí misma. Además, el señor Grimthorpe está arriba, en su estudio, y Jenkins está justo ahí, en el jardín.

A través de los enormes ventanales que van del suelo al techo, distingo a un hombre rubicundo de ojos bulbosos, con una espalda tan recta como un signo de exclamación. Nos observa mientras rebana los arbustos con unas tijeras de podar muy afiladas.

La señora Grimthorpe comprueba la hora en su reloj de pulsera.

–Vamos, vamos, Flora. Lleva a la chiquilla a la despensa de servicio mientras yo recojo mis cosas.

Y, sin más, desaparece taconeando por un pasillo, clic-clac, clic-clac.

Nada más marcharse, Gran posa sus manos en mis pequeños hombros.

–Molly, no quiero dejarte aquí sola.

–No me importa. Estaré bien –aseguro.

–¿De verdad? A veces, no sé qué hacer –dice Gran, arrugando los

ojos de ese modo que hace que me duela el estómago.

Esto sucede a veces entre Gran y yo. Siento lo que ella siente; sus emociones traspasan mi piel y se me meten dentro. Tengo que buscarlo en el libro de anatomía de la biblioteca, porque aunque la Canción del esqueleto no lo mencione, debe de haber alguna explicación sobre la conexión entre los ojos de Gran y mi estómago.

–Si tienes un dilema, limpia para que quede todo como una patena –le digo.

Es una cancioncilla que, como muchas otras, cantamos juntas mientras hacemos las tareas domésticas en casa.

Tras darme un abrazo, Gran se aleja un poco y me observa.

–Si necesitas algo mientras estoy fuera, acude a Jenkins, el jardinero, ¿de acuerdo? Ya sé que su aspecto da un poco de miedo, pero es tan dulce como un pudín. Le diré que te vigile. Bajo ningún concepto debes molestar al señor Grimthorpe, que está arriba. ¿Lo comprendes?

Antes de que pueda responder, veo a una mujer que se acerca por el sendero hacia la puerta lateral de la mansión. Lleva un pañuelo azul anudado al cuello que le cubre la cabeza y guantes a juego. Nos saluda con la mano a través de la ventana y le hace un gesto con la cabeza a Jenkins sin detenerse.

–Gran, ¿quién es?

–Oh, es la secretaria personal del señor Grimthorpe. La señora Grimthorpe le prohíbe relacionarse con nosotros… Dice que es para preservar la privacidad del trabajo del señor Grimthorpe. Ven –añade Gran–. Te acompañaré a la despensa de servicio.

Troto junto a Gran hasta la estancia protagonista de todos mis sueños de la noche anterior. Está tal como la dejé, llena hasta las vigas del techo de reliquias de plata, todas necesitadas de atención. En la gran mesa, las piezas que limpié ayer lanzan destellos como si fueran relucientes estrellas.

Después de rebuscar en una alacena, Gran saca dos pares de guantes de goma, una gran jarra y una palangana de boca ancha. Se vuelve hacia mí con los brazos en jarras.

–No puedo permitir que lustres toda esta cubertería de plata solo a base de frotar. En algún momento se te caerá el brazo.

El sobresfuerzo de ayer ya me provocó dolor en ambos y hoy los siento un poco rígidos, pero, por el momento, creo que no corro peligro de desmembramiento.

Gran se pone los guantes y, con cuidado, vierte el líquido de la jarra en la palangana.

–Esto es limpiametales, Molly. Contiene una cantidad diminuta de sosa cáustica, que es corrosiva. Antaño, cuando yo era una aprendiz de camarera, preparábamos nosotras mismas la mezcla. Una vez, una

camarera con la que trabajaba cuadruplicó la cantidad de sosa que decía en la receta y dejó la palangana en la entrada trasera de la finca. Su Excelencia regresó de una cacería con las manos sucias. Vio la palangana y sumergió los dedos en ella. Yo salí corriendo y le puse las manos debajo del chorro de agua. De no haberlo hecho, el ácido las habría corroído hasta los huesos.

–Qué accidente más terrible –digo.

–Terrible, sí. ¿Accidente? Nunca he sabido qué pensar.

–¿Qué quieres decir?

–El destino, Molly. Funciona de forma misteriosa. Por eso es tan importante tratar a los otros con respeto –aconseja mientras me pasa un par de guantes de goma, los cuales me pongo–. Este limpiametales moderno no es igual que el que utilizábamos años atrás, que era más peligroso. Este es más suave, pero, aun así, póntelos para trabajar.

Gran coge un candelabro deslustrado, lo sumerge en la solución y lo frota con un trapo. Tras restregarlo un poco, la plata brilla con luz propia.

–¡Es magia! –exclamo, aplaudiendo con las manos enguantadas.

–¡Flora! –Oímos desde algún lugar de la casa–. ¡Venga, date prisa!

Gran se saca los guantes y los deja cuidadosamente junto a la palangana. Me da un beso en la frente.

–Estaré de regreso antes de que puedas deletrear «casualidad» –dice, y acto seguido, sale a toda prisa de la habitación.

Escucho cómo la señora Grimthorpe le da órdenes a Gran en la entrada. Entonces, la puerta se cierra con un ruido sordo y sé que se han marchado.

«Pues ya está –pienso para mis adentros–. Estoy sola en la mansión… sin Gran». En lugar de aterrorizarme, la perspectiva de la recién adquirida responsabilidad me llena de orgullo. Deletreo «casualidad» cinco veces, y llego a la conclusión de que Gran lo ha dicho en sentido figurado (que significa «no realmente») y no literal (que significa «precisa y exactamente»).

En el silencio que me rodea oigo un sonido nuevo que resuena por la mansión vacía.

Ra-ta-ta-ta-ta.

Es el de una máquina de escribir. Por lo general, los sonidos suelen molestarme mucho, pero este no me importa porque es rítmico y predecible. Debe de ser la mujer de azul, la secretaria personal del señor Grimthorpe, que está escribiendo a máquina en un despacho en las profundidades de la mansión.

Echo un vistazo a mi alrededor, a la despensa de servicio, y siento una oleada de éxtasis. Estoy sola. ¡En una mansión! Soy una adulta a la que han encomendado responsabilidades de adulta. Brinco de un lado a otro y, a continuación, me pongo el delantal y los guantes de

goma.

Primero sumergir, después frotar y… a brillar.

Empiezo a trabajar, limpiando una pieza tras otra, colocando cada objeto reluciente sobre la mesa, en una fila perfecta. Mientras lo hago, imagino que estoy preparando el majestuoso banquete que ofreceremos Gran, también conocida como Duquesa del Delantal, y yo, la camarera Molly de Fabergé.

Nuestra lista de invitados es la crème de la crème. Robin Hood presidirá la mesa en su arrugado traje de terciopelo verde. A su lado estará Colombo, con una gabardina nueva y por primera vez pulcramente peinado, justo como a Gran le gustaría. Enfrente se sentarán Tejón y el señor Sapo, y junto a ellos, David Attenborough en traje de safari, un tambaleante Humpty Dumpty, ataviado con pantalones cortos y tirantes, y sir Walter de las Escobas, el conserje y única persona que me cae bien en el colegio.

Todavía quedan algunos asientos libres, así que los lleno con el Espantapájaros, el León y el Hombre de Hojalata de El mago de Oz. También invito al Gato de Cheshire, que sonríe hecho un ovillo encima de una silla al otro extremo de la mesa. Solo queda un asiento libre, el mío. Llevo un vestido de inmaculado color blanco con unas mangas casquillo de encaje y enaguas con volantes hasta los tobillos.

Golpeo la cuchara recién lustrada en la taza de porcelana para pedir un brindis. El agudo tintineo es música para mis oídos.

–Por Gran –digo–. Y por mis buenos amigos de los cuentos. Gracias por ser leales y sinceros, desde la primera hasta la última página.

Bebemos té y comemos bollos con nata cuajada. Hacemos un concurso de ortografía y yo deletreo «extraordinario» correctamente a la primera. Somos los Verdaderos Caballeros Plateados de la Mesa Rectangular, almas gemelas, los únicos amigos que jamás tendré.

La sensación de una pequeña picadura me hace salir de mi ensueño. Una única gota del limpiametales ha aterrizado en mi antebrazo, justo por encima del guante. Voy corriendo al fregadero y sumerjo el lugar donde me escuece en agua fría. Aliviada, regreso a la fiesta, pero mis amigos se han esfumado.

–¡Esperad, no os vayáis! –exclamo, pero la imaginación me falla.

Bajo los ojos hacia mi raído delantal; no hay volantes ni mangas de encaje, solo la pura y deshilachada verdad.

Justo en ese momento me doy cuenta. Reparo, no sin cierta urgencia, en que necesito ir al baño. Me quito los guantes y salgo de la despensa de servicio. Ayer, Gran me mostró el baño que se supone que debo usar. No es el tocador para las visitas que hay cerca de la entrada, al que Gran llama el «oro de toilette». Ni tampoco el baño junto a la cocina, con la enorme bañera de hidromasaje. Ni, evidentemente, el baño del piso superior. Tengo que utilizar el del

servicio, situado abajo, en el sótano, con paredes de piedra húmeda y en el que cada rincón y grieta alberga una araña peluda de pequeños ojos compuestos, aterradores y brillantes.

–Tiene lo estrictamente indispensable –dijo Gran ayer mientras tiraba del cable de la bombilla desnuda y empezábamos a bajar aquellas escaleras desvencijadas y resbaladizas.

Ahora estoy ante la puerta del sótano, justo al lado de la cocina, tratando de armarme de valor para abrirla y bajar, pero los pies se me han pegado al suelo. Soy incapaz de moverme.

«Toc, toc, toc», oigo.

Casi se me sale el corazón del pecho. Me doy la vuelta y veo los ojos saltones de Jenkins, que me observa a través del cristal de las ventanas de la cocina. Sacude varias veces la cabeza y pronuncia unas palabras que no logro entender.

–No te oigo –digo–. No sé qué estás diciendo.

Jenkins se desplaza de la ventana hasta la puerta con vidriera. La abre, pero, en lugar de entrar, asoma la cabeza y susurra:

–No tienes por qué ir allí abajo.

–Tengo que hacerlo –respondo–. Tengo que ir al baño.

Recuerdo lo que mencionó Gran sobre Jenkins, aunque su aspecto es más bien el de un espantajo que el de un pudín, lo que sería preferible. Está cubierto de rasguños, presumiblemente causados por las espinas de las rosas, y en el cinturón de cuero que le rodea la cintura lleva un amenazante surtido de herramientas. Al ver las afiladas tijeras, un escalofrío me recorre la columna vertebral. Aun así, Jenkins es mejor que las arañas. Y es mi única esperanza ahora mismo.

–Por favor, señor, ¿podría acompañarme al sótano? –le ruego.

–Ojalá pudiera, pequeñaja, pero no me permiten entrar en la casa. Es por lo sucio que acabo cuando trabajo y todo eso. Si la señora me pescara, se me caería el pelo. Utiliza otro baño. Si lo dejas limpio, la señora Grimthorpe nunca se enterará –dice, guiñándome un ojo.

Asiento y trago saliva.

Jenkins cierra la puerta con cuidado y, a continuación, saca las tijeras de podar del cinturón y empieza a atacar ferozmente un seto junto a la ventana.

Respiro profundamente varias veces para serenarme. Gran me dijo explícitamente que los lavabos de la planta baja estaban prohibidos, y lo último que deseo es que la señora Grimthorpe se enfade por infringir las reglas y que se me caiga el pelo, lo que suena horrendo y poco agradable.

Me dirijo hacia la parte delantera de la casa y me detengo bajo las gélidas lágrimas de la araña modernista. Tal vez si utilizara uno de los baños del piso superior, la prueba de mi presencia podría atribuirse al

señor Grimthorpe o a su secretaria. De puntillas, subo la escalera principal, cuyos peldaños crujen a cada paso que doy. La escalera serpentea hasta un pequeño rellano con una ventana, y, a continuación, hay un segundo tramo hasta el piso superior. Llego al final y me encuentro con un pasillo largo y cavernoso, empapelado con un diseño oscuro que se supone que es brocado, pero que a mí me parecen cientos de globos oculares que observan de reojo cada uno de mis movimientos.

Al recorrer el pasillo, las luces se encienden como por arte de magia. Dejo atrás dormitorio tras dormitorio, lujosamente decorados, a los que echo un rápido vistazo: una cama con dosel en uno de ellos; una cama de latón que parece salida de La bruja novata en el siguiente. Al final encuentro un baño. Entro y cierro la puerta con pestillo. Después de hacer mis necesidades, me enjabono y lavo las manos bajo el agua que brota de los grifos dorados y, acto seguido, las seco con una toalla de manos tan mullida que podría ser una nube. Descorro el pestillo y salgo, muy aliviada.

Sé que debería deslizarme escaleras abajo y regresar a mi tarea, pero al otro extremo del pasillo veo una puerta abierta que da a una amplia estancia que me deja sin aliento. Es la biblioteca, y aunque Gran ya me la había descrito, nada podría haberme preparado para aquello. Incluso desde lejos ya se aprecian las estanterías, repletas desde el suelo hasta el techo de suntuosos ejemplares encuadernados en piel de color rojo y azul, dorado y verde.

En ocasiones, mis pies tienen vida propia, y este es uno de esos momentos. De puntillas, se ponen a caminar por el pasillo, con las luces que se encienden atrayéndome y animándome a seguir. Antes de que me dé cuenta, me encuentro en el umbral de la imponente biblioteca. En una esquina, junto a la ventana, hay una chaise longue tapizada en terciopelo, y a su lado, una lámpara de pie, cuya pantalla sostiene una ninfa de latón congelada en medio de una travesura. Una alta escalera con ruedas en la parte inferior está apoyada en la pared al otro extremo. Puede desplazarse por toda la estancia y llega a los ejemplares situados a más altura.

Extasiada, cruzo el umbral. He oído hablar de algunos de estos libros o los he visto en la biblioteca pública. Otros son nuevos para mí, incluidos los que tienen el nombre de J. D. Grimthorpe en el lomo: El secreto del muerto, Veneno y castigo, El huésped misterioso. Extiendo la mano y, con las yemas de los dedos, acaricio todo un estante de volúmenes de tonos brillantes: El conde de Montecristo, Cuentos de hadas de los hermanos Grimm, Otra vuelta de tuerca. Lo único que deseo ahora mismo es coger uno, acurrucarme en la chaise longue y perderme entre sus páginas.

Ra-ta-ta-ta-ta.

El sonido de la máquina de escribir, ahora mucho más cerca. Es entonces cuando lo veo: un delgado rayo de luz procedente de una rendija en la base de la pared forrada de libros más cercana. Me acerco.

Entonces oigo pasos. Al otro lado, alguien se pasea arriba y abajo.

–¡Maldita sea! ¡Es todo basura, todo! ¡No vale ni una palabra!

Es una voz masculina, un gruñido sombrío y ronco. Los pasos se convierten en pisotones y, a continuación, se oye un ruido sordo, como si algo hubiese caído al suelo. Noto las vibraciones bajo mis pies.

Una sombra corta el haz de luz que se refleja en los tablones del suelo. Yo me acerco unos pasos, solo unos pocos, pero, al hacerlo, las tablas crujen bajo mis pies.

–¿Quién anda ahí? –Oigo, como si fuera el estruendo de un trueno.

Para mis jóvenes oídos, resulta una voz inconfundible: la de un trol de mal humor y sediento de sangre.

–¡Contéstame! –ordena el trol.

Me pongo a temblar porque puedo imaginarlo: jorobado y peludo, con colmillos sobresaliendo de su boca y los ojos inyectados en sangre. Me agarrará por los tirantes del delantal, me levantará y mientras yo trato de zafarme, me introducirá en sus fauces abiertas.

Me quedo inmóvil. No trato de huir, ni siquiera sigo investigando, porque Gran siempre dice que la curiosidad mató al gato y, en este caso, no quiero ser un felino.

La habitación recupera la calma y me siento terriblemente aliviada. Pero entonces, mis pies me desobedecen de nuevo. De repente me acerco todavía más y me agacho. No puedo evitarlo. Me tumbo en el suelo, lo que me permite ver la habitación contigua a través de la ominosa rendija, ahora a la altura de mis ojos. Me pongo de costado. Me acerco más, mucho más, a la rendija hasta que… un ojo, el ojo azul acero de un trol, me devuelve la mirada desde el otro lado de la pared.

–¡AAAAAAAAAH! –grito, con la adrenalina propulsando todo mi cuerpo.

Me pongo en pie de un salto, salgo de la biblioteca y atravieso corriendo el pasillo, justo cuando oigo la puerta principal que se abre y a la señora Grimthorpe que le ordena a Gran que lleve las bolsas con las compras al interior.

Bajo la escalera principal a toda prisa, saltando los escalones de dos en dos hasta que llego a la entrada, sin aliento pero procurando ofrecer un aspecto perfectamente normal en todas las formas posibles.

–¿Molly? –dice Gran, cargada con bolsas de la compra. Las deposita en el suelo y añade–: Vaya, parece que acabas de ver un fantasma.

Me aferro a la barandilla, en un valiente intento de aparentar

normalidad.

–No era un fantasma –respondo–. No exactamente.



CAPÍTULO 8

En mi sueño estoy buscando comida en un bosque encantado situado justo al final del sendero que lleva a nuestra casita hecha de pan de jengibre. Una oveja de aspecto extraño me pregunta qué estoy haciendo.

–Estoy recogiendo medicinas para Gran –respondo.

–Pues date prisa, antes de que sea demasiado tarde –dice la oveja, alejándose al trote por el sendero.

Cuando llego a nuestra casita, Gran está en la cama, con las sábanas hasta la barbilla.

–Traigo las medicinas. Todo irá bien.

–Has llegado tarde –responde Gran.

En ese momento, me doy cuenta de que no es Gran la que está en la cama, sino el señor Grimthorpe, el trol, envuelto en una piel de oveja y con un gorro blanco en la cabeza.

–¡No! –grito–. ¡Estás muerto! ¡Márchate y no vuelvas jamás!

El trol empieza a reírse, soltando unas carcajadas graves y maniacas. Justo cuando está a punto de clavarme las garras, el sonido del móvil, que está en mi mesita de noche, me despierta.

No soy una niña en una pesadilla, sino una mujer adulta en su cama.

Deslizo la yema del dedo sobre la pantalla para responder.

–¿Diga? –pronuncio, casi sin aliento.

–¿Molly? –responde Juan Manuel–. Suenas como si hubieses estado corriendo.

–Estaba durmiendo.

Me siento sudada y confusa.

–Siento haberte despertado, mi amor. Solo quería darte los buenos días y recordarte que es hora de levantarse, espabilar y triunfar.

Está parafraseando una frase de Gran. Le conté que, de niña, cada mañana descorría las cortinas de mi habitación y me decía: «¡Levántate y espabila, mi niña!» en tono alegre, como si fuera un gorrión cantarín. Falleció antes de que Juan Manuel pudiera conocerla y, de alguna manera que no llego a comprender, hay partes de ella que viven en él igual que lo hacen en mí, lo que añade consuelo a mis

días.

–¿Qué tal fue el evento de Grimthorpe, Molly? Seguro que te salió de muerte.

–¿Cómo? –respondo, incorporándome. Me cuesta unos instantes darme cuenta de que no se refiere a lo ocurrido con el señor Grimthorpe, sino que utiliza una de esas expresiones de moda que tanto le gustan–. Para que conste, yo no he matado a nadie.

Juan suelta una carcajada.

–Entonces, ¿fue bien lo de ayer?

No quiero evitar la verdad, pero sé que si le digo que un célebre escritor ha muerto en el salón de té del Regency Grand, se preocupará, y mucho. Conociéndolo, se subirá a un avión y estará aquí antes de que acabe de pronunciar «Pepito Grillo», y eso no sería justo. No puedo esperar que Juan corra a mi lado cada vez que algo se tuerce. Además, soy perfectamente capaz de gestionar esta situación por mí misma. Al fin y al cabo soy jefa de camareras.

–Mi amor, ¿sigues ahí? ¿Va todo bien? –pregunta.

–¿Quién ha dicho que vaya algo mal? –pregunto–. ¿Ha contactado contigo alguien del hotel?

–No –responde–. No se les permite llamarme. El señor Snow dijo a los empleados de la cocina que confiaba en que se apañaran ellos solos para variar, en lugar de acudir a mí cada vez que surgiera un problema.

–Exacto, eso es –digo–. Todos confiamos demasiado en ti. Ya es hora de que descanses como mereces.

–Pero me echas de menos, ¿verdad, mi amor?

–Claro que te echo de menos. No te imaginas cuánto –aseguro. De repente noto cómo la tristeza se agolpa en mi garganta, pero la engullo rápidamente antes de que se escape hacia fuera–. Será mejor que me vaya. Hay mucho por limpiar en el hotel.

–Seguro que lo arreglarás. Siempre lo haces.

Nos despedimos sentidamente y cuelgo.

Salgo de la cama con un brinco, dejando atrás el sueño y la pesadilla. Me muevo afanosamente por el piso, preparándome para el día que me espera. Ignoro qué me deparará, pero, como Gran solía decir, hay que recibir cualquier posibilidad con los brazos abiertos. Nunca se sabe qué puede suceder. Solo confío en que pronto atribuyan la muerte prematura del señor Grimthorpe a causas naturales y que nosotros podamos seguir dedicándonos a lo que mejor sabemos hacer en el Regency Grand: ofrecer a nuestros huéspedes el mejor servicio en un hotel sofisticado acorde con los tiempos que corren.

Al cabo de una hora me encuentro caminando con paso enérgico bajo el sol hacia la escalinata principal del hotel. El señor Preston, con gorra y abrigo, está en el rellano alfombrado, orientando a una joven

pareja de turistas y señalando una calle contigua; ambos se apresuran a bajar las escaleras y seguir sus indicaciones hacia su destino, como si todo fuera normal, como si nuestro hotel no hubiese sufrido una conmoción de proporciones sísmicas el día anterior. Me quedo plantada ante el hotel, observando la entrada, y me empiezan a temblar las piernas.

–¡Molly! –grita el señor Preston nada más verme.

Subo las escaleras hasta él.

–Mi querida niña, llevo toda la mañana pensando en ti. Qué susto más horrible te debiste llevar ayer. ¿Estás bien?

–Señor Preston, no soy yo la que ha muerto, así que es razonable pensar que estoy bien –respondo, aunque sin creerme del todo mis propias palabras.

–Gracias a Dios –responde el señor Preston–. Me alegro de que hayas sobrevivido a la terrible experiencia de ayer sin que te haya afectado demasiado. Y, en cuanto al escritor, ¡adiós muy buenas!

–¿Adiós muy buenas? –repito–. No me parece muy caritativo.

–La caridad me la reservo para aquellos que la merecen –responde el señor Preston–. Y ese hombre no estaba en ese grupo.

Un extraño hormigueo me revuelve las entrañas. Mi abuela solía tener sensaciones como esta. Las llamaba «intuiciones».

–Señor Preston, ¿conocía usted al señor Grimthorpe? –pregunto.

–No estoy seguro de que alguien lo conociera, ni siquiera él mismo – responde.

–No estará pensando que lo ha matado alguien de este hotel, ¿verdad?

–¿A un hombre como él? Todo es posible.

Justo en ese momento llega un taxi con unos huéspedes.

–Molly, ten cuidado hoy ahí dentro –me aconseja el señor Preston–. Por aquí están sucediendo cosas que no llego a comprender del todo, así que… mejor abrir bien los ojos.

Es extraño que diga eso en una conversación que ya ha estado plagada de rarezas, pero últimamente el señor Preston no es el mismo. Sigue insistiendo en vernos para cenar, lo que me obliga a preguntarme si se encuentra bien. Está más distraído y cansado que de costumbre. Pide ayuda a los aparcacoches y hace pausas con mayor frecuencia.

–No hace falta que se preocupe por mí, señor Preston –le aseguro–. Estaré bien. Si acaso, debería preocuparse por sí mismo.

Asiente y empieza a bajar la escalinata. Yo tomo el camino contrario y empujo las puertas giratorias que me conducen al magnífico vestíbulo del Regency Grand. Es un hervidero de actividad pese a que ni siquiera han dado las nueve. Los visitantes se apiñan junto a los confidentes esmeraldas. Los aromas matinales a café y a abrillantador

con aroma cítrico se amalgaman en el aire.

Una hilera de huéspedes recién llegados espera en Recepción mientras los botones van de un lado a otro, enfrentándose al repentino exceso de maletas esparcidas por el vestíbulo. No es la primera vez que veo esto, por supuesto. También lo viví el día después que el infame señor Black muriera. Aquella mañana, nuestro hotel colgó el cartel de completo. Todos los chismosos de la ciudad reservaron de repente para formar parte del «acontecimiento», y todos formulaban la misma pregunta: ¿había muerto el señor Black por causas naturales o estaba ocurriendo algo más siniestro en el Regency Grand? En esta ocasión no hay diferencia. Ayer, un escritor de renombre mundial se desplomó y murió en el salón de té y, hoy, la energía conspirativa hace palpitar el vestíbulo, con huéspedes y empleados intercambiando chismes sobre quién conoce a quién y quién sabe qué. Toda esta charla sobre potenciales sospechosos y posibles criminales entre nosotros es preocupante.

Doblo bruscamente a la derecha y me alejo del vestíbulo escaleras abajo, hacia las dependencias de Limpieza y Mantenimiento, donde mi uniforme recién llegado de la tintorería cuelga en su funda de plástico de la puerta de mi taquilla. Un nuevo comienzo. Me lo pongo rápidamente y justo cuando estoy prendiendo la placa que me identifica como jefa de camareras por encima del corazón, algo en un rincón de la habitación de techos bajos me sobresalta.

–¡Lily! –exclamo. Está ahí, inmóvil entre las sombras junto a su taquilla–. Me has dado un susto de muerte. Mi querida niña, ¿qué haces hoy aquí? No te esperaba, y menos después del alboroto de ayer. ¿Por qué no llamaste y dijiste que no te encontrabas bien?

–Porque me encuentro bien –susurra–. Y hay algo que tengo que…

En ese momento entra Cheryl, arrastrando descuidadamente los pies como siempre, lo que me provoca deseos de cortárselos.

–Por fin te encuentro, mi pequeño alhelí –dice Cheryl con voz monótona al ver a Lily escondida en la esquina–. Vaya, estás perfecta, «en tu estado ideal». Hoy limpiarás toda la segunda planta porque a Molly la requieren en otro lugar.

–¿De qué estás hablando? –pregunto a Cheryl.

–Oh, ¿no te lo ha dicho el señor Snow? Te necesitan en el Social. Se ve que unos camareros no se han presentado o algo así. Lo que quiere decir, Lily, que yo seré tu supervisora. Son órdenes del señor Snow. –Señala hacia la placa identificativa torcida, prendida sobre su generoso pecho–. Mira quién vuelve a ser jefa de camareras.

La confusión burbujea en mi interior. Soy incapaz de decidir si enderezo la placa torcida de Cheryl o si sencillamente la abofeteo.

–Estoy segura de que ha habido un malentendido –afirmo, dirigiéndome a Lily–. Voy a hablar de inmediato con el señor Snow.

–Adelante –murmura Cheryl.

Gran solía decir que «no sirve de nada pelearse con payasos», así que me quito el pin de jefa de camareras y lo guardo con cuidado en la taquilla.

–Que tengas muy buen día, Lily –le digo, antes de abandonar el vestuario sin intercambiar ni una palabra más con Cheryl.

Subo a toda prisa las escaleras, acalorada, como si fuera una tetera hirviendo.

Llego al vestíbulo, donde está el señor Snow, junto al mostrador de Recepción, ataviado con un chaleco de terciopelo negro y un elegante pañuelo de cachemira. Junto a él se encuentra Angela, con su cabello de vivo color rojo encrespado.

Voy directamente hacia ellos.

–¿Soy o no soy la jefa de camareras de este hotel? –le pregunto al señor Snow.

Este suspira y, acto seguido, se alisa el pañuelo.

–Solo será por hoy, Molly. A Angela le han fallado tres camareros, así que estamos en un buen aprieto. Te necesitamos en el restaurante. Y tenía que poner a alguien al frente de las camareras al sacarte del servicio de habitaciones.

–¿Y ha elegido a Cheryl? –interrumpo–. ¿Por qué no me ha consultado sobre la dinámica de mi propio departamento? ¿Ahora el mundo funciona oficialmente al revés? ¿Y qué ha ocurrido con los camareros? ¿Han llamado diciendo que estaban enfermos? –pregunto.

–«Aterrados» sería más adecuado –contesta Angela–. Por lo visto, temen que haya un asesino suelto en el hotel.

–Eso es ridículo. Completamente ridículo –señala el señor Snow.

–Ah, ¿sí? –responde Angela–. En los pódcast he aprendido que las peores cosas suceden en los lugares más seguros.

El señor Snow frunce los labios como si estuviera chupando una rodaja de limón.

–Por otro lado –continúa Angela–, ¿no le parece un poco extraño que la secretaria personal del señor Grimthorpe saliera corriendo ayer justo después de que su jefe estirara la pata? Es decir, me alegro de que hoy tenga pensado pasarse por aquí, pero, aun así…, es retorcido.

–¿Cómo sabes que la señorita Sharpe tiene pensado pasarse por aquí hoy? –pregunta el señor Snow.

–Es evidente. La caja archivadora justo a sus espaldas lleva su nombre –dice Angela.

El señor Snow se ajusta las gafas, colocándoselas más o menos rectas sobre el puente de la nariz.

–Por cierto, señor Snow, hoy tiene muy buen aspecto –elogia Angela– ¿A que va muy elegante, Molly?

–No cabe duda –corroboro–. ¿Hay una boda de alto postín en el

hotel? ¿O tal vez un banquete? Señor Snow, ¿por qué va tan arreglado?

Los ojos del señor Snow inspeccionan de nuevo el vestíbulo, ignoro en busca de qué o quién.

–¿Señor Snow? –repito.

–¿Qué hay en la caja archivadora? –pregunta Angela.

Él le lanza una mirada inquieta.

–Unas pocas fruslerías –responde–. Objetos olvidados después de toda la conmoción de ayer.

Acaricia la tapa de la caja a sus espaldas con la palma de la mano.

–Genial. Me encantan las fruslerías –dice Angela, agarrando la tapa.

Con un solo gesto la quita, haciendo que la mano del señor Snow se desplome junto a su costado.

–¡Fíjate en esto, Molly! –dice Angela, tras echar un vistazo.

Dentro hay una edición muy antigua de la novela superventas del señor Grimthorpe La camarera de la mansión, la cual, a diferencia de los ejemplares que se vendían ayer durante el evento, tiene la cubierta original: la puerta de madera de una gran mansión y un ojo que mira a través de una cerradura. Junto al libro está la pluma estilográfica del señor Grimthorpe, la cual reconozco por las firmas de ayer, así como un cuaderno Moleskine con sus iniciales y un sobre cerrado del Regency Grand dirigido a Serena.

–La nota para Serena es mía –confiesa el señor Snow–. En agradecimiento a su apoyo.

–¿Serena? ¿No querrá decir la señorita Sharpe? –lo corrijo.

Estoy a punto de embarcarme en una diatriba sobre el protocolo adecuado para dirigirse a los huéspedes, pero antes de que pueda iniciar mi conferencia, el señor Snow me interrumpe.

–Permitidme que deje algo muy claro –dice–. Serena es inocente como un corderito.

–En este hotel no hay nadie tan inocente –replica Angela–. Ni siquiera usted, señor Snow. –Coge la novela y pasa páginas hasta que encuentra la de créditos–. ¡Caramba! Es una primera edición. Tiene que ser un ejemplar difícil de encontrar.

–Sí, así es –reconoce el señor Snow–. Lo teníamos en el vestíbulo, en una vitrina, para promocionar el evento del señor Grimthorpe, junto al resto de los objetos y souvenirs de la caja. En cualquier caso, Serena ha pedido que lo devolvamos todo.

–Vaya, vaya, hablando del papa de Roma… –dice Angela.

Justo entonces, tras empujar las puertas giratorias del Regency Grand, la señorita Serena Sharpe aparece en el vestíbulo. Está radiante, etérea, aunque su atuendo –un vestido ajustado de terciopelo negro– deja claro que está de luto.

La señorita Sharpe mira a su alrededor y divisa al señor Snow, que

la saluda frenéticamente. Se abre paso hasta nosotros. Cuando se acerca, no puedo evitar reparar en los círculos oscuros que se han formado debajo de sus enigmáticos ojos azules, que denotan cansancio, o tal vez tristeza.

–Queridísima Serena, ¿cómo te encuentras? –saluda el señor Snow.

–Para ser sincera, todavía conmocionada. Me cuesta hacerme a la idea de que se ha ido –confiesa.

–Es completamente comprensible –responde el señor Snow–. Te acompaño en el sentimiento y no dudes en contar conmigo si necesitas apoyo emocional durante este difícil periodo.

No puedo creer lo que sucede después. El señor Snow posa su mano sobre el brazo desnudo de la señorita Sharpe. Estoy a punto de mencionar que esto supone una violación de todas las normas del hotel referentes a la conducta apropiada entre empleado y huésped, normas que salieron del mismo señor Snow, pero antes de que pueda hacerlo, la señorita Sharpe se libra de su mano.

–Me gustaría preguntarte una cosa –dice–. ¿Hay alguna novedad sobre cómo murió el señor Grimthorpe? ¿Ha dicho algo la policía?

Su voz tiembla y suena insegura.

–Lamento decirte que no –responde el señor Snow–. Los resultados de la autopsia aún tardarán un día o dos. Al menos, eso es lo que me han dicho.

–De hecho, señorita Sharpe –interrumpo–, ayer la detective Stark la estuvo buscando. Quería saber qué iba a anunciar el señor Grimthorpe antes de que muriera.

–Oh, lo sé –responde–. La detective dejó media docena de mensajes en mi contestador.

–Tal vez podría devolverle la llamada –sugiero.

La señorita Sharpe se queda de piedra.

–De hecho, ahora mismo iba camino de la comisaría –dice fríamente.

En ese momento, algo me llama la atención por el rabillo del ojo. Me vuelvo y distingo a Lily en la esquina más sombría del vestíbulo. Lleva en la mano un plumero para el polvo y está debajo de la magnífica escalera, entre dos confidentes esmeraldas. ¿Qué demonios está haciendo en el vestíbulo cuando debería estar en las plantas superiores, limpiando las habitaciones de los huéspedes?

–¿Y cuánto tiempo llevas trabajando para el señor Grimthorpe? –le pregunta el señor Snow a la señorita Sharpe.

–Poco más de un año –responde–. Me contrató como secretaria personal después de que su anterior secretaria falleciera. No tengo ni idea de qué voy a hacer ahora que ha desaparecido.

En ese preciso momento, Cheryl aparece en el vestíbulo, empujando una descolorida mopa de lana. ¿Qué demonios hace también aquí

cuando debería estar arriba? Resulta evidente que el señor Snow está pensando lo mismo que yo porque le lanza a Cheryl una mirada de completo desdén. Abre la boca para gritar su nombre, pero, antes de que pueda hacerlo, un sonido agudo perfora nuestros oídos. Por instinto, me tapo los míos con las manos. Me cuesta unos instantes darme cuenta de que lo que suena es la alarma de incendios. A mi alrededor, huéspedes y empleados se empujan, sobresaltados.

Noto que me agarran del brazo. Es Angela, que me conduce a la entrada del hotel. Una muchedumbre de huéspedes nos rodea y todos se empujan tratando de cruzar las puertas giratorias. Poco después salimos al exterior, a la lujosa alfombra roja de la escalinata, donde la estridente alarma no resulta tan ensordecedora. Un mar humano se arremolina a nuestro alrededor.

–¿Qué ocurre?

–¿Qué ha pasado?

–¿Hay un incendio?

En medio del caos, el señor Preston llama a la calma y conduce a la gente escaleras abajo, hacia la seguridad de la acera.

Sin embargo, la alarma deja de sonar enseguida. El señor Snow atraviesa a toda prisa las puertas giratorias.

–¡Todo en orden! ¡Falsa alarma! –grita al pie de la escalera–. Por favor, pueden volver al Regency Grand.

A mi alrededor se oyen sonidos de alivio.

–Qué emoción –dice Angela.

–Ni mucho menos –replico–. Ha sido estresante y perturbador.

–Venga, ya ha pasado. Volvamos adentro –sugiere Angela.

La sigo escalinata arriba y atravieso la puerta giratoria. Nos abrimos paso hasta el mostrador de Recepción, el lugar en el que nos encontrábamos antes.

El señor Snow se acerca apresurado. Su mirada inspecciona el vestíbulo.

–¿Dónde ha ido? –dice–. ¿Dónde está Serena?

–Vaya usted a saber –responde Angela.

En ese preciso momento, el mostrador a nuestras espaldas capta mi atención. Al parecer, la señorita Sharpe no es la única ausente. La caja que contenía el ejemplar único de la rarísima primera edición también ha desaparecido.



CAPÍTULO 9

Antes

Mis recuerdos me llevan de vuelta a la pequeña cocina en la que Gran y yo disfrutamos de tantas comidas juntas cuando era niña. Es la mañana después de que haya visto el ojo de acero del trol que habita tras la pared de la biblioteca de los Grimthorpe. ¿Me asusté? Sí. ¿Salí corriendo? Así es. Pero el trol no me devoró. No me convertí en piedra ni me derretí en el acto. Me enfrenté al monstruo y sobreviví.

Balanceo las piernecitas adelante y atrás por debajo de nuestra vieja mesa de cocina estilo rústico. Gran trae dos tazones humeantes de gachas con canela. Huelo el aroma que, aún hoy, sigo identificando con la bondad y el hogar.

–Gran, si fueras rica, ¿en qué te gastarías el dinero? –pregunto, entre bocados calientes.

–En una escuela privada para ti, con profesores llenos de paciencia y amabilidad. Y en una pequeña casa que solo fuera nuestra, sin facturas ni caseros, con dos sillones junto a la chimenea.

–Cuando seamos ricas, ¿podremos tomar té con nata cuajada cada día?

–Cada día –me responde.

–Cuéntamelo de nuevo, Gran. ¿Qué le ocurrió a mi madre?

Surge de la nada, y toma a Gran por sorpresa.

–Tu madre nos dejó –dice, depositando la cuchara.

–Eso ya lo sé –respondo, mientras trato de evocar un recuerdo con su rostro.

Sin embargo, lo único que consigo es una completa hoja en blanco. Lo único que me viene a la mente es la foto enmarcada que Gran conserva en la sala de estar. Esa foto se tomó cuando mi madre solo tenía unos pocos años más que yo ahora.

–Los demonios rondaban a tu madre –dice Gran–. Se perdió en el laberinto, como les ocurre a algunas personas. Para cuando me di cuenta de que un sinvergüenza la cortejaba, ya era demasiado tarde.

Pienso en el trol de la mansión. No parece tan aterrador como los

demonios de mi madre o el sinvergüenza que la cortejaba. Resulta fácil luchar contra los monstruos que se ven, incluso se puede huir de ellos. Pero los que no se ven son ineludibles.

Remuevo la cuchara en el cuenco.

–Gran, ¿qué pasa si te mueres?

Sus ojos se abren como platos.

–Mi niña, no voy a morirme.

–Eso es mentira –digo, soltando la cuchara a modo de protesta.

–Tienes razón. Algún día moriré. Pero no será pronto. Y además, aunque no esté presente, no te dejaré. No me verás, pero siempre estaré contigo, siempre.

–¿Como si fueras un fantasma?

–Sí. Como un fantasma simpático que te acompaña el resto de tus días. Y que te recuerda lavarte los dientes después de desayunar.

Esboza una sonrisa y me acaricia la mejilla con la palma de la mano.

Recojo el cuenco vacío, lo deposito en el fregadero y me dirijo a toda prisa por el pasillo hacia nuestro diminuto baño, donde me lavo los dientes siguiendo las instrucciones de Gran. Unos minutos después, me reúno con ella ante la puerta de nuestro piso.

–¡Hale, a la mansión! –anuncia. Está agachada, atándose el cordón del zapato derecho. Cuando termina de hacerlo, levanta la mirada–. Molly, si en algún momento te sientes triste en la mansión, prométeme que me lo dirás.

Sus ojos están entornados y vidriosos.

–¿Triste? Pero si me encanta, Gran. Me encanta limpiar.

–No hay lugar a dudas de que causaste muy buena impresión a la señora Grimthorpe con toda esa plata que lustraste ayer. Te calificó de «obediente y cumplidora», lo cual, viniendo de ella, puede considerarse como el mejor cumplido posible. Hoy tiene una sorpresa para ti.

–¿Una sorpresa? ¿Y qué es?

Gran se incorpora y me pellizca la mejilla.

–Tendrás que esperar para saberlo.

Juntas, emprendemos nuestro largo trayecto hasta el trabajo. Me paso todo el viaje imaginando qué tipo de sorpresa puede haberme reservado una mujer como la señora Grimthorpe. ¿Un pijama de color gris? ¿Un trozo de carbón en un calcetín zurcido? ¿Una araña peluda en un frasco?

Sin embargo, nada más abrir la enorme puerta principal de la mansión, la señora Grimthorpe lo anuncia al instante.

–Tu abuela y yo estuvimos charlando el otro día mientras hacíamos las compras. Hemos llegado a una conclusión –informa.

–¿Sobre qué? –pregunto.

–Sobre ti –responde la señora Grimthorpe, entornando los ojos hasta

que se convierten en dos cabezas de alfiler que me dejan clavada en el lugar en que me encuentro como si fuera una mariposa en un tablero–. El señor Grimthorpe y yo siempre hemos sido de la opinión de que las malas costumbres pueden eliminarse, y que una criatura amable y educada es preferible a una granuja y holgazana.

–G-R-A-N-U-J-A. ¿Se refiere a «pillo»?

–O «inútil» –apunta Gran.

–Alguien sin oficio ni beneficio –añade la señora Grimthorpe en tono tajante.

–Lo que la señora Grimthorpe quiere decir –aclara Gran– es que todas las criaturas, incluso los adultos, tienen capacidad de aprender; solo que algunas necesitan hacerlo a su modo, y que una institución, como una escuela o un centro similar, no siempre es el lugar idóneo para todo el mundo.

–Y nadie, sea adulto o niño, debería desaprovechar la oportunidad de mejorar –añade la señora Grimthorpe.

–¿Incluida usted, señora Grimthorpe? –pregunto.

La señora Grimthorpe pone de repente los brazos en jarras, con los codos puntiagudos peligrosamente apuntados hacia afuera.

–Debes saber –espeta, ofendida– que ante ti tienes a dos mujeres que han sacrificado mucho por el bienestar de un ser querido. Algún día lo entenderás, aunque es evidente que, en este instante, tienes la mente tan llena de paparruchas infantiles que no hay espacio para nada más.

–Lo que la señora Grimthorpe quiere decir –interrumpe Gran– es que hiciste tan buen trabajo ayer con la plata que, en su «amabilidad infinita», desea «recompensarte». ¿No es ahí adónde quería llegar, señora Grimthorpe?

La señora Grimthorpe hace una mueca como si fuera a darle un ataque por el mero hecho de elogiarme.

–Tenemos una biblioteca en el piso superior –dice finalmente–. Está repleta de libros hasta el techo. El señor Grimthorpe y yo siempre hemos creído que los libros pueden reformar a cualquier persona. Me han dicho que te gusta leer.

Asiento repetidamente.

–Muy bien. De ahora en adelante, pasarás medio día limpiando y lustrando la plata y el resto del tiempo leerás. Ya que no asistes a la escuela, lo menos que puedes hacer es aprender por ti misma.

No doy crédito a lo que oigo. Suena demasiado bueno para ser verdad. Miro a Gran en busca de confirmación. Ella sonríe y asiente.

–Sígueme. Vamos a la biblioteca –ordena la señora Grimthorpe.

–Oh, ya sé dónde… –Me callo justo a tiempo–. Sí, señora –digo.

La señora Grimthorpe encabeza la comitiva por la escalera principal, la cual cruje y gruñe con cada una de nuestras pisadas. Yo la sigo de cerca. En el primer rellano miro por la ventana y diviso a la mujer

vestida de azul, que se dirige hacia uno de los laterales de la mansión, igual que hizo ayer.

–¿Dónde está su despacho? –le pregunto a la señora Grimthorpe.

–¿El despacho de quién? –responde la señora Grimthorpe, deteniéndose en el rellano.

–El suyo –digo, señalando a la elegante dama con el pañuelo azul y los guantes que entra por la puerta lateral.

–Eso, jovencita, no es asunto tuyo. ¿Entendido?

Con el fin de preservar la paz, asiento y cierro firmemente la boca.

La señora Grimthorpe comienza a subir el siguiente tramo de escaleras y yo voy tras ella. Una vez en el rellano superior, nos adentramos en el largo pasillo que ya he recorrido antes. Las luces del techo nos siguen como por arte de magia, y van encendiéndose a nuestro paso e iluminando las paredes adamascadas. Qué extraño que el dibujo, que estaba lleno de ojos diabólicos y vigilantes en la última ocasión que estuve aquí, se haya transformado en un bonito y refinado estampado. Dejamos atrás un dormitorio tras otro –pero ningún despachohasta que, finalmente, llegamos ante la puerta de la imponente biblioteca.

La señora Grimthorpe entra y descorre las pesadas cortinas de terciopelo que cuelgan ante el largo ventanal que hay en una de las paredes. La luz inunda la estancia, y las motas de polvo bailan en el aire como si fueran duendes. Desvío la mirada hacia la pared frente a mí, en dirección a la rendija del suelo. Hoy no se filtra ningún haz de luz ni se oye ningún sonido procedente del otro lado. Por un instante me pregunto si ayer la mente no me jugó una mala pasada. Puede que, a fin de cuentas, no haya ningún trol. Puede que todo fuera producto de mi imaginación hiperactiva.

–Esta biblioteca alberga una de las mejores colecciones privadas de ejemplares únicos en habla inglesa encuadernados en piel –dice la señora Grimthorpe–. El señor Grimthorpe ha estudiado personalmente todos los aspectos de cada una de estas obras, y todas han servido de inspiración para su actividad literaria. Es un erudito que se ha ganado una excelente reputación gracias a su serio academicismo. Para una chica como tú, es un privilegio que se te permita siquiera pisar una estancia como esta. ¿Lo entiendes?

–Sí. Lo entiendo –respondo.

–Al parecer, tu abuela te tiene por muy buena lectora, aunque sospecho que tiende a una ingente ceguera filial y a la hipérbole en general.

Examino la estantería que hay en la pared frente a nosotras por si hay un diccionario en el que pueda buscar varias de las palabras que acaba de utilizar la señora Grimthorpe. Encuentro uno y lo cojo.

–¡No! –exclama la señora Grimthorpe.

La fuerza cáustica de su reprimenda me hace retroceder a toda velocidad.

–No se te permite coger ningún libro de la cuarta pared –advierte–. Puedes coger los libros que hay en las estanterías de esta pared, de esa de ahí y de esa otra, pero jamás toques los de la pared que tienes delante. ¿Queda claro? Esos volúmenes son muy valiosos y no permitiré que los estropees igual que hiciste con nuestro Fabergé.

Observo su rostro contraído como si fuera una bolsa de papel arrugada. No consigo articular palabra, así que me limito a asentir.

–Puedes quedarte aquí leyendo unas horas. Después del té regresarás a tu tarea de limpiar la plata. Aprovecha el tiempo, Molly. Un buen cerebro no debe desperdiciarse. Las oportunidades para mejorar son preciosas.

Con estas palabras da media vuelta, recorre el pasillo de paredes adamascadas y desciende la escalera principal mientras las luces se apagan tras ella.

Una vez que se ha marchado, inspecciono la luminosa biblioteca. No doy crédito a mi suerte. ¿Cómo es posible que se me permita sentarme aquí a leer? Me acerco a la pared más lejana, una de las tres a la que se me ha concedido acceso. Acaricio con las yemas de los dedos los lomos de los libros. Asesinato en el Orient Express, El sabueso de los Baskerville, Grandes esperanzas. Extraigo con delicadeza este último título con el dedo índice y me llevo el pesado volumen de color índigo a la chaise longue, en la que me siento de un salto. Abro el libro y empiezo a leer.

Me estoy familiarizando con un joven y desdichado huérfano llamado Pip cuando lo oigo: un crujido de pasos tras la cuarta pared. Escucho un clic y, a continuación, la luz se filtra a través de la rendija, proyectando una larga sombra en el suelo de la biblioteca.

Ra-ta-ta-ta-ta.

El sonido de una máquina de escribir de nuevo.

–¡Maldita sea, por todos los diablos! ¡Menuda sarta de disparates y sandeces! –Oigo.

El gruñido de un trol hambriento al otro lado de la pared prohibida.

Dejo el libro y, de puntillas, me acerco hasta el lugar de donde sale la voz. Sé que no debería hacerlo. Me han dicho que no toque esa pared, pero poso la mano sobre el diccionario Oxford y apoyo la cabeza en el Atlas del mundo para poder oír mejor al trol. Tan pronto como lo hago, algo cede. La pared se abre de golpe.

–¡AAAAAhhhh! –grito sobresaltada, dando un brinco hacia atrás.

–¡Uaaaaaah! –resuena un profundo eco.

Antes de que pueda procesar lo ocurrido, me encuentro ante un hombre enjuto, raquítico, sentado detrás de un colosal escritorio de caoba, entre dos pilas de cuadernos Moleskine que se ciernen sobre él.

Su pelo canoso está salvajemente despeinado, y sus ojos azul acero se clavan en los míos con una mirada que, si no me equivoco, delata o bien intenciones caníbales, o una confusión absoluta.

Me empieza a temblar la mano, que aún tengo sobre el diccionario Oxford, pero no puedo soltarlo porque la estantería es, en realidad, una puerta oculta que mantengo abierta gracias a ese gesto.

–¿Quién diantres eres tú? –pregunta el ser que tengo ante mí mientras agarra una pluma estilográfica negra y dorada, y la empuña sobre su cabeza como si de un cuchillo se tratara.

No sé si piensa apuñalarme o tomar notas, pero cuando me fijo en su mano, advierto que la mía no es la única que tiembla.

–¡Habla! –suelta de repente–. ¿Qué estás haciendo aquí?

Tengo la horrible sensación de que mi vida depende de la respuesta y, sin embargo, no estoy segura de qué contestar.

–Soy… Siento haberle interrumpido –digo finalmente–. No quería ofenderlo.

–¿Quién eres? –gruñe–. ¿A quién perteneces?

–¿A mi abuela? –replico–. Trabaja aquí.

–¿La camarera?

–Sí, la camarera. Soy su nieta. Me llamo… –De repente, recuerdo que la abuela me ha prohibido expresamente revelar mi nombre a personas desconocidas–. Llámeme Pip –añado, acentuándolo con una reverencia insegura.

–En ese caso, debo esperar grandes cosas de ti –responde.

Lo observo durante un instante, temiendo que, al hacerlo, me convierta en polvo.

–¿Es usted un trol o un hombre? –pregunto con voz temblorosa.

–Vaya, eso es nuevo. Jamás me habían hecho esa pregunta de forma tan directa. Soy un poco de ambos. Soy lo que se conoce como un misántropo –confiesa.

–Misántrope –repito–. M-I-S-Á-N-T-R-O-P-E.

–Incorrecto. Lo has confundido con Grimthorpe. Te has equivocado en la letra del final.

Observo con atención a la criatura ante mí. Es delgada y ágil, y no tiene vello facial. Su piel es pálida y suave. Tiene los dientes rectos, limpios, nada de colmillos puntiagudos sedientos de sangre. Su pelo es rebelde y podría estar poseído, pero va pulcramente vestido, con una camisa azul, pantalones planchados y unas zapatillas de ir por casa de pana con unas iniciales bordadas. Mis ojos revolotean por la espartana habitación, captando los detalles. En una esquina atestada de periódicos hay un sillón de lectura. También está el escritorio, cubierto de pilas de cuadernos Moleskine negros. En la estantería de la pared del fondo, cada lomo luce el nombre de J. D. Grimthorpe. Aunque no diría que la estancia está limpia y ordenada, no se ven

huesos de niños ni de otros mamíferos. No hay ninguna prueba fehaciente de monstruosidad.

–Usted no es un trol –anuncio–. Es un hombre. Es el señor Grimthorpe, el importante escritor al que no se debe molestar.

El hombre se cruza de brazos y me observa de arriba abajo.

–¿Es eso lo que te ha dicho mi esposa?

Asiento con la cabeza.

–Vaya, pues qué enorme privilegio has tenido de estar en presencia de tan sagrada grandeza. –Se levanta y hace una reverencia–. Supongo que también te ha dicho que no entres en mi estudio.

Aliviada, veo que deposita la estilográfica sobre el escritorio. A continuación, se levanta, se sitúa enfrente y se apoya en él, justo entre las tambaleantes pilas de Moleskine negros con las iniciales. Me mira con sus dos ojos azul acero, uno de los cuales vi ayer a través de la rendija, por debajo de la puerta, aunque no estoy segura de cuál de los dos era.

–No tenía intención de molestarlo –me disculpo–. He oído una voz. No sabía que su estudio se encontraba detrás de la pared. Estaba sentada en la biblioteca, leyendo un libro.

–¿Leyendo? ¿Qué estabas leyendo?

–Un libro sobre un niño sin madre ni padre, como yo.

–Ah, ya entiendo. Grandes esperanzas. Precoz.

–Precoz –repito. No es la primera vez que oigo esa palabra. Me han llamado así antes–. Significa «lista, inteligente». Que lleva ventaja a sus iguales.

–Evidentemente –responde.

Empieza a pasearse por delante del escritorio, lanzándome miradas ocasionales con esos ojos penetrantes.

–Así que te gusta leer –dice.

–Sí, así es –respondo.

Me tiemblan las rodillas, pero claramente no están conectadas con mi boca porque, pese al terror que estoy experimentando, no he perdido la capacidad del habla.

–¿Por qué te gusta leer? –pregunta el señor Grimthorpe.

Es tan alto y huesudo que parece formado por ángulos agudos y, sin embargo, se mueve sigilosamente, con gracia, mientras espera la réplica a su pregunta imposible.

Me devano los sesos en busca de una posible respuesta y, finalmente, surge una idea.

–Leer me ayuda a entender las cosas –digo–. Y a la gente. También me gusta visitar otros mundos.

–¿No te gusta el mundo en el que estás?

–No siempre, no.

–Hum… –Resopla y apoya un codo sobre una de las pilas de

cuadernos–. Así que el misántropo y la niña tienen algo en común.

De repente, su rostro se nubla, como lo hace el cielo antes de un chaparrón veraniego. Me toma unos instantes, pero me armo de valor.

–Yo le he dicho por qué leo. ¿Por qué escribe usted?

Se rasca la cabeza y hace una pausa.

–Escribo para demostrar que puedo hacerlo y para exorcizar mis demonios. Mi nombre vivirá en la infamia al igual que lo hacen los nombres de todos los escritores de mi biblioteca, in perpetuum.

–¿Y eso qué significa?

–«Para siempre» –replica.

–Pero usted ya es un escritor muy famoso. ¿No es suficiente?

Cruza los brazos sobre su torso larguirucho.

–¿Nadie te ha dicho nunca que tienes una habilidad alarmantemente desarrollada para echar sal en la herida?

–Mi abuela siempre dice que esa es la manera de desinfectarla.

–Hum. A mí me dijo exactamente lo mismo –responde–. Tu abuela y mi esposa… no saben que estás aquí, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

–No les gustará. No se debe molestar al Gran Escritor. Es veleidoso, impredecible. Un tirano enfadado de mediana edad, que recientemente se ha convertido en un abstemio creativo con cierta afición a perder los estribos sin razón alguna. Además, está ocupado redefiniendo el género de la novela negra contemporánea.

–¿Así que está escribiendo un nuevo libro?

–Por supuesto. ¿Para qué demonios crees que son estos Moleskine?

Coge uno de la pila tambaleante, se acerca a mí con dos zancadas y lo deposita entre mis manos.

Con cautela, abro el cuaderno por una página al azar. Está repleto de garabatos y borrones caóticos. Procuro concentrarme en las palabras, pero no consigo entender nada de nada. O bien está escrito en otro idioma, o en algún tipo de clave o código que soy incapaz de descifrar.

Antes de que pueda preguntárselo, el señor Grimthorpe me arrebata el cuaderno de las manos, lo cierra de golpe y lo vuelve a dejar en la pila tambaleante.

–¿Sabes? No es fácil concebir una obra maestra, un libro que resista el paso del tiempo –dice en una voz que ya no suena gutural, como si hubiese perdido las ganas de gruñir y morder.

De repente parece un niño grande y caprichoso. Me recuerda el instante en que contemplé por primera vez el Fabergé en el salón de la planta baja: un tesoro con joyas incrustadas, oculto bajo siglos de suciedad, y aun así, fui capaz de ver su verdadera esencia.

–Solo es cuestión de pulirlo –señalo–. Pasa con la mayoría de las cosas y, en especial, con las obras maestras: todo se resume en quitar

lo que las empaña para revelar el lustre.

Me mira con los ojos entornados. Da dos zancadas hacia mí y, acto seguido, se agacha para ponerse a mi altura. Se encuentra a un brazo de distancia y, pese a ello, no tengo miedo. Ya no. Lo veo tal como es. No es un trol ni un monstruo. Es solo un hombre.

–¿Eres una niña filósofa? –pregunta–. ¿La juglar de la corte? ¿El bufón de palacio? ¿La que dice lo que los otros no se atreven a pronunciar?

–Gran dice que soy lista para mi edad.

–La camarera que lo sabe todo. También brilla pese a su pátina. –Se incorpora de golpe–. Puedes venir a visitarme cuando quieras. Eres bienvenida, siempre y cuando no me jorobes.

–Su joroba no es tan grande ni tan peluda como imaginaba –respondo–. Señor Grimthorpe, ¿podría hacerle una última pregunta?

–Por supuesto, señorita Pip.

–¿Dónde está la mujer con el pañuelo y los guantes azules? Su secretaria personal.

–En su despacho, cumpliendo mis órdenes.

–¿Mecanografía sus Moleskine? Siempre oigo a alguien que escribe a máquina.

–Naturalmente –contesta el señor Grimthorpe.

–¿Y no hace nada más?

Justo en ese momento ocurre de nuevo. Su rostro se nubla y sus ojos se convierten en pequeñas ranuras.

–¿Quién te has creído que eres? ¡Por supuesto que no hace nada más! Y ahora ¡fuera! –brama.

Me quedo clavada, inmóvil. Quiero correr, pero es como si acabara de convertirme en piedra.

–¿Es que no me has oído o eres imbécil? ¡He dicho FUERA! –gruñe.

Mis pies se despegan del suelo y salgo corriendo de la estancia. La puerta secreta se cierra de golpe a mis espaldas y se convierte en una pared de libros de nuevo. Ya en la biblioteca, siento que me falta el aliento y que el corazón me palpita en los oídos. Ignoro qué he hecho mal o en qué manera lo he ofendido.

–¿Molly? –La voz cantarina de Gran resuena por las escaleras–. Siento interrumpir tu lectura, pero ¿puedes bajar? Es la hora del té.

–¡Ya voy! –respondo.

Agarro el libro que he dejado sobre la chaise longue y lo guardo en la estantería al otro extremo de la estancia. Doy un último vistazo al haz de luz que se derrama sobre el suelo, procedente del estudio oculto tras la pared. Acto seguido, con una sensación desagradable en las entrañas, salgo a toda prisa de la biblioteca en busca de la seguridad que me ofrecen el té y mi abuela.



CAPÍTULO 10

Estamos de vuelta en el vestíbulo del hotel: el señor Snow, Angela y yo. Ya no suena la alarma de incendios. Se ha restaurado el orden.

Los tres miramos hacia un espacio vacío en el mostrador de Recepción, un hueco en el que hace menos de una hora reposaba la caja archivadora que contenía una primera edición de la novela más famosa del señor Grimthorpe, su pluma estilográfica, un cuaderno Moleskine negro con unas iniciales grabadas y una nota de agradecimiento para la señorita Sharpe.

–La caja –digo–. Estaba justo aquí… y ha desaparecido.

–¿Lo ves? –replica Angela–. Hoy en día, toda precaución es poca. Hay criminales por todos lados.

–No hay nada criminal en esto –corrige el señor Snow–. Es evidente que Serena tenía prisa. Y que se ha llevado la caja que vino a buscar. No hace falta convertirlo todo en una teoría conspirativa, Angela.

En ese preciso momento, Cheryl atraviesa las puertas giratorias del Regency Grand y entra en el vestíbulo, golpeando sin cuidado alguno a los huéspedes con la mopa húmeda mientras se acerca a nosotros.

Al llegar, se detiene y se apoya en el mango de la mopa.

–Malditas alarmas de incendio. Deberíamos deshacernos de ellas –dice.

El señor Snow se saca las gafas y empieza a masajearse el puente de la nariz.

–Cheryl, en un hotel protegido, los huéspedes duermen tranquilos.

Ha tomado una cita literal del Manual de una camarera y, al oírle repetir mis palabras, siento un orgullo desmesurado. Pero Cheryl pone los ojos en blanco, tan en blanco que es un milagro que no den una vuelta completa en sus cuencas.

–¿Dónde está la mujercita del señor Grimthorpe? –pregunta.

–En este hotel no nos referimos así a nuestros huéspedes –la regaña el señor Snow–. Y tú, ¿no deberías estar arriba, limpiando las habitaciones? No tengo ni idea de que estás haciendo en el vestíbulo.

–Y eso también va por Lily –digo–. Como su supervisora temporal, deberías vigilarla. No entiendo qué estaba haciendo antes por aquí.

–No estaba aquí –afirma Cheryl.

–Sí que lo estaba. Justo al lado de la escalera.

Señalo hacia la escalera, al lugar ahora vacío en el que he visto a Lily con el plumero.

–Hum… Justo al lado del pulsador de la alarma de incendios –indica Angela.

El señor Snow junta las manos.

–De acuerdo. Ya basta. ¿O es que en este hotel nadie tiene trabajo por hacer? Idos. Molly, tú ayudarás a Angela en el Social. Como ya te he dicho, solo será por hoy.

Cheryl hace una mueca y, acto seguido, se aleja con su mopa húmeda hacia los ascensores. Angela y yo nos dirigimos al Social Bar & Grill.

Una vez que estamos a una distancia prudencial, lejos de oídos indiscretos, Angela me agarra de los hombros y, no sin cierta brusquedad, me empuja hacia un rincón.

–¿Qué demonios estás haciendo? –pregunto.

–Molly, necesito contarte algo –susurra, apartándose unos mechones sueltos de sus ojos grandes y redondos–. No vamos tan justos de empleados como he dicho. Necesitaba sacarte de allí para prevenirte. Tienes un problema, ¿lo comprendes? Todos lo tenemos.

–Pero ¿qué estás diciendo?

–Ayer oí a esa detective hablando con sus agentes. Creen que la muerte del señor Grimthorpe ha sido un crimen. La pasada noche estuvieron interrogando a los empleados de la cocina y también a la plantilla del Social. Han elaborado una lista de sospechosos potenciales incluso antes de que lleguen los resultados de la autopsia. Estaban citando los nombres.

–¿El mío? –pregunto.

–Ajá –responde.

–¿Y nombraron a alguien más? –pregunto, temiendo la respuesta.

–A tu delicada florecilla –contesta–. A Lily.

Se me nubla la vista. Siempre ocurre igual: cuando todo es demasiado, un velo oscuro cae sobre mí y me aleja del tiempo presente.

–¡Molly! –grita Angela, sacudiéndome por los hombros–. Que no se te ocurra desmayarte ahora. No te preocupes, tengo un plan.

–¿Un plan? –digo a las tres Angelas que oscilan ante mis ojos.

–Para ir con ventaja. Ya te lo he dicho, me he estado preparando para esto durante toda la vida.

Sinceramente, no tengo ni la más remota idea de lo que está diciendo, pero, al menos, el mundo ha dejado de girar.

–¿Para qué te has estado preparando?

–Para el asesinato. El crimen. Sospechosos, móviles y coartadas. –

Niega con la cabeza como si fuera lo más obvio del mundo–. A veces, la mierda pasa por una buena razón, Molls, ¿sabes a qué me refiero?

–Sí –afirmo–. Mi abuela solía decir lo mismo, obviando el improperio fecal.

–Molly, soy camarera. La gente me lo cuenta todo. Y lo que no me cuentan, acabo por oírlo. ¿Sabes las señoras esas, las locas de los gatos, las admiradoras del señor G. que no han dejado de acosarlo?

–Las CORDERAS –digo–. Y no son locas de los gatos, bueno, no todas, sino aficionadas a los libros, al misterio y al suspense.

–Lo que tú digas. Bajarán a desayunar al Social en cualquier momento y, si alguien sabe qué le ocurrió en realidad al señor Grimthorpe, son ellas. Desde que llegaron, se han pegado a él como si fueran su sombra.

–¿Y? –respondo–. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Interrogarlas mientras desayunan?

–Sí. Bueno, algo parecido. Tú vas a interrogarlas mientras desayunan. Está todo listo.

–Angela, ¿has perdido el juicio?

–No. –Angela suelta un suspiro–. Escucha, tienes que confiar en mí. Ayer un hombre murió de forma repentina en nuestro hotel. Empiezan a desaparecer cosas y hace un instante el señor Snow le ponía ojitos a la secretaria personal del señor Grimthorpe…, aunque no estoy muy segura de que sea una secretaria de verdad, no sé si me entiendes.

–Para que conste, no te entiendo en absoluto.

–No importa. ¿Recuerdas que ayer estuviste ante la puerta del salón de té con la detective?

–Sí.

–Yo estaba en el Social. Asomé la cabeza y te vi. Y cuando las CORDERAS se presentaron anoche para tomar una copa, les dije algo.

Por una vez, Angela guarda silencio. Es tan poco habitual que casi podría considerarse un milagro.

–¿Qué les dijiste? –pregunto.

–Bueno, más o menos, que estás llevando a cabo un trabajo en el hotel… de incógnito… como camarera. Puede que sugiriera que trabajabas en secreto como escolta adicional del señor Grimthorpe. También puede que dijera que estás colaborando con la detective Stark y que, en realidad, eres una detective. Una detective de incógnito.

–No dijiste eso. Por favor, dime que no lo hiciste.

–Lo hice –responde Angela, esbozando una sonrisa tan impropia de la situación que me entran ganas de gritar.

–Mentiste. ¡Sobre mí!

–Por tu propio bien, Molly. Así podemos formar un equipo.

–No estoy lista para esta asociación en particular.

–¿Por qué no? Necesitamos encontrar al asesino real antes de que Stark le cuelgue la muerte a alguien de la plantilla. Tú deberías saber mejor que nadie lo ineptos que son los policías. Dicen que quieren hacer justicia, pero ¿es eso verdad? Llegan a conclusiones equivocadas y siempre acaban acusando a gente como nosotras.

–Es un disparate, un plan descabellado que nos hundirá a las dos.

–Molly –responde Angela, sacudiendo un dedo ante mi rostro–. Puede que sea una amateur, pero no te equivoques: soy una sabuesa increíble. Siempre he sido buena atando cabos y viendo cosas que los demás no perciben. Si trabajamos juntas, pondremos en evidencia a esa arrogante de Stark y a su escuadrón de imbéciles. Y también piensa que, ahora que las CORDERAS saben que trabajas de incógnito, te lo contarán todo. Confía en mí, ¿vale?

Antes de que pueda responder, algo en el otro extremo del vestíbulo llama la atención de Angela.

–Uy, hoy llegan pronto –suelta.

Del lado contrario aparecen dos damas de aspecto familiar, conducidas por la líder de las CORDERAS, la mujer alta de cabello rizado de la banderita. El trío va directamente hacia el Social.

–¡Yuju! –Oímos, antes de poder añadir algo más. La presidenta de las CORDERAS ondea su bandera roja hacia nosotras–. Por favor, detective, acompáñenos para desayunar.

Quiero corregirla, decirle exactamente lo que soy y lo que no, pero las uñas de Angela se me están clavando con tanta fuerza en el brazo que soy incapaz de articular palabra.

–Qué amable por su parte invitar a Molly –dice Angela cuando se acercan–. Permítanme que las acompañe hasta la mesa.

–Oh, estamos encantadas de colaborar –manifiesta la líder de la bandera–. Es nuestro solemne deber para con J. D. Queremos ayudarte a ti y… a la detective –susurra, señalando hacia mí.

–Soy solo una camarera –señalo–. Es lo único que soy.

–Por supuesto –dice la presidenta, asintiendo y haciendo rebotar así sus rizos grises.

–Desde luego –dice otra CORDERA, la más pequeñita de las tres, la de los reflejos fucsia–. Está haciendo muy buen trabajo tratando de pasar desapercibida. El otro día la vi limpiando mi habitación. Estoy sorprendida de hasta dónde pueden llegar ustedes, los detectives, para mantener la clandestinidad. Es realmente impresionante.

–No podría estar más de acuerdo –interviene la tercera dama de pelo canoso, la cual, para mi horror, lleva el mismo suéter abultado y marrón de ayer, que sigue cubierto de pelo de gato.

Y así, sin más, pese a mis repetidas protestas y posteriores intentos de aclarar mi verdadera identidad, me dispongo a desayunar en el Social con una pandilla de CORDERAS que me creen algo que, sin

lugar a dudas, no soy.

–Acomódense en esa mesa de allí –sugiere Angela, una vez que entramos en el restaurante, indicando una que está libre, cerca de la barra–. Así podré atenderlas yo misma.

Coge varias cartas del mostrador y las deposita en nuestra mesa.

–Permítame –dice la mujer del suéter marrón, retirándome la silla para que me acomode allí–. Por cierto, me llamo Beulah, Beulah Barnes, biógrafa de J. D. Grimthorpe –anuncia, y toma asiento junto a mí.

–Biógrafa no autorizada –corrige la líder de las CORDERAS con la banderita mientras se sienta frente a mí–. Yo soy Gladys, directora literaria y presidenta de las CORDERAS. Y ella, la pequeñita con el llamativo pelo rosa, es Birdy, nuestra tesorera general. Y allí está el resto de las CORDERAS: son las más madrugadoras.

Desde el otro extremo del restaurante, me observan numerosos pares de ojos.

–Traeré café para todas –dice Angela.

–Té para mí –digo.

–Estaré de vuelta en un santiamén –asegura Angela y, acto seguido, me susurra–: Mientras no esté por aquí, Molly, haz preguntas. Montones de preguntas. Recuerda: es la razón por la que estás aquí.

Tras guiñarme un ojo se aleja a toda prisa. Las tres mujeres me miran fijamente y no sé qué decir. Una pregunta surge en mi mente.

–Me pregunto por qué siguen ustedes aquí –digo–. Me refiero a aquí, en el hotel. Después de lo sucedido ayer no creo que se celebren muchos más eventos literarios.

–Cuando hay motivos por los que alegrarse, los celebramos juntas. Cuando hay motivos por los que apenarse, lloramos juntas –dice la presidenta de las CORDERAS.

Las tres asienten al unísono con la cabeza.

–Y, como usted, también ansiamos respuestas sobre lo que le ocurrió a J. D. –interviene Beulah–. Supondría una horrorosa nota al pie en su biografía si finalmente resulta ser un…

–Asesinato –suelta Birdy, terminando la frase de Beulah.

Es la única palabra que ha pronunciado la mujercita desde que hemos tomado asiento.

Angela aparece con tres tazas de café y la mía de té, las cuales deposita sobre la mesa.

–¿Ya saben qué van a tomar? –pregunta.

Las CORDERAS piden todas lo mismo: Le Grand Oeuf, el desayuno más copioso del menú.

–¿Y tú, Molly? ¿Qué tomarás? –me pregunta Angela.

–Nada –respondo.

–Está de servicio –aclara Angela.

–Muy profesional –elogia Gladys, la presidenta–. Molly, tenemos una pregunta para usted: ¿ha descubierto ya qué iba a anunciar ayer el señor Grimthorpe durante su gran aparición?

–No lo hemos descubierto –contesta Angela, pero enseguida se corrige, señalándome–: Es decir, las autoridades no lo han descubierto. Aunque nos encantaría escuchar las teorías de las CORDERAS.

–Oh, no, ya empezamos otra vez –dice Beulah.

–Ha topado con una cuestión que genera grandes discusiones –dice Gladys, removiendo la cucharada de azúcar que acaba de añadir a su café.

–No siempre estamos de acuerdo –añade Beulah, sacándose algunos pelos de gato de su generoso pecho y lanzándolos al aire por encima de nuestra mesa.

–Mi teoría es que J. D. iba a anunciar una secuela de su mayor superventas –declara Gladys en primer lugar.

–La camarera de la mansión 2.0 –interviene Birdy–. ¿Sabíais que, a fecha de ayer, el precio de subasta de un ejemplar de la primera edición de ese libro había alcanzado la increíble cifra de cinco dígitos?

–Menudos buitres carroñeros son esos coleccionistas –resopla Beulah entre un halo de pelo.

–Pero ¿no son ustedes coleccionistas? –pregunta Angela.

–Somos mucho más que eso –afirma Gladys–. Para que quede claro, somos investigadoras que se preocupan por su objeto de estudio. Jamás, ni ahora ni en el pasado, hemos tratado de sacar provecho del señor J. D. Grimthorpe.

–Eso es cierto –añade Beulah–. Nuestro cometido siempre se ha centrado en promover su obra.

–Voy a pedir los desayunos –anuncia Angela.

Da media vuelta y se dirige hacia la barra, dejándome tremendamente sola.

La diminuta Birdy se inclina hacia mí. Es tan pequeña que su cabeza parece un pomelo rosa cerniéndose sobre el borde de la mesa.

–Nos preguntábamos si han tenido en cuenta la posibilidad de que las novelas de J. D. escondan alguna pista. Su mayor bestseller es sobre un novelista que se encierra en su mansión para completar su mejor libro. Pero alguien, y no desvelaré quién, está ahí fuera, dispuesto a matar.

–Era la camarera –dice Beulah–. Ella era la asesina. Trabajaba en la mansión. Con lo inocente que parecía.

–¡Por el amor a la buena escritura, ya estamos otra vez! ¡Alerta de spoiler! –dice Birdy.

Gladys sacude sus rizos, molesta.

–¿Cuántas veces te lo tenemos que decir, Beulah? Ya conoces nuestras normas.

Como si fuera una directora de orquesta, Birdy levanta un dedo en el aire.

–Bajo ningún precepto, las CORDERAS estropearán el final de una novela policiaca a un lector de suspense y misterio. Es nuestra regla fundamental –declara.

Beulah lanza un suspiro y, a continuación, fija su apática mirada en mí.

–En ese libro hay dos giros. Yo solo he desvelado uno. Lo juro, algunos lectores solo leen por los giros. Pero en las novelas de J. D. hay mucho más. Cualquier idiota sería capaz de apreciarlo –señala, prácticamente escupiendo las palabras hacia sus compañeras CORDERAS. Acto seguido, desvía su atención hacia mí–. Supongo que no habrá leído La camarera de la mansión, ¿verdad?

Se me hace un nudo en la garganta. Me siento como si fuera un pez fuera del agua, resollando y buscando oxígeno.

–¿Molly? –pregunta Gladys–. ¿Está usted bien?

–Yo… No he leído la novela –digo–. Aunque conozco el argumento. Lo conozco muy bien.

Un escritor en una mansión vacía y desolada mata a su mujer. Cree que ha encontrado una manera de salir impune, pero se equivoca. La camarera lo ha visto todo, se venga de él matándolo de la misma manera que él asesinó a su esposa y, a continuación, hace desaparecer el cuerpo.

–Gladys está segura de que J. D. organizó el evento de ayer para anunciar una secuela de ese libro –informa Birdy.

–Y Birdy está convencida de que la esposa de J. D. es la razón por la que se recluyera de ese modo –dice Gladys–. La señora Grimthorpe falleció hace unos años y Birdy cree que el anuncio de ayer versaba sobre un posible nuevo interés romántico.

–¿La señora Grimthorpe está muerta? –pregunto.

–Sí –confirma Birdy y, con la mirada perdida, añade–: Lo que significa que nada le impedía buscar un nuevo amor.

–Esa es la teoría más estúpida que he oído –dice Beulah–. No podrías estar más equivocada ni aunque lo hicieras a propósito.

Gladys niega con su rizada cabeza.

–A Beulah no le gusta esa teoría porque lleva años enamorada de J. D.

–Qué disparate –resopla Beulah, y añade–: Si hay alguien enamorada de él, es Birdy. Y ninguna de vosotras tenéis los rudimentos básicos sobre erudición, sobre el exquisito arte de descubrir pistas. Como biógrafa de J. D., sé más de él de lo que vosotras llegaréis a conocer nunca.

–Beulah afirma haber descubierto algunas verdades ocultas sobre J. D., pero se niega a ilustrarnos con pruebas o detalles, lo que supone

una fuente de…

–… tensión –sugiere Birdy, alisándose los mechones color fucsia.

–… frustración –añade Gladys, recalcándolo con un movimiento de su banderita roja.

–Lo revelaré todo cuando publique mi biografía oficial –asegura Beulah.

–No oficial –corrige Gladys.

–No se necesita permiso de los muertos –replica Beulah.

–Pero no tienes a nadie que corrobore tus hallazgos, algo que es tu deber profesional –señala Birdy–. Ha estado pidiéndole sin cesar a J. D. que la contrate de forma oficial. Ese ha sido el auténtico trabajo de su vida durante casi dos décadas.

–J. D. se muestra, más bien se mostraba, reticente a revelar ciertos detalles confidenciales sobre sí mismo –confiesa Beulah–. Lo que resulta comprensible. Ya sabéis que hemos estado en comunicación durante años.

–Ah, ¿sí? –interrumpe Birdy–. ¿De verdad?

–Un día, la verdad saldrá a la luz –responde Beulah.

–¿Y por qué no hoy? –pregunto. Tres miradas se me clavan como cuchillos–. Por experiencia propia sé que los secretos encuentran la manera de castigar a quienes los guardan.

–Es una irresponsabilidad sugerir teorías sin prueba alguna –replica Beulah.

–Los desayunos.

Angela aparece sosteniendo unos platos con un equilibrio precario y los deja sobre la mesa. Beulah y Gladys hincan el diente a su comida de inmediato. Birdy toma pequeños bocados con la mirada perdida. Me veo obligada a preguntarme si estas tres mujeres no estarán locamente enamoradas del famoso escritor. No veo cómo sería eso posible, pero Gran siempre decía que cuando el amor es ciego, las ranas parecen príncipes. Aun así, cualquier tensión que se percibía unos momentos antes en el trío de mujeres se ha esfumado con la llegada de la comida.

Aprovecho este momento de calma para añadir un poco de leche a mi taza de té ya casi frío y lo remuevo. Me concentro en el tintineo sordo de la cucharilla de acero inoxidable contra la taza de cerámica normal y corriente. Solo aquí, en el Social, empleamos una cubertería tan mundana, que carece del agradable tintineo de la plata del Regency Grand al golpear contra la porcelana de verdad.

Angela está a mis espaldas con los brazos en jarras, paseando la mirada de una dama a otra mientras estas devoran el desayuno sin intercambiar palabra.

De repente, se inclina para susurrarme algo al oído.

–¿Oyes eso? –pregunta.

–¿El qué? –digo, también en un susurro.
–El silencio –dice–. El silencio de las Corderas.



CAPÍTULO 11

Antes

Balanceo las piernas adelante y atrás por debajo de nuestra vieja mesa de cocina mientras mastico cada bocado de nuestro desayuno veinte veces porque: a) ayuda a digerir; b) es delicioso y c) en el mundo hay niños que no comen a diario, así que mejor dar gracias por cada bocado.

Ha pasado ya una semana desde la diatriba del señor Grimthorpe y, aunque no lo he vuelto a ver en carne y hueso, algunos días he oído sus pisadas delatoras detrás de la cuarta pared. Sin embargo, no puedo evitar pensar en él. ¿Por qué un hombre que posee tanto parece tan infeliz? ¿Y qué hice para que se enojara de aquel modo? ¿Lo veré de nuevo?

Los genios de la física tienen razón: el universo se expande o, al menos, el mío. La prueba está en la cantidad de preguntas nuevas que tengo para Gran cada día. Anoche me quedé despierta en la cama volviendo a buscar respuestas. Antes, cuando iba a la escuela cada día, no era así. Mi mente estaba prisionera, como si fuera un tigre enjaulado, atrofiado y paseándose sin descanso de un lado a otro tras los barrotes. No podía pensar en absoluto, y menos en preguntas. Pero desde que voy a la mansión Grimthorpe, mi imaginación vuela libre y mi curiosidad es insaciable.

Sentada a la mesa, con las piernas colgando, llego a una importante conclusión: la educación no es algo que se obtiene exclusivamente en la escuela; la educación es un estado mental. Le lanzo a mi abuela una nueva serie de preguntas con un entusiasmo obstinado, lo que seguro la ha dejado exhausta, aunque ella no ha mostrado ni un ápice de frustración. Siempre me ha tratado como a una adulta y me ha hablado como si lo fuera. ¿Imaginaba ya que un día del futuro recordaría nuestras charlas, que las reproduciría mentalmente una y otra vez, revelando las múltiples capas de su sabiduría?

–Gran, ¿se puede ser rico y pobre al mismo tiempo? –pregunto, mientras sorbo el té con leche y me preparo para un nuevo bocado.

–Sin duda se puede –responde–. Se puede ser rico en amor y pobre en posesiones terrenales.

–O se puede ser pobre en salud y rico en bienes –añado.

–Touchée.

Unta con destreza y precisión la mantequilla en el crumpet hasta que el cuchillo queda completamente limpio.

–Gran, ¿cómo se hicieron tan ricos los Grimthorpe?

–Cuando el señor Grimthorpe se convirtió en un autor superventas, ganó una pequeña fortuna –contesta. Hace intención de llevarse el crumpet a la boca, pero se detiene antes de morderlo–. Sin embargo, ya era rico antes de que sus libros tuvieran tanto éxito. Su abuelo era un acaudalado inversor, al igual que su padre.

Trato de imaginarme al padre del señor Grimthorpe, pero lo único que logro conjurar es al banquero bigotudo del tablero de Monopoly.

–¿Crees que su familia se portaba bien con él?

–No lo sé, Molly, pero tengo mis dudas. Lo que sí sé es que el señor Grimthorpe era hijo único y que ambos padres lo consideraban un fracaso.

–¿Fue un fracaso escolar, igual que yo?

–La escuela se le daba fenomenal. Y para que conste, Molly, creo que tú nunca has sido un fracaso. En cuanto al señor Grimthorpe, en lugar de llevar el negocio de inversiones familiares, solo deseaba escribir. En aquellos tiempos, un temperamento creativo se consideraba como una maldición, una deshonra, sobre todo en su familia. Al morir sus padres, el señor Grimthorpe heredó la mansión, junto a una cantidad de dinero considerable. Sin embargo, también heredó un pesado fardo, Molly, el emocional, con el que sigue cargando hoy en día. Puede que su familia haya sido rica desde siempre, pero eso no le ha traído mucha felicidad.

Me asalta una idea.

–Gran, si los Grimthorpe han sido ricos desde siempre, ¿significa eso que nosotras somos «nuevas ricas»?

Gran suelta una carcajada, pero sé que se ríe conmigo, no de mí.

–Cariño, nosotras somos «cero ricas».

Por supuesto, ya lo sé. Lo sé por la manera en que recortamos cupones y zurcimos los calcetines. Lo sé por lo inusual de la nata cuajada, por ese casero que nos reclama el alquiler, por tener que caminar hasta la biblioteca pública en vez de disponer de una en casa y por la cubertería desparejada que compramos en mercadillos benéficos, en lugar de pasarla de generación en generación, heredada de nuestros antepasados.

Ha llegado la hora de formular la gran pregunta, la que ha estado carcomiéndome durante días.

–Gran, si el señor Grimthorpe es un genio, ¿por qué se esconde del

mundo en la mansión?

Ella ladea la cabeza y me mira de un modo extraño.

–Antes de juzgar a alguien, ponte en su lugar –dice–. ¿Lo habías oído antes?

–Sí, pero no veo cómo aplicarlo. El señor Grimthorpe siempre está en el despacho y yo no puedo entrar allí.

–En cualquier caso –dice, acariciándome la mejilla con la palma de la mano–, quiere decir que no puedes conocer a alguien del todo hasta que no hayas experimentado por lo que ha pasado. No te equivoques, el señor Grimthorpe ha tenido que lidiar con algunos demonios. Ahora ya está recuperado, pero la oscuridad lo atrapó cuando estaba enfermo.

–¿Estuvo enfermo?

–Así es –responde–. Muy enfermo. Y padeció tanto que durante un tiempo se convirtió en un monstruo. Pero sobrevivimos. Lo superamos. La señora Grimthorpe y yo lo ayudamos en la mansión y mejoró. Salió limpio, Molly, ¿entiendes lo que quiero decir?

Imagino unas gárgolas de alas puntiagudas que rodean al señor Grimthorpe mientras Gran y la señora Grimthorpe tratan de espantarlas.

–¿Cómo ahuyentasteis a los demonios?

–Con paciencia y persistencia –responde Gran–. La señora Grimthorpe me pidió que me sentara durante horas junto al señor Grimthorpe, quien guardaba cama, y que le leyera, cosa que hice. Lo distraía de los peores síntomas. También le preparé té, Molly, que sin duda no era lo que más le apetecía en aquel momento –dice–. El té es una bebida asombrosa. Puede curarlo casi todo, te lo aseguro.

–Pero ¿y si el señor Grimthorpe enferma de nuevo? –pregunto–. ¿Y si su enfermedad regresa?

–No hay de qué preocuparse. Está recuperado. Y la señora Grimthorpe y yo le hemos perdonado cualquier error cometido en el pasado bajo los efectos del alcohol. Pero, a consecuencia de esos tiempos oscuros, se recluye. La vergüenza es la cicatriz que dejan los demonios. Recuérdalo, Molly –dice Gran.

Bajo la mirada hacia mi crumpet a medio terminar. Un momento atrás, su aspecto era muy apetecible, pero ahora parece solidificado y grotesco.

–¿Has terminado de desayunar? –me pregunta Gran.

Asiento con la cabeza.

–Bien. Es hora de irnos –dice Gran mientras posa su cálida mano sobre la mía–. Hale, a la mansión.

Me paso toda la mañana en la despensa de servicio mientras Gran guisa y limpia la cocina. La oigo cantar como un gorrión. La señora

Grimthorpe está en otra parte de la casa, al menos de momento, y esa debe ser la razón por la que Gran está cantando.

Con cada día que pasa, me manejo mejor con la solución de sosa cáustica y no tengo que esforzarme tanto para quitar la suciedad. Hoy he decidido limpiar la plata por la mañana y leer por la tarde. He acabado de lustrar un servicio entero de té, varias bandejas y una cubertería completa, hasta la última cucharilla, que ahora sostengo ante mi rostro. Examino mi reflejo en su interior, desfigurado y del revés, un mundo deformado, patas arriba, como todo lo que hay en la mansión Grimthorpe.

Alguien aparece boca abajo a mis espaldas en la concavidad de la cuchara: la señora Grimthorpe, con sus labios fruncidos, convertidos ahora en una sonrisa incongruente. Me vuelvo mientras ella examina las piezas limpias sobre la mesa.

Alza ligeramente la barbilla en señal de aprobación.

–Puedes ir a leer tu libro en la biblioteca –dice.

Tras una reverencia abandono la estancia hacia la cocina, donde Gran está sacando unos bollos recién hechos del horno.

–Estás haciendo muy buen trabajo –susurra Gran–. No puede negarlo ni Su Excelencia La Señora. Ve arriba. Te llamaré más tarde para el té.

Me encamino hacia el vestíbulo y subo la escalera principal. Me detengo en el rellano del segundo piso y contemplo la puerta de la biblioteca, al final del largo pasillo adamascado. El señor Grimthorpe no es un trol –ahora lo sé–, pero cuando lo conocí en persona hace una semana, se puso a gruñir y a rugir al final de nuestro encuentro. Me llamó una cosa muy fea y me echó. Todavía no sé qué hice mal, aunque, como siempre, nunca lo averiguo hasta que ya es demasiado tarde. Recuerdo una ocasión en el colegio en que corregí una palabra que la señorita Cripps había escrito mal en la pizarra. Me obligaron a quedarme en pie en la esquina de la clase tanto rato que la vergüenza encontró la manera de salir y se deslizó, tibia, entre mis piernas.

Ahora me acerco de puntillas hasta la puerta de la biblioteca, donde me detengo. No entro, aún no. En su lugar, observo la pared de libros prohibida y la rendija en el suelo, sin luz, sin signos de vida al otro lado.

Voy hacia la estantería, tomo Grandes esperanzas y me acomodo en mi rincón de la chaise longue, donde abro el libro. Últimamente he adelantado bastante y, aunque no sé si entiendo muy bien todo lo que le ocurre a Pip, me fascina la señorita Havisham, la vieja y marchita solterona con una singular misión en la vida: atormentar a un chico de buen corazón. Me parece de lo más aterrador que he leído, así que ¿por qué sigo pasando páginas?

Clic. Un sonido, casi inaudible, retumba en el silencio abovedado de la biblioteca de techos altos.

Un haz de luz procedente de la rendija se derrama sobre el suelo.

Pisadas, el rumor de unas zapatillas.

Por primera vez en días, hay signos de vida detrás de la cuarta pared prohibida.

Clavo la mirada en el diccionario Oxford, que justo sobresale entre los lomos. Y de repente, la pared de libros se abre y el señor Grimthorpe aparece bajo el umbral con aspecto arrugado y descuidado y los hombros caídos. Me aferro el libro al pecho.

Pero entonces ocurre una cosa de lo más extraña.

–Lo siento –dice el señor Grimthorpe.

Apenas doy crédito a lo que oigo. ¿De verdad un hombre adulto me está pidiendo disculpas? Me parece algo tan extraño que es como si estuviera hablando en una lengua desconocida. Me veo obligada a sacudir la cabeza para asegurarme de que lo he oído bien.

–Mi comportamiento del otro día fue inexcusable –admite–. Me enfurecí y me porté como un idiota. Te tildé de ser algo que, en retrospectiva, sería más aplicable a mí que a ti, porque yo soy el imbécil de verdad, el monarca inútil del reino de la nada. La única explicación que puedo dar a mi locura irracional es el padecimiento que siento, uno de cuyos síntomas persistentes es cierta tendencia poco sana a arremeter contra los inocentes. Te ruego que aceptes mis disculpas.

Apenas comprendo lo que dice, pero las arrugas de su rostro están llenas de dolor. En ese momento tengo una revelación: no importa si entiendes o no el dolor de otra persona, porque su herida es, en cualquier caso, real.

–Disculpas aceptadas, señor Grimthorpe –digo–. Pero ¿sabe que significa de verdad «lo siento»?

–Instrúyeme –responde.

–Significa que promete no volver a cometer el mismo error de nuevo.

Él suspira y se dirige hacia su escritorio, desplomándose en la silla.

–No cometeré ese error de nuevo, aunque no puedo asegurar que no cometa otros. Lo cierto es que he perdido las ganas de regocijo, Pip, si es que alguna vez las tuve.

–¿Regocijo? –pregunto, mientras me apoyo en el umbral.

–Significa «alegría, satisfacción, felicidad» –aclara–. Solía encontrarlo al final de una botella, pero ahora lo he dejado, junto a otras pocas cosas. Ignoro dónde habita el regocijo ahora. Algunas veces estoy convencido de que lo encontraré cuando termine mi próxima novela, pero ahora me enfrento a un mal aún más grave.

–¿Se refiere usted a una enfermedad?

–Sí, un mal típico de mi profesión llamado «bloqueo del escritor». Soy incapaz de acabar mi trabajo actual. Ese final me evita y, aunque

supiera cómo terminarlo, estoy seguro de que me procuraría lo que deseo.

–¿El qué?

–Más infamia. Más deshonra. Un lugar en las estanterías durante los siglos venideros. Un fin a mi inquietud, el regreso del regocijo.

Con cuidado me adentro en su estudio y me coloco a un prudencial brazo de distancia de su escritorio y de las pilas tambaleantes de cuadernos Moleskine negros con las iniciales grabadas.

–¿Le puedo preguntar de qué trata su libro?

El señor Grimthorpe se inclina hacia delante.

–Es un libro de suspense. Sobre un escritor retenido por su mujer en su casa. Tiene dos opciones: matarla o matarse.

–¿Cuál elige?

–Mata a su esposa, pero entonces tiene un nuevo problema.

–¿Cuál?

–Debe hacer desaparecer su cadáver o enfrentarse a la acusación de asesinato y a una nueva forma de encarcelamiento, esta vez en una celda, en lugar de en la relativa comodidad de su propio hogar.

Observo al enjuto hombre sentado ante mí, con el cabello alborotado y los ojos de caballo desbocado. ¿Y si esto no es un juego? ¿Y si lo dice de verdad? La idea hace que se me revuelva el estómago.

–¿Está planeando asesinar a la señora Grimthorpe? –suelto.

Ante mi pregunta, el escritor echa la cabeza hacia atrás y lanza una sonora carcajada.

–¿Por qué se ríe?

–Porque es absurdo. No tengo intención alguna de matar a mi esposa. No serviría de nada. Lleva prácticamente muerta los últimos veinte años, y por mi culpa. Esa sufrida mujer ha pasado toda su vida adulta protegiendo mi reputación y cuidando de mi salud y bienestar. Y te aseguro que no ha sido fácil. Podría decirse que hay maridos más leales en el mundo, pero hay pocas esposas tan leales como ella.

–No lo entiendo.

–No importa. La cuestión es que necesito un final para mi novela. Un desenlace. Una sorpresa en el argumento, quizá dos. Y necesito hacer desaparecer ese cuerpo imaginario.

–Sosa –sugiero.

–¿Cómo que es sosa?

–Me refiero a la solución química. Consume. Si se utiliza la cantidad adecuada, supongo que podría hacer desaparecer un cuerpo entero.

El señor Grimthorpe se levanta y empieza a pasear. De pronto, se detiene en seco y clava sus glaciales ojos azules en los míos.

–¿Cómo sabes tú eso? –pregunta.

–Había una vez una camarera doméstica que estaba tan descontenta con su señor que le disolvió las manos en sosa cáustica.

El señor Grimthorpe abre los ojos como platos.

–¿Quién te ha contado eso?

–Me lo he inventado, bueno, en cierto modo. Gran me contó una historia real, pero la he cambiado un poco. ¿Qué nombre recibe una historia que tiene algo de verdad pero que no ha pasado? –pregunto.

Su rostro se transforma. La rigidez y las arrugas se suavizan. El dolor se evapora. Por primera vez parece entusiasmado, ligero, feliz.

–Novela –responde–. Recibe el nombre de novela.



CAPÍTULO 12

Me disculpo y me levanto de la mesa, en la que se quedan desayunando las CORDERAS. Justo cuando estoy saliendo del Social, Angela me detiene.

–¡Molly, has estado increíble! –exclama–. ¡Esas señoras se han tragado que eras una detective! ¡Se lo han creído a pies juntillas!

–Ha sido una mentira humillante –me lamento–. Y no estoy segura de que haya descubierto nada.

–A veces, lo que al principio no parece nada se convierte en la clave del misterio. Solo hay que saber cómo atar cabos.

–No me interesa atar nada, Angela. Lo que me interesa es hacer mi trabajo, mi trabajo de camarera.

–Vale, no te enfades –replica Angela–. Ve y haz de camarera. Ignora toda la mierda a tu alrededor. Pero, Molls, ve con cuidado, ¿vale? Y si oyes o ves algo sospechoso, ¿me avisarás?

–Sí. ¿Puedo irme ya?

No espero respuesta. Sencillamente me marcho del restaurante camino al vestíbulo, donde el señor Snow, al verme, me hace señas para que me acerque al mostrador de Recepción.

–Molly, ¿adónde vas?

–Angela ya no me necesita. Y viceversa. Regreso a mi trabajo de verdad, si no tiene inconveniente.

–Muy bien. El resto de las camareras estarán contentas de verte –dice el señor Snow.

Subo a la cuarta planta por la escalera de servicio. Tengo el estómago revuelto. Sé exactamente la razón de dicha angustia. Durante el desayuno con las CORDERAS he fingido ser algo que no soy y, aunque Gran no puede verme, no se hubiese sentido orgullosa de mi comportamiento. Soy una farsante y una hipócrita, dos cosas que nunca me enseñó a ser. ¿Por qué no les he revelado toda la verdad? ¿Por qué no les he dicho a las CORDERAS que solo soy una simple camarera?

Al llegar al pasillo de la cuarta planta, me topo con Sunshine, con su carrito y una bolsa de ropa sucia llena a rebosar.

–Oh, Molly –dice, nada más verme–. Por favor, dime que vuelves a trabajar con nosotras. No podemos con todo. La Señora Jefa Nueva está en la sala de personal «tomándose un descanso» y Lily…, bueno, no sé muy bien qué le pasa hoy. Estamos agotadas. Mira a Sunitha.

Sunitha surge de la habitación contigua arrastrando una bolsa para la lavandería llena de sábanas sucias. Se la ve sobrepasada y sudorosa, como un pastel escarchado que se derrite al sol.

–Para mejor limpiar, en equipo hay que trabajar –digo–. ¿Lo recordáis?

–Ahora mismo, el equipo es inexistente. Molly, algo le ocurre a Lily. Sé que ayer estaba conmocionada, pero hoy se comporta de un modo muy extraño y no nos dice qué sucede. Además, no deja de desaparecer. Antes estábamos limpiando una habitación, me he dado la vuelta para pedirle servilletas de papel y, ¡puf!, había desaparecido. Así, sin más.

–¿Dónde está ahora? –pregunto.

–Ahí –responde Sunshine, señalando con el mentón hacia el otro extremo del pasillo.

–Gracias.

Me encamino hacia el final del pasillo, hasta una habitación cuya puerta se mantiene abierta con un carrito. Lily está dentro, en pie, inmóvil junto a la ventana, con un espray de limpieza en una mano y un trapo en la otra.

–¿Lily? ¿Estás bien? –digo, sobresaltándola.

Lily me mira de un modo para el que no encuentro definición en mi catálogo mental de expresiones del comportamiento humano.

–¿Quién manda? –susurra con voz temblorosa.

–¿A qué te refieres?

–¿Mandas tú o Cheryl?

–Hoy Cheryl es la jefa de camareras. Mañana todo volverá a la normalidad. ¿Te parece aceptable?

Lily se encoge de hombros.

–Lily, ya sabes que si tienes un problema, puedes acudir a mí.

–¿De verdad? –pregunta–. ¿Es así como funciona?

–Por supuesto que funciona así.

–Pero en boca cerrada no entran moscas. Eso me dijiste cuando me contrataste. «En el Regency Grand, la discreción es primordial».

–Lily, eres la última persona a la que acusaría de indiscreción –aseguro–. Me ha costado semanas hacerte hablar. Por favor, no guardes silencio ahora.

–Lo intento. Pero… no es fácil. Necesito este trabajo, Molly. Me despidieron una vez y no puedo permitir que ocurra de nuevo.

Es la primera vez que menciona la pérdida de un empleo anterior y la noticia me deja aturdida.

–¿Qué ocurrió? –le pregunto con amabilidad, escondiendo mi sorpresa.
–Era cajera en una tienda de comestibles –dice.
–Lo recuerdo. Lo ponía en tu currículum.
–Pero lo que no te conté es que cuando informé de un robo que había cometido otra cajera, me culparon a mí y me despidieron. Me imaginé que si te lo decía, no me contratarías. Y ahora, el miedo no me deja hablar, Molly. ¿En quién debo confiar?
–En mí. Debes confiar en mí –aseguro.
La observo y me veo reflejada en ella, la imagen de mi propio yo del pasado en un espejo. Cuando empecé a trabajar en el hotel, no confiaba en nadie y, en ocasiones, ese sentimiento tan inquietante aún regresa.
–Molly, un día eres mi jefa y, al día siguiente, dejas de serlo –explica Lily–. Y el hombre al que le serví el té ha muerto.
Se da la vuelta para limpiar unas huellas en la ventana.
–Lily, si te preocupa que haya un asesino en el hotel, puedo asegurarte con total sinceridad de que no hay motivo para creerlo.
Siento que se me revuelve el estómago, porque lo que estoy diciendo no es un hecho irrefutable.
Lily da media vuelta y me observa, con ojos inexpresivos y vacíos.
–Siempre culpan a la camarera –dice.
Y, a continuación, guarda silencio y se pone a limpiar de nuevo.
No puedo hacer nada. Esta conversación me exaspera y suelto un sentido suspiro. Siendo honesta, aunque hago todo lo que puedo, no sé cómo ayudar a esta chica. Se me ocurre que quizá la mejor manera sea no decir nada más y ponerme a trabajar junto a ella.
En silencio me encargo de la cama; quito las sábanas sucias y las cambio por unas nuevas. «Nada mejor que hacer una cama consciente para calmar la mente», pienso. Pero no funciona. Mi mente no se calma en absoluto y es evidente que Lily también se halla sumida en su propio estado de caos.
Llevo las sábanas sucias hasta el carrito y, justo cuando voy a meterlas en la bolsa, advierto algo en el cubo de reciclaje: una caja archivadora plegada con el nombre de «Serena» escrito claramente con rotulador negro en la tapa. Es la caja que ha desaparecido durante la alarma de incendios.
–¿Lily?
Ella se vuelve hacia mí.
–¿Has puesto tú esta caja en el carrito? –pregunto.
Lily niega con la cabeza.
–¿Sabes quién lo ha hecho?
Vuelve a negar con la cabeza y, acto seguido, clava sus ojos vidriosos en mí.

–Dímelo, Lily. Te lo ruego.

–En boca cerrada no entran moscas –se limita a repetir.

Tengo los nervios a flor de piel. Mientras ayudo a Lily a terminar la habitación 429, siento una inquietud desesperante. Intuyo la verdadera causa de mi malestar. No es Lily, aunque, evidentemente, estoy preocupada por ella. Tampoco es la muerte del señor Grimthorpe o los extraños sucesos acaecidos en el hotel. Es el hecho de que estoy envuelta en una mentira y, solo con pensarlo, se me revuelven las entrañas.

«Si mientes una vez, toda tu verdad se volverá cuestionable». La voz de Gran sigue resonando en mi mente y no consigo acallarla.

–Lily. Es hora de almorzar. Tómate un descanso.

Asiente, deja el pulverizador y sale de la habitación a toda prisa.

De repente sé lo que tengo que hacer y no debo perder ni un segundo.

Abandono la habitación, dejándola en un estado poco ideal, y bajo corriendo al vestíbulo. Salgo del hotel y desciendo la escalinata. Al verme, el señor Preston me detiene.

–Molly, ¿adónde vas con tanta prisa?

–Voy a hacer un recado. Volveré más tarde.

–Yo también tengo que hacer uno –comenta–. Oye, Molly, sobre la cena que teníamos este domingo, estoy pensando que…

–Señor Preston –lo interrumpo–. ¿Podríamos esperar a que Juan Manuel regrese? Apenas consigo organizarme sin él y creo que ahora mismo no puedo asumir nada más.

El rostro del señor Preston se desinfla como si fuera un pastel que han sacado demasiado pronto del horno, pero antes de que pueda añadir algo, unos hombres de negocios con maletas reclaman con señas su ayuda. Él se dirige hacia ellos y yo me marcho a toda prisa.

Me encamino hacia la siguiente calle con pasos rápidos, luego doblo a la izquierda, a la derecha y de nuevo a la izquierda. Después de exactamente quince minutos, llego a la comisaría. Me detengo unos instantes en la acera contraria y observo el edificio: un bloque gris de estilo brutalista con cristales tintados.

Cruzo la concurrida calle y entro por la puerta principal.

–¿Sí? –me saluda una mujer rubia con largas uñas moradas tras el mostrador de recepción de la comisaría.

–He venido a ver a una detective –anuncio, tratando de que no me tiemble la voz.

–¿Es por una queja? ¿Desea alertar de algo? ¿O tal vez ha venido a entregarse? –pregunta la mujer.

–Esto último –digo.

La mujer hace una pausa.

–Sabe que «esto último» significa «esto último que he dicho», ¿verdad?
–Sí –aseguro–. Se me da bien el lenguaje.
La Dama de las Garras Púrpuras me lanza una mirada extraña e indescifrable.
–Debo hablar con la detective Stark –digo–. Me conoce. Soy camarera del hotel donde murió el señor Grimthorpe.
En ese momento, la mujer se incorpora, muy lentamente. Todavía mirándome, abre una puerta tras ella.
–¡Detective Stark! ¡Rápido, venga! ¡¿Por favor?! –grita hacia el pasillo con voz trémula.
Espero a que vuelva a su escritorio, pero no lo hace. En lugar de eso, se limita a quedarse allí, de pie, pegada a la pared y observándome como si fuera a robar algo o a sacar una pistola.
Los pasos de unas botas pesadas resuenan en el pasillo y, a continuación, Stark, vestida de negro como es habitual en ella, aparece bajo el umbral.
–¿Molly? ¿Qué diablos haces aquí?
–Se está entregando –murmura la señorita Garras Púrpuras.
Las cejas de la detective Stark se alzan de golpe.
–Acompáñame –ordena.
Le doy las gracias a la señorita Garras y sigo a la detective por el pasillo hasta una estancia que ya he visitado en otras circunstancias que preferiría olvidar. La sala está igual que la recuerdo: con esos halógenos de brillo ofensivo y cubierta con una capa de suciedad y mugre criminales.
–Siéntate –dice Stark, señalando una sucia silla negra, colocada delante de una mesa blanca llena de manchas.
Me acomodo en la repugnante silla. La detective toma asiento ante mí.
No sé muy bien por dónde empezar, puesto que nunca he confesado un crimen en el pasado, así que guardo silencio, esperando algún tipo de señal. Una luz roja parpadea en la esquina de la ventana que hay detrás de la detective.
–¿Quieres un café? –pregunta Stark–. ¿Ayudaría en algo?
–No, no ayudaría –respondo.
La última vez que estuve aquí, aunque había pedido té, me trajo agua, y lo hizo en una horrible taza de chirriante poliestireno. Si ocurre de nuevo, no creo que sea capaz de pronunciar palabra.
–Bien –dice la detective, observándome–, ya has dicho por qué has venido, así que será mejor que lo sueltes. Te sentirás mejor después de hacerlo, lo prometo.
Respiro profundamente y, acto seguido, suelto el aire.
–Soy incapaz de vivir con la mentira –digo–. Me siento mal. Me

carcome. He estado pensando en mi abuela y en lo decepcionada que estaría si supiera lo que he hecho. Claro que… no lo sabe, porque está muerta.

–Ahora estás haciendo lo correcto, Molly. Y estoy lista para oír tu confesión –responde Stark.

–He cometido un crimen –anuncio.

–Sí. Lo sé. Pero tienes que ser más específica. Debes decir en voz alta que mataste al señor Grimthorpe, que lo envenenaste.

–¿Cómo? –exclamo, sin dar crédito–. ¡Yo no he hecho tal cosa! ¿Por quién me toma, por una asesina?

–Dijiste que habías venido a confesar.

–¡Un fraude, no un asesinato! –aclaro–. Me he hecho pasar por una agente de la ley y estoy profundamente arrepentida. He tratado de revelarles mi verdadera identidad, pero las CORDERAS no han querido escucharme. ¿Lo entiende?

–No, Molly, no entiendo nada –dice Stark–. Porque lo que dices no tiene sentido, como de costumbre. No sé de qué me sorprendo.

Me tomo unos instantes para recobrar la compostura y, acto seguido, empiezo desde el principio, contándole a Stark con todo lujo de detalles que las CORDERAS me han confundido con una detective que trabaja de incógnito en el hotel y que, pese a mis protestas, se han negado a creer que, de hecho, no soy más que una simple camarera.

–Así que, ya ve –concluyo–, he usurpado la identidad de un agente de la ley. Y quizá también haya cometido obstrucción a la justicia. Puede acusarme ahora. Lo merezco.

–¿Acusarte?, ¿porque un grupo de fanáticas literarias de mediana edad te haya confundido con una detective? –dice Stark.

Solo en ese preciso momento caigo en lo que ha dicho la detective hace un instante.

–Un momento, ¿el señor Grimthorpe fue envenenado?

Ella lanza un suspiro.

–Hemos recibido la autopsia y el informe de toxicología. Etilenglicol. En su té. Aún no es de dominio público, pero te hubieras enterado enseguida porque vamos a anunciarlo en una hora, en una conferencia de prensa. Molly, ¿se te ocurre alguna manera en la que el etilenglicol pudiese acabar en la taza del señor Grimthorpe? –pregunta Stark, inclinándose tanto hacia delante que solo puedo interpretar su gesto como una invasión de mi espacio vital.

–¿Y cómo voy a saber yo de qué manera llegó el anticongelante a su té? –respondo.

–Yo no he dicho nada de anticongelante –dice Stark, apoyando los codos sobre la mesa.

–Pues eso es lo que es el etilenglicol –aclaro–. Francamente, me sorprende que una agente de su rango no lo sepa.

–Que Dios me asista –dice Stark, poniendo la cabeza entre las manos–. ¡Molly, en ningún momento he dicho que el etilenglicol es anticongelante! Y no todo el mundo lo sabe, ¿no crees? ¿Comprendes que eso me lleve a pensar que eres la asesina de Grimthorpe?

Ahora me mira con los ojos entornados de una manera que resulta muy inapropiada.

–¿Me toma usted por imbécil? –pregunto–. Pues sepa que estoy bastante bien informada sobre productos químicos y venenos, y no solo gracias a Colombo. Una vez, Angela me contó la historia real de una mujer que mató a su primer marido, y luego al segundo, con bollos horneados llenos de anticongelante. Su caso apareció hasta en un telefilm; creo que se llamaba Viudas negras. Es uno de sus favoritos.

–¿Angela? ¿Quién es Angela? –pregunta Stark.

–La camarera del Social –respondo–. El título de la película me parece muy apropiado, ¿no cree?

La detective Stark se cruza de brazos.

–Lo que creo es que, con lo que conoces de veneno, también sabes exactamente por qué el asesino usó anticongelante con el señor Grimthorpe.

–De hecho, sí lo sé –afirmo–. Porque su sabor es dulce. Muy dulce. Puede mezclarse con cualquier cosa y no se nota.

–Exactamente –responde la detective Stark–. ¿Y con qué tomaba su té el señor Grimthorpe, Molly?

–Con miel. Con un montón de miel –respondo.

–Eso es –canturrea Stark con voz chillona–. ¿Y quién puso el tarro de miel en el carrito de té, Molly?

–Yo –afirmo con confianza. Nada más decirlo, advierto que mis palabras podrían malinterpretarse y me apresuro a matizarlas–. Pero yo no envenené al señor Grimthorpe. No tenía ningún motivo para hacerlo.

–Encontramos tus huellas por todo el carrito –responde Stark.

–Pues claro que lo hicieron. Y estoy segura de que también encontraron las de Lily.

La detective Stark suelta un bufido, pero no contesta.

–He venido aquí para confesar un delito por el que no piensa arrestarme y descubro que, una vez más, quiere acusarme de un asesinato del que no sé nada. Detective Stark, si va a arrestarme, será mejor que tenga pruebas que me relacionen sin una sombra de duda con el crimen. No puede detenerme sin móvil, sin ninguna prueba y sin un arma. Y por lo que sé, lo único que tiene ahora es el crimen.

–Y bien, Molly, entonces, ¿dónde está? –pregunta la detective–. ¿Dónde está el maldito tarro de miel? ¿Lo guardaste, como si fuera un trofeo macabro? ¿O lo tiraste a la basura?

–¿Por qué no registra el hotel? –pregunto–. Si soy lo suficientemente estúpida como para envenenar a un hombre famoso y dejar mis huellas dactilares por todo el carrito de té, puede que también haya guardado el tarro de miel en mi taquilla.

Stark suelta una carcajada.

–Anoche Snow me dejó echarle un vistazo. No encontré gran cosa.

Ahogo un grito.

–¿Registró usted mi taquilla sin mi permiso?

–¿Me estás tomando el pelo?

–Ha sido un error venir aquí –digo–. Usted nunca me verá por lo que soy realmente, por mucho que lo intente. ¿Ha terminado, detective? ¿Puedo irme ya? –pregunto.

–Sabes muy bien que no puedo retenerte –responde la detective–. Pero estaré observando cada uno de tus movimientos, Molly. Tengo ojos en el hotel. Tengo ojos en todas partes.

Evidentemente, a menos que sea una libélula o una araña, lo que acaba de decir es un auténtico disparate, pero como la detective está algo más que nerviosa, decido no cuestionar su exageración ocular.

–Adiós, detective –me despido.

A continuación, hago una marcada reverencia y me voy.

Solo al llegar a la acera frente a la comisaría empiezo a respirar de nuevo y, nada más hacerlo, me percato de la gravedad de la situación. El señor Grimthorpe no murió por causas naturales. Fue asesinado a sangre fría. Alguien lo envenenó, y es probable que quienquiera que lo hiciese todavía esté en el hotel. Tengo que regresar e informar al señor Snow antes de que la noticia se haga pública.

Aprieto el paso y deshago el camino tan rápido como me lo permiten mis pies. Me encuentro a tan solo unas manzanas de distancia cuando veo algo al otro lado de la calle que me obliga a detenerme en seco. Estoy en la esquina frente a la casa de empeños, la que tiene el gran escaparate y el letrero de neón encendido todos los días y a todas horas.

El señor Preston está ante la tienda, mirando el escaparate. Acto seguido, abre la puerta, haciendo sonar la campanilla, y entra. No tiene nada de extraordinario que el señor Preston, mi amigo, el portero del hotel, examine el escaparate de la tienda de empeños del vecindario. Eso no me preocupa en absoluto.

El problema es lo que lleva bajo el brazo al entrar. Esa puerta de oscura madera y ese ojo que mira a través de la cerradura… Pese a la distancia, he distinguido claramente la portada.

Es una rarísima primera edición de La camarera de la mansión, de J. D. Grimthorpe.



CAPÍTULO 13

Antes

Conmigo siempre ha sido así: yo y mi buen ojo para los detalles. Veo algo, pero me pierdo lo otro. Observo con atención, aunque, de algún modo, no me doy cuenta de lo que los demás advierten con relativa facilidad.

En mi mente soy de nuevo una niña con un boletín de notas en la mano que califican mis comportamientos sociales de «extremadamente» pobres, que confirman de manera oficial que soy «un fracaso» y que me ordenan repetir curso el año que viene. He estado trabajando junto a Gran en la mansión durante casi dos semanas y, con cada día que pasa, gano confianza en mis habilidades. Pero ahora, mientras sostengo el boletín, mi autoestima se evapora al instante.

Ni siquiera logro mirar a Gran. La vergüenza que siento hace que me sonroje. Quiero romper en mil añicos el boletín, quemarlo y reducirlo a cenizas. Sin embargo, una parte de mí también siente curiosidad, curiosidad por saber lo diferente que soy de mis compañeros.

–Gran, ¿cómo es entender todos los comportamientos sociales? –pregunto.

Gran suelta una carcajada.

–Ay, Molly. Nadie, y menos yo, los entiende todos. Las interacciones sociales son complejas. Cuanto más practiques relacionándote con otros, más comprenderás cómo encaja todo.

–Acláramelo –pido.

Gran hace una pausa para pensar.

–A veces, lo que otorga a algo su significado y forma es lo que no se ve –explica–. De repente reparas en algo que no se ha dicho en voz alta en ningún momento y entiendes que es una parte esencial de la ecuación, la equis que hay que resolver, incluso pese a que es invisible, pese a que, en realidad, no está ahí.

Trato con todas mis fuerzas dar sentido a sus palabras, pero no lo consigo. Si algo no está, no está. Y si no está, no hay nada que ver. En

ese instante decido que es inútil, que yo soy una inútil. Que nunca aprenderé.

Gran se acuclilla para ponerse a mi altura.

–No te tomes este boletín de notas tan a pecho, Molly. No eres un fracaso. De hecho, lo que es un fracaso es el sistema. Esto es solo un papel sin importancia que se niega a valorar tus fortalezas.

–¿Fortalezas? –repito.

–Sí. Fortalezas. Tienes muchas. Puede que de vez en cuando olvides ciertas formalidades, pero tu corazón y tu alma están en el lugar correcto.

Tengo el corazón en el lado izquierdo del cuerpo. Lo sé porque lo noto cuando pongo la mano sobre el pecho y, según lo que he leído en la biblioteca, mi anatomía es correcta. En cuanto a mi alma, no sé dónde la tengo. Tal vez sea como la equis misteriosa en la ecuación de Gran, algo cuya forma solo se revela cuando se comprende lo que hay alrededor.

–Y ya que mencionas el tema de las habilidades sociales –continúa Gran–, se me ha olvidado mencionarte que no es necesario decir «Sí, señora» tan a menudo en presencia de la señora Grimthorpe, o en presencia de cualquier otra persona en realidad. Es correcto mostrar respeto, pero si exageras, la gente pensará que eres obsecuente.

–O-B-S-E-C-U-E-N-T-E, cuyo significado es «demasiado obediente».

–Sí, y también «servil», alguien que no tiene respeto por sí mismo. Y ya que estamos, no es necesario que deletrees las palabras y digas su significado. A mí me encanta, pero no a todo el mundo le gusta. Es mejor que lo hagas con moderación, ¿no crees? –En ese instante, Gran se acerca a mí y me abraza, dándome un beso en la coronilla–. Y Molly, recuerda: pase lo que pase, yo siempre me sentiré orgullosa de ti. Tienes tanto derecho como el que más a ir con la cabeza bien alta.

–Arriba el mentón, corazón –digo, mientras alzo la mirada hacia Gran.

–Esa es mi chica –contesta Gran–. Molly, voy a ir a la planta de abajo a por la colada. La doblaré y regresaré antes de que puedas decir «Pepito Grillo».

Hoy tiene tres coladas por doblar y, aunque solo fuera una, para cuando hubiera terminado de doblarlo todo, probablemente ya habría tenido tiempo de decir Pepito Grillo mil veces. Por eso sé que es una manera de hablar. Que no lo dice literalmente, es decir, de forma precisa, estricta, exacta.

En la puerta, casi a punto de salir, se da la vuelta.

–Si el señor Rosso aparece por aquí, por favor, dale el sobre que he dejado sobre la mesa de la cocina. Y recuerda pedirle un recibo. Vuelve a ser «ese momento del mes» –dice, con aire agotado.

Sé exactamente a qué se refiere con «ese momento del mes». Se

refiere al primer día del mes, que es cuando debemos pagar el alquiler. El señor Rosso, con su enorme nariz bulbosa y su panza a juego, golpeará en unos segundos la puerta para reclamar lo que es suyo.

–¿Por qué se llaman «caseros»? –le pregunto a Gran–. El nuestro no es que sea excesivamente familiar.

–No, ¿verdad? –responde Gran–. Pide dinero a cambio de alojamiento de baja calidad, espera respeto pese a la falta de servicios y codicia la propiedad como si deseara hacerse dueño del mundo. Pero págale el alquiler de todos modos. A fin de cuentas, no queremos que nos corten la luz. Así que sé educada.

–Siempre lo soy.

–Es cierto –afirma Gran.

Cruza la puerta con una sonrisa y cierra tras ella con llave. La oigo tararear mientras recorre el pasillo hacia las escaleras.

Una vez que se ha ido, estrujo el boletín de notas hasta convertirlo en una pelotita y lo tiro al cubo de la basura de la cocina.

No ha transcurrido mucho rato cuando alguien llama a la puerta.

–¡Ya va! –grito.

Cojo una silla de la cocina y la arrastro hasta el recibidor.

Antes del «ábrete, sésamo», Gran siempre me obliga a comprobar por la mirilla quién hay al otro lado, así que coloco la silla, me encaramo y echo un vistazo.

No se trata del señor Rosso. Es una mujer joven morena con una mirada asustadiza. No la reconozco.

–¡Buenos días! –grito hacia el otro lado de la puerta–. ¿Le importaría decirme quién es usted?

–Te diré mi nombre si tú me dices el tuyo –responde la joven.

Pienso un instante en lo que acaba de decir, sin apartar el ojo de la mirilla.

–Gran dice que no debo decir mi nombre a desconocidos. Tampoco debo abrirles la puerta.

La mujer cambia el peso del cuerpo de un pie a otro como si necesitara ir al baño urgentemente.

–No soy una desconocida. Tu abuela me conoce. Y yo te conozco a ti. Tu abuela se llama Flora, y tú, Molly. Ya he estado antes en vuestra casa, ¿sabes? Simplemente no lo recuerdas porque, como decía tu abuela, no eras más alta que un saltamontes.

Aunque sus palabras me tranquilizan, he leído la historia de Alí Babá, así que sé que las puertas se abren con una contraseña.

–Demuéstreme que ha estado aquí antes –pido.

–Hum, de acuerdo –dice, rascándose la cabeza–. La taza favorita de tu abuela es la de la escena campestre. La guarda en la cocina, en el estante que hay encima de los fogones.

Lo ha acertado todo. Y se trata de un detalle que solo sabría alguien que ha estado antes en nuestro piso.

Pese a ello, decido sonsacarle otra prueba de que dice la verdad.

–¿De qué conoce a mi abuela?

–Oh –exclama, tratando de asomarse a la mirilla–. Hum, trabajábamos juntas…

–¿Dónde?

–En… hum… esa mansión. La mansión Grimthorpe.

–¿Y qué hacía usted allí?

–¿Tú que crees? Era una… camarera doméstica.

Eso lo confirma. Bajo de un salto de la silla, hago girar la llave y… ¡ábrete, sésamo!

La joven ante mí me mira con unos ojos abiertos como platos. Su rostro parece hundido y pálido. No le iría mal tomar un poco el sol. También está tiritando, como si tuviera frío, aunque hoy la temperatura es agradable. Advierto unas marcas rojas en sus brazos. Sé cómo se las ha hecho. También sufrimos los chinches en el pasado. Me picaban mucho las piernas y las tenía en carne viva, como si fuera una molesta constelación en uno de esos dibujos de unir los puntos.

La mujer me mira sin pronunciar palabra.

–Entonces, ¿dice usted que es amiga de Gran?

–Sí.

Asiente enérgicamente.

No se parece a ninguna amiga de Gran que haya conocido o visto hasta el momento. Las amigas de Gran suelen tener el pelo lleno de canas y llevan gafas, igual que ella. Llegan con ovillos de lana que han encontrado en algún rastrillo o con galletas caseras recién horneadas. Sin embargo, cuando abro el armario y saco el trapo para limpiar las suelas de sus zapatos, me lo coge de la mano y sabe exactamente qué debe hacer. Esto es una prueba más de que me ha dicho la verdad: ha estado aquí antes.

Con el trapo, elimina la suciedad de las suelas de sus viejas zapatillas deportivas, se las quita y las coloca cuidadosamente sobre el felpudo que hay en el interior del armario. A continuación, echa un vistazo a su alrededor.

–Vaya. Menudo salto en el tiempo. Está todo igual.

Repara en el cojín bordado que descansa sobre la silla; Gran lo ha terminado hace poco.

–Todavía hace manualidades –dice, y agarrando el cojín, lee en voz alta–: «Señor, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar aquellas que puedo y sabiduría para reconocer la diferencia». Vaya –exclama–. Ni que lo dijera mi antiguo padrino.

–Padrino, cuyo significado es «persona que ampara y protege a

otra».
–Sí, algo así.
En ese momento me doy cuenta de que estoy siendo muy descortés. No me encuentro a menudo en la situación de atender a las visitas. De hecho, no me ha pasado nunca.
–¿Le gustaría pasar? –ofrezco, pensando en lo orgullosa que se sentiría Gran de mis modales.
–¿Dónde está? ¿Dónde está tu abuela? –pregunta la joven.
–En el sótano, doblando la colada –indico–. Hoy hay tres lavadoras. Utilizamos las monedas que ahorramos en el Tarro Especial. Pase.
Conduzco a mi invitada hasta la cocina.
Allí se detiene ante la mesa y la acaricia con la mano, con cuidado, como si, en lugar de un viejo mueble, fuera un simpático gatito.
–¿Le gustaría tomar una taza de té? –pregunto.
–No, estoy bien.
–Por favor, siéntese.
Con un gesto le indico el lugar que ocupa habitualmente Gran en la mesa.
–Gracias –dice, sacando la silla y tomando asiento con cautela–. Eres muy… educada. No te pareces en nada a lo que había imaginado. Ven aquí y deja que te vea.
Me quedo en pie, ante ella, mientras me toma de las manos. Se inclina hacia delante y acerca su rostro al mío. Y de repente, así, sin más, empieza a sollozar.
–Lo siento muchísimo –me disculpo–. He sabido hace poco que soy un fracaso social y que no estoy al mismo nivel que la gente de mi edad, así que cualquier cosa que haya hecho que haya podido molestarla no ha sido a propósito.
Ella me suelta las manos y se seca los ojos.
–No has hecho nada malo –dice.
–Puede que no le caiga bien –sugiero–. No hay mucha gente a la que le caigo bien.
–No, no, me caes bien. No tienes ni idea. Es solo que… Es como mirarse a un espejo.
Y entonces se me ocurre. Sé exactamente lo que tengo que hacer. Cojo un pañuelo de papel de la caja en la mesa de la cocina.
–¿Un pañuelo para que no caiga al suelo? –digo.
Ella lo acepta.
–Gracias. Molly, la última vez que te vi, apenas hablabas. Tu abuela estaba preocupada por si resultaba que eras… –Hace una pausa, como si no encontrara la palabra.
–¿Diferente? –sugiero.
–Sí. Eso es.
–Soy diferente –digo–. Pero puedo hablar con total normalidad. De

hecho, me resulta difícil seguir esa regla de que los niños deben verse pero no oírse. O no verse ni oírse. O sea cual sea la regla. Me gustan las palabras. ¿Y a usted? Me encanta la palabra «locuaz». ¿Qué palabra le gusta a usted?

Se suena en el pañuelo.

–A mí me gustan palabras más sencillas. Ahora mismo, me gusta la palabra «hogar».

Se pone a llorar de nuevo, pero entonces sus ojos se posan en el sobre que hay encima de la mesa. De repente, sus lágrimas se interrumpen, igual que hace el chorro de agua que sale del grifo del lavabo cuando lo cierro después de lavarme las manos.

–Vaya. Primero de mes –dice, negando con la cabeza–. ¿Sigue teniendo el mismo dueño este tugurio? ¿Cómo se llamaba…?

–Señor Rosso. Sí, sigue siendo nuestro casero. Cuando usted ha llamado, pensaba que era él.

La mujer empieza a respirar con rapidez. Se rasca la cabeza enérgicamente, con tanta fuerza que me pone nerviosa.

–Molly, ¿tienes tiritas? –pregunta.

–Oh, no tiene que avergonzarse de sus brazos. Los chinches no son culpa suya. Gran dice que proliferan de piso en piso porque los caseros no invierten lo suficiente en higiene. No significa que no esté usted limpia.

–No estoy limpia, Molly. Y ese es exactamente el problema –dice.

Voy al baño y abro el armarito sobre el lavamanos, donde se encuentra nuestro kit de primeros auxilios. Lo abro y saco tres tiritas de las más grandes para dárselas a la amiga de Gran. Cuando salgo del baño, me la encuentro en el recibidor, junto a la puerta, calzándose esas zapatillas tan usadas. Se seca los ojos con el pañuelo arrugado que tiene en la mano.

–¿Ya se va?

–Tengo que irme –dice.

–¿No va a esperar a que regrese Gran? Seguro que se alegrará de verla.

–No. Ha sido un error venir. No quiero que me vea así.

–Aquí tiene sus tiritas.

–Quédatelas. ¿A quién quiero engañar? No puedo esconder lo que soy.

Gira el picaporte y abre la puerta.

–¡Espere! ¿Qué le digo a Gran?

Ella se detiene un instante.

–Dile… Dile que cuida muy bien de ti. Y que la echo de menos.

Empieza a llorar de nuevo, y siento una punzada en la tripa y en el corazón, un dolor intenso e incomprensible.

–Espere –digo de nuevo–. Ni siquiera sé cómo se llama.

–¿Que cómo me llamo? –dice, observándome durante un momento–. Me llamo Maggie.

–Un placer conocerla, Maggie. –Le tiendo la mano, pero, en lugar de estrechármela, ella la estruja entre las suyas y, antes de soltarla, la besa–. Vuelva a visitarnos otro día.

Me acaricia el pelo con la mano, pero enseguida la retira.

–Adiós, Molly.

Da media vuelta y se aleja.

Yo cierro con llave inmediatamente. Con luna o sol, cierra la puerta para que la casa no quede abierta.

Durante unos instantes me quedo allí, con la espalda apoyada contra la hoja. Me siento desequilibrada, mareada, pero, al mismo tiempo, entusiasmada. Me siento como una auténtica adulta. He hecho de anfitriona, ¡y yo sola! Si esto es lo que se supone que hacen los adultos cuando socializan, ¡puede que lo consiga! Con los niños no sucede igual; ellos son horribles y malvados, poco amables con sus insultos. La amiga de Gran estaba triste y yo me he dado cuenta enseguida. Y también he sabido enseguida cómo hacer que se sintiera mejor.

Me dirijo al baño para devolver las tiritas al botiquín. Mientras las guardo, oigo la llave. Salgo del baño justo cuando Gran entra con un cesto lleno de ropa limpia cuidadosamente doblada, que deja en el suelo con un bufido.

–Madre mía, Molly, qué calor hace en ese cuartito. Parece el mismísimo infierno –dice, mientras cierra la puerta con llave.

Se quita los zapatos, los limpia y, acto seguido, se dirige a la cocina a servirse un enorme vaso de agua. Yo la sigo.

–Gran, hemos tenido visita –anuncio–. Pero no te preocupes, no era una desconocida. Le he hecho preguntas y ella las ha respondido todas correctamente. Te conocía y también me conoció a mí cuando no era más alta que un saltamontes. Es una camarera, Gran. Trabajasteis juntas. Ha sido agradable conocerla, aunque tuviera chinches. Es tal como dijiste: no se puede culpar a la gente por sus circunstancias. Ah, y ha dicho que te estás ocupando muy bien de mí y que te echa de menos. Me ha pedido que te lo diga.

Gran deposita su vaso con un ruido sordo. Su boca está abierta de par en par, tan abierta que si todavía tuviéramos chinches, uno de ellos podría trepar e introducirse en ella. Desvía la mirada hacia la mesa de la cocina.

–Molly, ¿ha venido el señor Rosso? Por favor, dime que ha venido a por el sobre.

Yo también dirijo la mirada hacia la mesa de la cocina.

En ese preciso momento lo entiendo. Comprendo lo que decía Gran sobre las cosas que no se ven.

Dos variables se juntan en mi mente: nuestra reciente visita y el

sobre que contiene el dinero del alquiler. La ecuación se forma ante mis ojos, pero ya es demasiado tarde.

Ambos han desaparecido.



CAPÍTULO 14

No he dormido bien. He estado dando vueltas toda la noche. Alargué el brazo hacia Juan Manuel, pero no lo encontré, no estaba, solo había un espacio vacío en la cama. Pensé en llamarlo en mitad de la noche, contarle todo lo que ha ocurrido en los últimos dos días, pero desde tan lejos no puede hacer nada para ayudarme. ¿Y qué iba a decirle?: «Juan, se me olvidó contarte que hace dos días un hombre murió de repente en el salón de té. Piensan que su muerte no es accidental y es posible que el asesino ande suelto por nuestro hotel. Ah, y algo más, ¿sabes nuestro viejo y buen amigo, el señor Preston? Es un ladrón. Y empiezo a preguntarme si no será algo peor».

No me extraña que no haya pegado ojo.

Soy incapaz de alejar estos absurdos pensamientos de mi mente. ¿Y si el señor Preston, mi querido amigo y compañero de trabajo, un hombre al que he considerado siempre la personificación de la bondad, es un ladrón? Y si es capaz de robar, ¿qué más podría hacer?

«Es absurdo. Ridículo. –Oigo que me regaña mentalmente Gran–. Solo los tontos sacan conclusiones precipitadas».

Tiene razón. Pero, pese a ello, lo que vi en la tienda de empeños es innegable: al señor Preston vendiendo una rarísima primera edición de La camarera de la mansión, de J. D. Grimthorpe, el día después de la muerte de su autor y de que el valor de dicho libro se disparara. ¿Y si al señor Grimthorpe lo mataron por pura y simple avaricia? ¿Y si el señor Preston ha tenido algo que ver? Esa es la cuestión improbable e inconcebible que me carcome.

Me sacudo las sábanas, meto los pies calentitos en las zapatillas y me dirijo a grandes zancadas hacia la cocina. Son las cinco de la madrugada, demasiado pronto para levantarse, pero soy incapaz de quedarme tumbada con los ojos abiertos. Cojo un cubo de debajo del fregadero y lo lleno con agua. Rebusco en el cajón un trapo limpio y, acto seguido, me dirijo hacia la sala de estar y dejo los bártulos junto a la vitrina de curiosidades de Gran.

Enciendo la tele para distraerme, pero como era de esperar, el canal de noticias está reproduciendo de nuevo la conferencia de prensa de la

detective Stark de ayer, en la que anunció que la muerte del señor Grimthorpe había sido un asesinato. Los periodistas, que acribillan a Stark con sus preguntas, captan mi atención.

–Detective, ¿qué pistas tienen?

–Por el momento, todas las vías de investigación están abiertas –responde Stark.

–Detective, ¿el asesino es un huésped o un empleado del hotel?

–Si lo supiera, ¿cree que estaría aquí? –contesta.

–Detective, ha mencionado que lo envenenaron con anticongelante en el té. ¿Sabe cómo pudo llegar hasta allí?

–Estamos trabajando en ello –dice–. No pasaremos por alto ningún indicio.

–Detective, ¿le gustaría decirle algo al asesino?

Stark hace una pausa. A continuación, clava sus ojos en la cámara y es como si me estuviera mirando directamente a mí.

–Puedes ocultar la verdad durante un tiempo, pero no permanecerá enterrada para siempre. Recuérdalo –dice, antes de alejarse del tumulto.

Apago el televisor.

Tomo el trapo y, con cuidado, abro las puertas de cristal de la vitrina de Gran. «Una limpieza a fondo para que la alegría cale hondo, así que coge el plumero, compañero».

«Sí, Gran», le respondo mentalmente mientras voy sacando sus preciados tesoros: su colección de animales en miniatura de Swarovski, su orgullo y alegría, y la de cucharas, recuerdos de lugares lejanos que jamás llegó a ver con sus propios ojos.

Froto enérgicamente cada una de las fruslerías y, a continuación, me vuelvo hacia las fotos enmarcadas en la parte superior de la vitrina. Hay una nueva, en la que aparecemos mi querido Juan Manuel y yo, ambos con unos bigotes de helado a juego. También hay otras más antiguas, de la abuela y mías. Sin embargo, es la foto de mi madre de joven la que examino con más atención. Cabello oscuro como el mío y tez de porcelana, pómulos brillantes, no pálidos y ahuecados como esa extraña joven que robó el alquiler aquel primero de mes de hace tanto tiempo. De niña ignoraba por completo quién era. Fue solo al hacerme mayor que me di cuenta de que Maggie, la desconocida que llamó ese día a la puerta, era mi madre y que una de las razones por las que había venido era para verme. No sé cómo no llegué a atar cabos en ese momento. ¿Por qué siempre es así? ¿Por qué lo entiendo todo demasiado tarde?

Vuelvo a guardar todos los tesoros de la abuela en la vitrina. Me ducho y luego limpio el cuarto de baño hasta que mis dedos se arrugan como pasas. Me como un crumpet en la vieja mesa de la cocina, masticando cada bocado exactamente veinte veces. Luego

salgo del piso y me dirijo al trabajo, con la ansiedad impulsándome como un motor de reacción.

Ahora que todo el mundo sabe que el señor Grimthorpe fue envenenado, la jornada laboral en el Regency Grand será todo menos normal. No tengo idea de qué esperar.

Al llegar, veo al señor Preston en pie en el podio del portero, tratando de gobernar al tropel de huéspedes que se apiñan en el lujoso rellano rojo. Me abro paso a codazos entre la multitud hasta llegar justo frente a él.

–Molly, ¿lo has oído? ¿Lo de cómo murió el señor Grimthorpe?

–Sí –respondo–. Y estoy de lo más angustiada. ¿Quién podría ser capaz de semejante cosa?

–Mucha gente. Ese hombre no era lo que parecía.

Examino el rostro del señor Preston, sombrío y tenso, con los labios hacia dentro, como escondidos en su boca.

–¿Y usted, señor Preston? ¿Es quien dice ser?

–Molly, ¿te encuentras bien? –me dice, posándome una mano sobre el brazo–. ¿Estás mareada?

Me zafo de él.

–Tenemos que hablar –digo–. Pero aquí no. Ahora no.

–Querida, llevo diciéndotelo desde hace algunos días.

–Esta tarde, en el Olive Garden, a las cinco y cuarto. Espero que sea puntual.

–Por supuesto. Molly, ¿de verdad te encuentras bien?

No puedo creer que vuelva a formularme la misma pregunta.

–Es usted el que debería preguntarse eso, no yo.

El señor Preston me mira fijamente como si fuera una completa desconocida.

–Buenos días –me despido.

Acto seguido, empujo las puertas giratorias del elegante Regency Grand.

El vestíbulo está aún más concurrido que ayer, lleno de huéspedes con los ojos muy abiertos, así como de pequeños grupos de mirones que susurran entre sí, aunque, pese a la cantidad de gente, reina la tranquilidad, como si un cierto silencio fúnebre se hubiese instalado en el ambiente. Y no es de extrañar.

Diviso al señor Snow en el mostrador de Recepción, murmurándole unas instrucciones a un conserje que parece enojado, nervioso y tenso. Mientras camino hacia ellos, su conversación termina. El conserje se aleja apresuradamente. Los ojos de búho del señor Snow se vuelven hacia mí.

–Molly, esto es inaudito –dice–. Han envenenado a un hombre. Aquí, en nuestro hotel. ¿Cómo es posible?

–No lo sé, señor Snow. Hemos pasado los últimos años limpiando

nuestra mancillada reputación y ahora tenemos una mancha nueva y de mayor gravedad. Me pregunto si podremos quitarla.

–No vale la pena pensar en ello, Molly. La policía está señalando con el dedo y haciendo preguntas.

Echo un vistazo al vestíbulo y distingo a varios hombres vestidos de negro, de pie y solos, con auriculares en las orejas.

–¿Quiénes son? –pregunto–. No tienen pinta de huéspedes.

–Son agentes de incógnito –responde el señor Snow–. Y están por todas partes, observando cada uno de nuestros movimientos. En lugar de cerrar el hotel, la detective Stark ha exigido que sigamos operativos y que tratemos de comportarnos «con total normalidad». Ella y sus agentes especiales están convencidos de que es la mejor manera de desenmascarar al asesino.

–Pero, a estas alturas, ¿no habrá huido ya el asesino?

–Aparentemente, por cómo murió el señor Grimthorpe se podría pensar que el asesino sigue por aquí. La detective Stark mencionó algo sobre trofeos y cierta «patología de la copa envenenada». Por lo visto, a algunos asesinos les encanta ocultarse a simple vista. Forma parte de la emoción.

Un estremecimiento me recorre. Vuelvo a examinar el vestíbulo, donde el velo de la sospecha lo envuelve todo y a todos.

El señor Snow desvía su atención al exterior, tras las puertas giratorias de cristal, hacia el señor Preston, que dirige el tráfico peatonal en las escaleras desde su podio.

–Aunque resulta difícil de imaginar –dice el señor Snow–, los detectives están convencidos de que el asesino es…

Hace una pausa.

–Suéltelo ya, señor Snow. ¿Un trabajador? ¿Uno de nosotros? –pregunto.

El señor Snow asiente con gravedad.

Siento que un tornillo invisible me presiona el corazón y, durante unos instantes, me pregunto cómo se supone que voy a seguir adelante. «Arriba el mentón, corazón».

–Será mejor que me vaya –digo–. Este hotel no va a limpiarse solo.

Lo que no digo es que una capa criminal de suciedad acecha en todos los rincones y grietas del establecimiento, pero no podemos limpiar lo que no vemos.

–Ve con cuidado, Molly –dice el señor Snow.

–Siempre lo hago –respondo.

Al alejarme, justo antes de llegar a los ascensores, oigo un «¡Yuju!» familiar a mis espaldas. Me vuelvo y veo a dos CORDERAS sentadas en un confidente esmeralda junto a la grandiosa escalera. Gladys, la presidenta de cabellos rizados, hace ondear la banderita roja hacia mí mientras Beulah se quita pelos de gato de ese horrible suéter suyo. Son

las últimas personas con las que deseo hablar ahora mismo, pero, como siempre nos recuerda el señor Snow, estamos «a disposición de todos y cada uno de nuestros huéspedes».

–Señoras. Espero que se encuentren bien –digo acercándome.

–¿Bien? –dice Gladys–. ¿Cómo quiere que estemos bien? Han matado a J. D. Grimthorpe a sangre fría.

–Estamos de luto riguroso –añade Beulah, abrazándose a sí misma.

–¿Sabe si hoy el Social abrirá a la hora de siempre para desayunar? –pregunta Gladys.

–Sí –respondo–. En el Regency Grand nos enorgullece proporcionar un servicio predecible y puntual.

–Perfecto. Me vendrá bien comer algo –dice Beulah.

Pese a que no siempre interpreto con fiabilidad las emociones humanas, no puedo evitar advertir la incongruencia. Ambas mujeres parecen más preocupadas por perderse el desayuno que por un potencial asesino que anda suelto. ¿Y qué siguen haciendo aquí cuando literalmente no existe posibilidad alguna de que se encuentren con el hombre al que vinieron a ver? De repente me doy cuenta de que el tercer miembro de su trío habitual, la diminuta mujer con los reflejos fucsia, se ha separado del rebaño.

–¿Dónde está la otra admiradora que siempre las acompaña? –pregunto–. La señorita Birdy. ¿Ha volado como un pajarito?

–¿Está usted bromeando? ¿Y perderse toda la acción? –dice Beulah–. Se ha ido a dar una vuelta por el hotel, a recoger pruebas. Está planteando diferentes teorías y móviles a sus compañeros.

–¿A mis compañeros? –digo.

–Sí. A los agentes secretos, a esos hombres de negro que se pasean hoy por el hotel. Sabemos que trabajan con usted –dice Gladys, señalando a uno de los hombres con auriculares que de vez en cuando ensucian el vestíbulo.

–No trabajan conmigo –objeto–. Solo soy una camarera. Solo eso. Eso es todo.

–Por supuesto. Lo comprendemos –dice Gladys, guiñándome un ojo–. Su secreto está a salvo con nosotras. Pero tenemos algo importante que decirle… como camarera, por supuesto.

–Si es como camarera de verdad, entonces estaré encantada de oírlo. ¿De qué se trata?

–Es sobre Birdy –anuncia Gladys.

Beulah se rasca el suéter cubierto de pelo.

–Como habrá advertido –dice–, Birdy y yo no siempre congeniamos. Compartimos nuestro amor por todo lo relacionado con Grimthorpe, pero digamos que ahí termina todo. Durante muchos años hemos mantenido cierta rivalidad profesional.

–Yo más bien diría cierta envidia profesional –interrumpe Gladys.

—¿Sabe? Yo soy algo que Birdy no es: la única biógrafa del señor Grimthorpe.

—Biógrafa no oficial —interrumpe Gladys de nuevo.

—Si algo he aprendido en estos años es que no hay que subestimar a una mujer pequeña. Puede que Birdy sea bajita, pero es fuerte, astuta y…

—Tiene antecedentes con el veneno —afirma Gladys.

Ambas intercambian una mirada.

—¿Dé qué están hablando?

—Hace un par de años, una académica muy prestigiosa de una universidad local asistió a nuestro simposio bianual «El genio de J. D. Grimthorpe». Después de la conferencia de Birdy, bastante larga por cierto, sobre el crimen y el castigo en los misterios de J. D., dicha académica levantó la mano y comentó que no llegaba a comprender por qué su obra tenía tanto éxito. Calificó su escritura de rígida.

—De hecho, la palabra que utilizó fue «estreñida». A Birdy casi le da una apoplejía —puntualiza Beulah.

—El segundo día del simposio, cuando la académica regresó para nuestro refrigerio especial Crimen & Bollos, Birdy le sirvió un brownie casero —continúa Gladys.

—Igual de marrón que mi suéter favorito y aderezado con laxantes —añade Beulah—. Digamos que esa académica no volvió a asistir a ninguno de nuestros simposios.

—Típico de Birdy. El castigo debe ir acorde con el crimen —dice Gladys, negando con la cabeza.

Las dos damas asienten al unísono.

—Cuando la detective anunció en las noticias que el señor Grimthorpe había sido envenenado, ambas pensamos lo mismo: Birdy —afirma Beulah.

Gladys se inclina hacia mí.

—Si Birdy se atrevió a poner veneno en un brownie, ¿qué más sería capaz de hacer?

—Pero ¿por qué envenenaría a su ídolo?

—Porque está enfadada —sugiere Beulah—. Con él y conmigo. Al matar a J. D., nos castiga a ambos. —Beulah se inclina con aire conspirativo y baja la voz—. Últimamente he tratado más íntimamente al señor Grimthorpe y he podido descubrir cosas que Birdy desconoce. Él y yo estábamos hablando de convertirme en su biógrafa oficial. Y a ella no le parecía nada bien. Siempre ha querido ser más que su fan número uno. Digamos que se puso verde de envidia cuando le dije que esa pelea la había ganado yo.

—Y como he mencionado antes —añade Gladys—, Birdy siempre ha mostrado cierta predilección por Veneno y castigo. Me refiero a la novela.

–Es su libro favorito de J. D. Grimthorpe porque el malo recibe su merecido mediante una bebida envenenada. Dudo que sea una coincidencia –dice Beulah.

–Beulah y yo nos hemos pasado la noche hablando del tema –añade Gladys–. Y aunque es difícil imaginar a Birdy cayendo tan bajo, hemos decidido que sería prudente mencionar sus antecedentes a una persona con autoridad. Ya sabe, por si acaso.

–Pero yo no tengo autoridad, a menos que se refieran a mi autoridad como jefa de camareras.

–Por supuesto –dice Gladys en voz alta–. Lo comprendemos.

Beulah me agarra del brazo.

–Lo investigará, ¿verdad? –susurra.

–No haré tal cosa –objeto–. Hablen con quien proceda. Y ahora, si me lo permiten, debo marcharme. Las habitaciones de un hotel no se limpian solas.

–Especialmente la de Beulah –añade Gladys–. Su habitación parece un nido de ratas.

–No es para tanto –replica Beulah, sacudiéndose los pelos de gato de los hombros de su suéter y mandando una ráfaga al aire.

Doy media vuelta y me alejo sin añadir ni una palabra más. Debo admitirlo: me siento aliviada en el momento en que las pierdo de vista. Todo lo relacionado con estas mujeres me da dentera.

Me apresuro a bajar a las dependencias de Limpieza y Mantenimiento, donde me pongo el uniforme y me prendo la placa de jefa de camareras en el lugar correcto, justo por encima de mi corazón. Lily ya ha llegado. Sus zapatos están alineados cuidadosamente frente a su taquilla.

Ya con el uniforme, reviso una última vez mi aspecto en el espejo y, acto seguido, me dirijo hacia la segunda planta. Las puertas del ascensor se abren y distingo el carrito de Lily al final del pasillo, pero al mirar hacia el otro lado, veo a Cheryl, que sale de una habitación con la mano llena de billetes.

No. Otra vez no. Es la segunda vez en menos de veinticuatro horas que he pillado a un ladrón con las manos en la masa, in fraganti. Cheryl ha vuelto a las andadas. Está robando las propinas de las habitaciones que ni siquiera limpia, propinas que se suponía iban dirigidas a Lily y a mí.

–¡Cheryl! –digo, o más bien grito, porque la verdad es que me hierve la sangre como si fuera el agua en una tetera. Cruzo en dos zancadas el pasillo y me planto ante ella–. ¿Cómo te atreves? –digo–. Estás robando las propinas de las otras camareras. No se si recuerdas que está expresamente prohibido interferir en las remuneraciones que se supone que van dirigidas a otros empleados. ¿Te das cuenta de que es motivo de despido?

–¡Vaya, Molly! –exclama Cheryl, alzando las manos–. No es necesario que te pongas así. Como ya le he dicho antes a Lily, he pensado que a todas nos convendría juntar las propinas y dividirlas después. Ya sabes, como tú siempre dices, «una buena camarera limpia y comparte la primera».

–Esa frase se refiere al trabajo. La has malinterpretado –digo.

Lily asoma la cabeza desde una de las habitaciones. Tiene unas ojeras tan pronunciadas que parece un mapache.

–Anda, Lily, díselo –ordena Cheryl–. ¿A que hemos acordado juntar las propinas?

Lily va a abrir la boca, pero las palabras se quedan trabadas en su garganta.

–¿Su… supongo? –logra decir finalmente y, acto seguido, niega con la cabeza y guarda silencio.

Lo último que consigue esto es calmarme. Más bien me provoca deseos de sumergir las codiciosas garras de Cheryl en un balde lleno de sosa cáustica. Sin embargo, en lugar de eso, esbozo una sonrisa forzada.

–Soy la jefa de camareras –digo–. Me corresponde a mí decidir cómo se reparten las propinas. Y para que conste, estoy más que harta de sucios ladrones.

–¿Sucios ladrones? –repite Cheryl, bufando–. Me parece que me acabas de insultar. ¿Quién está transgrediendo sus propias normas ahora? Me pregunto qué diría el señor Snow si se lo dijera, Molly. Tengo que irme –anuncia, y añade–: Aseguraos de gritar si veis a un asesino con un hacha detrás de una de las puertas de las habitaciones. O mejor aún, no gritéis. Solo. Quedaos. Quietas –dice, mirando a Lily.

A continuación, se aleja de malos modos por el pasillo.

Una vez que se ha marchado, Lily sale de la habitación que estaba limpiando y se acerca a mí con la mirada baja y llorosa.

–¿De verdad aceptaste compartir propinas con ella? –pregunto.

Lily no pronuncia ninguna palabra. Ni siquiera se mueve.

–¿Cuándo dejarás de hacerme el vacío? –pregunto–. Sé que este lugar está patas arriba en este momento y que todo resulta bastante aterrador, pero todo se arreglará. Al final acabará bien.

El rostro de Lily permanece impasible: una máscara de inquietud y preocupación.

–Este hotel… está más sucio de lo que jamás habría imaginado. No sé qué hacer –susurra.

–Con la suciedad solo puede hacerse una cosa, Lily. Y es limpiarla.

Lily clava sus ojos en los míos durante un breve instante. Acto seguido, se coloca detrás de su carrito y, empujándolo, desaparece por el pasillo.



CAPÍTULO 15

Antes

Estoy en la cocina con Gran. Ella me está preguntando algo, pero el suelo bajo mis pies se deforma y aunque está ante mí, con sus manos apoyadas en mis hombros, es como si su voz llegara desde el interior de una botella cerrada con un tapón de corcho y mecida por el mar.

–Por favor, dime que el señor Rosso ha recogido el sobre –repite–. ¿Molly?

–No ha venido. El señor Rosso no ha pasado.

Clavo la mirada en la mesa de la cocina. Trato de que el sobre con el dinero para el alquiler reaparezca, pero no lo hace. Y sé que no lo hará.

–Esa mujer te conocía. Dijo que se llamaba Maggie.

Gran deja caer sus manos de mis hombros y, acto seguido, se cubre el rostro con ellas. Emite un sonido, uno extraño, que solo he oído una vez en el pasado, en un documental sobre naturaleza y fauna: el sonido que emitió una madre oveja al ver que una leona atrapaba su corderito y se lo llevaba.

–Gran, ¿quién es? Puede que aún no sea tarde para remediarlo.

Un torrente de lágrimas se desliza por el rostro de Gran.

–Oh, mi niña, es muy muy tarde.

–Pero ¿quién es? –pregunto de nuevo.

Gran guarda silencio, con el ceño fruncido.

–¿No lo sabes? ¿De verdad no lo sabes?

Niego con la cabeza.

–¿Y por qué deberías saberlo? –dice–. Al fin y al cabo, es una completa desconocida para ti.

–Es una ladrona –digo–. Deberíamos llamar a la policía. La atraparán y nos devolverán el dinero del alquiler.

–No sirve de nada, Molly. Ya hace rato que se ha ido y el dinero se ha ido con ella.

Gran se desmorona en el suelo de la cocina. Me siento con las

piernas cruzadas frente a ella. Siento que las costillas me oprimen el corazón al comprender la gravedad del aprieto en el que estamos.

–Gran, por favor, no llores. Lo siento mucho.

Justo entonces se oyen unos golpes en la puerta. Ambas nos sobresaltamos. «Es ella –pienso para mis adentros–. Es Maggie. Ha cambiado de idea y ha regresado para devolvernos el dinero. ¡Es una buena persona a fin de cuentas!».

Me pongo en pie de un brinco y ayudo a Gran a incorporarse. Saco un pañuelo de la caja que hay sobre la mesa de la cocina y se lo tiendo. A continuación, agarro una silla y salgo corriendo con ella hacia la puerta. Al llegar, me detengo, me subo en ella y echo un vistazo a través de la mirilla.

Mis ánimos decaen al instante ante lo que veo.

–Es el señor Rosso –anuncio.

–Déjamelo a mí –responde Gran, sonándose la nariz.

Al momento aparece en el recibidor y yo quito la silla de delante de la puerta.

La abre y allí está nuestro casero, con su nariz bulbosa y los brazos cruzados sobre su redonda barriga.

–Buenos días, señor Rosso –saluda Gran–. Confío en que esté teniendo un día agradable.

Su voz cantarina se le queda atrapada en la garganta.

–Los días de pago solo son agradables si todo el mundo abona el alquiler –responde.

Gran junta las manos y, a continuación, se las restriega contra los muslos.

–Señor Rosso, me temo que hemos sufrido un imprevisto que ha conducido a una demora en el pago de nuestro alquiler.

–Ahora dígalo de nuevo en cristiano –replica el señor Rosso.

–No tenemos el dinero del alquiler, pero le pagaré pronto.

El rostro del señor Rosso pasa de su tono rojo habitual a un color entre remolacha encendido y rosa encarnado.

–Este edificio está lleno de gorrones y gandules, pero pensaba que usted no era como ellos, Flora. Lo pensaba de verdad.

–Siento decepcionarlo –responde Gran–. Hay ese dicho sobre que a mal tiempo, buena cara, pero hoy ni siquiera hace muy buen día, así que no hay mucho que pueda hacer. A veces, señor Rosso, la vida entorpece las mejores intenciones.

–Y no lo hace sin consecuencias –replica el señor Rosso, con los orificios nasales dilatados–. Es la única manera de que los de vuestra calaña escarmienten.

Da media vuelta y se aleja por el pasillo arrastrando los pies.

–¿Perdone? –dice Gran a sus espaldas–. ¿Podría explicarme a qué se refiere con «los de nuestra calaña»?

Gran y yo asomamos la cabeza al pasillo, a la espera de una respuesta, pero el señor Rosso no contesta. Ni siquiera se vuelve para mirarnos.

Entramos de nuevo en nuestro piso, Gran cierra la puerta con cuidado y pasa el pestillo.

–¿A qué se refería, Gran? –pregunto–. ¿Qué va a suceder?

–Amenazas sin fundamento. No te preocupes, mi niña. –Toma aliento, suelta el aire y, acto seguido, junta las manos en una palmada–. ¿Por qué no nos dedicamos a lo que sabemos hacer mejor? ¿Por qué no limpiamos el piso de arriba abajo?

–Una limpieza a fondo para que la alegría cale hondo –canturreo.

–A limpiar para nuestras vidas animar –contesta Gran.

–¿A qué estás esperando? ¡Coge el plumero, compañero! –digo, y salgo corriendo hacia la cocina a preparar un cubo y coger unos trapos para nuestra Misión Limpieza Total.

Pasamos el resto de la tarde frotando y sacando el polvo, limpiando y sacudiendo. Aunque Gran parece cansada y no tararea como siempre suele hacer, yo me siento espléndida, revigorizada por el refrescante aroma a limón que impregna el aire, ese reconfortante olor a hogar.

Al caer la tarde y con la llegada del anochecer, todo en nuestro modesto piso, desde la cocina hasta el baño, desde el recibidor hasta nuestros dos dormitorios, está perfecta, impecable e inmaculadamente limpio.

Gran y yo siempre reservamos lo mejor para el final: la vitrina. Estamos en la sala de estar, sacando los objetos, sentadas en el suelo y rodeadas de los animales de cristal Swarovski, las cucharillas de recuerdo y las fotos enmarcadas. Gran sostiene la foto de mi madre entre sus manos. El ceño fruncido reaparece mientras frota el marco dorado, tratando de sacarle brillo.

De repente se oye un extraño sonido, como un chisporroteo. Y, a continuación, las luces se apagan.

Silencio.

–¿Gran?

No veo nada. Está todo oscuro como boca de lobo, pero desde el lugar que ocupo en la sala de estar, descubro que mi sentido del oído funciona mejor en la oscuridad.

Lo que oigo a continuación es un inconfundible sonido quejumbroso: el de una madre oveja llamando al corderito que jamás volverá a ver.



CAPÍTULO 16

Paso el resto del día trabajando junto a Lily con la esperanza de que mi presencia la ayude a abrirse y a hablarme, pero, desafortunadamente, mis esfuerzos son en vano. Pronuncia un extraordinario total de dos frases en el tiempo que compartimos: «¿Me pasas una toalla limpia, por favor?» y «¿Puedo ir al baño?». Sea lo que sea lo que preocupa a Lily, sé que no debo tratar de sonsacárselo. «Todo le llega al que sabe esperar».

La única buena noticia es que, juntas, casi en silencio total, hemos conseguido limpiar más habitaciones de las que teníamos asignadas, dejándolas inmaculadas e impecables, como si la vida nunca las hubiera mancillado, como si no existiera ninguna clase de suciedad o mugre. Ah, ojalá fuera eso cierto. Pero ambas sabemos que no es así. Porque, por mucho que limpiemos dichas habitaciones, no conocemos a los huéspedes que las ocupan, y uno de ellos podría ser perfectamente el asesino del señor Grimthorpe. Y en el caso de que el culpable no fuera un huésped, entonces, ¿quién podría ser?

Ahora son exactamente las 17:00 y hemos terminado nuestro turno.

–La jornada ha acabado –le digo a Lily–. Gracias por tu trabajo diligente, aunque también silencioso.

Ella no responde, ni siquiera me dirige una mirada. Va hacia su carrito y lo empuja hacia el ascensor de camino a las dependencias de Limpieza y Mantenimiento, donde se despojará de su uniforme de camarera y se convertirá en una persona normal y corriente hasta mañana.

Casi es hora de encontrarme con el señor Preston en el Olive Garden y, para ser sincera, he estado pensando en él todo el día: el señor Preston, quien, durante años ha sido un amigo leal y de confianza; el señor Preston, quien viene a cenar cada domingo con Juan y conmigo. El señor Preston, a quien considero de la familia desde hace tiempo. El señor Preston, quien empeñó un libro robado. El señor Preston, quien, al parecer, en el mejor de los casos es un ladrón, y en el peor…

Ratas y alimañas, manzanas podridas y lobos vestidos con piel de oveja. ¿Cómo va a relacionarse el señor Preston con esa gente? Pero lo

vi con mis propios ojos: empeñó esa primera edición. Entró en esa tienda con ese libro bajo el brazo.

En las dependencias de Limpieza y Mantenimiento me despojo de mi uniforme y me visto con ropa de calle. Lily ya se ha ido, al igual que el resto de las camareras. Estoy sola, de nuevo. Contemplo mi rostro en el espejo. En él se nota cierto peso: el de unas bolsas negras bajo mis ojos. Si Juan Manuel estuviera por aquí, garabatearía algo en un bloc de notas como hizo la última vez que trabajé hasta la extenuación.

–¿Qué es? –le pregunté cuando me tendió el papel.

–Una receta –respondió.

–«R & R, relajante para recargar energías, una dosis al día, para Molly Gray –leí en voz alta–. A administrar por J. M. vía un baño de burbujas, un masaje de pies y espaguetis con albóndigas para cenar. A la señorita Molly no se le permite realizar ninguna tarea de limpieza».

Detrás de mi nombre había un corazón.

Lo echo tanto de menos… Si estuviera aquí, sabría exactamente qué hacer. En su ausencia, ¿a quién puedo acudir?

Justo en ese momento, Angela aparece en la puerta, sobresaltándome.

–¡Casi me matas del susto! –digo–. ¿Qué estás haciendo aquí abajo? Deberías estar arriba, en el Social.

–Sí, ya lo sé –replica Angela–. Pero estoy investigando por mi cuenta. He hablado con los empleados de la cocina para ver si la policía ha analizado todos los líquidos de la despensa en busca de rastros de veneno.

«Y dale con lo mismo», pienso para mis adentros.

–Angela, ¿por qué te involucras? Mantente al margen –la aconsejo.

–¿Y perderme mi gran oportunidad de resolver un crimen? Ni hablar. En cualquier caso, y para que lo sepas, la policía ha analizado todo lo que había en la cocina. No han encontrado nada raro. Pero yo he hecho mis propios análisis.

–¿Que has hecho qué? –exclamo.

–He probado una gota de cada líquido que había en la cocina para ver si me hacía vomitar.

–¿Y qué has averiguado?

–Que el zumo de naranja y el vinagre, seguidos de salsa de soja y miel son realmente indigestos. ¿Las buenas noticias? Que todavía no he muerto –dice Angela.

–No puedo creer que hayas hecho eso, Angela. Estás yendo demasiado lejos.

–No –objeta. Retrocede unos pasos, mira a ambos lados del pasillo vacío y, acto seguido, entra de puntillas en el vestuario–. Mira, Molly. Las cosas se están poniendo bastante feas por aquí. Al parecer, los de incógnito han identificado a un sospechoso. He oído que lo decían.

Hay cosas que deberías saber.

–Hay cosas que tú deberías saber, Angela –digo–. Y la primera es que no soy detective y no quiero que me confundan con una. Le dije a Stark que cometí un terrible error y que me había hecho pasar por una agente de la ley. Me entregué por farsante. Sin embargo, no le dije de quién había sido la terrible idea.

Angela, con una mano apoyada en la cadera, me mira sin dar crédito.

–Esa es la tontería más grande que he oído en mi vida –dice.

–Hablas como la detective Stark –respondo, mientras abro la taquilla y saco el bolso–. No dejo de decirles a las CORDERAS que solo soy una camarera normal y corriente, pero no quieren creerlo. Por culpa de tu mentira, ahora no hacen más que darme pistas.

–Bien. Eso nos resultará útil.

Noto que me estoy enfadando y me siento molesta. Angela me cae bien, pero a veces es la persona más cabezota del mundo. Cierro la taquilla de un portazo y me encamino hacia la puerta.

–¡Molly, espera! Tenemos que hablar. ¿Vas hacia tu casa?

–No, tengo una cita con el señor Preston. –Me vuelvo para encararla–. Angela, te lo digo en confianza y no quiero que lo compartas con nadie hasta que no haya hablado con él, pero ayer pillé al señor Preston vendiendo la rarísima primera edición que estaba dentro de esa caja en Recepción, esa que desapareció. Entró en una tienda de empeños a unas pocas manzanas de aquí. Lo vi con mis propios ojos.

–¿Y a quién le importa eso, Molly? Solo es un libro –responde Angela.

–Pero ¿y si todo estuviera relacionado? –pregunto–. ¿Y si al señor Grimthorpe lo mataron para que subiera el precio de las ediciones raras?

Angela guarda silencio. Sus dedos juguetean con la corbata de su uniforme mientras considera la posibilidad.

–No. Imposible. El señor Preston no le haría daño a una mosca. No deberías sacar conclusiones precipitadas.

–Eso solía decir mi abuela. Tengo que irme. Adiós, Angela.

Doy media vuelta y, sin añadir una palabra más, me encamino hacia las escaleras que llevan al vestíbulo. Temblorosa y desconcertada, atravieso las puertas giratorias, bajo apresuradamente las escaleras y me dirijo hacia el Olive Garden, que queda a menos de una manzana.

Una vez allí, un camarero al que conozco me saluda con una sonrisa, me acompaña a un reservado, deja dos cartas sobre la mesa y, acto seguido, se marcha.

El señor Preston llega justo en ese instante y lo saludo con la mano. Saco el teléfono del bolso: las 17:14. Al menos, no tendré que

regañarle por su impuntualidad.

–Molly –dice, deslizándose en el banco frente a mí.

Lleva un atuendo bastante formal, compuesto de un suéter de color azul marino, con una camisa bien almidonada debajo y una corbata, que se pone en contadas ocasiones, ni siquiera para las cenas de los domingos.

–Es fantástico verte fuera del trabajo –dice, una vez que ha tomado asiento–. Llevo unos días tratando de hablar contigo en privado.

Esboza una sonrisa, y las patas de gallo se recogen en las comisuras de sus ojos.

Ya ni siquiera puedo confiar en este rostro tan familiar delineado por lo que en el pasado creí que era amabilidad absoluta.

–Señor Preston –digo–, le he pedido que viniera aquí hoy porque es usted un mentiroso.

El señor Preston abre los ojos de par en par.

–¿Disculpa? –responde.

–Un mentiroso. Un tergiversador. Un ladrón. Siempre me ha dicho que las apariencias engañan, que no todas las ranas se convierten en príncipes. Señor Preston, siento decirle con toda la pena de mi corazón que he tenido oportunidad de verlo tal como es, con todos sus defectos.

–Mi querida niña, no sé de qué estás hablando. Debe de ser un malentendido.

–No hay ningún malentendido –lo corrijo–. Ayer, cuando regresaba de la comisaría, lo vi en el exterior de la tienda de empeños con un libro en particular entre sus manos codiciosas. Lo vendió. Era la primera edición de La camarera de la mansión.

El señor Preston se encoge de hombros.

–No lo niego. El precio ha aumentado sustancialmente y aunque puedo comprender que pienses que me estoy aprovechando de la muerte del escritor, la verdad es que necesito un poco de dinero extra, Molly. Me estoy haciendo viejo. De eso y de otras cosas quería hablarte precisamente, pero me preocupaba que te disgustaras. Cargar con las maletas es un trabajo de jóvenes y no sé por cuánto tiempo más voy a poder seguir haciéndolo. Estoy pensando en jubilarme. Y necesito un cojín financiero, un nidito de ahorros para no tener sobresaltos.

–¡Robar no es la mejor manera de conseguir un nidito de huevos Fabergé!

Las palabras han surgido rugiendo desde mi interior y me doy cuenta de ello cuando varias cabezas de comensales se vuelven hacia mí.

–¿Robar? –susurra el señor Preston, inclinándose sobre la mesa–. Yo nunca he robado nada, y menos un Fabergé.

Examino su rostro, en busca de algo que delate falsedad o deshonestidad, algo que revele que está mintiendo, pero no encuentro nada.

Decido emplear otra nueva táctica.

–Había una vez una caja que albergaba una primera edición poco usual de La camarera de la mansión y que pertenecía a la señorita Serena Sharpe. Dicha caja se hallaba sobre el mostrador de Recepción. La alarma de incendios se activó y, ¡puf!, la caja desapareció. Cuando volví a ver dicho libro, estaba en sus manos.

–Oh, Molly –exclama el señor Preston, apoyando los codos sobre la mesa y escondiendo el rostro entre las manos.

–No se deben apoyar los codos en la mesa, ni ahora ni nunca –le recuerdo.

El señor Preston suspira. Sin embargo, aleja sus ofensivas extremidades de la mesa.

El camarero se acerca.

–Hola, ¿ya saben lo que van a pedir? –pregunta.

–Chardonnay, dos copas –dice el señor Preston.

–Agua para mí. Yo no voy a beber vino. No celebramos nada –digo.

El camarero desvía la mirada hacia el señor Preston, como si esperara una explicación. Cuando no la consigue, se escabulle.

–Molly, tengo que confesarte algo –anuncia el señor Preston.

Aquí está, el momento en el que todos mis miedos se solidifican en una horrible realidad, el momento en que se destruye en un instante toda mi confianza en un hombre al que casi considero mi familia. Pero llegaré hasta las últimas consecuencias.

–Así que lo admite: envenenó al señor Grimthorpe.

–¡¿Cómo?! ¡Yo no hice nada de eso! –exclama el señor Preston–. ¿Cómo se te ha podido pasar por la cabeza?

Lo observo con cuidado, examinando su rostro. Está a punto de romper a llorar.

–Molly, de lo único que soy culpable es de haber dicho una mentira piadosa. –Hace una pausa y se seca la frente con pequeños golpecitos con una servilleta del dispensador que hay sobre la mesa–. Hace unos días, cuando me preguntaste por el señor Grimthorpe, insinué que no lo conocía, pero sí lo conozco. O, al menos, lo conocí, hace mucho tiempo.

Guarda silencio y me observa, como esperando a que yo deduzca algo.

–Continúe –pido.

–Ese libro que empeñé me lo dio personalmente Grimthorpe años atrás, cuando yo era su empleado y tú…, bueno, tú no eras más alta que un saltamontes.

Nada tiene sentido. Suena a un complejo galimatías con el fin de

distraerme de la terrible verdad.

–Los Grimthorpe nunca tuvieron portero –digo, cruzándome de brazos–. Lo sé bien.

–Así es –responde el señor Preston–. Pero en la verja sí había un guarda.

La cabeza me empieza a dar vueltas. El banco en el que estoy sentada se balancea y no deja de moverse. Los recuerdos y las sensaciones colisionan como si me azotara un tornado.

–¿Molly? No soy ningún asesino. Ni siquiera un ladrón. Aunque… me parte el alma que pensaras que pudiese caer tan bajo. –El señor Preston estira el brazo y me coge la mano–. La única cosa de la que soy culpable es de no confesarte antes que conocía al señor Grimthorpe. El día después de que muriera, de camino a casa, pasé por delante de la tienda de empeños y vi una primera edición en el escaparate. Tenía un precio astronómico. Eso me dio la idea de vender mi ejemplar. Además, siempre he detestado al señor Grimthorpe, así que ¿para qué conservar su libro? Tu abuela solía predicar paciencia, pero aguantó muchas horas trabajando en ese lugar desalmado, especialmente con Grimthorpe borracho. Ella pensaba que si lograba mantenerse sobrio, todo cambiaría, pero se equivocaba. La señora Grimthorpe no dejaba que nadie se acercara a su marido, solo tu abuela y su secretaria personal. Dijo que, aparte de ella, eran las únicas mujeres con la fortaleza suficiente para lidiar con sus excentricidades. Durante mucho tiempo, tu abuela estuvo a su lado. Pero, al final, incluso ella se dio cuenta de la verdad. Grimthorpe era un hombre malvado y odioso, que no merecía su lealtad. Y la señora Grimthorpe también defraudó a tu abuela. Ambos la traicionaron de formas diferentes.

–Gran nunca me contó nada de eso.

–No, claro que no. Se sentía avergonzada, humillada. Quería dejarlo todo atrás, empezar de cero.

–¿Y por qué me lo cuenta usted ahora?

–Porque tiene que ver con lo que llevo tratando de decirte desde hace unos días.

–Que ya me conocía. De antes. De cuando visitaba la mansión de los Grimthorpe de niña. Lo pillo –digo.

–Eso es solo una parte. Te recuerdo muy bien: una niñita valiente que, agarrada de la mano de su abuela, recorría el camino de rosas. Un día, esa misma niñita hizo ese mismo trayecto en dirección contraria, se puso ante las cámaras de la verja y le dejó un regalo al guarda. ¿Lo recuerdas?

Por supuesto que lo recuerdo. ¿Cómo podría olvidar la amabilidad de aquel desconocido? Pero yo no sabía con quién hablaba. En aquel momento no tenía ni idea.

Se me revuelve el estómago.

–Señor Preston, he cometido un terrible error. –Noto un nudo en la garganta y me tomo un momento para encontrar las palabras correctas–. He sacado conclusiones precipitadas y he quedado como una tonta. No sé quién robó ese libro del mostrador de Recepción, pero ahora comprendo que no fue usted. Y entiendo mucho más. Lo siento mucho. ¿Podrá perdonarme?

–¿Perdonarte? Molly, eso está hecho. Ahora y siempre.

Suspiro con alivio.

–Quería decirme algo más –le recuerdo.

El señor Preston me da unas palmaditas en el dorso de la mano.

–Ya te he dicho suficiente –responde–. Quizá sea mejor dejarlo para otra ocasión.

–¿No se le olvidará?

Mirándome con unos ojos llorosos llenos de ternura, responde:

–Eso nunca, Molly. Nunca.



CAPÍTULO 17

Antes

Soy una niña pequeña que está sentada en medio de la oscuridad, asustada mientras su abuela llora sin que la vean en el suelo de la sala de estar. Lo que me da miedo no son las lágrimas de Gran. Ni tampoco la oscuridad. Soy yo misma, mi infinita habilidad para comprenderlo todo demasiado tarde.

Los sollozos se detienen. No distingo a Gran, pero oigo cómo se mueve. Y a continuación, unos pasos, el familiar crujido del tocador en el baño, el sonido de alguien rebuscando.

–¿Gran? –llamo.

–Enseguida vuelvo. Quédate donde estás –responde.

Más ruido de pasos que se arrastran. Un sonido rápido y rasposo.

–Hágase la luz –dice Gran, colocando una vela encendida en una mesita.

A continuación, prende el resto que tiene a sus pies y las ubica a cierta distancia por toda la habitación. El efecto es asombroso: la estancia se funde en un resplandor fascinante.

–Querer es poder. Por un instante he perdido las ganas, Molly, pero ya están de vuelta. ¿Té? –pregunta.

–No tenemos electricidad. La tetera no funcionará.

–En el congelador aún hay hielo, al menos durante un rato. Puedo preparar uno frío.

Toma una vela y se encamina hacia la cocina. Rebusca algo mientras yo sigo sentada en el suelo, inmóvil, escuchándola tararear como si todo fuera bien. Unos minutos más tarde reaparece con una bandeja de plata en la que hay una vela, dos vasos altos, una jarra y varias galletas.

–¿Té para dos?

Deposita la bandeja en la mesita de la sala de estar, se sienta en el sofá y da unos golpecitos en él.

Yo me siento a su lado.

Pasamos el resto de la tarde bebiendo té frío y comiendo galletas.

No podemos ver el programa de David Attenborough ni Colombo, así que Gran me entretiene con cuentos de hadas y princesas, caballeros y damas, doncellas y sirvientes que trabajan en la planta baja. En algún momento siento que los ojos se me cierran. Unas manos envuelven las mías y me guían hacia la cama.

Mi abuela. Siempre era así. Siempre encontraba la manera de prender la esperanza. Porque ¿qué es la esperanza, sino la decisión de iluminar la oscuridad?

A la mañana siguiente sale el sol y no necesitamos velas, pese a que la luz sigue cortada y no hay agua caliente en el piso. Me aseo con agua fría; un baño de gato, como dice Gran, pese a que en nuestro piso no hay ningún felino.

De camino a la mansión de los Grimthorpe, interrogo a Gran:

–¿Qué vamos a hacer con el alquiler? ¿Y si el señor Rosso no vuelve a conectar la luz? ¿Y si tenemos que vivir en la oscuridad durante el resto de nuestros días?

–No te preocupes, Molly. Tu abuela tiene un plan.

Cuando llegamos a la mansión, nos detenemos como siempre ante la verja.

Gran pulsa el botón del intercomunicador, pero, en lugar de saludar y solicitar la entrada, dice:

–Voy a subir a la garita.

Esto es extremadamente inusual. Nunca antes ha ido a la garita, a esa fortaleza impenetrable que vigila la mansión Grimthorpe a un tiro de piedra de la entrada.

Tras un zumbido, la verja se abre.

–Espera aquí un momento –me ordena Gran.

Asiento confundida, aunque confío en que Gran sabe lo que nos conviene. Cruza la verja de hierro forjado y se encamina hacia la torre; acto seguido, entra por una puerta que ni siquiera sabía que existía en el extremo opuesto. ¿Con qué fin? ¿Por qué entra? ¿Qué está haciendo?

Paso el rato contando las lanzas puntiagudas en la parte más alta de la verja. Justo cuando el vértigo empieza a hacer que la tierra bajo mis pies se mueva, Gran sale y desanda sus pasos.

Al llegar a mi lado se detiene.

–He conseguido un pagaré –dice con su voz cantarina–. Tendré el dinero del alquiler más tarde. Lo que significa que volveremos a tener electricidad. Hágase la luz.

Posa una mano amable sobre mi espalda y me insta a recorrer el camino de rosas hacia la mansión.

Mientras lo hacemos, trato de procesar la noticia, pero me cuesta atar cabos.

–Pero, Gran, ¿quién te ha dado el dinero del alquiler? –pregunto.

–El guarda –responde.

¿El hombre invisible, el hombre misterioso de la garita?

–¿Y por qué iba a dejarnos dinero el guarda?

–Porque todavía existe buena gente en el mundo, Molly. Y en esa garita hay uno. Ha estado velando por nosotras durante todo este tiempo.

Por el rabillo del ojo miro hacia el pilar de tres plantas de fría piedra gris con las ventanas tintadas que dejan ver desde el interior pero no desde el exterior. En ese momento decido qué debo hacer.

Paso la mañana limpiando la plata. La señora Grimthorpe entra sobre las once y media para supervisar mi trabajo.

–Con esto ya está. Puedes subir a leer.

La dejo allí y subo las escaleras hacia la biblioteca, donde tomo Grandes esperanzas y me acomodo en la chaise longue. En cuanto me siento, oigo un clic y veo un haz de luz que se refleja en el suelo a través de la rendija. Un ruido de zapatillas arrastrándose, el diccionario Oxford que se mueve y, un momento después, el muro de libros se abre y el señor Grimthorpe aparece en el umbral con una sonrisa de oreja a oreja.

–Pip –dice–. ¿Dónde te habías metido? No te he visto por aquí en días. Esperaba que vinieras. Eres en verdad el niño profeta, la joven adivina, la que lo sabe todo.

–Yo no sé nada. Cada día que pasa sé menos que el anterior –objeto.

–Pero me diste la respuesta –dice–. Llevo años buscándola y tú me ofreciste la solución, la solución de la sosa cáustica. El fin está cerca, Pip. Mi última novela está casi terminada.

Observo al raquítico hombre ante mí. Le brilla el rostro, igual que destella el Fabergé sobre la repisa en la planta inferior.

–¿De verdad? ¿Ha terminado su libro?

–Casi. La sosa y la camarera. Ambas fueron ideas tuyas. Tú averiguaste cómo un cuerpo puede estar allí en un determinado instante y desaparecer al siguiente. Disuelto. Desintegrado. Desvanecido. Invisibilidad y ausencia, solo dejando el impacto. Me tomará un par de días más garabatear las últimas palabras, pero ya casi está. Y creo que lo he conseguido. Creo que me he ganado un lugar en la estantería de la literatura… in perpetuum.

Empieza a pasearse por la habitación. Toma uno de los cuadernos Moleskine negros con las iniciales grabadas y su pluma estilográfica y garabatea algo con trazos grandes y curvados. Su cuerpo lleno de ángulos hoy se ve diferente, transformado. Su asimetría nudosa, su marcada angulosidad, todo en él es más intenso, más elegante y con más propósito, como si fuera una pantera que ha salido a cazar.

Ra-ta-ta-ta-ta.

Ahí está otra vez. El sonido de la máquina de escribir, preciso y cadencioso. La mujer de azul debe de estar en su despacho, esté donde esté, ocupada, mecanografiando el final de la nueva obra del escritor.

Dado que el señor Grimthorpe está de un humor tan boyante, decido probar.

–Señor Grimthorpe, ¿dónde está el despacho de su secretaria? La veo entrar cada día por la puerta lateral y la oigo mecanografiar, pero nunca he visto dónde trabaja.

–Entonces es que no has mirado bien –responde el señor Grimthorpe.

Cierra de golpe el cuaderno y me dirige una mueca.

–Nunca me la he cruzado por la mansión –confieso–. A veces me pregunto si es real.

El señor Grimthorpe suelta una carcajada.

–Ah, es real. Es sin duda real.

Ignoro qué es tan gracioso, pero agradezco que siga de buen humor. Con dos zancadas se acerca al umbral de la biblioteca y se planta ante mí.

–Hoy nada me afecta, Pip –dice–. Podría caminar sobre las aguas. Me siento igual que antes de dejar de beber, como cuando mi primera novela llegó a las listas de los más vendidos y me encontraba en la cima del mundo. Hoy soy capaz de cualquier cosa.

Justo entonces oigo a Gran, que me llama desde la escalera.

–¡El té estará listo en diez minutos!

El señor Grimthorpe también la oye.

–Solía subir y sentarse a mi lado cada día. ¿Lo sabías? Si yo tenía ganas de hablar, ella me escuchaba. Me entretuvo con cuentos durante lo peor, durante los sudores y los temblores. En los días más oscuros me distraía. Ahora apenas viene por aquí.

El señor Grimthorpe se humedece los labios y veo como su lengua pasa a través del marfil de sus dientes para desaparecer en la cueva de su boca.

–Si quiere ver a mi abuela, ¿por qué no baja? –pregunto.

Con una sonrisa encantadora, asiente.

–Buena idea, Pip. Puede que lo haga.

–Tengo que irme.

–Ah, sí, a limpiar y sacar brillo. Que todo recobre su estado ideal, el vano intento de mi mujer de preservar la ilusión de un matrimonio perfecto y un marido perfecto, las dos cosas que nunca ha tenido. Te diré un secreto, Pip: la flor se marchita. Lo bueno no perdura.

–Tengo que irme –repito–. Hay algo que debo hacer. Adiós, señor Grimthorpe.

Alargo el brazo hasta el diccionario Oxford. El muro de libros se

cierra y el señor Grimthorpe desaparece tras él.

No tengo mucho tiempo. Gran seguro que volverá a llamarme enseguida. Salgo corriendo hacia el pasillo y bajo de puntillas las escaleras. En el recibidor saco los zapatos, me los calzo y, acto seguido, giro el picaporte, me escabullo sigilosamente al exterior y cierro la puerta a mis espaldas.

Recorro el camino de rosas, que ahora ya han perdido su mejor momento; sus cuellos pesan y los pétalos han caído sobre los adoquines. Voy buscando una que no esté apagada y marchita. Me cuesta un rato, pero al final la distingo: oculta entre la espesura de un matorral, de color escarlata oscuro con pétalos que se abren hacia el cénit de su esplendor. Meto el brazo entre las espinosas zarzas, ignorando los pinchazos de las espinas, hasta que acaricio el tallo que alimenta la última rosa refulgente con las yemas de los dedos. Lo cojo entre el dedo índice y el pulgar, lo troncho y, a continuación, saco la flor del denso arbusto. Tengo arañazos y marcas rojas por todo el brazo, pero no importa, porque lo que sostengo en mis manos ha valido la pena: un tesoro fugaz, el último ejemplar de la cosecha de este año.

Bajo por el sendero sosteniendo cuidadosamente la rosa entre mis manos. Cuando llego a la verja, pulso el botón del interfono, justo como hace Gran. Hablo hacia las pequeñas tablillas.

–¿Puede oírme? –pregunto–. ¿Puede verme? Soy Molly, aprendiz de camarera. Cambio y corto.

Espero una respuesta. Nada. Miro hacia la garita y, a continuación, pulso la tecla de nuevo.

–Sea usted quien sea, sé que nos ha ayudado, a mi abuela y a mí. Nos ha prestado dinero para el alquiler. Pienso que es un gesto de gran generosidad. Solo quería traerle un regalo. Y darle las gracias en persona.

Un clic. El sonido de la estática.

–Mi querida niña, muchísimas gracias. –Oigo que dice una voz.

Miro de nuevo hacia la garita. Los cristales tintados no revelan nada, pero eso no me impide levantar la rosa hacia el hombre de la torre antes de dejarla en el saliente junto al interfono.

Hago una reverencia exagerada, ejecutando mi mejor versión hacia él. A continuación, recorro a toda prisa el camino de rosas y regreso a la mansión.



CAPÍTULO 18

Desde que era pequeña, siempre se me ha dicho, de forma directa o indirecta, que soy un fracaso. «No es lo suficientemente buena». «No cumple las expectativas». «No entiende lo que los demás captan con relativa facilidad». «Molly la Mutante». «Roomba la Robot». «Bicho Raro».

Antes de este momento, nunca había dado un crédito absoluto a todas esas opiniones. Luchaba contra el supuesto de que mis diferencias me otorgaban menos valía. Rechazaba aceptarlo. Pero ahora, mientras ando pesadamente hacia el trabajo, donde tendré que enfrentarme al señor Preston por primera vez desde que lo confundí con un asesino, estoy empezando a creer que todo lo que se ha dicho sobre mí es cierto. Quizá valga menos. No hay duda de que soy tonta, tonta de remate. ¿Cómo he podido pensar que el señor Preston es una manzana podrida? ¿Cómo he podido meter la pata así? Y si soy lo suficientemente tonta como para hacer eso, ¿de qué otros errores colosales soy capaz?

Juan Manuel me ha llamado esta mañana mientras estaba masticando por decimocuarta vez un bocado de magdalena.

–¿Soy una buena persona? –le he preguntado después de tragar–. ¿Soy buena gente?

Durante unos instantes ha guardado silencio.

–Mi amor, ¿de qué estás hablando? Eres más que buena persona. Molly, eres una joya de persona. Eres mi Fabergé.

He apurado el té de un trago, he cambiado de tema drásticamente y he empezado a preguntarle a Juan sobre el viaje, sobre su madre y sus hermanos, hasta que se ha puesto a gorjear sin parar y ha olvidado mis extrañas preguntas.

Ahora estoy llegando a la puerta principal del Regency Grand, con su elegante fachada. Los aparcacoches van y vienen sin cesar, ayudando a los huéspedes con sus equipajes. El señor Preston, con su abrigo y gorra de portero, está en pie junto al podio, la viva imagen de la dignidad y la elegancia. Me observa cuando me detengo al pie de la escalera. No me responden las piernas. No merezco pisar esta

alfombra roja. No lo he merecido nunca.

El señor Preston baja corriendo y me toma del brazo.

–Molly, ¿estás bien?

–No estoy bien. Nunca lo he estado.

–Venga, venga –dice, conduciéndome escaleras arriba–. Un paso tras otro. Esa es la manera de llegar a algún sitio en esta vida.

–Gran solía decir eso –le digo, apoyándome en él.

–Lo sé –responde.

Nos detenemos en el rellano, frente a las puertas giratorias.

–Lo he acusado de una cosa terrible. No debería perdonarme. No merezco su amabilidad.

–Todos cometemos errores. Lo que importa es lo que hacemos después.

–Gran también solía decir eso.

El señor Preston esboza una sonrisa y me aprieta el brazo. Hasta ahora no me había fijado en lo mucho que ha envejecido en tan poco tiempo, en que sus cabellos se han tornado grises y ya no son negros, sino completamente plateados. Hasta de esto no me había dado cuenta. Pronto el señor Preston se jubilará, lo que significa que no lo veré cada día. Siento una profunda pena al pensarlo.

–Molly –dice el señor Preston–. Ayer por la noche tuve una conversación con Angela. Quiere hablar con nosotros. Enseguida.

–¿Como que habló con Angela? –repito estúpidamente mientras me pregunto por qué demonios el señor Preston contactaría con ella fuera de la jornada laboral.

–Nuestra conversación de ayer me dio que pensar. La llamé porque quería oír su opinión sobre esa caja desaparecida y esa rarísima primera edición de la novela de Grimthorpe que vi en la tienda de empeños. Tenías razón en una cosa, Molly: hay algo sospechoso en todo esto. A noche Angela no pudo arrojar mucha luz, pero esta mañana se le ha ocurrido algo. Quiere vernos en el restaurante.

–Muy bien. Tengo unos minutos antes de empezar el turno.

El señor Preston avisa a los aparcacoches de que se va a tomar una pausa y, a continuación, me sigue a corta distancia hacia las puertas giratorias.

Encontramos a Angela tras la barra del Social, con sus llamativos cabellos completamente despeinados y una expresión concentrada ante la pantalla de su ordenador portátil, que tiene abierto ante ella. Su fascinación por lo que está viendo es tal que ni siquiera alza la mirada. Al cabo de unos instantes advierte nuestra presencia y nos saluda con la mano. El señor Preston y yo nos sentamos uno junto al otro en unos taburetes al otro lado de la barra.

–¿Tardaremos mucho? –pregunto–. Debería ponerme a trabajar.

–Molly, siempre llegas media hora antes de que empiece tu turno –

dice Angela–. Y créeme, cuando veas lo que quiero enseñarte, vas a alucinar. Y usted también, señor Preston –añade–. Será mejor que os pongáis cómodos.

El señor Preston se quita la gorra y la deposita encima de la barra.

Con un ademán exagerado, Angela gira el ordenador hacia nosotros. En la pantalla hay una página web llamada KulturaBuitre.com, cuyo logo es una ominosa ave de rapiña que sostiene un viejo libro entre sus garras.

–¿Qué es esto? –pregunta el señor Preston.

–Una página web de venta de antigüedades, objetos curiosos y recuerdos –responde Angela–. La gente subasta libros usados, autógrafos de gente famosa, artículos de colección y cualquier cosa que crean que pueda interesar a alguien. Incluso se anunciaba la ropa interior sucia de una estrella de rock. ¡Y lo peor de todo es que se vendió! Mirad esta página –exclama Angela mientras cambia de pestaña–. El vendedor se hace llamar «La Parca».

El señor Preston lee en voz alta la descripción del vendedor:

–Vendo artículos originales pertenecientes a ricos, muertos y tristemente famosos. ¡Cien por cien auténticos! ¡Fuente de primera mano anónima y auténtica!

–Ahora mirad esto –dice Angela, bajando por la pantalla para revelar varios objetos etiquetados como vendidos.

No doy crédito a lo que veo. Ahogo un grito.

–¿Están todos relacionados con el señor Grimthorpe? –pregunta el señor Preston antes de que yo pueda articular palabra.

–La gran mayoría, sí –confirma Angela–. Hay uno que no.

Desplaza el cursor hasta la imagen de unas botellitas del minibar de whisky escocés vacías. La descripción al pie de la imagen dice: «La última cena líquida del señor Charles Black, el mismísimo señor Black, ¡del día que murió en el hotel Regency Grand!».

La cabeza me da vueltas sin parar. El corazón me late desbocado.

–Y mirad esto –dice Angela.

Se detiene en un anuncio de una pluma estilográfica y una nota ya vendidas.

«¡Dos por uno! –dice el pie de la foto–. ¡La estilográfica de J. D. Grimthorpe y una escandalosa carta de amor que le escribió a su secretaria personal!».

–¡Dios mío! –dice el señor Preston–. Haz clic sobre la foto.

Angela pulsa el botón y la imagen se agranda.

Examino la estilográfica negra y dorada con su punta afilada y elegante.

–Esa es la pluma del señor Grimthorpe. Estaba en la caja que desapareció –aseguro.

–¿Es por mi vista cansada o esa nota de amor es ilegible? –pregunta

el señor Preston.

–El vendedor la ha desenfocado a propósito –aclara Angela–. El comprador obtendrá la exclusiva.

–La han escrito con papel del Regency Grand –dice el señor Preston, advirtiendo el familiar membrete pese a que está borroso.

–Vaya, que me aspen. Tiene razón –exclama Angela.

–Pero se equivocan con la nota –digo–. No la escribió el señor Grimthorpe, sino el señor Snow. Ya lo admitió.

–Dinero –dice Angela–. Como se intuye por el nombre de la página, estos vendedores online son unos auténticos buitres. Mentirían sobre cualquier cosa solo para ganarse unos pavos.

–¿Y por cuánto se vendieron la pluma y la nota? –pregunta el señor Preston.

–Quinientos dólares –anuncia Angela–. Envío exprés aparte.

–Pero ¿quién malgastaría su dinero en esta basura? –exclama el señor Preston.

–Mucha gente –dice Angela–. Y no solo coleccionistas. También periodistas y creadores de pódcast. Mirad esto. –Clica sobre una foto en la que aparece un cuaderno Moleskine negro con las iniciales jdg, seguida de otra instantánea del mismo cuaderno abierto, con las páginas llenas de garabatos–. Aseguran que perteneció a J. D. Grimthorpe, pero dudo que sea real.

–Oh, es real –respondo–. Muy real. –Otro anuncio me llama la atención–. Sube, por favor –le pido.

Angela pulsa el anuncio de un objeto ya vendido: «¡Las últimas palabras de J. D. Grimthorpe! ¡Sé el primero en leer el discurso que nunca pronunció!».

Mi corazón late todavía con más fuerza al reconocerlas.

–Son las tarjetas de referencia que desaparecieron del estrado. Se ven borrosas, ¡pero son las mismas! –exclamo.

–Eso lo confirma. Ha sido alguien de dentro –dice el señor Preston–. Este vendedor o bien trabaja aquí, o está compinchado con alguien que lo hace.

Angela asiente, frunciendo los labios.

–¿Lo comprendes, Molly? –pregunta.

Se acaban de confirmar nuestros peores miedos.

–En el hotel trabaja un ladrón –digo–. Y también puede que…

Dejo la frase sin terminar. No quiero decirlo en voz alta.

–Un asesino a sangre fría –concluye Angela por mí–. Hay algo más. Y tengo que advertirte, Molly: puede que esto te pille por sorpresa.

Junto las manos sobre la barra y aprieto los puños. No sé cuánto más podré soportar. El taburete en el que estoy sentada no deja de bambolearse.

Angela baja hasta el último anuncio, el único objeto relacionado con

Grimthorpe que todavía no se ha vendido. En él sale su último libro, «¡uno de los últimos que firmó!», que se vende por «¡el módico precio de 100 $!».

–Prepárate –advierte Angela.

Pulsa sobre la foto y se ve el libro abierto por la página del título, donde está la dedicatoria de J. D. Grimthorpe:

Querida Lily:

A cambio de tu dulzura, gracias por leer.

A este mensaje le sigue la firma, la misma que hay en mi libro y la misma que he visto en todos los ejemplares firmados, las letras destartaladas y tambaleantes, tan violentamente impredecibles como el propio hombre: un autógrafo inconfundible y auténtico de Grimthorpe.

Angela ya no mira la pantalla. Me observa con una expresión que tengo identificada en mi catálogo mental de expresiones humanas. La expresión del señor Preston es un calco de la suya. Solía confundir esta mirada con angustia, pero ahora conozco el término que se emplea para esta aguda y molesta incomodidad, una que no se siente por uno mismo, sino por otra persona: se llama «lástima».

–Por favor –ruego–. Por favor, decidme que Lily no es La Parca. No puedo creerlo. ¡No puede ser!

–Molly, no saquemos conclusiones precipitadas –dice el señor Preston–. Tiene que haber una explicación lógica.

–El señor Preston tiene razón –dice Angela–. Inocente hasta que se demuestre lo contrario y todo eso. No sabemos nada con certeza. De momento.

–Además, Lily no trabajaba aquí cuando ocurrió todo ese incidente con el señor Black –precisa el señor Preston–. No hay manera de que sepa que lo último que bebió ese hombre antes de morir fue whisky escocés.

–Sí lo sabía. Yo se lo dije –confieso–. Cuando la estaba formando, pasamos muchas horas juntas, limpiando las habitaciones. Le relaté el día en que el señor Black se bebió todo el whisky del minibar y dejó un montón de botellitas vacías. Le conté que pensaba que se había tumbado y se había desmayado cuando, en realidad, estaba muerto. Y que, después de aquello, todos me acusaron a mí. «Una camarera nunca puede pecar de precavida», le dije. Era una historia con moraleja.

Angela y el señor Preston intercambian una mirada de preocupación, que no hace que me sienta mejor.

No les digo la frase que no deja de martillearme la mente. La voz en un susurro de Lily, repitiendo lo que ya he experimentado en carnes propias: «Siempre culpan a la camarera».



CAPÍTULO 19

Antes

Ya está. Lo he hecho. Le he dejado un regalito al misterioso hombre de la garita para agradecerle su ayuda. Me siento bien por haberlo hecho, aunque algo en mi interior anhela saber por qué ese hombre es tan generoso. Puede que mañana, durante el desayuno, se lo pregunte a Gran y así averigüe algo más sobre él.

Regreso a la mansión. Abro la puerta, me deslizo al interior y la cierro suavemente a mis espaldas. He conseguido escabullirme con tanto sigilo que ni Gran ni la señora Grimthorpe han advertido que me he marchado.

Paso un trapo por las suelas de mis zapatos y los vuelvo a dejar en el vestíbulo. Oigo unas voces que vienen del salón. Por un instante pienso que me las estoy imaginando, porque una de ellas pertenece a un hombre.

En calcetines, recorro el pasillo de puntillas hasta las puertas francesas del salón. En el interior de la estancia se encuentra Gran, detrás de un carrito con el servicio de té que ha preparado para mí. En pie, al otro lado del carrito, está el señor Grimthorpe. Es la primera vez que lo veo fuera de su estudio, y eso ya supone todo un impacto, por no decir que se encuentra en la planta principal, hablando con Gran en voz baja. Al parecer ha seguido mi consejo y ha venido a buscarla él mismo. Pero hay algo extraño en la escena que se desarrolla ante mis ojos. Decido observar unos instantes más, en silencio y sin que me vean.

Me pego a la pared del sombrío pasillo. Examino a Gran con más atención. Su postura detrás del carrito es peculiar, rígida, con las manos agarrando la barra y el rostro y los nudillos blancos.

–Me abandonaste cuando lo necesitaba. ¿Qué clase de mujer haría eso, aparte de una cruel y desalmada? –pregunta el señor Grimthorpe.

Su voz es regular y comedida, pero hay algo en ella que me revuelve el estómago.

–Señor Grimthorpe, yo no hice nada de eso –responde Gran–. Mi

trabajo era velarlo durante la peor parte de su abstinencia. Pero cuando usted… cuando usted…

–¿Cuando yo qué? –se impacienta el señor Grimthorpe, pronunciando la última palabra más fuerte que el resto.

–Señor, tengo mucho trabajo hoy. La señora Grimthorpe me ha mandado muchas tareas. Debo irme.

–¿Así que ahora solo obedeces a mi esposa? ¿Es eso? ¿Te ha ordenado mi mujer que no te acerques a mí? ¿Te has quejado de mí?

–Señor, su esposa y yo acordamos que, tras su recuperación, mi trabajo aquí era limpiar la mansión. Y cocinar. Nada más.

–Tu trabajo es hacer lo que se te manda. Para eso te pago –dice el señor Grimthorpe, dando un paso hacia el carrito.

–Usted ya estaba rehabilitado –dice Gran–. Había pasado lo peor. Por eso dejé de subir. Y para que quede claro, no le culpo de… de lo que hizo antes de eso. Estaba enfermo. Los demonios lo dominaban. Dejémoslo así.

–Flora, no soy el mismo hombre –dice el señor Grimthorpe, curvando los labios en una sonrisa desigual.

Gran deja de sujetar férreamente la barra del carrito.

–Me alegro de verdad de que esté limpio.

–Limpio, cuyo significado es «exento de aquello que daña, inmaculado» –dice el señor Grimthorpe–. ¿No te recuerda a alguien?

Gran se pone rígida.

El señor Grimthorpe rodea el carrito furtiva y repentinamente, y agarra a Gran. Ocurre tan deprisa que apenas llego a comprender lo que estoy viendo. Es como si, en un instante, el hombre se hubiera transformado en lobo. Sus manos toquetean la cintura de Gran. Sus blancos dientes lanzan destellos y su boca se cierne sobre su cuello. ¿Qué está haciendo? ¿Pretende comérsela? Gran agita las manos mientras trata de apartarlo.

Salgo de mi escondite y entro corriendo en el salón.

–¡Gran! –grito.

El señor Grimthorpe se queda inmóvil y la suelta de inmediato. Tiene el pelo revuelto. Ha perdido una de sus zapatillas con sus iniciales grabadas, la cual apunta hacia mí como una flecha mortífera.

–Pip –dice el señor Grimthorpe–. Solo… pretendía invitar a tu abuela a tomar el té.

Con aire despreocupado, desliza el pie en la zapatilla extraviada.

Gran aprieta los labios y me mira, con lágrimas en los ojos. Veo que quiere hablar, pero se le ha hecho un nudo en la garganta.

–El té es una bebida magnífica, ¿no estáis de acuerdo? –señala el señor Grimthorpe–. Me ayudó durante la oscuridad más absoluta. Un té con miel bien dulce. ¿No es así, Flora? Un hombre amargo ansía el dulce. ¿Te gustaría acompañarnos y tomar una taza, Pip?

Sus ojos son de un azul acero, como siempre han sido, y no inyectados en sangre. Es alto, delgado y viste con elegancia, nada de hirsuto y encorvado. Va limpio y tiene un aspecto respetable, no de lobo con piel de cordero. No apila huesos en los rincones de su estudio ni vive sobre un puente, aterrorizando a todo aquel que ose cruzarlo.

Pero ahora lo veo. Ahora lo veo claro, más claro de lo que jamás lo he visto: que un hombre puede ser un hombre y un monstruo al mismo tiempo.



CAPÍTULO 20

—¿Molly? ¿Molly?

Es el señor Preston, sentado en el taburete junto a mí, quien, sosteniéndome por la espalda con ambas manos, trata de mantenerme erguida.

Angela nos observa con expresión preocupada. Cierra el portátil.

–Estoy bien –afirmo.

–No, no lo estás –dice Angela–. Te has desmayado, Molly. Si el señor Preston no llega a sujetarte, habrías caído del taburete y te hubieras dado de bruces contra el suelo.

Me siento mareada y confundida. Veo unos rutilantes puntitos de luz en mi visión periférica.

–Ya está, Molly, ya está. Respira hondo –dice el señor Preston.

Respiro tal como me ordena.

–Ha regresado al mundo de los vivos –le dice el señor Preston a Angela, soltándome–. Ya no hay nada que temer.

–Qué desastre –exclamo–. Y todo por mi culpa. He traído la suciedad a este hotel. He contratado a una rata, una rata llamada Lily.

El señor Preston hace girar el taburete y se coloca frente a mí.

–Ahora escúchame bien, señorita. No cometas el mismo error dos veces.

–¿Qué error?

–Sacar conclusiones precipitadas –responde–. Sabes exactamente adónde te llevará eso. Solo hay una forma de evitarlo.

–¿Y cuál es?

–Permitir que Lily hable y diga lo que tenga que decir –responde el señor Preston.

–Pero si apenas llega a pronunciar una frase entera… –replica Angela.

–Sí que habla –la corrijo–. Conmigo. Cuando se siente cómoda. Cuesta un poco.

Decidimos que, al menos, trataremos de hacer hablar a Lily, oír qué tiene que decir en su defensa. De inmediato ideamos un plan.

–¿Te ves con ánimos de ir a buscarla? –pregunta el señor Preston.

–Sí –contesto. Durante unos instantes me quedo en pie junto al

taburete, comprobando mi estabilidad–. Estoy mejor.

Y es casi verdad. Al menos, el mundo ha dejado de girar.

–Pues adelante, Molly –me anima Angela–. Y sigue respirando.

Con un asentimiento, me apresuro a abandonar el Social y bajo las escaleras hacia la planta inferior. Encuentro a Lily en el vestuario de los empleados poniéndose el uniforme y preparándose para su turno. Su rostro se desencaja cuando, en lugar de darle los buenos días, le digo: «Tengo una cuestión de extrema importancia que quiero hablar contigo» y, a continuación, le ordeno que me acompañe al Social.

Cuando llegamos, el señor Preston y Angela están justo donde los dejé. Lily se detiene en seco nada más verlos.

–¿Qué ocurre? –susurra, con una voz apenas audible.

–Eso es precisamente lo que tenemos que averiguar –digo.

El señor Preston se levanta al ver que Lily y yo nos acercamos.

–Por favor, Lily, toma asiento –dice, ofreciéndole su taburete.

Algo tensa, se sienta, evitando el contacto visual.

–Lily –empiezo a decir–, puede que te hayas metido en un problema, pero aún no lo sabemos con certeza. Queremos darte la oportunidad de que te expliques. Permíteme aclarar una cosa: no damos por sentado que seas una ladrona, una sinvergüenza ni una asesina. Eso sería imprudente y nos anticiparíamos.

–Lo que Molly trata de decir es que te estamos ofreciendo el beneficio de la duda –añade el señor Preston.

Angela coloca el portátil sobre la barra y lo abre ante Lily.

–Queríamos enseñarte esto –dice, señalando la página web de KulturaBuitre en la pantalla.

A continuación, Angela le va mostrando todos y cada uno de los anuncios de La Parca, para terminar con el ejemplar firmado del libro del señor Grimthorpe que comienza con «Querida Lily».

Lily apenas se mueve durante la exposición. Es como si se hubiera vuelto de piedra. Incluso cuando se le da pie a que hable, no dice nada. Nada en absoluto.

–Sin duda, comprenderás lo preocupante del asunto. Todo apunta a que eres tú la que roba en el hotel, a que eres tú la que se hace llamar La Parca –dice el señor Preston.

Lily asiente.

–¿No tienes nada que decir en tu defensa? ¿Tal vez una explicación? –pregunto.

Lily clava sus ojos en los míos.

–La camarera es siempre la culpable –dice.

–Así que lo admites –interviene Angela–. Robaste esos objetos y los pusiste a la venta en esa página web tan cutre.

–No –responde Lily. Habla en voz tan baja que nos vemos obligados a hacer un corrillo a su alrededor para oírla–. Yo no he dicho eso. No

me refería a mí.

–Entonces, si tú no tienes la culpa, ¿quién la tiene? –pregunta el señor Preston.

–En boca cerrada no entran moscas –dice, con la mirada vacía.

–Lily, llevas días repitiendo esa frase, pero no entiendo a qué te refieres.

–Un día, tú eres la jefa, Molly, y al siguiente dejas de serlo –responde–. Hago su trabajo y el mío. Me obliga a obedecerla en todo, dice que estoy perdida si no lo hago, pero ya me he cansado de protegerla. Me hizo activar la alarma de incendios para que ella pudiera coger esa caja en el vestíbulo. Roba las propinas de todas las habitaciones. Y si hablo, perderé mi trabajo y no conseguiré otro. «Mantén la boca cerrada. En boca cerrada no entran moscas», eso es lo que ella dice.

El señor Preston se queda boquiabierto. Angela se cubre la boca con la mano.

–¿Quién dice todo eso, Lily? –pregunta el señor Preston–. Necesitamos oír su nombre.

Puede que él necesite oírlo, pero yo no. Su nombre flota en el aire como si de un olor pestilente se tratara.

Qué curioso, es justo cómo Gran decía: a veces todo encaja y hace que algo que antes no estaba parezca haber estado ahí desde siempre.

–Cheryl –dice Lily con firmeza–. Ella es vuestra rata.

Parece un déjà vu. Acabamos de hablar con Lily y ahora cruzo a toda prisa el vestíbulo y bajo las escaleras camino de las dependencias de Limpieza y Mantenimiento para buscar a una camarera, aunque esta vez a una diferente. Llego tarde a mi turno, algo que me inquieta de verdad, aunque no tanto como la reciente revelación de Lily.

La encuentro junto a su taquilla, completamente vestida y a punto de colocarse la placa de jefa de camareras en el lado izquierdo, justo por encima del corazón. Cómo se atreve. Siento ganas de arrancársela de un tirón y utilizarla para apuñalarla.

«La ira no resuelve nada. Todo le llega al que sabe esperar».

–Cheryl –digo, fingiendo algo parecido a una sonrisa–. Cuánto me alegro de verte hoy, y solo con quince minutos de retraso. He venido a informarte de que arriba, en el bar, hay zumo de naranja y magdalenas gratis.

Arrastra sus pies con holgazanería hasta colocarse ante mí.

–Angela me ha dicho que te encantan las cosas gratis –añado.

–¿Eso ha dicho? –responde, apoyando una mano en la cadera.

–Sí.

En realidad ha ocurrido tal como sigue: cuando le pregunté al señor Preston y a Angela cómo demonios se suponía que iba a convencer a

la chapucera, irascible, ladronzuela y gandula de Cheryl a subir las escaleras y unirse a nosotros en el Social, Angela ideó la trampa: «Dile que hay comida gratis. Se tragará el anzuelo».

Cheryl me observa y, acto seguido, se encoge de hombros.

–Esas magdalenas suenan apetitosas. Lo que sea con tal de no trabajar.

Y así, sin más, subo las escaleras y cruzo el vestíbulo charlando sobre el tiempo con mi archienemiga y principal rival. Sonrío una y otra vez mientras la conduzco por el magnífico vestíbulo hasta la barra del Social, donde el señor Preston está comiéndose una magdalena de pepitas de chocolate que ha tomado del plato a rebosar que Angela ha colocado sobre la barra. Lily está sentada en el taburete, inmóvil.

–Ah, hola, Cheryl –dice el señor Preston, ofreciéndole su asiento–. Un placer que nos acompañes. ¿Me harías el honor?

Cheryl se desploma sobre el taburete.

–Gracias –dice, cogiendo una magdalena y chasqueando los dedos hacia Lily para que le sirva un zumo de naranja, lo que esta hace, tendiéndoselo sin pronunciar palabra.

–Qué bien sienta un descanso –dice Cheryl.

–¿Acabas de llegar y ya has tenido una mañana dura? –suelto, lo que provoca que Angela me tienda el plato de magdalenas y me sugiera amablemente que me meta una en la boca.

–Oye, si Snow deambula por aquí y nos ve a todos ronceando, esto ha sido idea vuestra y no mía, ¿eh? –dice Cheryl.

–¡Por supuesto! –responde Angela–. No queremos que te culpen a ti por algo que hemos hecho nosotros. ¿Por quién nos tomas?

Cheryl parte una magdalena y empieza a masticar un trozo. Estudia nuestros rostros con sus ojos pequeños y brillantes, pero no parece encontrar lo que busca.

–Vale, todo esto es muy raro –dice al cabo de un rato–. ¿Qué queréis? ¿Qué está pasando aquí?

El señor Preston carraspea.

–Ya que lo mencionas, queríamos comentarte algo.

Angela no desperdicia un segundo. Saca de repente el portátil y abre KulturaBuitre.com.

–Hace un día precioso –dice–, aunque también es uno bastante lúgubre y macabro, ¿verdad, Cheryl?

Cheryl analiza lo que muestra la pantalla.

–No tengo nada que ver con esto. Nada.

–Lo saben, Cheryl –susurra Lily–. Se lo acabo de contar.

Cheryl hace girar el taburete hasta quedar frente a Lily.

–Pequeña zorra soplona. La casa de empeños me acaba de dar treinta mil dólares por esa rarísima primera edición. Te habría dado

una parte, Lily. ¿Cómo has podido ser tan estúpida?

–Ya te lo dije –dice Lily, con una voz apenas audible pero afilada como un cuchillo–. No quiero tu sucio dinero. Solo quiero mi puesto de trabajo.

Los pequeños y brillantes ojos de Cheryl van de Lily a Angela, después al señor Preston y finalmente se posan en mí.

–Un momento. Podemos hacer un trato, ¿no? Dividir las ganancias de las ventas entre cuatro siempre y cuando guardéis silencio. Todos seríamos bastante más ricos si os mordierais la lengua.

Si tuviera que morderle la lengua en este preciso momento a alguien, sería a Cheryl, aunque solo con el propósito de arrancársela.

–Creo que ya he oído suficiente –dice el señor Preston–. ¿Estamos de acuerdo?

Angela asiente y yo, también.

–Yo, sin duda, he oído suficiente –dice Lily, con una voz que ya no es un susurro. Su sonido fuerte y claro me llena de orgullo.

–Molly, ¿te importaría ir a buscar al señor Snow? –dice el señor Preston.

–¿Que si me importaría? Al contrario, será un placer –respondo.

Hago una reverencia hacia Cheryl, inclinándome como nunca lo he hecho ante nadie en mi vida porque es la última muestra de cortesía que recibirá de mi parte durante mucho mucho tiempo.



CAPÍTULO 21

Antes

Hay momentos en la vida con tal fuerza sísmica que lo alteran todo, lo dividen, dejando una enorme fisura en el tiempo entre el Antes y el Después. Yo lo experimenté con gran intensidad el día que murió mi abuela. Pero esa no fue la primera vez.

La primera vez fue el día que vi al señor Grimthorpe con Gran en el salón de la mansión. Aunque en aquel momento no lo comprendí del todo, el hecho de ser testigo de lo que ocurría me hizo pasar de niña a adulta en un instante.

Supongo que debería haber sabido desde el principio que el señor Grimthorpe era un monstruo. Mi instinto me avisó incluso antes de conocerlo. Pero como sucede con otras muchas cosas, no le di crédito. No pude atar cabos como hago ahora, al volver la vista atrás.

Ahora entiendo por qué a Gran se le hacían tan difíciles algunos días, por qué descorría las cortinas de mi habitación sin decir «¡Levántate y espabila, mi niña!». Por qué algunas mañanas, al preparar el desayuno, en lugar de tararear su alegre cancioncilla, guardaba silencio, intimidada por ir a trabajar y muerta de miedo de que el señor Grimthorpe la forzara. Recuerdo que algunas noches se sentaba ante mí con la mirada perdida y removía la comida en el plato sin apenas tocarla, con la cabeza en otra parte.

Se recuperó –mi abuela siempre se recuperaba– viendo el lado bueno, concentrándose en lo positivo, convenciéndose a sí misma de que Grimthorpe había cambiado, de que si llegaba a mantenerse sobrio, no la atacaría de nuevo. Esa era mi abuela. Tenía una capacidad infinita de infundir esperanza allá donde solo había oscuridad. Y, en general, lo conseguía. Sin duda, a mí me hizo creer que todo iba bien en nuestro pequeño mundo para dos, que nuestro futuro era tremendamente luminoso. Hizo todo lo posible para que yo no me limitara a sobrevivir, sino que pudiera prosperar. Y ahora comprendo lo mucho que sufrió en aquella oscuridad, cargando ella sola con ese peso.

Viajo de nuevo en mi mente a los recuerdos de mi niñez. Gran y yo estamos desayunando en la vieja mesa de la cocina justo el día después de que el señor Grimthorpe haya pasado de ser un hombre a convertirse ante mis ojos en un lobo voraz. Balanceo las piernas adelante y atrás por debajo de la mesa de estilo rústico como suelo hacer siempre, pese a que nada volverá a ser como antes. Al menos, eso lo comprendo. Normalmente, por las mañanas, abordo a Gran con un aluvión de interrogantes infantiles, con mis dilemas existenciales y mis test de «¿Qué prefieres…?». Pero hoy no.

Trago con dificultad las gachas de avena y, cuando Gran me dice que es hora de irnos a la mansión Grimthorpe, me quedo inmóvil. No puedo moverme.

–No está bien. No puedes volver allí, Gran –digo.

Es la primera vez que menciono lo que vi en el salón.

No sé cómo expresarlo porque no tengo palabras para describirlo.

–Molly, hoy es un nuevo día –responde Gran, levantándose tan rápidamente que la silla chirría en el suelo–. El sol brilla. Los pájaros cantan. –Se lleva los dos cuencos con el desayuno que apenas hemos tocado y los deposita en el fregadero, de espaldas a mí. Sus manos se agarran al borde de la encimera–. Vamos –ordena–. Es hora de irse.

Se vuelve, esbozando una sonrisa, y prometo que es genuina. Ha sacado las ganas para sonreír de algún manantial en lo más profundo de su ser y ahora me la ofrece como un ramo de rosas recién cogidas. Se ha armado de valentía, porque ¿qué otra opción le queda?

Esa pregunta retórica me había mantenido despierta toda la noche. Me quedé en la cama arropada hasta la barbilla con la colcha de Gran, la que tiene una estrella en el centro, mirando fijamente la oscuridad y considerando nuestras opciones. He ideado un plan. De repente lo vi claro. Sabía lo que tenía que hacer.

Una vez Gran mencionó que, en ocasiones, en esta vida, hay que hacer algo malo para poder hacer algo bueno. Jamás lo he olvidado. Se ha convertido en una forma de proceder.

La decisión ya está tomada cuando balanceo las piernas por debajo de la mesa.

Es un nuevo día. El sol brilla. Los pájaros cantan. Tengo un plan y nada va a detenerme. Nada.

Llegamos a la mansión justo a tiempo, después de que el guarda invisible nos abra la verja. En este preciso momento, Gran y yo estamos recorriendo el sendero. De repente me invade la incertidumbre. ¿Y si no puedo hacerlo? ¿Y si no es lo correcto? ¿Y si estoy cometiendo un terrible error? No. No pienso escuchar mis dudas. Tenemos que escapar del monstruo. Tenemos que huir del lobo.

Aunque no le he mencionado nada a Gran, y no pienso hacerlo, mis

pies se quedan clavados al suelo antes incluso de haber llegado a la puerta principal. Gran posa su mano cálida sobre mi hombro. Mis pies se aflojan y se sueltan. Juntas, recorremos el trecho que queda hasta la mansión Grimthorpe.

Las rosas que lo flanquean ya están marchitas, todas y cada una de ellas, con las corolas inclinadas y secas. Jenkins está al final del sendero, barriendo los pétalos caídos y formando un montón crujiente que después rastrillará hasta su carretilla. En el aire hay un nuevo olor, el dulce aroma de la expiración.

–Buenos días, Flora –saluda Jenkins al vernos pasar–. ¿Cómo estáis tú y la pequeñaja hoy?

–Supongo que bien, Jenkins –responde Gran.

–La temporada de las rosas ya ha terminado. Tendremos que esperar al año que viene –comenta.

–Algo que anhelar –responde Gran.

–Justo lo que todos necesitamos, ¿verdad?

Gran asiente.

–Así es.

Continuamos nuestro camino hasta la puerta principal. Agarro la mandíbula del león y golpeo tres veces. La enorme puerta se abre y la señora Grimthorpe nos hace pasar. Gran y yo nos quitamos los zapatos, los limpiamos como solemos hacer y los guardamos en el espacio al fondo del vestíbulo, en el oscuro rincón reservado al servicio.

La señora Grimthorpe no se demora.

–Hoy toca hacer la colada, Flora. Ve al piso superior y recoge la ropa sucia. Y rápido. Hay mucho por hacer.

Veo que Gran se estremece ligeramente. Quizá en el pasado no me habría dado cuenta, pero ahora sí.

–Una vez que la tengas toda, llévala al sótano. Y quédate ahí para vigilar. La lavadora ha estado haciendo de las suyas otra vez. Y ten mucho cuidado con la lejía. La última vez pusiste tanta que agujereaste una de las camisas del señor Grimthorpe.

–Había una mancha, señora. Trataba de quitarla –se excusa Gran.

–¿Y agujerearla te parece la mejor manera? –dice la señora Grimthorpe–. Seguro que cualquier camarera medio decente sabe hacerlo mejor.

–Sí, señora –responde Gran.

–Niña, tú ve a leer a la biblioteca –ordena la señora Grimthorpe–. Ya limpiarás la plata por la tarde.

–¿Le importaría si hoy leo en el salón? Solo sería hoy… –pregunto.

La señora Grimthorpe levanta las cejas, y unas arrugas se forman en su frente.

–Supongo que no hay problema, siempre y cuando te limites a

sentarte en una silla y a no tocar absolutamente nada. No limpies nada ni le saques brillo a nada, ¿entiendes? Aleja tus zarpas de los tesoros del señor Grimthorpe.

–Sí, señora –digo.

–Pues venga, a trabajar.

Gran me apretuja el brazo y, a continuación, sigue a la señora Grimthorpe por el pasillo principal hacia la parte trasera de la mansión. Yo me apoyo durante unos instantes en el pasamanos, tratando de recobrar la compostura antes de subir al piso superior en busca de mi libro.

Hoy los crujidos y gemidos de los escalones suenan diferente, como una advertencia: «No lo hagas. No subas». Llego al primer rellano y miro por la ventana. Allí está, la secretaria personal del señor Grimthorpe, con el cuello envuelto en su pañuelo azul y sus guantes azules, entrando como siempre por la puerta lateral de la mansión. Me pregunto si ella también habrá tenido que rehuir al monstruo.

Continúo subiendo las escaleras y doblo hacia el pasillo de paredes adamascadas, esforzándome por seguir caminando hacia la biblioteca. Al llegar al umbral, me detengo y asomo la cabeza. La luz se filtra por la rendija de la estantería con la puerta oculta, derramándose en el suelo. Oigo los pasos de las zapatillas del señor Grimthorpe al otro lado.

Entro en la biblioteca de puntillas, tomo Grandes esperanzas y salgo tan sigilosamente como he llegado. Bajo las escaleras, cruzo las puertas francesas del salón y me siento en una silla azul marino de respaldo alto, donde empiezo a leer tranquilamente.

Ra-ta-ta-ta-ta.

El sonido empieza justo al terminar un capítulo, ese ritmo familiar, el monótono zumbido de fondo de la secretaria del señor Grimthorpe tecleando en su guarida secreta en algún lugar entre las paredes de la mansión.

Espero, fingiendo leer hasta que veo que Gran pasa por delante de las puertas francesas. Me sonríe y prosigue su camino. Oigo cómo crujen los peldaños de la escalera principal cuando sube. Unos minutos más tarde, vuelve a bajar, cargando con dos bolsas de ropa sucia. Se detiene un momento en la puerta.

–¿Todo bien?

–Todo bien –respondo–. ¿Y tú?

–Perfectamente. Hoy es un nuevo día.

Cargando las pesadas bolsas a la espalda, se dirige por el pasillo hasta la cocina. Oigo cómo la señora Grimthorpe vocifera una serie de órdenes, menospreciándola con su lengua afilada como un cuchillo.

Oigo que la puerta del sótano se abre y el estruendo de las bolsas con la colada, que Gran arrastra por las escaleras.

–Por el amor de Dios, ¿es que no puedes hacer nada bien? –la regaña la señora Grimthorpe–. ¿Por qué no las cargas?

Su reprimenda resuena por toda la casa.

La respuesta de Gran es la misma de siempre:

–Sí, señora. Es cierto, señora.

Unos instantes después, los tacones de la señora Grimthorpe recorren el pasillo hacia el salón. Aparece en medio de las puertas francesas, lanzándome su habitual mirada de desdén.

–Salgo un momento a decirle a Jenkins qué debe hacer exactamente con las rosas muertas. Si tienen alguna plaga y se mezclan con el compost, el hongo se extenderá por todo el jardín. Como si no lo supiera… Hoy en día, el servicio parece no saber nada de nada.

–Sí, señora –digo.

–No tardaré. Y recuerda, no toques nada –dice, apuntándome con un dedo huesudo.

Asiento. Da media vuelta y se encamina taconeando hacia la puerta principal. Yo no me muevo de donde estoy hasta que oigo cómo ha salido. Entonces, cierro el libro de golpe y lo dejo en la mesita.

Es la hora.

Me acerco a la repisa de la chimenea, donde reposa el reluciente Fabergé. Es tan bonito como el primer día en que lo vi, igual de delicado y fascinante, con hileras de brillantes joyas preciosas engastadas y un adornado pedestal del oro más puro.

Sé que una vez que lo haga, se producirá una nueva brecha en el tiempo, un nuevo Antes y Después. Pero eso no me detiene. Nada va a detenerme.

Extiendo el brazo y cojo el Fabergé. No es liviano, y su peso me resulta agradable. Vuelvo corriendo a mi asiento y abro Grandes esperanzas, escondiendo el tesoro en mi regazo, debajo del libro. Justo entonces oigo que la señora Grimthorpe cruza la puerta principal.

–¡Flora! –chilla la señora Grimthorpe con su habitual tono estridente.

Han pasado varias horas desde que llevé a cabo la primera parte del plan. Estoy en el sótano de la mansión. He bajado para ir al baño porque, por una vez, Gran está allí y no tengo que enfrentarme sola a las arañas.

–¡Flora! –chilla de nuevo la señora Grimthorpe, con un tono más irritante si cabe.

Esto solo puede significar una cosa: lo ha descubierto.

Me seco rápidamente las manos y, acto seguido, salgo del siniestro baño.

Gran está doblando una de las almidonadas camisas blancas del señor Grimthorpe. Se queda inmóvil al oír que la señora Grimthorpe grita como una posesa.

–¡Flora Gray! ¿Es que no me oyes? ¡Sube inmediatamente a la cocina! ¡Y tráete a la desgraciada de tu nieta!

Gran me mira y se encoge de hombros.

Yo hago lo propio, sin pronunciar palabra.

Gran empieza a subir las escaleras del húmedo sótano. Yo la sigo, y así llegamos a la cocina, donde está la señora Grimthorpe, jadeando y resoplando, con la cara roja y las pupilas convertidas en dos furiosas cabezas de alfiler.

–Venid aquí –dice.

No suena a invitación, sino a orden.

La seguimos hasta la despensa de servicio.

Todos los objetos de plata que limpié el día anterior se encuentran perfectamente dispuestos sobre la mesa, que está preparada para un elegante banquete que nunca tendrá lugar. Llevo trabajando muchos días, así que ahora la gran mayoría de los estantes a espaldas de la señora Grimthorpe brillan y lanzan destellos, todas las fuentes, todas las piezas de la cubertería, todas las bandejas se han limpiado hasta refulgir. Solo me falta un estante. Es una lástima; no podré ver el trabajo terminado. Pero que así sea. No importa. Ya no.

–Flora, he ido al salón para comprobar que la indeseable de tu nieta no hubiera tocado nada –dice la señora Grimthorpe–. Todo parecía correcto hasta que he advertido un espacio vacío en la repisa de la chimenea: el huevo Fabergé no estaba. Lo he buscado por todas partes. Entonces se me ha ocurrido mirar en la despensa de servicio. Y adivina qué he encontrado.

La señora Grimthorpe se acerca y, de un bandazo, abre la alacena en la que guardo los guantes de goma, la palangana, el delantal harapiento y la jarra con la solución de sosa.

–¡Mira! –exclama la señora Grimthorpe–. Mira lo que hay envuelto en el delantal.

Gran lo saca y extrae el Fabergé del raído bolsillo frontal. Se vuelve hacia mí con los ojos como platos y boquiabierta, con el desconcierto y la sorpresa escritos en cada línea de su rostro.

–¡Tenía intención de robarlo, Flora! Esta avariciosa diablilla estaba a punto de sacarlo de la mansión –dice la señora Grimthorpe–. Hoy en día no puedes fiarte de nadie. Ya no existe la lealtad. Ni los límites. Ni la moral.

–Pero, señora, es solo una niña. Seguro que hay una explicación –dice Gran.

–Es una ladrona, eso es lo que es. Deberías haberle enseñado a distinguir lo que está bien de lo que está mal. Si algo he aprendido en todos estos años es que de tal palo, tal astilla. Y si ella es una ladrona, ya puedes imaginar lo que eso dice de ti.

–No, en esto último se equivoca –interrumpo, enfrentándome

directamente a la señora Grimthorpe–. Pero tiene razón sobre todo lo demás. Pensaba robar el Fabergé. Lo he cogido y pensaba llevármelo a casa. Aunque ha sido idea mía. Gran no ha tenido nada que ver. Jamás haría algo así.

–Molly, ¿cómo has podido? Ya deberías saber que no está bien –se lamenta Gran.

–Lo sé, pero, aun así, lo he hecho.

–¿Lo ves? –dice la señora Grimthorpe, escupiendo las palabras–. Ausencia total de moral rectora. Ausencia de entendimiento de lo que está bien y lo que está mal. Los de vuestra calaña lo lleváis en la sangre. Si no sois ladrones, sois mentirosos, igual que todos los que han pasado antes. Marchaos de aquí, las dos. ¡Ahora!

–Por favor, no nos haga eso –suplica Gran–. Ya sabe lo difícil que es encontrar un servicio de confianza hoy en día.

–¡Fuera! –repite la señora Grimthorpe con un chillido que hace que Gran se estremezca.

Gran me toma de la mano y ambas salimos de la estancia.

La señora Grimthorpe nos escolta por la cocina, por el pasillo, dejando atrás los grumos burgueses y el «oro de toilette», hasta la puerta principal. En el vestíbulo observa, enfurecida, cómo Gran tantea torpemente en busca de sus zapatos mientras yo hago lo mismo.

Una vez que nos hemos calzado, la señora Grimthorpe abre la puerta de par en par, me agarra del pescuezo y me empuja al exterior, con Gran siguiéndome de cerca.

–Debería daros vergüenza. Ni se os ocurra volver a poner los pies en esta casa, ¿comprendido?

Da media vuelta y cierra de un portazo.

Gran y yo nos quedamos en el exterior unos instantes, demasiado aturdidas como para movernos o reaccionar. Jenkins está justo en el sendero, inmóvil tras la carretilla, contemplando la escena con gesto de impotencia.

Gran me toma del brazo y nos alejamos juntas, recorriendo, espero que por última vez, el sendero de rosas de los Grimthorpe.

–No puedo creerlo –dice Gran cuando nos encontramos a medio camino–. Molly, ¿a santo de qué has hecho eso? ¿Por qué querías robar el Fabergé?

No contesto porque ahora la respuesta ya no importa.

Lo único que importa es que el señor Grimthorpe jamás volverá a ponerle una mano encima a mi abuela.



CAPÍTULO 22

Encuentro al señor Snow en su despacho, ocupado con tareas administrativas. Entro directamente.
–Señor Snow, se requiere su presencia sin demora en el Social –anuncio–. Aunque no es una cuestión de vida o muerte, se trata de una situación que exige de inmediato su atención.
–¿Qué tipo de situación? –pregunta.
Me tomo unos instantes para escoger las palabras.
–Control de plagas. Hay una rata en nuestro hotel. Y no de las normales y corrientes.
Con esto consigo captar su atención. Cierra la carpeta archivadora en la que estaba trabajando, se incorpora y se reajusta las gafas, las cuales lleva torcidas, como siempre. Tomo la delantera y salgo del despacho, con él pegado a mi espalda mientras atravesamos el laberinto de pasillos hasta el Social.
Nada más entrar, advierte la anomalía. Cheryl está sentada sobre un taburete, flanqueada por el señor Preston y Lily. Angela está detrás de la barra.
–Pero ¿es que en este hotel no trabaja nadie? –refunfuña el señor Snow–. Más vale que sea importante.
–Somos conscientes de que parecemos el principio de un chiste malo –responde Angela–. Un portero y dos camareras entran en un bar…
El señor Snow lanza un suspiro.
–Molly ha mencionado algo sobre una plaga. ¿A qué nos enfrentamos esta vez? –pregunta.
–A ella –digo, descuidando mis modales y señalando con el dedo a Cheryl.
El señor Snow frunce el ceño con aire confuso.
Angela abre el portátil y le muestra la cuenta de Cheryl en KulturaBuitre.com y todos sus artículos. Mientras el señor Snow abre cada vez más los ojos detrás de las gafas de concha, Cheryl se mantiene imperturbable, como si fuera un grumo en una salsera, con los brazos cruzados y un mohín desafiante en los labios.
Cuando Angela da por terminada la exposición, el señor Snow se

vuelve hacia Cheryl.

–¿Hiciste que Lily activara la alarma de incendios? ¿Y cogiste los objetos de la caja que iba destinada a Serena? ¿De verdad eres… –agita la mano delante de la pantalla del portátil– la tal Parca?

Cheryl se encoge de hombros.

–Yo me considero más bien como una empresaria del reciclaje. Y ya que estamos, nuestro sueldo de camareras es un asco. Lo sabía, ¿verdad? Cuando me degradó de jefa de camareras, mi salario fue a peor. Así que ¿qué esperaba?

–Lo que esperaba era que no timaras, saquearas o robaras, y menos a tus propias compañeras –replica el señor Snow.

–Obligaste a Lily a ayudarte y la convertiste en tu cómplice. ¿Cómo pudiste hacer eso? –le reprocho.

–¡Oh, mira quién habla! –exclama Cheryl–. ¿Cuántas veces te he visto por los pasillos robar las jarritas de mermelada que no terminan los huéspedes? ¿O guardarte en el bolsillo los bombones que se dejan en las habitaciones?

–Eso no es robar –me defiendo–. Esos objetos irían a parar a la basura y yo me limito a evitar tal derroche. El Manual de una camarera incluye un pasaje en el que se menciona.

–Tú y tu maldito manual. Admítelo. Eres igual de rata ladrona que yo.

Se me eriza el vello de todo el cuerpo. Siento el pulso en las sienes. Me han llamado muchas cosas en mi vida, pero jamás un calificativo tan ofensivo.

–¿Por qué te haces llamar «La Parca»? –pregunta Angela a Cheryl–. ¿Por qué ese nombre en particular?

–Porque suena bien. Se llama «marketing».

–Quizá insinúe mucho más de lo que pretendías –sugiere el señor Preston.

–¿Y qué insinúa? –pregunta Cheryl.

–Asesinato –responde Lily, con voz clara y fuerte, lo contrario a un susurro.

Cheryl estalla en carcajadas y se da una palmada en los muslos.

–Me parece que esos artículos de limpieza llenos de productos químicos que tanto os gustan os han secado el cerebro. Puede que coja una cosita por aquí y otra por allá, pero no soy ninguna asesina.

–Me alegra saberlo, Cheryl –dice el señor Snow–. Por favor, toma otra magdalena. Cortesía del Regency Grand. –Se levanta con brusquedad, saca el teléfono móvil del bolsillo y marca un número–. Te concederé el honor de aclararlo todo tú misma.

–¿Aclararlo? ¿A qué se refiere? Pero si lo acabo de hacer… –replica Cheryl.

–Estoy llamando a la persona encargada de la investigación. Voy a

pedirle a la detective Stark que venga.

Veinte minutos después, una detective entra en un bar y va directa al origen del alboroto, donde tres camareras, una barista, un portero y un director de hotel están discutiendo sobre la primera edición de un libro que han visto en venta en una tienda de empeños local.

–¡Yo vendí algo que era mío, en cambio, lo que tú vendiste eran objetos conseguidos de manera ilícita! ¿Es que no ves la diferencia? –le dice el señor Preston a Cheryl.

–Si ese libro era tan valioso, debería haberse guardado en la caja fuerte. Hoy en día, nunca se sabe –responde Cheryl.

–Menuda sarta de tonterías, Cheryl. ¿Lo dices en serio? –pregunta Angela.

Unos agentes especiales que me resultan bastante familiares entran en el Social tras la detective Stark. Se quedan en la entrada, montando guardia, mientras que ella se acerca hasta la barra, en la que estamos todos reunidos. Lily, el señor Snow y el señor Preston se levantan de los taburetes de inmediato.

–Gracias por acudir tan deprisa, detective –dice el señor Snow.

–¿De verdad es necesario? –pregunta Cheryl–. ¿No debería regresar al trabajo?

–No vas a ir a ninguna parte –replica el señor Preston.

–¿Podría explicarme alguien qué está pasando aquí? –pregunta Stark.

Angela no pierde ni un minuto. Coloca el portátil ante la detective y le muestra las pruebas mientras Cheryl hace muecas de desprecio en el taburete junto a ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Todos los objetos de esta página web están relacionados con Grimthorpe, excepto uno –señala Angela–. Las botellitas de whisky escocés del minibar. Cheryl ha admitido que es La Parca. Un único comprador se ha llevado el lote de objetos de Grimthorpe casi entero.

Stark se vuelve hacia Cheryl y la observa durante unos instantes.

–¿Podrías decirme exactamente cuánto tiempo llevas vendiendo en esta página web? –pregunta.

–Desde que trabaja aquí –responde Angela–. O eso parece.

–Esas botellitas de whisky… Afirmas que es lo último que bebió el señor Black antes de morir –dice Stark.

–Y así es –responde Cheryl–. Las saqué del carrito de Molly. Pero eso fue hace años.

–¿Quién más trabaja contigo? ¿Algún empleado de la cocina? ¿O quizá alguna de tus compañeras camareras?

Stark nos mira a Lily y a mí, y aunque lo que de verdad me apetece es gritar, por una vez tengo el acierto de mantenerme callada.

–¿Está de broma? Esta gentuza no distinguiría una pepita de oro ni

aunque la tuviera delante de las narices –dice Cheryl, señalándonos.

–Obligó a Lily a ser cómplice de sus crímenes –intervengo.

–Yo no quería ayudarla, detective –dice Lily–, pero… pero…

Se le hace un nudo en la garganta.

–Continúa. Habla –la animo.

–Es solo que necesito este trabajo, de verdad –prosigue Lily–. Y pensé que nadie creería mi versión, que antes la creerían a ella.

Cheryl está a punto de decir algo, pero cambia de parecer. Sus labios están tan apretados que recuerdan el orificio arrugado del trasero de un gato.

–Esas tarjetas borrosas –dice Stark–. ¿Qué ponía en ellas, Cheryl?

–¿Y cómo quiere que lo sepa? No las leí. Parecían bastante aburridas –responde.

–¿Quién las compró?

–Ni idea. Lo envié todo a un apartado de correos de la ciudad. Mis clientes piden anonimato. En realidad, ni siquiera sé cómo se llaman.

–¿No guardas las direcciones de los compradores?

–Sí, pero no sirve de nada. No puedo venderlas.

–Qué poca vergüenza –murmura el señor Preston entre dientes.

–Cheryl, quiero los detalles de ese apartado de correos –ordena Stark–. Comprobaré la dirección en comisaría.

Cheryl se encoge de hombros.

–Claro –dice.

–¿Y qué me dices de la nota romántica? –pregunta la detective Stark–. También está desenfocada. Supongo que tampoco la leerías, ¿verdad?

–Oh, esa me pareció más jugosa, así que sí, la leí –admite Cheryl–. Pero era una bazofia sentimental. Sonaba como una tarjeta de esas de Hallmark del siglo pasado. Estaba firmada como «Tu principal admirador». Era evidente que el viejo Grimthorpe se lo montaba con su secretaria personal. La historia de siempre: un vejestorio, una amante joven. Como en el caso de los Black.

–Se equivoca –interrumpo–. Esa nota no la escribió el señor Grimthorpe.

Veo que el señor Snow se ruboriza.

–La escribí yo –confirma el señor Snow–. He desarrollado cierto… afecto por la señorita Sharpe, por Serena, desde que vino hace varias semanas con la idea de organizar una conferencia de prensa en nuestro salón de té. Esa nota, que yo mismo puse en la caja archivadora… Bueno, no negaré que era una declaración de mis intenciones románticas.

–Y también le dejó una en su habitación, ¿verdad, señor Snow? –pregunto.

–Junto con una docena de rosas –añade la detective Stark.

–Así es –confiesa el señor Snow. Saca el pañuelo que lleva en el bolsillo de pecho y se seca las gotas que han perlado su frente–. Serena es una joven fascinante: inteligente, elegante y emprendedora. No llego a entender cómo puedes pensar que sea la amante del señor Grimthorpe, Cheryl. Es un dechado de belleza.

–Madre mía, el amor es ciego –exclama el señor Preston.

–¿Mantenía usted una relación romántica con la señorita Sharpe? –pregunta la detective Stark.

–¡Cielos, no! –exclama el señor Snow.

–Y no porque no lo intentara –añade Angela entre dientes.

En ese momento, Stark se vuelve hacia Lily.

–¿Le diste a Cheryl tu copia firmada del último libro del señor Grimthorpe?

–¿Dársela? –responde Lily con el mentón alzado–. Ella la cogió. Me dijo que me la devolvería si demostraba ser una buena camarera y limpiaba todas sus habitaciones y las mías en un solo turno.

–Eso es imposible. No lo conseguiría ninguna camarera –digo.

–Exacto –dice el señor Preston.

–La primera edición que estaba en la caja, ¿por qué no aparece en tu página web? ¿Y dónde está ahora, Cheryl? –pregunta Stark.

–Vendida –dice–. La empeñé en la tienda de la calle más abajo. Pagan los libros viejos a precio de oro, incluso dan más que en la web.

En ese preciso momento se me ocurre algo. De repente lo veo con claridad. Cheryl se llevó todo lo que pudo agarrar con sus mugrientas manos. Hasta las tarjetas del atril. ¿Y si también se llevó otros objetos?

–El tarro de miel y la cuchara –suelto–. Los que estaban en el carrito de té del señor Grimthorpe el día en que murió. ¿Fuiste tú quien los cogió, Cheryl? Esa cuchara fue la última cosa que tocaron los labios del señor Grimthorpe.

–¿Un tarro de miel y una cuchara? –pregunta Cheryl–. No sé de qué me hablas.

–Mentir solo te traerá más problemas, muchos más de los que ya tienes –advierte Stark–. Admítelo. Te los llevaste.

–No lo hice –responde Cheryl–. Pero esa cuchara es una gran idea… «¡El último objeto que tocaron los labios del célebre escritor!». Venderlo sería pan comido. A los Buitres les encantan esas cosas. Las llaman «coleccionables únicos».

–El cuaderno Moleskine –continúa Stark–. Desenfocaste las fotos de muchos de los otros objetos escritos. ¿Por qué no hiciste lo mismo con ese también?

–Porque no había nada que ver –responde Cheryl–. Estaba lleno de garabatos y galimatías. Para ser un gran escritor, es algo raro que no se entendiera ni una sola palabra.

He permanecido seria y calmada durante toda la conversación, pero

ahora una fina grieta amenaza mi serenidad. ¿Cómo es posible que nunca me haya dado cuenta hasta ahora? Una fractura se abre en lo más profundo de mi ser y el vértigo se instala. La revelación que experimento es tan sísmica que tengo que hacer esfuerzos para no perder el equilibrio.

Noto una mano en el brazo… No es el señor Preston. Tampoco el señor Snow. Es Lily, que me agarra con firmeza, tirando de mí hacia ella.

–¡Molly! –Oigo que grita el señor Preston.

–¿Qué demonios le pasa ahora? –pregunta la detective Stark.

La equis en la ecuación, la clave que faltaba… Ha estado ahí todo el tiempo, ¡ante mis ojos!

–Detective Stark, tengo que confesar algo –digo–. Hay una cosa que debería saber. Conocí al señor Grimthorpe de niña.

La detective niega con la cabeza.

–¿Y qué? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Todos los ojos se posan en mí. Cheryl saliva como un depredador ante su presa.

–El señor Grimthorpe sufría lo que se conoce como «bloqueo del escritor» –explico–. La evidencia está justo ahí, en ese cuaderno Moleskine. Sabía leer y escribir perfectamente, pero no podía plasmar ni una sola palabra. Lo recuerdo claramente: el escritorio de su mansión estaba lleno de pilas de cuadernos Moleskine, los cuales, según afirmaba, eran primeros esbozos. Eran idénticos al que Cheryl robó de esa caja, con las iniciales grabadas y llenos de garabatos indescifrables. Cuando era niña, pensaba que era un código o un lenguaje secreto. Pero no. Ahora lo entiendo.

–Como siempre, Molly, lo que dices no tiene ni pies ni cabeza –dice Stark.

–¿No lo ve? Hay un móvil, y la prueba es ese cuaderno –digo–. Ahí está el motivo de que alguien deseara matar al señor Grimthorpe.

–Ni siquiera yo entiendo adónde quieres llegar –dice Angela.

–Yo tampoco –añade el señor Preston.

–Por el amor de Dios, Molly –dice Stark–. Sé más precisa, ¿quieres?

–Móvil –digo–. M-Ó-V-I-L, cuyo significado es «razón para matar». El señor Grimthorpe no escribió ninguno de sus libros, ni uno. Lo hizo otra persona.



CAPÍTULO 23

Solía pensar que solo sucedía en las películas, en las clásicas en blanco y negro que Gran y yo veíamos juntas en nuestras «noches de película», acurrucadas una junto a la otra en nuestro sofá hecho jirones. Pero ahora veo que en el mundo real también ocurre, que un fragmento de tu pasado se reproduce como un montaje cinematográfico, que tu vida puede desfilar por delante de tus ojos, recordándote todo lo que has vivido y que te ha llevado hasta este momento, todo lo que te ha convertido en lo que eres.

Eso es precisamente lo que he experimentado al relatarle a la detective Stark aquel par de fatídicas semanas que pasé trabajando junto a Gran en la mansión Grimthorpe, lustrando plata, leyendo en la biblioteca y trabando amistad con un hombre atribulado, un autor al que proporcioné ideas que jamás sospeché que le llevarían a escribir un éxito de ventas internacional. Lo he revivido todo en tecnicolor. Lo he vuelto a ver desde una nueva perspectiva.

El señor Snow ha sugerido que la detective Stark y yo fuéramos a su despacho para hablar en privado, y es ahí donde hemos estado durante la última hora.

Estoy sentada en una silla frente a una detective imponente que siempre ha conseguido intimidarme. Y le estoy contando la historia de mi vida.

Debo admitir algo: por primera vez, Stark me escucha, atenta y pacientemente. Por una vez se da cuenta de que le llevo ventaja, de que sé cosas que ella ignora. Veo sus esfuerzos para atar cabos y conectar el pasado con los acontecimientos recientes: el misterio no resuelto de un escritor envenenado en el hotel Regency Grand.

Gran solía decir: «Los cuentos son una muy buena manera de ponerse en la piel del otro».

Tenía razón. Cada cuento nos da una lección.

«El monstruo es siempre real, solo que no como tú creías».

«Ningún secreto permanece enterrado para siempre».

«Al final absuelven a la camarera».

–Ra-ta-ta-ta-ta –digo a la detective Stark–. Ese era el sonido de

trasfondo, siempre, el sonido de su secretaria personal tecleando. El señor Grimthorpe escribía a mano y, sin embargo, jamás le vi hacer otra cosa que garabatos en esos cuadernos Moleskine negros con sus iniciales. De niña me dijeron que su secretaria personal mecanografiaba lo que él escribía, y lo creí. Pero ahora pienso que eso no era cierto.

–Acabas de decir que le diste la idea para el final de su libro más popular –dice la detective–. La solución de sosa.

–Sí. Eso fue idea mía, pero ¿y si alguien le dio el resto de la historia, el resto de todas sus historias? Quizá esa secretaria no se limitase solo a mecanografiar. Quizá fuese…

–¿La auténtica autora? –sugiere Stark.

–Sí –contesto.

–Alguien que escribía en secreto sus obras mientras que él daba la cara y se llevaba la fama y el mérito –dice Stark.

–Y cosechaba unas recompensas monetarias abrumadoras –añado–. ¿No alimentaría dicha situación el descontento? ¿No se convertiría en motivo de venganza?

De repente, la detective se pone en pie. Se pasea por la habitación. El eco de sus pasos resuena en mi interior.

–He conocido a varios escritores –señala–. Algunos me consultan cuando escriben sobre procedimientos policiales. Quieren saber si no se han equivocado en algún detalle. Digamos que esos escritores saben mucho sobre cómo matar a alguien sin dejar ni rastro. La pregunta es: ¿podría un escritor, o un escritor fantasma, utilizar ese conocimiento para cometer un crimen real? Y, de ser así, ¿podría salirse con la suya? –La detective detiene sus pasos y añade–: Molly, creo que te he subestimado.

–¿A qué se refiere?

–No siempre consigo seguirte el hilo. Pero acabas de unir una serie de pruebas que yo ni siquiera había tenido en cuenta. Necesito que me ayudes.

–¿Que la ayude? ¿Con qué?

–Nos vamos de viaje.

La simple idea de ir a algún lugar con la detective Stark me parece de lo más terrorífico que puedo concebir.

–¿Adónde vamos? –pregunto.

–A la mansión Grimthorpe, por supuesto.

Me encuentro en las afueras de la ciudad, en el interior de un coche patrulla con la detective Stark al volante. Por lo único que siento un ápice de alivio es porque voy en el asiento del copiloto, en lugar de ir detrás de la pantalla a prueba de balas del asiento trasero. Estoy como si fuese una niñita mientras nos dirigimos a un lugar que pensaba que

no volvería a ver jamás, esta vez me dirijo hacia allí no con mi querida abuela, sino con la imponente detective que conduce junto a mí. Me tiemblan las manos. Me agarro a la manecilla de la puerta, al igual que hice años atrás en el taxi, en mi primera visita a la mansión.

Antes de embarcarnos en este viaje, Stark ha realizado una llamada y ha hablado con un juez. Lo ha contado todo y ha pedido una orden de registro, que ahora asoma del bolsillo interior de su abrigo negro.

–¿Está muy lejos de aquí? –pregunta la detective mirando a la carretera ante nosotras.

–No. A solo cinco minutos –respondo.

Stark asiente y, a continuación, observa las magníficas mansiones que salpican las boscosas afueras.

–Menudo barrio de pijos –dice.

–Ni en mis mejores sueños –respondo.

Doblamos la última curva de la carretera y la mansión Grimthorpe aparece ante nosotras.

–Es esa. Esa de ahí.

La monolítica mansión de tres plantas resulta tan imponente como cuando la vi por primera vez de niña, con esas ventanas de marcos negros emplazadas en tres hileras que parecen el aterrador rostro de una araña de ocho ojos.

La detective conduce hasta la verja de hierro. La pintura negra se está desconchando y el óxido se impone. La garita está justo al lado y sus ventanas tintadas no dejan ver quién está en su interior.

Stark detiene el vehículo. Ambas salimos y nos acercamos a la verja.

Los botones del intercomunicador oculto han perdido su color y están agrietados por el tiempo.

–Tiene que llamar al guarda. Está en la garita.

En lugar de eso, Stark empuja la verja, que se abre sin dificultad con un chirrido.

–Vaya, cómo han cambiado las cosas –exclamo.

Entro detrás de la detective.

Recorremos el familiar camino de rosas rojas. Los brotes están empezando a abrirse. Emiten una fragancia de ambrosía, hipnótica y dulce como la melaza.

–Este lugar ha conocido tiempos mejores. Me recuerda al hotel de Fawlty Towers –dice Stark.

La mansión presenta un completo estado de abandono, con la fachada desconchada y llena de grietas. Las rosas son lo único que parecen recibir algo de atención.

Llegamos a la imponente puerta delantera con la aldaba del león, cuyo latón está ennegrecido y erosionado. La última vez que estuve aquí, Gran me cogía de la manita mientras nos abríamos paso hasta este descansillo. El recuerdo me acelera el corazón.

–Tú llamas, yo hablo –dice la detective Stark.

Agarro la mandíbula y doy tres golpes.

Unos pasos resuenan no muy lejos, alguien arrastra los pies y, acto seguido, el picaporte gira y la puerta se abre. Bajo el umbral hay un hombre de pelo canoso con ojos saltones y un cinturón de cuero en el que guarda varias herramientas: un conjunto de llanas, tijeras podadoras y cortadoras. Con la edad ha engordado un poco y su cuerpo ya no es un signo de exclamación, sino que más bien ha adoptado la forma de un interrogante. Pese a ello, al ver esos ojos, lo reconozco de inmediato.

–¿Jenkins? ¿Es usted?

–¿Molly? ¿Molly Gray?

–Me recuerda.

–Claro que te recuerdo –responde–. Mi pequeñaja. La niña de la plata, lustrándolo todo hasta dejarlo perfecto. Oh, cuánto tiempo ha pasado. En aquellos días esto era un lugar sombrío. Pero tú lo hiciste brillar.

–Fue muy amable conmigo, aunque le tenía un poco de miedo –confieso–. Todavía no podía distinguir las manzanas buenas de las podridas.

–Eras una pequeña adorable y jovial. Solía escuchar a hurtadillas los cuentos de hadas que te inventabas. Eras también muy trabajadora. Tu abuela estaba muy orgullosa de ti. ¿Qué tal está Flora?

–Murió –informo con total naturalidad.

–Vaya, lo siento mucho. Era una buena mujer.

–La mejor.

–Menos mal que tenía que hablar yo –se queja la detective Stark, soltando un suspiro.

Jenkins desvía su atención hacia la imponente figura del descansillo.

–¿Y usted es?

–La detective Stark –responde–. Me encargo de la investigación sobre la muerte del propietario de este lugar. Me preguntaba quién vivía en la mansión en la actualidad y he pensado que sería buena idea visitar el lugar.

–Pues me temo que ahora mismo no hay nadie más –responde Jenkins–. Estamos esperando la lectura del testamento. Imagino que la propiedad saldrá a la venta en breve. Estoy seguro que la señora Grimthorpe debe de estar revolviéndose en su tumba.

–Jenkins, ¿puedo preguntarle cómo murió?

–De un infarto, hace cinco años –responde Jenkins–. Justo después de coger una rosa de su propio jardín. Molly, ya sabes que el señor Grimthorpe se comportaba de una manera bastante extraña, pero después de eso empeoró. Se volvió más paranoico. Dijo que, sin su esposa, sus secretos nunca estarían a salvo. Sin embargo, no volvió a

beber. Así se lo había prometido a la señora Grimthorpe, y mantuvo su palabra. Sospecho que eso fue lo único en que le fue leal. –Jenkins hace una pausa y baja la mirada hacia una caja que hay a sus pies. Está llena hasta los topes de objetos de plata deslustrada, baratijas y pinturas–. Estoy despejando un poco la casa. He recibido órdenes.

Mira detenidamente a Stark de la cabeza a los pies.

–Y… ¿trae una orden de registro? –pregunta.

–Sí. Aquí está –dice Stark.

La saca del abrigo y Jenkins la examina durante un instante antes de devolvérsela.

–Jenkins, ¿le importaría que yo también echara un vistazo? –pregunto–. Significaría mucho para mí. Guardo muy buenos recuerdos de este sitio.

–Debes de ser la única –dice, y volviéndose hacia Stark, pregunta–: ¿Ya ha descubierto quién envenenó al señor Grimthorpe?

–No. Pero lo averiguaremos. Es solo cuestión de tiempo –replica Stark.

Jenkins asiente y las profundas arrugas de su rostro muestran un mapa de secretos nunca dichos.

–Adelante –dice–. Estaré en el salón, vaciándolo. Ya nadie aprecia las cosas viejas. El cambio está cerca.

–Gracias, Jenkins –digo, mientras él aparta la caja con los objetos descartados para permitirnos el paso. Sobre nuestras cabezas, las lágrimas de la lámpara modernista están tan cubiertas de telarañas que el conjunto parece más bien madera de deriva que cristal–. Por aquí –indico a la detective Stark, guiándola hacia la escalera principal.

Los escalones crujen incluso más de lo que lo hacían en el pasado, gimiendo y quejándose ante cada uno de nuestros pasos. Llegamos al final de la escalera.

–Sígame –digo, mientras recorremos el pasillo.

Las luces se encienden automáticamente, al menos aquellas en las que aún funcionan las bombillas. El damasco de las paredes está descolorido, apagado. En una ocasión me pareció que eran ojos, pero ahora ya no los veo. ¿Estaban de verdad allí o solo existieron en mi imaginación?

Dejamos atrás un dormitorio tras otro, con las puertas abiertas pero con las cortinas corridas en todos y cada uno de ellos.

–Cuánta suciedad –dice la detective Stark.

Cada recoveco, cada rincón y cada aplique de la pared están cubiertos de una gruesa capa de mugre y polvo.

–En esta mansión no ha habido una camarera en mucho tiempo –digo.

Me pregunto si Gran fue la última. Quizá la señora Grimthorpe no confió en nadie más después de despedirla.

Llegamos a la estancia al final del pasillo. Me acerco hasta la ventana, descorro las cortinas y dejo que la luz entre por el gran ventanal que ocupa toda la pared.

La sala no es lo que era. Los libros están descuidados y una capa de suciedad cubre los lomos de piel. La detective Stark lo observa todo: la escalera con ruedas, la ninfa cubierta de polvo que sostiene una pantalla de lámpara mugrienta, las estanterías que revisten las paredes. Enseguida advierte la anomalía, el único libro que sobresale con torpeza y en el que no hay ni una mota de polvo: el brillante diccionario Oxford en la cuarta pared.

–¿Es este? –pregunta, señalándolo con el dedo.

–Sí. La puerta secreta. El portal a otra dimensión.

Doy un paso adelante y lo empujo. La cuarta pared se abre de golpe y revela el estudio del señor Grimthorpe.

–Vaya, vaya… –exclama Stark con expresión sorprendida.

Su escritorio está en el mismo lugar de siempre. Sobre él, las torres tambaleantes de cuadernos Moleskine con las iniciales grabadas. Se han multiplicado considerablemente desde la última vez que estuve aquí. Están las pilas de su escritorio, como antes, pero ahora también hay en el suelo, y algunas de ellas llegan a media altura. La habitación está tan atiborrada de cuadernos que el único espacio libre que hay es un estrecho paso hacia el escritorio del señor Grimthorpe y otro reducido pasillo que lleva a la librería de la pared opuesta.

–Menudo caos –exclama Stark–. ¿Tenía el señor Grimthorpe el síndrome de Diógenes?

–En cierta manera, sí. Era el señor de todo. Y de nada.

Coge un Moleskine y lo abre con cuidado por una página al azar, llena de garabatos y galimatías ininteligibles.

–Imposible de descifrar. Igual que la que vendió Cheryl –señala.

Stark comprueba unos cuantos Moleskine más, y yo hago lo mismo, aunque no me apetece mucho ensuciarme las manos de mugre. Su contenido es exactamente tal como recordaba: garabatos y tachones, nada de caligrafía, ni siquiera mensajes codificados, y, ciertamente, ninguna novela.

–Aquí no hay nada que pueda mecanografiarse –dice Stark.

–Exacto. Y el señor Grimthorpe nunca escribía a máquina. Siempre era su secretaria la que lo hacía, sin ser vista, mientras que estos cuadernos no los tocaba nadie y no dejaban de multiplicarse.

La detective distingue algo en la librería de la pared opuesta, otro libro que sobresale, el único que también está limpio: otro diccionario Oxford. Se acerca y lo empuja. Una pared se abre de repente.

–¿Cómo? –exclamo–. ¡Nunca me di cuenta!

–Menos mal que sirvo para algo –responde Stark.

Cruza la estrecha puerta y se adentra en un despacho moderno,

completamente limpio y de un blanco resplandeciente, un contraste extremo. La sigo. En el rincón hay una escalera de caracol que baja hacia la puerta lateral de la mansión. Unas estanterías modulares de IKEA se alinean en una pared y en cada uno de los casilleros hay fajos de manuscritos impresos, perfectamente organizados y sujetos por una goma elástica. Hay uno por cada libro del señor Grimthorpe, con el título impreso claramente encima de cada fajo, todo ordenado por año de publicación, desde el más reciente en un papel blanco y nuevecito hasta su mayor éxito, La camarera de la mansión, cuyas hojas amarillean debido al paso del tiempo.

–Parece que son los manuscritos de sus novelas –dice Stark, acuclillándose para examinarlos.

Acto seguido, se incorpora y camina hacia un sencillo escritorio en una esquina de la habitación. En él, hay un portátil Mac de color rosa dorado, cerrado, y una impresora. Nada más.

Entonces la veo: una máquina de escribir, en una hornacina detrás del escritorio. Justo encima, colgada en la pared, hay una única foto con un sencillo marco dorado. Me acerco para echar un vistazo.

Aunque lo que veo me sorprende, de algún modo, todo encaja. Allí está, la mujer con el pañuelo y los guantes azules, en pie, rodeando con el brazo a una niña pequeña que es su viva imagen.

–Es ella –digo–. La mujer de azul. Su anterior secretaria personal. Cada día accedía a la mansión por la entrada lateral. Nunca llegué a descubrir dónde estaba su despacho, pero la oía teclear.

Stark se acerca y se inclina hacia la foto.

–Pero ¿quién es esa criatura junto a ella? –pregunta.

De nuevo, mis conocimientos superan a los de la detective Stark. Ato cabos y el resultado es más sorprendente de lo que pensaba.

–¿No la reconoce? Mire bien.

Stark entorna los ojos.

–Cielos, ¿de verdad es ella?

–Sí –respondo–. El parecido es asombroso, ¿no cree? Esa niña es la señorita Serena Sharpe.



CAPÍTULO 24

–Qué considerado por su parte haber invadido una propiedad privada. Por favor, siéntanse como si estuvieran en su casa y no se priven de fisgonear en mi despacho.

Sobresaltadas, la detective Stark y yo nos damos la vuelta. En el umbral de la puerta está la señorita Serena Sharpe, con las llaves de un coche en la mano.

–El jardinero nos ha dejado entrar –explica Stark.

–Eso me ha dicho. ¿Podría preguntar qué demonios están haciendo en mi despacho?

–Conocí a su madre –suelto–. O, mejor dicho, no la conocí. Pero la vi cuando estuve aquí, de niña, trabajando con mi abuela. Era la secretaria personal del señor Grimthorpe. Esta foto… Usted es su hija –digo, señalando la imagen en la pared.

La señorita Sharpe suspira.

–Sí. Es mi madre. ¿Y qué?

–Olvidó mencionarlo –apunta la detective Stark.

–Y también olvidó mencionar que su madre es la auténtica autora de los libros del señor Grimthorpe –añado.

La señorita Sharpe clava su enigmática mirada en mí. Acto seguido, cruza la estancia, se planta ante la hornacina que contiene la máquina de escribir de su madre y acaricia la tecla de la letra I.

–¿Cómo lo ha averiguado? –pregunta.

–Por los cuadernos Moleskine –digo–. Solo contienen garabatos y, pese a ello, ra-ta-ta-ta-ta. Su madre siempre estaba tecleando. Todos los días.

Ella asiente lentamente.

–La señora Grimthorpe la eligió por su discreción, entre otras cosas. Mi madre sabía pasar desapercibida, y también era muy buena guardando secretos. –La señorita Sharpe contempla la foto de la pared con aire pensativo–. Grimthorpe nunca fue un escritor, no uno de verdad. En los viejos tiempos, antes de que sufriera el bloqueo del escritor, se inventaba unos argumentos e intrigas extravagantes que le contaba a mi madre en largas diatribas verbales. Ella convertía aquellos disparates en algo cuerdo y con aires novelísticos, algo que,

una vez en el papel, sabía captar el interés. Pero era ella la que estaba detrás de sus libros, la que hacía la magia.

–Y él lo mantuvo en secreto –digo.

–Sí –confirma la señorita Sharpe–. La señora Grimthorpe sabía la verdad, pero nadie más.

–¿Por qué no me dijo nada de esto? –pregunta Stark–. Cuando nos vimos en comisaría, no mencionó nada de su madre y se negó a decir una sola palabra sobre lo que iba a anunciar el señor Grimthorpe.

La señorita Sharpe pasa por detrás del escritorio y se sienta en su silla inmaculada.

–No podía hablar de ello. Había firmado un contrato –dice, e indicando las dos sillas blancas ante nosotras, añade–: Siéntense, por favor.

La detective Stark obedece. Yo tomo asiento junto a ella.

La señorita Sharpe entrelaza los dedos de las manos y las coloca sobre el escritorio.

–Sé desde hace años que era mi madre la que escribía. Le repetí más de una vez que le pidiera a J. D. una compensación adecuada y compartir las regalías, pero era una madre soltera aterrorizada por su jefe y con miedo a perder un puesto de trabajo estable. Sabía que merecía más, pero nunca se atrevió a plantarles cara. No quería tener que vérselas con su ira. –La señorita Sharpe guarda silencio y mira hacia el caótico estudio del señor Grimthorpe a través de la puerta abierta–. Qué pena que un hombre tan culto fuera incapaz de escribir un libro decente. Estaba desequilibrado.

–Sí, y también era muy poderoso –digo–. Tenía una manera de hacerte sentir especial y pequeña al mismo tiempo.

La señorita Sharpe abre los ojos de par en par.

–Completamente cierto. Cuando mi madre murió el año pasado sin tan siquiera recibir una compensación adecuada por su trabajo, me hervía la sangre. Décadas apretándose el cinturón con su sueldo de secretaria. El miedo la mantenía callada, pero yo no iba a hacer lo mismo. Ideé un plan.

La detective Stark y yo intercambiamos una mirada.

–Siga –dice.

–Abandoné el máster en Administración de Empresas que estaba cursando y acepté el puesto de secretaria personal del señor Grimthorpe. Él estaba entusiasmado. Tenía continuidad y secretismo, todo ello en un modelo más joven y bonito. Fue lo bastante estúpido como para pensar que yo también sabía escribir. Desafortunadamente, no heredé el talento de mi madre para contar historias. Cuando lo descubrió y me amenazó con despedirme, yo le devolví la amenaza.

–¿Qué le dijo? –pregunta la detective Stark.

–Que iba a revelar que era un fraude, que gritaría a los cuatro

vientos que mi madre era la auténtica autora de sus libros –dice, gesticulando hacia los cubículos llenos de manuscritos–. Lo amenacé con llevarlo a juicio y dejarle sin un penique a menos que se aviniera a mis condiciones.

–¿Que eran…? –pregunto.

–Un pago único de cinco millones de dólares y el cien por cien de las regalías de cada libro escrito por mi madre a partir de ese momento.

–Es decir, de todos –dice Stark.

–Así es –responde la señorita Sharpe.

–¿Y cuál fue su reacción? –pregunto.

–Una calma glacial. Creo que sabía que se lo tenía bien merecido. –La señorita Sharpe pone las manos sobre el ordenador portátil cerrado ante ella–. Accedió a mis condiciones. Ni siquiera trató de convencerme para que no dijera una palabra sobre la contribución de mi madre. Pero, a cambio, él también tenía un par de peticiones.

–¿Que eran…? –pregunto.

–Insistió en dar a conocer él mismo la noticia. Deseaba tener el control del mensaje.

–De ahí la conferencia de prensa en el hotel –comenta Stark.

–Sí. Y me obligó a firmar un documento en el que se especificaba que si filtraba algo antes de sus declaraciones, nuestro trato se consideraría nulo y sin efecto.

–Es decir, ni un penique para usted –dice Stark.

–Es decir, ni un ápice de reconocimiento para mi madre –replica la señorita Stark en tono cortante–. Por esa razón no mencioné nada cuando usted me preguntó qué pensaba anunciar el señor Grimthorpe en la conferencia de prensa. No deseaba invalidar nuestro acuerdo.

La señorita Sharpe guarda silencio mientras saca el contrato de un archivador y se lo tiende a Stark, quien lo examina detenidamente con aire sombrío, asintiendo de vez en cuando.

–¿Y ahora qué? –pregunto–. Los muertos no hablan.

–Lo he consultado con un abogado. Al parecer, estoy en un pequeño aprieto –responde la señorita Sharpe–. Si revelo la verdad, no hay acuerdo, incluso después de que haya muerto el señor Grimthorpe.

–Así que si quiere que se le reconozca el mérito a su madre, ¿debe renunciar a cualquier ganancia financiera? –pregunto.

–Exacto –responde la señorita Sharpe con una sonrisa que no se refleja en sus ojos felinos.

La detective Stark se levanta y empieza a pasearse ante el escritorio de la señorita Sharpe.

–Debía de odiarlo –suelta, de repente.

–Aún lo odio –replica la señorita Sharpe.

–Entonces, permítame preguntarle algo: ¿lo odiaba lo suficiente como para envenenarlo?

La señorita Sharpe suelta una carcajada, pero su sonido es metálico y afilado.

–¿Es que no lo ha entendido? Muerto no me sirve de nada.

–Tampoco le servía de nada vivo –señalo.

Stark me mira, esbozando lo que es casi una sonrisa imperceptible.

–No se equivoque –dice la señorita Sharpe–. Detestaba a ese hombre con toda el alma. Se aprovechó de mi madre de todas las formas posibles. Utilizó su talento y se lo apropió. También hizo otras cosas.

–¿Como cuáles? –pregunta Stark.

–Se sobrepasó con ella y después lo utilizó en su contra –digo.

La señorita Sharpe me mira con curiosidad.

–¿Cómo sabe eso?

–Por mi abuela –respondo–. Le hizo lo mismo. Sospecho que lo hacía con todas las integrantes femeninas del personal, razón por la que la señora Grimthorpe solo dejaba entrar a la mansión a las dos mujeres en las que confiaba. Y por «confiaba» me refiero a mujeres obligadas a guardar silencio.

–Su abuela y mi madre.

–Sí –respondo.

–La jugada le salió redonda, incluso trató de sobrepasarse conmigo –confiesa la señorita Sharpe–. Lo juro; lo empujé con tanta fuerza que casi lo mato. Un hombre tan fuerte y tan débil al mismo tiempo. Estaba delicado, así que siempre pensé que un día se moriría de repente. Ansiaba que ocurriera. Pero no esperaba que lo hiciera justo en el día equivocado.

Entre sus palabras hay una que destaca especialmente.

–«Delicado» –repito–. ¿Por qué dice eso del señor Grimthorpe?

–Sus años de alcoholismo le habían pasado factura. Tenía el hígado y los riñones tocados –dice la señorita Sharpe.

–Lo que explica por qué el anticongelante le hizo efecto tan rápidamente. Sus órganos no pudieron filtrar ni una gota de veneno –añade la detective Stark.

Justo entonces, Jenkins aparece en la puerta del despacho. Lleva una bandeja en la que hay una tetera humeante y unas tazas de porcelana que reconozco de antaño.

–¿Señora? –dice–. Traigo su té. No sabía si deseaba tazas para sus invitadas.

–¿Mis invitadas? Has sido tú el que las has dejado entrar, Jenkins –responde la señorita Sharpe.

–No tuve mucha elección –dice, desviando la mirada–. En cualquier caso, he traído té para tres.

Deposita la bandeja sobre el escritorio y, tras dedicarme una sonrisa, se escabulle de la estancia.

La señorita Sharpe toma la tetera y sirve tres tazas.

–Ustedes mismas –ofrece.

–Yo lo tomo sin leche –dice Stark, cogiendo una de las delicadas tazas. En su enorme mano parece diminuta–. El té no me gusta mucho. Prefiero el café.

Yo cojo una bonita taza de porcelana de la bandeja. Añado una gota de leche y remuevo con una cucharilla de plata deslustrada. Produce un agradable tintineo al rozar contra la delicada porcelana, el mismo sonido que hace una cuchara del Regency Grand contra una taza del Regency Grand.

Ahogo un grito y casi me derramo el té encima. Dejo de nuevo la taza y la cucharilla en el escritorio de la señorita Sharpe.

El corazón me late desbocado. Todo se une en un instante, todas las piezas que faltaban, cada variable se coloca con precisión en su lugar. Me quedo sin respiración. La estancia se inclina.

–Detective Stark, tenemos que ir al hotel. ¡Ahora mismo! –exclamo.

–Pero si acabamos de llegar. Y aún tengo que hacerle unas preguntas más a la señorita Sharpe.

–¡No! Nada de preguntas. No hay tiempo. ¡Tenemos que ir al Regency Grand urgentemente!

–¿Qué demonios ocurre, Molly? ¿A qué viene tanta prisa? –pregunta Stark.

–La señorita Sharpe no mató al señor Grimthorpe. Y sé exactamente quién lo hizo.



CAPÍTULO 25

Tiempo atrás, mi abuela me contó una historia real sobre una camarera, una rata y una cuchara. Jamás la he olvidado. Acusan a una camarera que trabajaba en un castillo de la desaparición de una cuchara de plata, pero años después, encuentran dicha cuchara junto al esqueleto petrificado de la rata que la robó.

Y es precisamente en esa historia en lo que estoy pensando, sentada junto a la detective Stark en el coche patrulla aparcado. Estamos justo al otro lado de la verja de la mansión Grimthorpe, y en mi regazo sostengo un huevo con joyas engarzadas, el regalo de despedida del señor Jenkins.

Acabo de explicarle a la detective la razón por la que tenemos que ir corriendo al Regency Grand, hasta el más mínimo detalle. Le he contado todo lo que sé, todo lo que recuerdo.

–No puedo creerlo –dice, una vez que he terminado–. Molly, ¿cómo demonios has llegado a atar todos esos cabos sueltos?

–Detalles –digo–. Ya le han dicho más de una vez que soy muy buena con los detalles, pero usted no lo creía. Puede que no repare en lo que para usted es obvio, pero siempre he mostrado cierta sensibilidad hacia lo que otros ignoran. Todos somos iguales de diferente manera, detective Stark. Mi abuela me lo enseñó hace tiempo.

–Lamento… Lamento haberte subestimado –dice Stark.

Es como si se le hubiera metido una rana en la garganta, porque pronunciar esas cuatro palabras le toma su tiempo.

–La mayoría de la gente lo hace. Pero eso no importa ahora. Tenemos que apresurarnos.

La detective Stark asiente y arranca el motor del vehículo. Al acelerar, siento como si me empujaran contra el asiento.

–Por cierto, ¿cómo es que ese hombre tan extraño ha insistido en que te llevaras esa vieja baratija? –me pregunta durante el trayecto.

Por un instante desvía su mirada de la carretera y la posa en el deslustrado huevo que llevo en mi regazo.

–¿El Fabergé? –pregunto.

–No me dirás que crees que es un Fabergé, ¿verdad, Molly? Es un trasto salido de vete a saber qué tienducha.

–Todo es según el color del cristal con que se mira, detective. Este huevo significó mucho para mí en mi niñez y lo guardaré como un tesoro. Para apreciar el valor real de las cosas, se debe mirar más allá de la superficie.

–¿Sigues hablando del huevo? –pregunta Stark.

–¿De qué cree que estoy hablando? –respondo.

La detective Stark no contesta, pero siento que pisa el acelerador. Enciende las luces y la sirena, y enfilamos a toda velocidad la carretera hacia el Regency Grand.

Llegamos en tiempo récord y frena con un chirrido ante la escalinata con la alfombra roja.

–Molly, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras bien? –pregunta el señor Preston al ver que me apeo del vehículo y paso ante él a toda prisa.

–¡Ahora no puedo! –le grito por respuesta.

–¡Oiga, no puede dejar un coche patrulla con la sirena encendida en la zona de llegada! –grita un aparcacoches a la detective Stark.

–¡Oh, sí que puedo! –responde.

Atravesamos las puertas giratorias a toda prisa y corremos hacia el mostrador de Recepción, donde el señor Snow está atendiendo a los huéspedes.

–¿Se han ido ya las CORDERAS? –pregunto.

–Molly, estás interrumpiéndome –me reprocha el señor Snow.

–Mis más sinceras disculpas por contravenir el protocolo con los huéspedes, señor Snow, pero se trata de una emergencia.

–¿No la ha oído? –añade Stark–. ¿Cuándo se marchan esas malditas chifladas?

–Mañana –responde el señor Snow.

–Vamos a entrar en una de sus habitaciones. Ahora mismo –anuncia Stark.

–Pero no puede entrar en la habitación de un huésped así como así. Es un atentado contra la intimidad –refuta el señor Snow.

–Su camarera acaba de descubrir una información crucial para el caso. Va detrás de algo serio.

Las cejas del señor Snow se alzan tanto que le alcanzan el nacimiento del pelo.

–En ese caso, síganme –ordena.

Los tres nos encaminamos hacia el ascensor, que tomamos para subir en silencio hasta la cuarta planta. Las puertas se abren y salimos al pasillo. Sunshine y Lily están allí con sus carritos. El rostro de Sunshine se queda de piedra nada más vernos. Lily se detiene en seco.

–Molly, ¿qué ocurre? –pregunta Sunshine.

–¡Ahora no puedo! –exclamo, mientras sigo al señor Snow y a la

detective Stark hacia la habitación 404.

Los tres nos detenemos ante la puerta.

–Haz los honores –dice el señor Snow.

–Molly, compórtate con normalidad –aconseja la detective Stark.

–Definitivamente, ese no es mi punto fuerte –respondo. Pese a ello, doy tres golpecitos con los nudillos y, con voz firme pero autoritaria, grito–: ¡Limpieza!

Esperamos, aproximando nuestros oídos a la puerta.

Nada. Ni un sonido.

–No hay nadie –anuncia el señor Snow.

Saca su llave maestra y abre la puerta.

Nada más entrar, echamos un vistazo a nuestro alrededor.

–No hay duda de que esta es la habitación –digo.

Se ha limpiado recientemente –la cama está perfectamente hecha, las esquinas de hospital bien dobladas y estiradas–, y pese a ello, cada centímetro cuadrado del suelo está ocupado por desechos de todo tipo. Junto a la cama hay unas cajas de cartón alineadas llenas de carpetas, y cada una lleva una etiqueta en la que se lee Grimthorpe, seguido de un número. Una maleta está abierta junto a la ventana, con la ropa apilada sin orden ni concierto, toda ella impregnada de montones de pelo de gato.

El señor Snow se pellizca la nariz.

–Esto es repugnante –dice Stark–. Es como si estuviera ocupada por una rata. ¿Es que las camareras no limpian esta habitación cada día?

–Sí lo hacemos –afirmo–, pero no podemos emprender una limpieza total hasta que el huésped se marcha. Cuando una habitación está ocupada, las camareras solo actuamos en las superficies.

Me dirijo hacia el minibar junto a la ventana. Es tal como lo recordaba: encima hay una extraña acumulación de botellitas de champú del Regency Grand junto a varios paquetes de tentempiés, todos abiertos y con sus contenidos esparcidos por el suelo: media barrita de cereales, una bolsa de galletitas y un enorme tarro de mantequilla de cacahuete.

La detective Stark se acerca al escritorio frente a la cama. Reina el desorden y está abarrotado de papeles, carpetas, cuadernos, libros y recetas arrugadas.

–Molly, ven a ver esto –dice Stark.

Me acerco al escritorio y veo que señala un cuaderno negro Moleskine con las iniciales JDG. Junto a este, hay otro cuaderno Moleskine, pero con otras iniciales: BB.

Estoy acostumbrada a tocar los artículos y objetos de otras personas en sus habitaciones de hotel, pero una extraña sensación me invade al coger el cuaderno de Beulah no porque tenga que limpiarlo, sino para examinarlo. La primera página se titula «Encuentros cercanos» y,

después de eso, unas listas con viñetas llenan página tras página tras página.

—Es un libro de cuentas —le digo a la detective Stark mientras el señor Snow lo examina.

—Así es —confirma Stark—. Y recoge todos sus intentos por encontrarse con el señor Grimthorpe.

Ojeo las páginas fechadas, que comprenden años. Al azar leo:

- Envío de impreso para presentarle a las CORDERAS: SIN RESPUESTA.
- Correo electrónico enviado a la web declarándome su mayor admiradora: SIN RESPUESTA.
- Localización de teléfono privado y dirección postal. Mensaje en el contestador con información de contacto: SIN RESPUESTA.
- Envío de quinta petición para ser su biógrafa oficial por correo certificado: SIN RESPUESTA.

Salto hasta las entradas más recientes del cuaderno:

- Nota por debajo de la puerta del hotel proponién— dole una cita para cenar en el Social: SIN RESPUESTA.
- Espera de J. D. fuera de su habitación en el Regency Grand: ¡LOCALIZADO!
- Petición de negativa ante nuevos hechos preocupantes: REHUSADA.
- Petición de permiso para ser su biógrafa oficial: DENEGADO.
- Petición de permiso para entrar en su habitación: PUERTA EN LAS NARICES.

—¿De qué fecha es la última entrada? —pregunta Stark.

—De un día antes de la conferencia de prensa —respondo.

La detective y yo nos miramos fijamente.

—No veo qué aporta todo esto —dice el señor Snow, negando con la cabeza.

—Yo sí. Necesito a Lily.

Dejo el cuaderno Moleskine y salgo corriendo al pasillo. Su carrito sostiene la puerta de una habitación en el extremo opuesto. La encuentro en el interior, pasando la aspiradora por la alfombra y dibujando las líneas de un jardín zen.

—¡Lily! —grito, pero no llega a oírme.

Apago la aspiradora.

—Lily —repito.

Ella chilla y se aleja de un salto hasta una esquina sombría junto a la cama.

–No pasa nada –la tranquilizo–. No te has metido en ningún lío. Pero necesito que vengas conmigo ahora mismo.

No hay tiempo que perder; la tomo de la mano, la saco a toda prisa de allí y la arrastro por el pasillo hasta la habitación 404, donde están esperando el señor Snow y la detective Stark.

Sin aliento, me planto ante la detective con Lily a mi lado.

–Lily, ¿recuerdas cuando limpiamos esta misma habitación hace unos días? –pregunto.

Ella asiente.

–¿Y recuerdas en qué estado estaba?

Asiente de nuevo.

–Siempre reina el desorden. Es difícil limpiar con toda esta basura. Ha estado así cada día que he pasado.

–Exacto –respondo–. ¿Y recuerdas cómo bromeamos sobre todas esas botellitas de champú y sobre cómo había comida por todos lados, justo como ahora, cajas empezadas de cereales y galletitas, y ese tarro enorme de mantequilla de cacahuete ahí mismo?

Lily asiente.

–Sí. Igual que ahora.

–No exactamente –la corrijo–. Ese día había algo diferente en el tarro de mantequilla de cacahuete.

–Sí, estaba abierto y tenía una cuchara dentro –dice.

–¡Exacto! Saqué la cuchara y lo cerré, comentando que quién se lo había dejado abierto de tal modo. Al lavar la cuchara, reparé en que no era una cucharilla de plata del Regency Grand, sino una de acero inoxidable normal y corriente del Social. ¿Lo recuerdas?

Lily asiente.

–Sí. Te pregunté si deberíamos devolverla al restaurante y tú dijiste que no, que si un huésped la estaba utilizando, no pasaba nada por dejarla en la habitación.

–¡Exacto! Y puse esa cuchara de acero inoxidable en el minibar, justo al lado del tarro de mantequilla de cacahuete –respondo–. Pero ahora no está aquí. Ha desaparecido. Lily, ¿has limpiado la habitación hoy?

–Lo que he podido. No ha sido fácil –se disculpa.

–¿Y has visto esa cuchara? –pregunto.

Lily me mira primero a mí, después al señor Snow y, por último, a la detective Stark. Acto seguido, asiente.

–¿Dónde?

Señala hacia la mesita de noche y, a continuación, se dirige hacia allí.

–Está aquí. Junto a la lámpara.

Me acerco a toda prisa. Allí está: la misma cucharilla de acero inoxidable normal y corriente.

–Es esta –digo.

La detective y el señor Snow se unen a nosotras. Stark la examina, se inclina hacia delante y abre el cajón de la mesita. En su interior, en una caja sin tapa forrada con satén rojo, hay un tarro de miel con tapa de plata del Regency Grand.

–¡Oh, vaya! –dice Lily nada más verlo–. He limpiado la mesita. Todo estaba pegajoso y pringoso. Me he esmerado, tal como me enseñaste, Molly: una limpieza a fondo para que la alegría cale hondo. No tenía ni idea. ¡No tenía ni idea de lo que había en ese cajón!

–No te preocupes –la tranquilizo–. Lo has hecho todo tal como se suponía que debías hacerlo.

Stark pone cara larga y tiene los ojos abiertos de par en par.

–Así que el asesino ha conservado el arma... La guardó en una caja forrada de satén. Jamás me había topado con un trofeo de un asesinato tan extraño –dice, y volviéndose hacia mí, añade–: Molly, siempre hemos sabido cuál era el crimen. Y en qué lugar se había cometido.

–Asesinato. En el salón de té –replico.

–Ahora tenemos un móvil –añade la detective Stark.

–Venganza –digo–. Venganza por rechazo.

–Me temo que he perdido el hilo –dice el señor Snow–. ¿Cómo han llegado a deducir que la ocupante de esta habitación es culpable de asesinato? Lo único que han descubierto es una pieza de plata que un huésped trataba de robar.

–Se equivoca, señor Snow –dice la detective Stark–. Hemos encontrado el arma del crimen. Está justo aquí.

–Pero si es solo un tarro de miel y una cucharilla normal y corriente... –responde el señor Snow.

La detective Stark da un paso hacia él y saca el pañuelo que lleva en su bolsillo delantero de un pellizco, arrebatándoselo.

–¿Me permite?

El señor Snow se encoge de hombros y se ajusta las gafas.

La detective Stark desdobla el pañuelo y, a continuación, sin tocar nada con los dedos, retira con cautela la tapa de plata del tarro de miel. Un olor dulzón, como a quemado, se propaga al instante por la habitación.

–Huele raro –dice el señor Snow–. La miel está pasada. Y no tiene buen color.

–Porque no es solo miel –indico.

–Y entonces, ¿qué es? –pregunta el señor Snow, observándonos alternativamente a mí y a la detective.

–Miel mezclada con otro ingrediente clave –digo.

–¿Cuál?

–Anticongelante –anuncia la detective Stark.



CAPÍTULO 26

De pequeña, Gran y yo solíamos ver Colombo arrebujadas en el sofá. A Gran le encantaba cuando el asesino se ponía a mentir.

–¿No lo ves, Molly? –dijo una vez.

–No veo nada, Gran –respondí.

–Hay gato encerrado –canturreó con su alegre voz.

–¡Debemos soltarlo, rápido!

Estaba muy preocupada por el animalito.

–No lo digo en sentido literal, Molly. Me refiero a la asesina de Colombo. Fíjate en cómo se comporta. Menuda rata. ¿No ves que está mintiendo? ¿No ves que no deja de fingir?

Esa mirada huidiza. Los cambios en los detalles. El deseo de guardar el secreto compitiendo con la gran necesidad de que se reconozca su genio criminal.

–Sí. Ahora lo veo –afirmé.

–Pues mira lo que hace Colombo –replicó Gran–. Mira qué hace para que la rata salga de su nido.

–¿Qué hace? –pregunté.

–Echa el anzuelo. Un anzuelo de palabras.

Es este recuerdo el que me proporciona la idea.

Los cuatro (el señor Snow, Lily, la detective Stark y yo) estamos en el vestíbulo, ante el mostrador de Recepción. Hemos salido de la habitación 404. La detective Stark acaba de ordenar a tres de sus agentes especiales que no se muevan de la puerta y vigilen las pruebas.

–Beulah no está en su habitación, pero probablemente no andará muy lejos –digo.

–Lo importante es pillarla por sorpresa –aconseja la detective Stark.

–¿Cómo? –pregunta Lily.

–Echaremos el anzuelo –sugiero–. Anunciaremos que hay un seminario gratuito sobre el señor Grimthorpe.

–Qué astuta –dice la detective Stark.

No puedo creer que haya pronunciado dicho calificativo, y menos refiriéndose a mí.

–Lo organizaremos para mañana –propone el señor Snow.

–No. Vamos a hacerlo ahora –dice la detective Stark–. De hecho, es usted quien va a encargarse de ello, señor Snow. Lo anunciará ahora mismo por los altavoces del hotel.

Las gotas de sudor se condensan en el nacimiento del pelo del señor Snow.

–No podemos organizar un seminario de la nada. La planificación de eventos toma su tiempo.

–No le estoy pidiendo blondas en los platos y esos malditos canapés –dice Stark–. Limítese a anunciarlo. Y que sea rápido.

El señor Snow se pone detrás del mostrador, enciende el micrófono y empieza a hablar:

–Queridos huéspedes del hotel Regency Grand, nos complace anunciarles algo muy especial para los admiradores del señor Grimthorpe. Tendremos un seminario gratuito sobre la vida y obra del famoso escritor, que tendrá lugar en nuestro salón de té… –Hace una pausa, cubriendo el micrófono con la mano–. ¿Cuándo? –le susurra a Stark.

–¡Ahora! –vocaliza ella.

–… en cinco minutos –dice hacia el micrófono–. Habrá servicio de té. Y canapés. Además: el evento contará con la intervención de un importante invitado.

Apaga el micro y regresa junto a nosotras, mientras los ojos de los recepcionistas siguen cada uno de sus movimientos.

–¿Un importante invitado? –le pregunto.

–No iba a decir «detective», ¿no? –aclara.

–Ha prometido té –le dice Lily al señor Snow.

–Y canapés –añado.

–Oh, cielos. Eso me temo. Por favor, avisad a cocina. Y decidle a Angela que os ayude.

Lily sale disparada hacia el Social. Estoy a punto de seguirla, pero la detective Stark me lo impide.

–Molly, tú te quedas conmigo. Observa y escucha. Si ves algo que yo no vea, me lo dices, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –replico.

La detective da media vuelta y, a grandes zancadas, cruza el vestíbulo y recorre el pasillo hasta la entrada del salón de té del Regency Grand. El señor Snow y yo la seguimos.

Aparecemos en el momento justo. Del extremo opuesto llega un rebaño de mujeres (unas diez en total), encabezadas por una dama alta y de pelo rizado con una banderita roja.

–Hemos venido por el seminario gratuito –anuncia Gladys, la líder de las CORDERAS, y mirando al señor Snow, añade–: ¿Quién es ese invitado tan especial? ¿No será la señorita Sharpe?

–Ha habido un error al anunciarlo –dice la detective Stark–. Nos gustaría contar con la presencia de un invitado muy importante: la mayor admiradora del señor Grimthorpe. ¿Saben dónde puede estar?

Como si hubieran sufrido una descarga eléctrica, las manos de las CORDERAS empiezan a alzarse y varias de ellas dan un paso adelante.

–¡Yo! ¡Yo soy su fan número uno!

–¡No, no, ella no! ¡Soy yo!

–¡Yo! ¡Aquí, aquí, yo!

–¡Estoy aquí!

Las CORDERAS se apelotonan a nuestro alrededor. El señor Snow extiende las manos hacia delante tratando de evitar que entren en tropel en el salón de té.

–¡Por favor! –grito con firmeza y con mi voz de camarera más autoritaria–: Solo puede haber una.

–Usted –dice la detective Stark, señalando a la mujer de aspecto ahora familiar ataviada con un abultado suéter de color marrón cubierto de pelos de gato–. Nos conocimos hace un par de días aquí mismo. Usted es la biógrafa oficial del señor Grimthorpe, ¿verdad?

–No oficial –se apresura a corregir Gladys mientras hace ondear la banderita.

–Usted no es solo su mayor admiradora, sino que también es la mayor experta del mundo sobre el señor Grimthorpe, ¿verdad, señora Beulah? –le digo.

–Hay muchas otras CORDERAS con los mismos conocimientos que Beulah –dice Gladys, enojada.

–¡Muy cierto! –Oigo que exclama una vocecilla en el centro del grupito. Es la de Birdy, con ese pelo fucsia que la distingue del resto de las CORDERAS. Se ha puesto de puntillas para que la vean–. Yo soy su mayor admiradora. Es a mí a quien buscan –insiste.

–No es así –dice la detective Stark–. Ahora, si nos disculpan, vamos a hablar en privado con la biógrafa de J. D. Grimthorpe.

–¿Tienen alguna pista? –exclama una de las CORDERAS–. ¿Han encontrado al asesino de J. D.?

–Me temo que no –reconoce la detective Stark–. Este caso nos tiene perplejos. ¿No es así, detective? –Stark me mira–. ¿Detective? –repite.

–No soy ninguna detective.

–Eres mejor que muchos con los que he trabajado –insiste Stark, y volviéndose hacia Beulah, añade–: Sus conocimientos y admiración por Grimthorpe podrían sernos de gran utilidad, señora.

Beulah alza el mentón y se ajusta el suéter.

–Muchas gracias a todas –digo–. Tenemos a la experta que necesitábamos. Ahora, por favor, circulen.

Educadamente, el señor Snow conduce a las CORDERAS hacia el vestíbulo mientras la detective Stark apremia a Beulah para que entre

en el salón de té. Voy tras ellas y me acerco al estrado, sobre el que hay una mesa cubierta con un mantel blanco. Se sientan y yo cojo una silla y me coloco frente a ellas.

Aunque estoy convencida de que Stark va a soltar alguna versión del «Está arrestada por el asesinato de J. D. Grimthorpe», no lo hace. Dice algo completamente diferente.

–Es un gran honor poder hablar en privado con una experta como usted –empieza–. Cuando la detective Gray y yo la conocimos el otro día, nos dimos cuenta enseguida de que estábamos en presencia de una auténtica e inconmensurable biógrafa literaria.

Beulah se sonroja.

–Pese a merecerlo, casi nunca se me reconoce, ni siquiera por parte de las CORDERAS. Sienta bien que se lo digan a una –dice.

–Faltaría más –replica Stark–. Y lamento haberla arrastrado hasta aquí con pretextos, pero necesitamos su ayuda. Al parecer hay una red de corrupción organizada en el hotel Regency Grand y, aunque sabemos que usted no está en absoluto implicada, tenemos motivos para pensar que, como su mayor admiradora y biógrafa, puede ayudarnos. Molly, cuéntaselo –dice Stark.

–¿Que le cuente el qué? –pregunto, totalmente perpleja.

–Lo de la página web –suelta Stark.

–De acuerdo. Alguien está vendiendo artículos del señor Grimthorpe robados en una página web de coleccionismo bastante conocida. Han encargado a la detective Stark, quiero decir, a la detective Stark y a mí, que investiguemos también ese delito.

–Por lo que sé, no es delito comprar algo por internet –dice Beulah.

–Estamos investigando al vendedor, no al comprador –aclara Stark–. Este último, sea quien sea, es muy listo. Tiene mucho olfato.

Beulah alza las manos.

–¡Me han pillado! Yo soy la compradora lista. Adquirí la colección entera de Grimthorpe nada más colgaron los artículos. Supuse que la mercancía se había obtenido por medios legales. Naturalmente, mi deseo era proteger su legado.

–Naturalmente.

La detective Stark me da una patada por debajo de la mesa.

–Y dígame… –continúa esta–. En vista de sus magníficas habilidades de investigación, ¿cómo no ha llegado a ser usted la biógrafa autorizada del señor Grimthorpe?

Beulah empieza a quitarse los pelos del suéter.

–Yo tampoco me lo explico –responde–. Pero ahora ya no importa. Ha muerto. Puedo escribir lo que quiera sobre él. Y así lo haré.

–Por mi parte, estoy ansiosa por leer su biografía del señor Grimthorpe –interrumpo–. Seguro que será de lo más reveladora.

–Oh, sí que lo será. ¿Sabían que lo he investigado durante más de

dos décadas? He dedicado gran parte de mi vida a ese hombre, y mis esfuerzos fueron menospreciados. Siempre pensé que mi biografía sería halagadora. –Se inclina hacia la mesa y baja la voz–: Aunque ciertas pruebas recientes sugieren que no era lo que decía ser.

–Fascinante –dice Stark.

–Por favor, explíquese –añado.

Beulah coloca las manos entrelazadas sobre la mesa.

–Si se lo cuento, deben prometerme que los resultados de mi investigación no se utilizarán en ningún modo en una biografía no autorizada ni se difundirán públicamente de ninguna manera. Mi libro debe dar la primicia. Me emplazará como la biógrafa literaria más destacada de nuestra época. Mi nombre vivirá in perpetuum en las estanterías.

–Extraordinario –digo en voz alta.

Sin embargo, no menciono nada sobre lo sorprendente que me parece su uso del latín, tan similar al del señor Grimthorpe.

–No nos aprovecharemos de su trabajo –asegura la detective Stark–. ¿Y sabe una cosa? Tengo el presentimiento de que está en lo cierto. Beulah Barnes es un nombre que pasará a la historia. –Stark esboza una sonrisa que no se refleja en sus ojos–. En lo que respecta a esos objetos de Grimthorpe… –dice.

–Adquiridos con todas las de la ley –replica Beulah–. Siento decirle que no sé nada del vendedor, si es ahí adonde quiere llegar. Pero ahora soy la orgullosa propietaria de un Moleskine original con las iniciales de Grimthorpe, entre otros valiosos objetos. Durante años, las CORDERAS han mantenido que esos cuadernos eran la prueba de que escribía sus primeros borradores a mano. Como con la mayoría de las cosas, se equivocaban.

–¿Se equivocaban? –pregunta Stark.

–En ellos solo hay garabatos –aclara Beulah.

–No me parece una prueba irrefutable –digo–. ¿Por qué ha cambiado tanto su opinión sobre él?

–Por otra prueba. La nota romántica, por ejemplo.

–¿La nota romántica? –repito.

–J. D. mantenía una aventura con esa secretaria suya, la joven y atractiva Serena Sharpe –dice Beulah.

–Eso no es cierto –respondo, antes de recibir otra patada por debajo de la mesa.

–Molly tiene razón –corrobora la detective Stark–. Al parecer, esa nota la escribió una persona del hotel.

–Mire, puede que no todos los objetos de KulturaBuitre tengan una procedencia clara, pero permítanme decirles que J. D. sí era un auténtico fraude –asegura Beulah–. Incluso las tarjetas de referencia del día del gran evento así lo demuestran.

–¿Así que tiene usted sus tarjetas de referencia?

–Sí. Las compré junto con todo lo demás.

–Y, a pesar de saber que estábamos investigando un asesinato, ¿nunca pensó en proporcionárnoslas? –dice Stark.

Beulah suelta un bufido.

–Investigando… No saben nada sobre él. J. D. Grimthorpe estaba lleno de secretos.

–¿Secretos? ¿Como cuáles? –dice Stark.

–¿Sabía que, en un momento de su vida, fue un alcohólico empedernido? –cuenta Beulah–. Seguí la pista de varios empleados que trabajaron para él: guardas de seguridad, jardineros y una camarera. Todos fueron despedidos. Según la camarera, la esposa de J. D. era una tirana y él no era quien decía ser. La camarera lo acusó de sobrepasarse y poco después la despidieron. Sin embargo, conmigo ni lo intentó.

Beulah sigue pellizcando pelos de gato de su pecho y los envía al aire.

–¿Así que lo conoció? ¿Conoció a J. D. en persona? –le pregunto.

–Sí. Justo aquí, en el hotel, delante de su habitación. Lección aprendida: cuidado con conocer a tus ídolos. No siempre cumplen con las expectativas.

–Sus libros eran muy potentes; sin embargo, él era más bien débil, ¿verdad? –dice Stark.

–Así es –confirma Beulah–. Daños en el riñón y el hígado causados por los años de alcoholismo.

–¿También sabía eso? –pregunta Stark.

–Por supuesto. Como ya les he dicho, J. D. era el trabajo de mi vida.

Justo entonces, Lily y Angela aparecen por la puerta. Se acercan, empujando un carrito. Angela se restriega las manos en el delantal, con los ojos revoloteando por toda la sala. Lily tiene los hombros hacia atrás y alza el mentón como nunca antes la había visto hacerlo. Por una vez no parece en absoluto asustadiza.

–Disculpen la interrupción –dice Lily, con la voz fuerte y resonante como si fuera un clarín.

Todas nos volvemos hacia ella.

–Nos han pedido que trajéramos este carrito –explica–. Una cortesía para la mayor admiradora del señor Grimthorpe.

Acto seguido, guarda silencio y ejecuta la reverencia más perfecta que he visto en mi vida.

–Muy amable –dice Beulah.

–No lleva la chapa –apunta Angela, señalando hacia el lugar en el suéter de Beulah donde solía estar el identificativo de Fan n.o 1.

–La he perdido –aclara Beulah.

–Qué curioso. El otro día, en el Social, me pareció ver que se la

quitaba –dice Angela–. La lanzó a la mesa y se la dejó allí.

–Debes confundirme con otra persona –se excusa Beulah–. A las CORDERAS siempre nos pasa. Es bastante insultante.

Lily agarra la tetera y sirve el líquido humeante en una taza del Regency Grand. La coloca ante Beulah.

–¿Cómo tomará su té, señora Barnes? –pregunta.

–Con cuatro terrones de azúcar –responde Beulah–. Soy un poco golosa.

–Vaya, toma el té igual que el señor Grimthorpe –dice Lily.

–Se equivoca –responde Beulah–. J. D. nunca lo tomaba con azúcar, sino con miel. Siempre con miel. A toneladas.

Y ahí esta, otro detalle revelador. Lily le ha hecho morder el anzuelo y esboza una sonrisa de Mona Lisa mientras sirve generosamente el azúcar en la taza de Beulah. Remueve el té con una cuchara de plata del Regency Grand, provocando un agradable repiqueteo contra la porcelana.

–Gracias –dice Beulah cuando Lily le tiende la taza.

Justo entonces, tres agentes de incógnito aparecen en el umbral de la puerta. Uno de ellos sujeta una sencilla caja archivadora.

Beulah está a punto de tomar un sorbo de té, pero se detiene en seco.

–¿Qué están haciendo aquí? –dice.

–Seguridad adicional –responde la detective Stark–. Hay delincuentes sueltos por el hotel, así que debemos ser muy precavidos. Por favor, discúlpeme un momento –dice la detective mientras se levanta y se dirige hacia los hombres.

Intercambian unas pocas palabras y le tienden la caja archivadora. Stark regresa a la mesa con ella y la coloca ante Beulah. Quita la tapa de cartón. En su interior hay una cuchara de acero inoxidable normal y corriente y, junto a ella, un tarro de miel del Regency Grand con la tapa de plata dentro de una caja forrada con satén rojo.

–Bien, Beulah, ¿podrías explicar esto? –pregunta Stark, paseando la mirada entre los objetos en la caja y el rostro perplejo y boquiabierto de Beulah.

–¿Han entrado en mi habitación? ¿Por qué han tocado mis cosas?

–¿Por qué guardabas estos objetos en tu habitación? –pregunta Stark.

–Por el amor de Dios. A veces, un puro es solo un puro.

–Pero esta cuchara no es una cuchara cualquiera, Beulah. Es el arma del crimen. Al igual que este tarro de miel con la tapa de plata –dice Stark–. Añadiste un ingrediente clave al gran anuncio del señor Grimthorpe, ¿verdad? Echaste anticongelante y, como sabías que el señor Grimthorpe era muy goloso, pensaste que no notaría el sabor. También sabías que, con los problemas de riñones e hígado que sufría

por su alcoholismo, eso lo mataría de inmediato.

–Qué disparate. ¿Por qué iba a envenenar a mi ídolo? –pregunta Beulah.

–Porque te rechazó –digo–. Lo que significaba que el trabajo de toda una vida no había servido de nada.

–Están acusando a la persona equivocada –protesta Beulah, y apuntando un dedo rechoncho hacia Lily, añade–: Deberían interrogarla a ella. ¡Es la que le sirvió esa taza de té!

–Oh, no –refuta Lily–. La camarera no tiene la culpa. Esta vez no.

–Increíble. En serio, Beulah, no sé cómo te soportas –dice Angela.

–Te basaste en el argumento de uno de sus libros: asesinar a un villano lleno de amargura con un dulce. ¿No es así, Beulah? –digo.

La ira de Beulah es creciente y se vuelve contra mí sin previo aviso.

–¡Tú! Te haces pasar por detective, pero no me lo creo. Eres una simple camarera. Tú lo mataste. ¡Tú y esa mosquita muerta estáis compinchadas! ¡Este lugar está lleno de escoria que no se detendrá ante nada hasta conseguir lo que desea! ¡Y eso incluye vender por unos pocos pavos la basura de un huésped muerto!

La detective Stark se pone en pie.

–Es suficiente, Beulah Barnes. Se acabó. Estás arrestada –dice mientras los agentes de incógnito se acercan para esposarla–. Tienes derecho a guardar silencio. Todo lo que digas podrá y será utilizado en tu contra en un tribunal. Y, maldita sea, te recomiendo que te calles. El silencio es tu mejor opción, porque ya has hablado demasiado.

–¿Como que he hablado demasiado? ¡Pero si no he dicho nada! –grita Beulah, intentando escapar de los agentes, que la agarran de sus muñecas esposadas y la conducen hacia la salida–. ¡Y sigue siendo vuestra palabra contra la mía!

–Hemos grabado tu «palabra», Beulah –dice Angela mientras Lily levanta una servilleta del carrito y deja al descubierto el móvil de Angela con la grabadora activada.

–¡No pueden volver a entrar en mi habitación! –chilla Beulah–. ¡Es una invasión de la privacidad! ¡Demandaré al Regency Grand!

–Cállate –ordena Stark–. Estás metiendo la pata.

Mientras Beulah desaparece por el pasillo, una idea me cruza la mente. La expresión de la detective es muy acertada, porque, precisamente, eso es lo que hacen las ratas: meter la pata.



CAPÍTULO 27

Seguimos oyendo las protestas de Beulah mientras los hombres de Stark la llevan hasta el vestíbulo.

Finalmente, el silencio se impone en la sala.

Todas nos volvemos hacia Lily, que sigue con el rostro iluminado por esa sonrisa de Mona Lisa.

–¿Ha sido idea tuya lo de traer el carrito? –pregunta Stark.

Lily asiente.

–Le has hecho morder el anzuelo y admitir que sabía cómo le gustaba el té a Grimthorpe –digo.

Lily asiente de nuevo.

–Increíble –exclama Stark–. Y Angela, buen trabajo con esa grabación.

–Gracias –responde Angela–. Pódcast de crímenes reales. Me han enseñado todo lo que sé.

–¿Os importaría montar guardia en la entrada durante un minuto mientras charlo en privado con Molly? Tengo la extraña sensación de que las CORDERAS reaparecerán en cualquier momento y no estoy de humor para contestar sus preguntas.

–Por supuesto –responde Angela.

Lily asiente. Ambas se dirigen hacia la puerta.

La detective Stark y yo no nos movemos. Ambas contemplamos los trofeos que hay en el interior de la caja archivadora.

–Molly, hay algo que aún no llego a comprender –admite Stark–. ¿Cómo supiste que la cucharilla era la clave de todo?

–Por el sonido –aclaro–. Cuando Jenkins nos trajo el té en la mansión, recordé la primera vez que, de niña, escuché el tintineo de una cucharilla de plata auténtica contra una taza de delicada porcelana. Me encanta ese sonido. Entonces me vino a la mente ese día, con Grimthorpe en el estrado a punto de empezar su discurso. Tomó la taza que le tendía Lily, añadió la miel y empezó a remover.

–¿Y? –pregunta Stark.

–Sé cómo suena una cucharilla del Regency Grand al golpear una taza del Regency Grand –explico–. Es un tintineo agudo, música para

mis oídos. Pero el sonido de aquel día no era el correcto: era metálico y sordo.

–¿Y eso porque la cucharilla que empleó Beulah no era de las de plata del Regency Grand? –pregunta.

–Exacto. Era una de acero inoxidable del Social, la misma que había visto días antes en el tarro de mantequilla de cacahuete.

La detective Stark niega con la cabeza.

–De verdad que tienes ojo para captar los detalles más extraños. Y también oído.

–Básicamente, sé ver las cosas equivocadas en los momentos equivocados –digo–. Ha sido mi perdición desde que tengo memoria.

–¿Y crees que eso te hace diferente del resto? –pregunta Stark–. Molly, me he equivocado contigo. Te malentendí desde el principio.

–No hay que dejarse llevar por las apariencias. Mi abuela solía decirlo.

–Supongo que es deformación profesional –se justifica Stark–. Puede que te sorprenda lo que voy a decirte, pero si en algún momento quieres cambiar de trabajo, tus habilidades podrían ser de gran utilidad para la policía. Es decir, para mi departamento.

–Pero yo soy camarera. Mi trabajo es hacer que las habitaciones de los huéspedes recobren su estado ideal. Limpiar todo el caos que la gente deja tras de sí.

–¿Y en qué se diferencia eso de lo que yo hago? Yo también intento dejar el mundo más limpio de lo que lo encontré –dice Stark.

Advierto las similitudes, sí. Y, pese a ello, jamás me he imaginado siendo otra cosa de lo que soy ahora.

–Es imposible, detective. Cambiar de trabajo significaría aprender de nuevo, regresar a la escuela.

–Bueno, sí. ¿Y qué?

–Que nunca se me dio muy bien. De hecho, fui un completo fracaso, siempre por detrás de mis compañeros en todo, incapaz de cumplir con las expectativas.

–Quizá las expectativas no eran las adecuadas. Quizá la escuela no era la correcta. Quizá los profesores cometieron el mismo error que yo y se concentraron en tus debilidades, en lugar de hacerlo en tus fortalezas.

–¿Sabe? Habla como mi abuela.

Un recuerdo me viene a la cabeza con tal fuerza que la sala empieza a girar. Me llevo las manos al estómago. Es el instante después de que Gran muera. Está sobre la cama, muerta, en nuestro piso, y yo estoy justo a su lado, aferrada al cojín con el bordado de la plegaria de la serenidad mientras una ola de dolor me invade, amenazando con ahogarme y engullirme para siempre.

Pienso en ese cojín, ahora en la silla junto a la puerta del piso que

comparto con Juan Manuel. Lo veo cada día. Gran dio todas y cada una de las puntadas de sabiduría que hay en él. ¿Por qué eligió esas palabras? ¿Por qué esa plegaria?

Solo ahora entiendo la permanencia de su mensaje, destinado a resonar en mi interior in perpetuum:

«Señor, concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar aquellas que puedo y sabiduría para reconocer la diferencia».

¿Qué necesito aceptar?

Soy quien soy. Molly. Molly, con todas mis debilidades y defectos. Y también con todas mis fortalezas.

Puede que haya llegado el momento de aceptarme, porque no hay nada que pueda hacer para cambiarlo. ¿Soy una camarera o eso es solo mi empleo? ¿Es algo que quiera cambiar? ¿Es algo que pueda cambiar? Es más, ¿poseo la sabiduría para reconocer la diferencia?

—Será mejor que nos marchemos —sugiere la detective Stark—. Deberíamos salir del hotel y asegurarnos de que Beulah llega al coche patrulla. Tengo el presentimiento de que, en nada, el vestíbulo estará abarrotado.

—Tiene razón. Probablemente los curiosos ya hayan hecho acto de presencia.

La detective le coloca la tapa a la caja archivadora. Al cerrarse, emite un agradable sonido.

—Vamos —urge Stark, dirigiéndose a la puerta.

Salimos juntas de la sala, y nos despedimos con un asentimiento de Angela y Lily, que siguen montando guardia junto a la puerta. Nos deslizamos por los pasillos hasta llegar al magnífico vestíbulo del Regency Grand. Oh, cómo me gusta este vestíbulo. Cuánto lo echaría de menos si no lo viera casi cada día: su imponente escalera que serpentea hasta la lujosa galería, los suelos de mármol italiano, el aroma cítrico que impregna el aire, los recepcionistas, vestidos de blanco y negro como si fueran unos pequeños y pulcros pingüinos. Desde lejos, los observo dando la bienvenida a los huéspedes recién llegados. En los divanes de color esmeralda hay corrillos que cuchichean y observan a la gente, intercambiando confidencias y secretos que se graban en el material con que está hecho todo.

Contemplo a los huéspedes; me fijo en sus expresiones. Algunos rostros me resultan claros, transparentes, sin obstáculos, pero la mayoría están cerrados, como si fueran las puertas de las habitaciones en las plantas. Es tal como Gran decía: las personas son un misterio imposible de resolver.

—Oye… —Noto que alguien me da unos golpecitos en el hombro—. Trabajas aquí, ¿verdad? ¿Sabes qué está pasando ahí afuera, en la escalinata?

–¿Yo? –pregunto, volviéndome para descubrir a un periodista–. ¿Y por qué iba a saberlo? Solo soy una camarera.

–Oh. Vaya. Vale. Lo siento –responde.

Y se aleja trotando en busca de alguien más importante.

–Vamos, Molly –dice la detective Stark.

Juntas nos dirigimos hacia las relucientes puertas giratorias. Las atravesamos y salimos al exterior, transportadas a la alfombra roja que cubre el rellano.

La entrada está abarrotada. Las CORDERAS están apiñadas a un lado de las escaleras, parloteando y comentando que ellas siempre habían sospechado que Beulah estaba desquiciada. En medio de la escalinata, Beulah se revuelve contra los agentes que la sujetan firmemente de las muñecas esposadas. La detective Stark baja los peldaños para ayudarlos.

–¡Esto es un disparate! ¿Es que no veis que le he hecho un favor al mundo? –grita Beulah–. ¡Os he librado de un monstruo! ¡En lugar de arrestarme, deberíais darme las gracias!

Y ahí está: lo acaba de admitir delante de toda una multitud.

Diviso a Birdy Pelo Fucsia abriéndose paso a empujones hasta Beulah.

–¿Cómo has podido hacerlo? –le grita–. ¿Cómo has podido envenenar a un genio de la literatura?

–No era ningún genio. ¡Era un fraude! –responde Beulah a voz en grito–. ¡Y un agresor sexual!

–¡El único fraude aquí eres tú, Beulah Barnes! ¡Y también eres una asesina! –brama Gladys Pelo Rizado mientras blande su banderita roja como si fuera una espada–. ¡Quedas excluida de las CORDERAS para siempre!

Ahora los periodistas y otros curiosos llegan en masa, bloqueando el paso, grabando vídeos con sus teléfonos y lanzándole preguntas a Beulah a voz en grito.

–¡Oye! ¿De verdad lo mataste? ¿Por qué lo hiciste?

–¿Trabajas aquí? ¿Eres su mayor admiradora?

–¿Te ayudó alguien o lo hiciste tú sola?

El señor Preston se abre paso entre la muchedumbre hasta colocarse justo ante Beulah.

–Ni se os ocurra soltarla, chicos –ordena la detective Stark mientras Beulah no deja de retorcerse y de luchar con los agentes.

–Tranquila, señora Barnes –dice el señor Preston–. Discutir no sirve de nada. ¿Es así como se comporta una biógrafa de su talla?

De repente, Beulah se calma. Es como si el señor Preston hubiese pulsado la tecla correcta. Se lo queda mirando fijamente, como si fuera la única persona del mundo que importara.

–¿Me permite que la tome del brazo, señora? –pide el señor Preston.

–¡Todo el mundo atrás! ¡Abrid paso al portero! –grita la detective Stark.

Los agentes siguen agarrando a Beulah por las muñecas, pero permiten que el señor Preston la tome del codo. La multitud congregada observa en silencio.

–No lo entiendo –dice Beulah al señor Preston–. He revelado la verdad. El mundo es un lugar mejor sin Grimthorpe.

–En esta última cuestión estamos de acuerdo –replica el señor Preston.

–No permita que malogren mis investigaciones –suplica Beulah–. Por favor, mi biografía debe ver la luz. ¿Y podría asegurarse de que alguien cuide de mis gatos? No merecen sufrir.

–Haré lo que esté en mi mano –responde el señor Preston.

Apoyada en el señor Preston, Beulah desciende los peldaños con ligereza, como si fuera una princesa a la que conducen a un carruaje real, en lugar de una mujer solitaria y desquiciada que ha asesinado a un célebre escritor. El señor Preston la acompaña hasta el pie de la escalinata, donde está el señor Snow junto al coche de policía.

Stark abre la puerta del vehículo.

–Ahora tranquila, señora –dice el señor Preston.

Le suelta el codo y le protege la cabeza cuando los agentes de Stark la hacen entrar en el asiento trasero. Acto seguido, la puerta se cierra.

–Llevadla a comisaría –ordena Stark–. Yo voy enseguida.

Uno de los agentes toma el manojo de llaves que le tiende la detective y entra en el coche.

La multitud se desplaza hacia delante como una ola, y el señor Preston y los aparcacoches tratan de contenerla mientras el vehículo arranca. La última cosa que veo es el rostro confuso de Beulah, que observa por la ventanilla medio empañada, preguntándose cómo demonios ha podido ocurrir esto.

Una vez que el coche se aleja, la detective Stark sube de dos en dos los escalones y se abre camino hasta que se coloca detrás del podio en el rellano.

–¡Damas y caballeros! –grita con voz firme y autoritaria–. Si tienen preguntas, ya sean candentes, inapropiadas o sencillamente estúpidas, ¿serían tan amables de dirigírmelas a mí? Los empleados de este hotel ya han sufrido bastante durante los últimos días. Y para que conste, no son culpables de nada de lo ocurrido ni han estado en el punto de mira de la investigación.

La multitud se arremolina a su alrededor, pero la detective Stark no les presta atención. Me mira fijamente.

Yo hago una reverencia: primero un pie hacia atrás y después inclino la cabeza, exactamente tal como me enseñó mi abuela tantos años atrás. Cuando alzo la mirada de nuevo, la detective Stark ha

desaparecido detrás de un montón de curiosos, periodistas y empleados del hotel.

De repente siento que me mareo un poco. No puedo respirar. Me agarro a la barandilla de latón por miedo a desmayarme ahí mismo, en la escalinata del Regency Grand.

Noto que una mano me sujeta del brazo.

—¿Te encuentras bien?

Es el señor Preston. Siempre aparece cuando lo necesito. Siempre sabe apoyarme. ¿Qué haría sin él?

—Estaré bien —respondo.

Contemplo la calle y observo las marcas negras de neumático que ha dejado el coche patrulla en la calzada.

—Tendré que limpiarlas —digo.

—¿Limpiar el qué? —pregunta.

—Las marcas de neumático.

—Madre mía, Molly. Hay cosas más importantes que limpiar —dice el señor Preston—. Esa tal señora Beulah, ¿lo hizo de verdad? He hablado muchas veces con ella. Siempre decía que era la biógrafa de Grimthorpe y su mayor admiradora.

—Me temo, señor Preston, que también es su asesina.

Aguardo a que diga algo respetuoso sobre el muerto, pero no lo hace. Se mantiene en silencio.

—¿Recuerda que le mencioné que Lily y yo limpiamos una habitación que estaba tan llena de basura que parecía el nido de una rata? —pregunto.

—Por supuesto. Juan Manuel y yo tuvimos el honor de escuchar esa delirante descripción la semana pasada.

—Era la de Beulah. Estaba llena de basura, montones de botellitas de champú… y un tarro de miel envenenada.

El señor Preston niega con la cabeza.

—La soledad y el vacío, acumular para llenar el hueco. Una afición terrible con una cura sencilla.

—¿Cuál?

—La amabilidad. Escuchar con amabilidad. Abrazar. Si hubiese tenido alguna de estas cosas, quizá no habría llegado a esto.

Me sorprendo al comprender que no le falta razón.

—Sí —admito—. Es un alivio que todo haya terminado. Quizá todo vuelva a la normalidad ahora.

—Confiemos en que así sea. Bien está lo que bien acaba —dice el señor Preston—. Molly, me preguntaba si podrías concederme unos minutos algún día de estos para mantener esa charla pendiente. Necesito hablar contigo, de verdad.

Asiento. Y, entonces, una idea me cruza la mente. Un pensamiento terrible. No puedo creer que no se me haya ocurrido antes.

Tomo sus manos entre las mías.

–No estará usted enfermo, ¿verdad, señor Preston? Por favor, dígame que no se está muriendo.

El señor Preston se ríe entre dientes.

–Mi querida niña, ya de pequeña hacías gala de una imaginación desbordada. Y de una tendencia a sacar conclusiones precipitadas. No estoy enfermo, Molly. Me encuentro en perfecto estado de salud, al menos para un anciano renqueante.

Aliviada, suelto un suspiro.

–En ese caso necesito unos días para descansar y reponerme. He tenido un día, mejor dicho, una semana bastante intensa. ¿Le importaría esperar hasta que regrese Juan Manuel?

El señor Preston me da un par de palmaditas en el brazo.

–Por supuesto que sí. Al fin y al cabo, he esperado todo este tiempo. No creo que un poco más me suponga gran diferencia.

Una semana después



CAPÍTULO 28

Siendo camarera de un hotel, experimento un buen número de momentos que podían definirse como déjà vues. A veces estoy limpiando la habitación 401 y juraría por el diccionario Oxford que me encuentro en la habitación 201. Por la noche, sueño que los pasillos se transforman y se comban, que las sábanas sucias se mezclan con las recién lavadas. Pero al final acabo resolviéndolo todo. Hago las camas en tiempo récord, con unas esquinas de hospital bien dobladas y estiradas, deposito sobre las almohadas las chocolatinas que ofrecemos en el servicio nocturno y lo dejo todo inmaculado y perfecto.

Precisamente ahora estoy teniendo uno de esos déjà vu. Me encuentro en el salón de té del Regency Grand, comprobando que todo esté en orden antes del gran evento del día, al igual que hice hace poco más de una semana para el importante anuncio del señor Grimthorpe, un anuncio que nunca llegó a hacer.

He adornado las mesas con mantelitos blancos recién almidonados, he doblado en forma de rosa todas y cada una de las servilletas y he dispuesto cada servicio con la cubertería de plata del Regency Grand. Ahora, admirada, contemplo el resultado: una imagen magnífica, de hecho. Esperemos que hoy nadie se muera de repente en la sala, perturbando el perfecto orden de las cosas y manchando la merecida reputación de nuestro hotel boutique de cinco estrellas.

Hoy tenemos la oportunidad de resucitar; y no me refiero al señor Grimthorpe, sino al Regency Grand. El señor Grimthorpe ya no volverá a respirar.

He trabajado sin descanso para llegar hasta este momento, pero no estoy sola. He contado con mucha ayuda. Esta mañana, cuando he llegado para mi turno, me he detenido en la escalinata a saludar al señor Preston.

–Ha llegado el gran día –me ha recordado.

–Sí. El anuncio es a las diez en punto.

El señor Preston ha carraspeado.

–Ejem… No me refería a eso. Me refería a que hoy es el día de

nuestra charla.

Con todos los preparativos para la conferencia de prensa, se me había olvidado que he invitado al señor Preston a casa a tomar el té. Le sugerí que podíamos aprovechar para mantener nuestra ansiada charla y recibir juntos a Juan, que regresa hoy de su viaje. Al señor Preston le pareció una espléndida idea.

Piensa que va a pillarme por sorpresa, pero ya intuyo qué quiere decirme: que se jubila como portero del Regency Grand. Cree que esta noticia perturbará mi frágil equilibrio, pero no es así. Soy más fuerte de lo que todos creen. La buena gente no se doblega tan fácilmente.

Claro que lo voy a echar terriblemente de menos, pero seguiré adelante. Y siempre nos quedarán nuestras cenas de los domingos.

–Buena suerte hoy –me ha dicho el señor Preston esta mañana–. Si necesitas algo, estoy aquí.

–Como siempre –he contestado–. Y se lo agradezco mucho.

Él se ha llevado la mano a la visera de su gorra y la ha inclinado. Acto seguido, he subido las escaleras y he atravesado las relucientes puertas giratorias hacia el interior del Regency Grand. En el vestíbulo, el enorme letrero de marco dorado anunciaba el gran acontecimiento del día:

HOY
CONFERENCIA DE PRENSA VIP
TEMA: J. D. GRIMTHORPE
FALLECIDO ESCRITOR DE SUSPENSE Y MISTERIO
A LAS 10
EN EL SALÓN DE TÉ DEL REGENCY GRAND

He dejado atrás el letrero a toda prisa camino de las escaleras que conducen hacia las dependencias de Limpieza y Mantenimiento, en cuyos vestuarios me he encontrado con Lily, que había llegado temprano para su turno. Nos hemos puesto los uniformes y yo me he colocado la placa de jefa de camareras por encima del corazón. Lily se ha sobresaltado cuando le he dicho: «Espera un momento. Dame tu placa».

Confundida, no ha dejado de mirarme mientras depositaba su placa de aprendiz de camarera en mi mano tendida. Entonces la he cambiado por la que escondía en mi otra mano, una nueva, de fondo negro y con letras brillantes y doradas. En ella se podía leer:

LILY
Camarera

Al tomarla, ha ahogado un grito.

–¿De verdad? –ha preguntado mientras sostenía en las manos la prueba de su ascenso.

–Te la has ganado. Póntela –he contestado.

Se ha colocado ante el espejo y la ha prendido justo por encima de su corazón.

–Lily, ¿crees que podrías servirle el té a nuestro huésped vip como lo hiciste la semana pasada?

Sorprendida, ha abierto los ojos de par en par y ha negado con la cabeza.

–No lo digo en el sentido literal. Te aseguro que el resultado del servicio de hoy no será una muerte inoportuna. ¿Puedes encargarte, Lily? Si no, dímelo.

–Lo haré –ha respondido con su nueva voz llena de confianza y ha añadido–: Una buena camarera tiene una actitud positiva. Tú me lo has enseñado.

–Bien, será mejor que yo me quede al margen. Por favor, prepara el carrito de té para el huésped. Y llévalo al salón cinco minutos antes de la hora.

Lily ha hecho una reverencia y después se ha marchado.

Desde el pasillo me ha llegado el sonido familiar de unos pasos perezosos. Solo podía ser una persona.

–Buenos días, Cheryl –la he saludado al entrar en los vestuarios.

Los milagros existen y la prueba de ello estaba en el reloj de pared. ¡Cheryl había llegado a tiempo para su turno!

–¿A qué debo el placer de tu puntualidad? –le he preguntado.

–No lo sé –ha contestado, encogiéndose de hombros–. ¿No dice nada ese irritante manual tuyo sobre la sabiduría de los madrugadores?

He rechinado de dientes, pero no he pronunciado palabra. Al fin y al cabo, su puntualidad constituía una señal de mejora, y eso era exactamente lo que llevaba esperando todo este tiempo.

Tras la charla bastante vehemente que mantuvimos hace una semana el señor Snow y yo, se decidió que, pese a los flagrantes robos y maldades de Cheryl, no íbamos a despedirla. Deseaba darle una última oportunidad de redimirse como camarera.

Dejé expresamente claro que no se toleraría ningún tipo de comportamiento inepto o grosero por su parte. «En otras palabras, no te comportarás como una rata ladrona o una especuladora», le aclaré. La puse en un PIP, explicándole que, de cara al futuro, albergaba grandes esperanzas en ella. Naturalmente, no captó mi referencia a la novela de Charles Dickens, así que le precisé que PIP era la abreviatura de «Plan Intensivo de Progreso», lo que comportaba que el puesto de Cheryl estaba sujeto al estricto cumplimiento de cada capítulo, regla y versículo del Manual de una camarera. También significaba que debía volver a formarse como tal, trabajando a mi lado, con lo que podría vigilarla de cerca. Y así lo he hecho cada día.

Creo realmente que Cheryl agradece mi clemencia, aunque no lo ha

expresado en palabras. Sin embargo, lo demuestra de otro modo. Hace unos días, estornudó y estaba a punto de limpiarse la nariz con la manga, pero la detuve.

–Ejem… Un pañuelo para que no caiga al suelo –dije, y cogí uno directamente de su carrito.

Ayer la pillé a punto de utilizar el trapo del inodoro en el lavamanos de un huésped.

–Ejem…, ¿cuál es la regla? –pregunté.

–Pulcritud en el inodoro, para que quede como los chorros del oro –respondió ella sin apenas rastro de sarcasmo.

Así que podría decirse que estamos progresando.

–Tierra llamando a Molly. ¿Estás con nosotros?

Salgo de mi ensoñación y me topo con Angela y la detective Stark delante de la catenaria granate que custodia la entrada al salón de té. Angela la levanta y ambas se agachan, la atraviesan y vienen hacia mí.

–Detective Stark, no sabía que iba a venir.

–Yo tampoco –responde–, pero las CORDERAS se presentaron ayer en comisaría y me dejaron esta tarjeta de identificación.

Contemplo el pase vip que tiene para el evento y que lleva colgado al cuello.

–No he podido evitarlo –admite–. Ya sabes… la curiosidad mató al gato y todo eso.

–Espero que hoy no muera ningún felino ni nadie más –respondo.

–¿Cómo van los preparativos para el juicio? –pregunta Angela.

–Beulah se ha declarado culpable, así que no habrá juicio, sino solo una sentencia –explica la detective y, acto seguido, añade–: Y no vais a creer lo que ha confesado.

–¡Díganoslo! –exclama Angela, frotándose las manos con regocijo.

–La camarera a la que entrevistó, la que trabajaba para los Grimthorpe años atrás… –dice Stark–, pues se ve que sabía lo de la escritora fantasma. Le contó que, mucho antes de que la despidieran, había averiguado lo que hacía la secretaria personal para Grimthorpe.

–¿Y ha hablado con dicha camarera? –pregunto.

–No. Solo habló con Beulah y le pidió anonimato. Le dijo que tenía sus razones para permanecer invisible. Y Beulah, al darse cuenta de que había dedicado su vida a un fraude, ideó un plan.

–Matar al señor Grimthorpe –interrumpo.

–No exactamente –responde Stark–. Decidió otorgarle el beneficio de la duda. Reescribió su biografía y la convirtió en una revelación de tono mordaz. Así que tenía dos versiones: la primera, la original, un elogioso retrato, y la segunda, que era completamente incriminatoria.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué iba a escribir dos biografías? –pregunto.

–Porque pensaba enfrentarse a él y preguntarle si de verdad era un fraude y un agresor sexual. La versión que iba a publicar dependería

por completo de la respuesta.

–Pero cuando se encontró con Grimthorpe ante la puerta de su habitación el día antes del evento, él se negó a responder sus inquietantes preguntas –digo–. Beulah lo anotó en su libro de cuentas.

–Exacto. También la rechazó como biógrafa oficial, y eso pese a que ella lo amenazó con publicar la versión incriminatoria –admite Stark.

–Y le cerró la puerta en las narices –añado.

–Así que después de ese encuentro, decidió matarlo –concluye Angela con tono sombrío–. El triple revés la sumió en una silenciosa furia asesina.

–Y resulta que Beulah no solo adulteró el carrito de té del salón. Envenenó todos los tarros de miel de todos los carritos de té que se dejaron fuera de la habitación, desde el día anterior al gran acontecimiento hasta la mañana del mismo.

–Lo que explica por qué murió tan rápido –apunto–. Llevaba más de veinticuatro horas bebiendo té envenenado.

–¡Ostras! –exclama Angela–. Justo como el argumento de su novela Veneno y castigo. Menudo pódcast se podría hacer con esto.

–Igual podrías hacerlo tú –sugiere Stark.

Angela abre los ojos de par en par.

–¿De verdad piensa eso, detective?

–Sí –confirma Stark.

Antes de que Angela pueda considerarlo, el señor Snow entra en la sala. Lleva un chaleco verde esmeralda y una pajarita de cachemira.

–Bueno, parece que hoy alguien ha venido muy elegante –dice la detective Stark.

–Me alegro de verla, detective –saluda el señor Snow, sacando su pañuelo de bolsillo y limpiándose el sudor que le perla la frente–. ¿Está todo listo? Los invitados esperan ahí afuera, en fila. ¿Los hago pasar?

–Suelte a los perros, señor Snow –dice Angela.

–Y a las CORDERAS –añado yo.

El señor Snow se dirige hacia la entrada y, unos instantes después, una multitud de invitados vips entra en tropel en la sala, dispuesta para ellos hasta el último detalle. Reconozco a muchas CORDERAS entre la multitud, con sus rostros y cabellos grises tan familiares. Pero solo dos destacan especialmente: Birdy, la pequeña tesorera con reflejos fucsias, y Gladys, la alta líder de pelo rizado y banderita en mano.

La detective se sienta ante el estrado mientras las CORDERAS pululan a su alrededor, acribillándola con preguntas sobre Beulah y el juicio mientras se pelean por ver quién ocupará el asiento a su lado.

Mientras tanto, los periodistas se desplazan al fondo de la sala, gritándose los unos a los otros mientras preparan cámaras y móviles,

enfocándolos hacia el atril en el centro del estrado, que está iluminado por un haz de luz.

Noto una vibración en el bolsillo. Saco el móvil. Es un mensaje de texto de mi querido Juan Manuel.

«Cinco minutos para embarcar en el ▯. Qué ganas de ECEC».

«¿ECEC?», contesto.

«Estar Contigo En Casa».

«¡Yo también!», respondo.

Y es verdad. Lo he echado mucho de menos. La vida cambiará de color nada más traspase el umbral de nuestro piso. Solo hay algo que me preocupa: ¿cómo voy a explicarle todo lo que ha ocurrido mientras él ha estado fuera? ¿Me perdonará por habérselo mantenido en secreto? Sin embargo, no puedo pensar en eso. Aún no.

«Un paso tras otro. Esa es la manera de llegar a algún sitio en esta vida».

Compruebo la hora en mi teléfono. Las diez menos cinco. Puntual como un reloj, Lily llega empujando el carrito. Lo lleva hacia uno de los laterales del estrado, me mira, asiente y se coloca en posición.

Los huéspedes beben té y disfrutan de los canapés, y unos murmullos de anticipación llenan la sala.

El señor Snow entra con una taza y una cuchara. Sube las escaleras del estrado y va derecho al atril, donde enciende el micrófono.

–Buenos días a todos –dice, repicando con la cucharilla contra la taza del Regency Grand para captar la atención de la multitud. ¡Qué sonido más delicioso!–. Es un placer enorme para mí presentar a la persona encargada de la conferencia, que va a hacer un importante anuncio en relación con el señor J. D. Grimthorpe, maestro del suspense y del misterio recientemente fallecido y aclamado a nivel internacional. Por favor, ruego den la bienvenida a una simpática joven de distinción y elegancia inusuales que ejerció como secretaria personal del escritor: la encantadora Serena Sharpe.

La puerta secreta en el panel de madera se abre y la multitud guarda silencio. La señorita Sharpe, vestida con un elegante traje chaqueta de color azul hecho a medida, sube al estrado.

Se coloca tras el atril, sosteniendo entre sus manos temblorosas unas tarjetas de referencia. Tras un carraspeo comienza a hablar:

–Hace una semana, el hombre que se declaraba el único creador de La camarera de la mansión, uno de los libros más vendidos de la literatura contemporánea, además de otros muchos títulos de igual éxito, nos honró con su presencia en esta misma sala para realizar un importante anuncio. Como todos saben, nunca llegó a hacerlo.

Un silencio expectante se impone entre los presentes. Todas las miradas se dirigen hacia la señorita Sharpe.

–Hoy les revelaré el secreto que nunca pudo anunciar: J. D.

Grimthorpe no escribió ninguno de sus libros. De hecho, la autora fue mi madre, ya fallecida, que ejerció como su secretaria personal en el pasado.

El silencio se rompe con murmullos y susurros, que se transmiten por toda la sala.

–Durante más de treinta años –continúa la señorita Sharpe–, mi madre escribió todas sus novelas, ayudándolo a transformar sus caóticas ideas en argumentos atractivos y comprensibles. Pese a ser ella quien escribía sus libros, se le pagaba un modesto sueldo como secretaria personal.

La señorita Sharpe espera a que los susurros se apaguen antes de continuar.

–Fui yo quien intimidó al señor Grimthorpe para que hiciera la rueda de prensa de la semana pasada. En ella, supuestamente, iba a divulgar la verdad a su modo, es decir, con medias verdades, narcisismo y muchos rodeos. No tengo duda alguna de que hubiese encontrado la manera de menospreciar sutilmente el trabajo de mi madre, aunque es algo que no me hubiese importado en absoluto porque, a cambio de mi silencio, hubiese recibido una suma de dinero y el cien por cien de las regalías de sus libros a partir de ese momento.

»Como se ha demostrado, la justicia es posible –prosigue Serena–, al menos, a veces. La semana pasada, el editor del señor Grimthorpe contactó con mis abogados para informarme de que se habían iniciado los trámites legales para restituir tanto el crédito como las regalías a la verdadera autora de los libros de Grimthorpe, es decir, a mi madre. Todo lo que siempre he deseado es que se la reconociera adecuadamente. J. D. Grimthorpe no era ningún maestro del suspense; era un fraude. Mi madre, Abigail Sharpe era la que confería magia a sus obras. Ahora será su nombre el que pasará a la historia de la literatura… in perpetuum. Gracias.

La señorita Serena Sharpe deja sus tarjetas de referencia, baja del estrado y se dirige hacia la puerta de la sala. Cuando la multitud advierte que tiene intención de marcharse, saltan hacia ella y la acribillan a preguntas.

–¡Señorita Sharpe! ¿Adónde va? ¡Tenemos preguntas que hacerle!

–¡Cuéntenos más sobre su madre! ¿Cómo era Abigail?

–¿De dónde sacaba las ideas?

–¿Encontraba la inspiración en la vida real?

–Señorita Sharpe, ¿escribirá usted su biografía autorizada?

–¿Habrá una secuela de La camarera de la mansión?

La señorita Sharpe abandona el salón de té con una estela de invitados vips, CORDERAS y periodistas tras ella. El torrente de preguntas resuena por todo el pasillo.

Después de un par de minutos, en la sala solo seguimos unos pocos

rezagados, incluidas una imponente detective y yo.

Me acerco a la mesa ante el estrado en la que está sentada Stark, sola.

La detective toma una galleta de un platito.

–Bueno, pues ya está –dice, mordiéndola.

–Así es –confirmo.

–Vaya, qué buenas están.

–Recién horneadas en la cocina del piso inferior.

La detective Stark clava su penetrante mirada de láser en mí.

–Molly, lo que te comenté el otro día lo dije muy en serio: serías una gran detective. –Da otro mordisco a la galleta, la mastica conscientemente y se la traga–. Y para que lo sepas, en mi profesión también hay uniformes. Yo prefiero trabajar con ropa de civil, pero eso no significa que tú también tengas que hacerlo.

Me pasa el plato con las galletas. Pellizco una con el dedo índice y el pulgar.

–Y también llevamos una placa –añade–. Te la podrías colocar justo por encima del corazón, como haces ahora.

Doy un bocado a la galleta y trato de imaginarlo: yo, en uniforme policial y con una placa en la que pone Detective Gray.

–¿Tienen servicio de tintorería en comisaría? –pregunto–-. ¿Higienizan los uniformes a diario y los envuelven en una funda de plástico bien ceñida?

Stark entorna los ojos de forma peculiar.

–¿Por qué será que nunca sé realmente por dónde vas a salir? –pregunta–. En lo que respecta a la tintorería, supongo que ese asunto de las fundas podría arreglarse para según qué empleado. Pero debo advertirte que un agente hace muchas horas. Los delincuentes y criminales no se toman días libres. Trabajan más duro que la mayoría de la gente.

–¿Más duro que las camareras? –pregunto.

–En eso tienes razón.

Y con estas palabras se levanta y se encamina hacia la puerta. En el umbral se detiene y se vuelve hacia mí una vez más.

–¿Considerarás seriamente lo que he dicho? –pide.

Doy otro bocado a la galleta, y ella espera mientras lo mastico veinte veces y lo engullo.

–Lo consideraré –respondo.

–Bien. Entonces, hasta luego, Molly Gray.

Lo que hace a continuación me pilla completamente por sorpresa. Pone el pie derecho por detrás del izquierdo y ejecuta una reverencia lenta y exagerada. Acto seguido, hace un gesto con la cabeza y abandona la sala.

EPÍLOGO

«No temas los nuevos comienzos. Para que empiece un nuevo capítulo, el anterior debe finalizar».

Estoy ante la vitrina de Gran, en el piso que solía compartir con ella y que pronto volveré a compartir con mi querido Juan Manuel, que está a punto de llegar.

En una mano tengo un trapo; en la otra, un huevo decorativo. El Fabergé no se ha limpiado con esmero en más de una década. Estoy segura de que fui la última que lo hizo, lo que me metió en un lío por haberle quitado la pátina de los años, por haber hecho que las joyas y el oro deslustrados recobraran su brillo perfecto.

No me importa si el huevo pierde valor al limpiarlo. Ni siquiera sé si es un objeto excepcional, valioso, tal como sugirió la señora Grimthorpe años atrás. No es eso lo que me importa, al menos no a mí. Cada vez que lo contemplo, cada vez que veo lo radiante y fascinante que es, me quedo sin aliento. Lo froto y le doy una última pasada y, acto seguido, lo coloco en la parte superior de la vitrina de Gran, junto a la foto de mi madre de joven. Maggie, la desconocida que llamó a nuestra puerta. Maggie, la que afirmó haber trabajado con mi abuela. ¿Es eso cierto? ¿Trabajó también en esa mansión carente de amor, lustrando la plata y sufriendo los abusos del señor Grimthorpe? Tres años después de su misteriosa aparición en nuestro piso, Gran me dijo que había muerto. Y pese a ello, en ocasiones me la imagino apareciendo de la nada en mi vida, llamando otra vez a mi puerta al igual que lo hizo años atrás. Pero solo son imaginaciones mías. Así que supongo que debo aceptar que nunca lo hará.

Nada más pensarlo, oigo que llaman y doy un brinco, sobresaltada. Me acerco a la mirilla y, con alivio, veo al señor Preston, puntual, con su ropa de calle, en lugar de ataviado con el abrigo y la gorra de portero. Cambia el peso del cuerpo de un pie al otro.

Abro la puerta.

–Señor Preston, entre, por favor –digo–. Nuestro té está listo. Tenemos tiempo de charlar antes de que llegue Juan Manuel.

–Magnífico. –Pasa al recibidor y me tiende una caja–. Magdalenas de cereales con pasas –dice y, guiñando un ojo, añade–: tus favoritas.

–Qué amable por su parte. Las tomaremos con el té –agradezco, mientras las llevo a la cocina.

El señor Preston se quita los zapatos, limpia la suela con el trapo del armario y los deposita pulcramente sobre el felpudo que hay en su

interior.

–¿Cómo le ha ido el resto del día, señor Preston? –pregunto.

–He sobrevivido –responde–. Cuando la conferencia de prensa ha terminado, los aparcacoches y yo nos hemos visto desbordados en la escalinata. Prácticamente he tenido que apartar a la muchedumbre para que la señorita Sharpe pudiera tomar un taxi y escapar.

–¿La conoció de niña? –pregunto.

–No. A diferencia de tu abuela, Abigail Sharpe nunca trajo a su hija a la mansión. Tú fuiste la única niña por allí, nuestro puntito de luz y esperanza en mitad de aquella terrorífica oscuridad.

El hervidor da el aviso. Vierto el agua en una tetera que está en la bandeja de plata de Gran, la que encontramos en la tienda de beneficencia, y la llevo a la sala de estar junto a dos tazas de porcelana.

El señor Preston se acomoda en el sofá, pero se le ve claramente intranquilo. Se retuerce los dedos y no deja de cambiar de posición.

–Juan estará aquí en un ratito –informo–. Ya ha aterrizado. Pero todavía tenemos tiempo para tomarnos un té.

–Estupendo –dice el señor Preston.

Sirvo el líquido en mi taza favorita, la que tiene unas bonitas margaritas de color blanco y amarillo, y se la tiendo. Lleno la taza de Gran, la de la escena campestre, para mí.

–Pues será mejor que empiece –dice. Toma un sorbo y, dejando la taza sobre el platito, añade–: No hay manera fácil de decirlo, Molly, aunque sospecho que ya lo sabes desde hace algún tiempo.

–Tengo que admitir que sí lo sé, señor Preston. Y no pasa nada. Es perfectamente comprensible y razonable que se jubile. Merece disfrutar de su tiempo libre. Nadie puede trabajar para siempre.

El señor Preston me observa con una mirada que no consigo descifrar.

–Molly, soy tu abuelo –dice después de unos segundos.

Al principio, tengo la sensación de que estoy delirando. Pero entonces lo comprendo: el pobre señor Preston es más viejo de lo que pensaba y está perdiendo el contacto con la realidad. Oh, cielos, su mente está empezando a cuajarse como la leche caliente.

Sin embargo, cuando el señor Preston lo repite («Molly, ¿me has oído? De verdad, soy tu abuelo»), poso la taza de té en el platito. El mundo empieza a girar. Huevos Fabergé, magdalenas y la bandeja de plata de Gran bailan ante mis ojos.

–Molly, por favor, no te desmayes. Toma, el té lo cura todo –dice, cogiendo la taza y poniéndomela entre las manos.

–Eso solía decir mi abuela –consigo pronunciar entre respiraciones largas y vacilantes.

–Lo sé –responde.

Lo observo mientras el mundo que gira va deteniéndose lentamente.

–Señor Preston, ¿está usted bien de la cabeza? –pregunto.

–¿Cómo? Pues claro que sí –responde.

Aguardo a que prosiga.

–Molly, años atrás, cuando tu abuela y yo éramos jóvenes, nos enamoramos. Sus padres se opusieron. Por aquel entonces, tu abuela tenía dinero. Venía de una familia acomodada. Ella era la flor y nata, y yo, a ojos de su familia, no era más que un pobre zángano. Pero no lograron separarnos.

–¿Y por qué no lo lograron?

El señor Preston da un sorbo de té.

–Molly, no lo digo en sentido figurado, sino literal –aclara con un carraspeo y revolviéndose en el sofá.

Me tomo unos instantes.

–Oh, vaya, comprendo.

–Cuando me enteré de que tu abuela estaba embarazada, no me importó. En absoluto. Le dije a Flora que era lo mejor que me había pasado en la vida. Queríamos fugarnos y vivir felices para siempre. Lo planeamos, pero no lo conseguimos.

–¿Por qué no? –pregunto.

–El día fijado, fui a su casa, una elegante mansión de tres plantas en un barrio bastante lejos del mío. Llamé a la puerta, pero no me dejaron entrar. Sus padres no tuvieron el valor de hablar conmigo. Fue el mayordomo quien me informó de que ya se había marchado.

–¿Había escapado? –pregunto.

–No. Sus padres la metieron en un barco en contra de su voluntad. La enviaron a una residencia para madres solteras, de esas en las que, cuando las madres dan a luz, les quitan el bebé.

–Pero a ella no le quitaron el bebé –digo, desviando la mirada hacia la foto en la vitrina de las curiosidades–. Gran se la quedó. Crio a mi madre.

–Sí, porque huyó de ese lugar desalmado. Escapó. Regresó a la ciudad. Se presentó en casa de sus padres, pidiendo que la perdonaran, pero ellos la repudiaron. Estaba embarazada de ocho meses, Molly. Aceptó un empleo como camarera doméstica de una familia adinerada. Cuando llegó el momento, se tomó unos días para dar a luz y, a continuación, siguió trabajando con la criatura envuelta y sujeta a su cadera.

–Pero ¿y usted, por qué no la ayudó? ¿Por qué no fue ella en su busca? –pregunto.

–No quería saber nada de mí. Sus padres la habían avergonzado mucho, le habían dicho que era una fracasada y que no valía para nada, que para cuando entendía las cosas, ya era demasiado tarde. Durante años, tu abuela se negó a verme. Alquiló este mismo piso,

Molly, y vivió aquí hasta el día de su muerte. ¿Sabías algo de esto?
–No.
–Traté de ayudarla muchas veces, pero no me lo permitió. Tampoco me permitió ver a la niña. Al final me rendí. Conocí a mi esposa, Mary, y nos casamos y tuvimos una hija, Charlotte. Y fuimos muy felices. Pero jamás olvidé a Flora. Como jamás he olvidado a tu madre –dice.
–Maggie.
–Así que tu abuela te dijo su nombre.
–No. No lo hizo.
–Después de mucho insistir, al final Flora me dejó entrar en su vida. Se lo conté todo a Mary, por supuesto. Mi querida esposa conocía la historia, sabía que había sido padre de una criatura con Flora sin estar casados. Mi Mary era una buena mujer. Con los años, ella y tu abuela forjaron una estupenda amistad. Cuando tu abuela pasaba por una mala época e intentaba arreglárselas por su cuenta, como solía hacer siempre, era Mary la que la convencía de que aceptara nuestra ayuda. Hicimos lo que pudimos siempre que pudimos.
–El dinero del alquiler… Usted nos lo dio.
–Sí. Y después, cuando tu madre se juntó con ese… ese…
–¿Sinvergüenza? –sugiero.
–Iba a decir «camello ladrón», pero tú siempre has sido más comedida que yo. –Me mira con unos ojos en los que empiezan a asomar las lágrimas–. Siento no haberte contado nada de esto antes. Lo intenté, pero no lograba encontrar las palabras. Me daba miedo que te impresionara y te alteraras demasiado.
–No lo ha hecho. Y no lo hará.
–No. Siempre has sido más fuerte de lo que creíamos.
Bajo la mirada a mi regazo, hacia la taza de Gran.
–Nunca he tenido madre. Ni padre. Perdí a mi abuela –digo, y alzo la mirada hacia el hombre sentado ante mí–. Señor Preston, no puedo creerlo. Es el momento más feliz de mi vida. Parece magia. He recuperado a una parte de mi familia.
Siento una cálida mano sobre el brazo y apenas distingo al señor Preston a través de las lágrimas.
–No sé cómo dirigirme a usted ahora. «Señor Preston» no me parece muy adecuado –digo.
–¿Y qué te parece «abuelo»? –sugiere.
Tomo la taza y le doy un sorbo al té todavía caliente.
–Sí –digo, depositando la taza en el plato–. Abuelo. Me gusta mucho.
Justo en ese momento se oye un sonido en el recibidor: una llave en la cerradura. La puerta se abre y aparece Juan Manuel arrastrando una gran maleta. Me levanto de un salto y salgo corriendo hacia él.
–¡Mi amor! –dice, abrazándome–. Cuánto te he echado de menos…

Es fantástico que esté de vuelta. Lo abrazo lo más fuerte que puedo y no me suelto. Únicamente lo hago cuando advierto que he dejado al señor Preston en el sofá, solo.

–Señor Preston, ¿cómo está? –saluda Juan al entrar en la sala de estar, después se acerca a él y le da una palmadita en la espalda.

–Muy bien. De hecho, mejor que nunca –responde mi abuelo.

–Me alegro –dice Juan, esbozando una de sus hermosas y radiantes sonrisas–. Lo primero que debo deciros es que mi familia envía saludos. Si olvido mencionarlo, me meteré en un lío. Mi madre os envía muchos abrazos. Mi sobrino quiere que os hable de sus notas, para presumir de lo bien que le va en la escuela. También quiere un perro, pero mi hermana no lo aprueba. Aunque seguro que al final la convencerá. Mirad esta foto; aquí están todos, despidiéndose de mí en el aeropuerto.

Juan saca el móvil y nos muestra una imagen de su numerosa familia, todos juntos en la terminal de Salidas, sonrientes y con una pancarta que dice Hasta pronto. Son tantos que apenas caben en la foto.

Mientras Juan charla sin parar, sentado junto al señor Preston, yo voy a la cocina y saco otra taza y un plato con dulces, que dejo en la mesita de café.

–Molly, mira esta –exclama Juan, mostrándome otra foto–. ¡Mira! Mi madre te escribió una nota en inglés.

Ahí está, sosteniéndola y señalándola orgullosa con el dedo índice. Juan hace zoom sobre ella: «Para mi nuera –leo–. Te echo de menos y te quiero. Ven a vernos pronto».

–Pero yo no soy su nuera –digo.

–Aún no –responde Juan Manuel.

Antes de que pueda preguntarle a qué se refiere, empieza a piar de nuevo como un pajarito, contándonos lo mucho que me ha echado de menos y que le ha encantado ver a su familia, pero que es genial estar de vuelta en casa.

De repente guarda silencio.

–Vaya, qué desconsiderado estoy siendo –dice–. Ni siquiera os he preguntado cómo estáis. Lo siento mucho. Sé que hablo sin parar cuando estoy emocionado.

–Oh, sí, ya lo sabemos –dice mi abuelo, riendo entre dientes.

–¿Y bien? ¿Cómo estáis? –pregunta Juan–. ¿Todo bien?

Le sirvo una taza de té, esperando no tener que responder a su pregunta.

–Bien está lo que bien acaba –dice mi abuelo–. Pero han sido…

Se detiene, buscando la palabra adecuada.

–… unos días tumultuosos. –Acabo la frase por él.

–¿Tumultuosos?

–Sí, agitados, alborotados, confusos –aclaro–. Digamos que hemos tenido que vérnoslas con una rata poco común.

–¿¡Cómo!? ¿En nuestro piso?

–No –dice mi abuelo–. En el hotel.

–¿Y habéis podido libraros de ella? ¿Pusisteis trampas? –pregunta Juan.

–Sin duda –respondo, esbozando una sonrisa.

–De hecho, ha sido Molly la que la ha atrapado –apunta mi abuelo.

Juan se vuelve hacia mí, sonriendo de oreja a oreja.

–Esa es mi Molly. El miedo nunca la detiene. De hecho, nada la detiene.

–Cuánta razón tienes –replica mi abuelo–. ¿Sabes? Es así desde niña.

–¿De verdad? –responde Juan–. ¿Y eso? Cuéntemelo.

Y así, charlando, mi abuelo va preparando el terreno para las sísmicas revelaciones, tanto del asesinato en el hotel durante la ausencia de Juan como del hecho de que el señor Preston no es solo el señor Preston, el portero, sino parte de mi familia. Mi misma sangre.

Sentada ante ellos, los escucho y espero, tomándome el té en la taza favorita de Gran.

Mi abuela ya no está con nosotros. No está sentada en el sofá entre la persona a la que quiero y la que ella quería, ni tampoco está canturreando en la cocina. Pero sé que está igualmente aquí, porque siempre lo ha estado. Es la pieza fundamental. Mi vida entera le otorga presencia cada día.

Sé que está observando. Y ahora mismo la oigo en mi cabeza: «Los milagros existen, Molly».

«Lo que no te mata te hace más fuerte».

«Todo le llega al que sabe esperar».

AGRADECIMIENTOS

Hace falta una aldea para publicar un libro. De verdad.

Cuando escribí La camarera, lo hice en secreto por miedo al fracaso. ¿Y si no cumplía con las expectativas? ¿Y si la gente odiaba lo que había escrito?

Digamos que no pude mantener en secreto El huésped misterioso tanto como La camarera. ¿Las buenas noticias? Mientras lo escribía, conté con los mejores apoyos que un escritor puede soñar. Un equipo de personas fabulosas que me animaron y guiaron entre bambalinas mientras yo avanzaba en la más difícil de las empresas: el temido Segundo Libro.

Madeleine Milburn, no te das cuenta de lo extraordinaria que eres. Es un acto de generosidad sobrehumana dar tanto a tantos escritores. Un agradecimiento enorme, también, al fantástico equipo de Madeleine Milburn Literary, TV & Film Agency: Rachel Yeoh, Liane-Louise Smith, Valentina Paulmichl, Giles Milburn, Saskia Arthur, Amanda Carungi, Georgina Simmonds, Georgia McVeigh y Hannah Ladds.

¿Cuál es la forma editorial perfecta? Un triángulo. Mis tres ingeniosos editores forman una tríada muy poderosa que siempre me apunta en la dirección correcta. Gracias, Nicole Winstanley, de Penguin Random House Canadá; Hilary Teeman, de Ballantine en Estados Unidos, y Charlotte Brabbin, de HarperFiction en el Reino Unido. Y gracias también a los maravillosos equipos de vuestras editoriales, especialmente a Dan French, Bonnie Maitland, Beth Cockeram, Meredith Pal y Kristin Cochrane en Canadá; a Michelle Jasmine, Caroline Weishuhn, Taylor Noel, Megan Whalen, Jennifer Garza, Quinne Rogers, Kara Welsh, Kim «Blue Type» Hovey, Jennifer Hershey, Hope Hathcock, Diane McKiernan, Elena Giavaldi, Pamela Alders, Cindy Berman y Sandra Sjursen en Estados Unidos; y a Kimberley Young, Lynne Drew, Sarah Shea, Maddy Marshall, Emilie Chambeyron, Alice Gomer y Bethan Moore en el Reino Unido.

Entre mis animadores a dar el salto a la gran pantalla se incluyen el brillante escritor y productor Chris Goldberg, de Winterlight Pictures, el siempre positivo Josh McLaughlin, de Wink Pictures, y la experta y encantadora Josie Freedman, de ICM.

Amigos, escritores y gente del mundo editorial, ya sabéis quiénes sois. Si mencionara todos vuestros nombres, provocaría otra escasez

de papel. Adria Iwasutiak, Sarah St. Pierre, Janie Yoon, Felicia Quon, Sarah Gibson, Jessica Scott, Adriana Pitesa y Carolina Testa, me recordáis cada día lo que es la pasión en la edición. Aileen Umali, Eric Rist, Ryan Wilson, Sandy Gabriele, Roberto Verdecchia, Sarah Fulton, Jorge Gidi, Martin Ortuzar, Jimena Ortuzar, Ingrid Nasager, Ellen Keith, Matthew Lawson, Zoe Maslow, Liz Nugent, Amy Stuart, Nina de Gramont y Ashley Audrain, me mantenéis cuerda (bueno, al menos, lo intentáis). Gracias también a Arlyn Miller-Lachmann por sus sabios comentarios e ideas.

Debo pedir disculpas por tener el mejor hermano del mundo, Dan Pronovost (lo siento mucho por los que tenéis otros hermanos; no hay punto de comparación). También tengo a su familia, que es un regalo: mi maravillosa cuñada, Patty; mi sobrina, Joane; y mi sobrino, Devin. Me hacéis reír, y también agradezco que os riais de mí. Si eso no merece reconocimiento, no sé qué podría merecerlo. Freddie y Pat, espero que brindemos con margaritas por mucho tiempo. Ma tante Suzanne y ma cousine Louise, estáis presentes en estas páginas y eternamente en mi ADN. Y a mi querido Tony, no sé cómo o por qué me soportas, pero me alegro de que lo hagas.

Lectores, sois maravillosos. Hacéis que el mundo sea un lugar mejor. Gracias por vuestro apoyo.

Papá, tú fuiste el primero en leer este libro. Ya no estás entre nosotros, pero no pasa nada, porque puedo oír tu voz en mi cabeza cada vez que te llamo. Gracias por contestar.



Escritora y editora canadiense, **Nita Prose** nació en Ontario en 1972. Estudió Filología Inglesa y Arte Dramático en la Universidad de Toronto, así como Publicidad en la Ryerson University. Tras graduarse Prose dio clases a alumnos con necesidades educativas especiales. Más adelante, consiguió hacerse un hueco en el mundo editorial y comenzó a trabajar para Harper Collins en Toronto, donde fue ascendiendo. Gracias a su experiencia es la vicepresidenta y directora editorial de Simon & Schuster Canadá. En lo literario, Prose escribió varios libros como escritora fantasma antes de publicar su primera novela, La camarera, bajo su propio nombre. El libro se convirtió en bestseller de The Sunday Times y de The New York Times, además de ser el ganador del Premio Goodreads al Mejor Libro de Misterio en 2022. En la actualidad vive en Toronto en una casa que solo está moderadamente limpia

1. Un crumpet es una especie de bollo elaborado con harina y levadura, parecido a un panqueque, muy típico del Reino Unido. (N. de la T.) 2. Molly Maid es una empresa de limpieza a domicilio. Maid, en inglés, se traduce por «camarera» o «doncella». (N. de la T.)

Índice

Título original: *The Mystery Guest* © 2023, Nita Prose Inc.

Primera edición en formato digital: abril de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España) www.duomoediciones.com
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19834-51-5
Código IBIC: FA
DL: B 2.601-2024

Diseño de interiores: Agustí Estruga Composición: David Pablo
Conversión a formato digital: www.acatia.es Ilustración de la cubierta: Gail Armstrong, representada por Jacqueline Lot Diseño de cubierta: Hernán Verdinelli